





EL FELICÍSIMO VIAJE DEL MUY
ALTO Y MUY PODEROSO
PRÍNCIPE DON FELIPE

POR

JUAN CRISTÓBAL CALVETE
DE ESTRELLA

LO PUBLICA
LA SOCIEDAD DE BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES

I



MADRID
MCMXXX

EL FELICÍSIMO VIAJE DEL MUY ALTO Y
MUY PODEROSO PRÍNCIPE DON FELIPE

I III

SOCIEDAD DE BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES
SEGUNDA ÉPOCA

VIII

EL FELICÍSIMO VIAJE DEL MUY
ALTO Y MUY PODEROSO
PRÍNCIPE DON FELIPE

POR

JUAN CRISTÓBAL CALVETE
DE ESTRELLA

LO PUBLICA

LA SOCIEDAD DE BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES

I



MADRID

M C M X X X

Núm. 196.

Sr. D. Tomás Silvela y Loring.



Imp. Aldus, Sociedad de Artes gráficas.—Peñacastillo, Santander.
Papel de la fábrica de los señores Ll. Guarro Casas, de Barcelona,
expresamente fabricado para nuestra Sociedad.

PRÓLOGO

La celebración del cuarto centenario del nacimiento de Felipe II dió ocasión para que la figura del discutido monarca y sus hechos fueran tema frecuente de artículos, libros y discursos.

Hubiera sido muy oportuno que a estos trabajos, más o menos fundamentales, se hubiese añadido la reproducción de textos históricos de la época, ya raros y difíciles de adquirir. La emoción que produce en los lectores el relato de un contemporáneo de los sucesos no pueden darla los estudios eruditos modernos, aunque tengan, es claro, otras ventajas. Y como esta oportunidad no pasa, porque el estudio de la Historia no está sujeto a fechas conmemorativas, siempre será bien recibida la reedición de un libro como *El Felicissimo Viaje del Muy Alto y muy poderoso príncipe Don Felipe... desde España a sus tierras de la baja Alemania...*, escrito por Juan Cristóbal Calvete de Estrella, que hoy pone en manos de sus miembros la *Sociedad de Bibliófilos Españoles*.

En el año 1548, a raíz de una grave enfermedad que padeció en Ausburgo, el emperador Carlos V mandó llamar a su hijo, el príncipe Don Felipe, que estaba en España. Un presentimiento de que sus días estaban contados, previsión razonable de que el futuro heredero de nuevos estados los conociese y visitase, y el deseo de tener cerca al hijo y de poder comunicarle libremen-

te sus experiencias de tantos años de gobierno, influyeron en su determinación.

El Emperador estaba fatigado por una vida intensa de gravísimas preocupaciones del espíritu, de incansable actividad del cuerpo. «Nueve veces fuí a Alemania la alta, seis he pasado en España, siete en Italia, diez he venido aquí a Flandes, cuatro en tiempo de paz y de guerra he estado en Francia, dos en Inglaterra, otras dos fuí contra África, las cuales son todas cuarenta; sin otros caminos de menos cuenta que por visitar mis tierras tengo hechos. Y para esto he navegado ocho veces el mar Mediterráneo y tres el Océano de España, y agora será la cuarta que volveré a pasarlo para sepultarme; por manera que doce veces he padecido las molestias y trabajos de la mar.» Así decía pocos años después, cuando renunció la corona en su hijo.

Dispúsose el viaje del Príncipe Don Felipe con toda pompa y majestad. Personajes de las casas más ilustres le iban acompañando y sirviendo, hombres famosos en letras divinas y humanas, en artes y ciencias, formaban también en el lucido cortejo. Pensaban todos, y esta era la verdad, en que se presentaba la ocasión de un magnífico desfile de España ante Europa; de España, la maestra directora y defensora de la unidad moral de aquella Europa envuelta y socavada por terribles enemigos externos e internos. Esta lucidísima comitiva, que representaba el poder y la fuerza moral y material de España, fué en todas partes recibida y festejada con los más varios y complejos artificios que el aplauso puede imaginar. Era el sucesor de Carlos V, el futuro Rey del pueblo más poderoso del mundo, quien venía a comprometer su auxilio en la defensa de la paz y del Catolicismo.

Sandoval, en su Crónica del Emperador, y Cabrera de

Córdoba, en su Historia de Felipe II, al llegar al punto de reseñar este viaje se excusan de hacerlo y remiten al lector al libro de Calvete de Estrella con grandes ponderaciones.

Con mucha más razón debemos ahora abstenernos de la fácil tarea de amontonar noticias y detalles que se relatan en gran copia y con toda precisión y diligencia en estos dos volúmenes.

Más necesario nos parece remozar y ordenar las dispersas noticias que se tienen de su autor y de sus obras.

El benemérito humanista de Sariñena, como tantos otros de sus contemporáneos, cometió la falta, grave para nuestros días, tan ayunos de humanidades, de escribir en latín la mayor parte de sus trabajos. Por estar escritos en latín no tienen cabida en las historias de las letras españolas, que andan en manos de todos, ni aun los títulos de estos libros, escritos por españoles, sobre temas españoles y con el más acendrado y puro espíritu español.

Una equivocación del P. Andrés Schoto ha dado lugar a disputas sobre la patria de Calvete de Estrella; pero parece indudable que nació en Sariñena, sobre todo después que Latassa dió cuenta, no todo lo detalladamente que hubiera sido de desear, del *Proceso original de infanzonía de Calvete*, al que se opuso la villa de Sariñena. Latassa se contentó con dar por averiguado el nombre del lugar de nacimiento y los nombres de los padres y abuelos; de todos modos señaló los documentos y el lugar donde existían, y siempre será una fuente a la que debe acudir por más noticias quien se proponga escribir por extenso la vida de Calvete de Estrella.

Por Schoto sabemos que fué discípulo en Alcalá del sapientísimo Comendador Griego por los mismos años

en que recibían sus enseñanzas Zurita, los dos Vergaras, León de Castro, D. Francisco de Bobadilla, etc. El Comendador Hernán Núñez de Guzmán en sus cartas a Zurita habla de Calvete como de persona a quien trata y con quien está en continua comunicación respecto a puntos y cuestiones eruditas. Por una de estas cartas sabemos que ya en 1541 era Calvete de Estrella Maestro de Pajes del Príncipe.

En el nobiliario de Juan Matías Esteban encontró Latassa la noticia de que había asistido Calvete a las Cortes de Monzón de 1547, y como no consta su nombre entre los que acudieron como procuradores, supuso, con acierto, que asistiría como criado de la Real Casa, y así debió ser, en efecto; pues como criado del Príncipe le acompaña en el año siguiente de 1548 al *Viaje* cuya descripción escribió con tanto aplauso de sus contemporáneos, y *Criado del Serenísimo Príncipe mi Hijo* le llama el Privilegio real para la impresión en Castilla. Aprovecharía su estancia en Amberes Calvete para entregar a Martín Nucio su obra *De Aphrodisio expugnato quod vulgo Africam vocant Commentarius*, que vió por primera vez la luz pública en el año 1551.

La dirección y cuidado que tuvo que poner para la impresión de su *Felicísimo viaje* le impediría regresar a España con el Príncipe Don Felipe, pues se acabó de estampar el libro el día 25 de mayo de 1552.

Tenemos, además, un testimonio indudable de que permaneció más tiempo en los Países Bajos. Juan Páez de Castro escribe desde Bruselas a Zurita el día 26 de abril de 1555, y entre otras cosas le dice: «Verzosa esta bueno y le va bien, a lo que entiendo. Juan Cristóbal Calvete de Estrella está aquí, estampa unos epigramas, que no hay hombre a quien no celebre y haga inmortal.» Se refiere, sin duda, en esta noticia, que no deja

de tener su poco de ironía, a la edición perdida de los *Encomios*, estampada en Bruselas.

Acaso regresó a España en el cortejo que acompañó al Emperador en su último viaje terrenal, cuando vino a sepultarse vivo en el Monasterio de Yuste. Desde luego, parece indudable que Calvete presenció las solemnes honras fúnebres que se celebraron en Valladolid el año de 1558, a la muerte de Carlos V; puesto que el año siguiente, 1559, imprimió en casa de Francisco Fernández de Córdoba *El Túmulo Imperial adornado de Historias, Letreros y Epithaphios en prosa y verso latino*.

Ya para entonces debía residir en Salamanca con algún oficio o pensión que el Emperador o su hijo le habrían concedido. Se sabe de cierto que desde Salamanca escribe una carta a Zurita en mayo de 1575; pero antes, en noviembre de 1569, concluyó de escribir o de copiar en la misma ciudad un cuaderno que contenía la traducción del *Exul*.

Asegura Cerdá que poseía dos versiones manuscritas del poema de Calvete *De rebus Vaccae Castri*, y que el más breve de ellos estaba fechado en Salamanca mense Aprili 1565.

De este mismo año es la edición que el maestro Barrientos hace del *Aphrodisio* en Salamanca, añadiéndole algunas breves notas explicativas.

Por lo que dice en el prólogo, se deduce que Calvete, su amigo, vivía entonces en Salamanca.

Por tanto, podemos afirmar a vista de todas estas fechas que por lo menos desde 1565 hasta 1593 vivió en Salamanca.

No ha de ser difícil, para algún investigador que se lo proponga, averiguar noticias de Calvete en aquella ciudad, y saber cuál era su ocupación y vida. Gonzalo

de Ávila nos dió la noticia de su muerte, acaecida en 1593, siendo sepultado en la iglesia parroquial de Santa Eulalia, en donde todavía en 1780 figuraba el nombre de *Estrella Cronista* en las Tablas de Oblata.

Éstas son las noticias biográficas conocidas, reducidas en lo posible a un orden cronológico; pocas, es cierto, pero suficientes para poder tomarlas como puntos de partida y referencia en nuevas y más prolijas indagaciones.

Su labor literaria más intensa y extensa fué la de historiador. A ella pertenece el libro titulado *De Aphrodisio expugnato, quod vulgo Africam vocant commentarius*. Lo imprimió en Amberes durante su estancia en aquella ciudad, cuando acompañó a Felipe II en su viaje. Del aplauso con que fué recibido el pequeño opúsculo puede juzgarse por las ediciones que de él se hicieron. Después de la primera (Martín Nucio, 1551) lo reimprimió en la misma ciudad de Amberes Juan Bello, en 1554, y por tercera vez el mismo Bello en 1555, formando parte de la obra *Rerum a Carolo V Caesare Augusto in Africa bello gestarum commentarii*.

En estas dos últimas ediciones añadió su autor una composición poética: *Encomium ad Carolun V*.

También en el año de 1554 se insertó en la Colección de escritores de Alemania, impresa en Basilea. Esta misma Colección se reprodujo en Giessen en el año de 1573, y forma parte asimismo el libro de Calvete de la edición del libro de Laonico, que, vertido por Conrado Clausero, salió de las prensas en Basilea en el año de 1566.

En el año anterior, ya establecido Calvete en Salamanca, la Universidad tuvo con el insigne humanista una excepcional atención. El Rector, D. Diego de Ávalos, ordenó que los profesores de la Universidad ley-

sen en cátedra el *Aphrodisio*. Con el fin de coadyuvar a los deseos de la escuela, el maestro Bartolomé Barrientos hizo una edición en 12.º en Salamanca, en la imprenta de Juan de Canova, con unas cuantas anotaciones y comentarios. Esta edición la reprodujo Cerdá y Rico en Madrid, el año de 1771.

Son, pues, ocho las ediciones del *Aphrodisio*. Según el prólogo de Barrientos, estaba traducido al francés y al italiano y también al español, por el secretario Diego Gracián, que imprimió su traducción en Salamanca en casa de Canova, en el año de 1557, dedicándola al presidente Juan de Vega.

No podemos dejar pasar sin un comentario aquella decisión del Rector de Salamanca de que se leyese en las cátedras de la gloriosa Universidad el libro de Calvete. No sabemos a ciencia cierta la fecha de la disposición; pero indudablemente se dictó con ocasión del célebre sitio de Malta: es decir, por el recrudecimiento de la guerra de los turcos en el Mediterráneo. La Universidad, al divulgar entre los estudiantes los episodios de las campañas de Carlos V contra los piratas, turcos y berberiscos, colaboraba en una empresa de carácter nacional europeo y cristiano, empresa que había de culminar pocos años después con la batalla de Lepanto. Y era la suya una colaboración eficacísima entre las clases selectas y directoras, a las cuales correspondía regir y sostener el espíritu español en uno de sus empeños más fundamentales.

En esta pequeña obra lucen, a la par, la erudición y el estilo de Calvete que todos los que han tratado de ella encomian con grandes ponderaciones.

El carácter histórico tiene principalmente *El Felicísimo viaje* que hoy se reimprime. No he podido consultar la traducción francesa de que habla Gachard en la

Introduction al vol. IV de la Collection des Voyages des Souverains des Pays-Bas.

Historico en cierto modo, y de interés, será el *Túmulo imperial*, impreso en Valladolid en 1559, libro de extrema rareza.

De historia hispanoamericana escribió dos libros en prosa, uno con el título: *De Rebus Indicis ad Philippum Catholicum Hispaniarum, et Indiarum Regem Libri XX*. Según Latassa, se guarda en el Sacro Monte de Granada. El bibliógrafo aragonés vió la copia de los VI primeros libros que poseía D. Ignacio de Asso.

Del otro: *De orbe novo*, que debió ser también muy extenso, sólo se ha conservado un fragmento: *De Rebus gestis Cortesii*. En el tomo 1.º de la Colección de documentos para la Historia de Méjico, García Icazbalceta publicó este fragmento con la traducción castellana.

De un caracter mixto de historia y poesía es el que se llama *Strenna poenus Cristophori Calveti Stellae*. Poema en versos faleucios, escrito para encomiar los hechos del licenciado Vaca de Castro. Fué publicado en Granada en el año de 1741 por D. Diego de Heredia Barnuevo en el libro *Místico Ramillete Histórico Cronológico*.

Decía Páez de Castro en una carta a Zurita en el año de 1555, escrita desde Amberes, y que ya hemos citado, que Calvete se encontraba en aquella ciudad imprimiendo un libro de *Encomios*. Si se imprimió, los bibliófilos, hasta ahora, no han visto ejemplares. De este año de 1555 cita Nicolás Antonio su *Encomio al Duque de Alba*, impreso en Amberes. De ser cierta esta edición, la de Plantino, del año 1573, será una segunda. A este género de apología en verso pertenecen la mayor parte de las poesías latinas de Calvete reunidas por Cerdá, que tienen, además del interés literario, el histórico de

revelarnos los amigos, preferencias y amistades del autor del *Felicísimo viaje*.

Por una de estas poesías sabríamos cuánto admiraba al músico Cabezón, aunque no hubiéramos reparado en aquel epíteto *el único*, con que le destaca al tratar en el *Felicísimo viaje* de los hombres notables que acompañaban al Príncipe.

Los dos Gracián, Antonio y Diego, arrancan versos y alabanzas a su pluma con ocasión de las traducciones de Diego, traductor, además, como sabemos, del *Aphrodisio* de Calvete.

Era seguramente amigo en Salamanca del Brocense que autorizó la edición que hizo de las obras de Garcilaso en el año de 1581, con un encomio latino de Calvete de la Estrella. El encabezamiento de este encomio da alguna luz en la bibliografía difícil y confusa de nuestro autor. Dice así: Ex encomio Jo. Calveti Stellae, Ad Petrum Ferdinan Cabreram Bovadillam. Libro IV. Es decir, en el año de 1581 existían por lo menos IV libros de *Encomios* impresos, de Calvete. ¿Será la edición a que se refería Páez? ¿Será otra que estaba preparando Calvete en 1573, y de la que él mismo habla en su carta a Zurita, anunciándole que insertará un encomio sobre los Anales de Aragón? Formarían parte de estos cuatro libros de encomios las poesías que a diversas personas y por diversos motivos había compuesto. Porque, además de las que hemos citado, escribió un elogio de D. Hernando de Acuña para *El caballero determinado* (1565); un poema en alabanza de Antich Roca, inserto en los preliminares de las *Praelectiones organum* (1578) de este autor; otro elogio de D. Diego Ramírez de Haro, fundador del Colegio Mayor de Cuenca, de Salamanca, al frente de las *Constituciones* (1586); dos poesías que figuran en dos libros

del Dr. Juan Bravo: *De curandi rationi* y *De Saporum et odorum differentiis*. Escribió, además, un breve poemita titulado *De morte piorum in Christo* y dos epigramas latinos a Páez de Castro.

Traduce por orden de Felipe II un opúsculo titulado *Exul o el Desterrado*. Entre los manuscritos del Escorial que desaparecieron en el incendio de 1671 había dos que se titulaban *El exul de Re militari con figuras, traducido y declarado por Estrella*, de mano. Había otro manuscrito de esta obra, según Latassa, en la librería del Marqués de Trujillo, en Valladolid. El mismo bibliógrafo aragonés habla de otro opúsculo que llevaba por título *Sperabam* y de una carta de Calvete que existía en el Archivo de la Diputación de Aragón, cuyo paradero se ignora. Son conocidas en cambio, y están publicadas, una carta a Schotto y otra a Zurita, de que ya hemos hablado.

De todas las obras y escritos de Calvete, la que más puede interesar al lector moderno especialista, o al aficionado a la Historia es, sin duda, el *Felicitísimo Viaje*, por su contenido.

Este libro tuvo un gran valor político en aquellos días españoles de unidad de pensamiento y de unidad de acción. Tanto como de perpetuar el acontecimiento y la adhesión a Felipe de todos los pueblos del Imperio, por los que atravesó la regia comitiva, se preocupó su autor de extender y vulgarizar entre las gentes de habla española el conocimiento de los orígenes, historia, usos, tradiciones, costumbres y cultura de los Países Bajos.

Estos Estados iban a ser muy pronto una nueva provincia de España, una avanzada de España en Europa, y había que darla a conocer a los españoles de más allá de los Pirineos, para que, conociéndola, la amasen y con entusiasmo la retuviesen. Del trabajo prolijo y concien-

zudo que puso en esta labor el cronista del *Felicitísimo Viaje* son prueba evidente haber servido de fuente a estudios posteriores. Ha quedado también, en la menuda y rigurosa descripción de tantas fiestas y espectáculos, una pintura de costumbres, trajes y escenas vistos y calcados por el autor, de indudable importancia histórica, y con ello la evocación de un ambiente todavía medieval en algunos aspectos que, a mediados del siglo XVI, a un historiador moderno atento solamente a las ideas generales de la transformación de la sociedad por nuevas ideas y nuevos elementos de cultura, habrán de parecerle anacrónicos. Tal es el carácter caballeresco de justas y torneos, y sobre todo las fantásticas y sorprendentes fiestas de Bins, con que obsequió la Reina de Hungría al Emperador y al Príncipe.

Don Adolfo de Castro, al componer el *Buscapié*, aquella travesura literaria que despistó a tantos ingenios, al mismo tiempo que sirvió de prueba y contraste para que luciesen su buena erudición hombres como Gallardo, comprendió el partido que podía sacar de aquellas fiestas, mencionándolas en el texto para después mostrar caudal de lectura en el comentario. *El Bachiller* califica el libro como uno de *los más entretenidos que se han compuesto desde que el mundo es mundo y hay quien estampe*, y *Autor* y *Bachiller* se quitan las palabras de la boca por narrar aquellos juegos y mascaradas. Del mismo estilo son otras fiestas descritas en el libro, como, por ejemplo la justa que mantuvo D. Alonso Pimentel en Bruselas, y el baile de máscaras celebrado en torno al simulado cadáver de Cupido, en cuyo entierro rezaban versos de Boscán los falsos frailes, y en vez de responsos entonaban lecciones de Garci Sánchez de Badajoz.

Era Calvete, como buen humanista, curioso, y aunque metido en esta ocasión en oficios de cronista cor-

tesano, no puede olvidar sus estudios y aficiones. Por esto siempre reserva algunas líneas al describir una ciudad para hablar de las fundaciones de colegios y de estudios y tratar de los grandes sabios que viven o han vivido en su recinto. Claro es que, al llegar a Brujas, el recuerdo de Luis Vives le asalta, y se distrae de cortejos, arcos y músicas para dedicar un recuerdo al pensador español (1).

Unas palabras ligeras de Lafuente en su tan leída *Historia de España* han extendido una sombra de mala fama sobre este *Viaje*, poco estudiado y nada explotado por los historiadores modernos.

MIGUEL ARTIGAS

(1) Sobre Calvete pueden consultarse: *Joannis Christophori Calveti Stellae de Aphrodisio expugnato, quod vulgo Aphricam vocant, commentarius, cum scholiis Bartholomaei Barrienti illi veritani*. Editio latina VIII. Accedunt eiusdem Calveti Carmina varia. Matrili—MDCCLXXI. Apud Ant.

Pérez de Soto. (En el prefacio hay abundantes noticias bibliográficas.)

Latasa: Biblioteca Nueva de los Escritores Aragoneses... (Artículo de Calvete.)

EL FELICISSIMO
VIAIE D'EL MVY ALTO Y MVY
Poderoso Principe Don Phelippe, Hijo d'el Empera-
dor Don Carlos Quinto Maximo, desde España à
sus tierras dela baxa Alemaña: con la descrip-
cion de todos los Estados de Braban-
te y Flandes. Escrito en qua-
tro libros,
por Iuan Christoual Caluete
de
Estrella.



Con Gracia y Priuilegio de la Imperial Magestad,
para todos sus Reynos, Estados y Seño-
rios, por quinze Años.

*En Anuers, en casa de Martin Nuncio.
Año de*

M. D. LII.

EL PRIVILEGIO PARA CASTILLA

EL REY

Por cuanto, por parte de vos, Cristóbal Calvete de Estrella, criado del Serenísimo Príncipe mi hijo, se nos ha hecho relación, que vos habéis hecho y compuesto con mucho trabajo en lengua castellana un libro del Viaje que el dicho Príncipe hizo desde Valladolid hasta los nuestros Estados de Flandes, con relación particular de los recibimientos que se le hicieron y de todas las otras cosas que sucedieron en el camino y en todas las ciudades por donde anduvo, y porque lo querriades imprimir a vuestra costa, la cual no será pequeña, por ser el libro grande, nos suplicastes y pedistes por merced os diésemos licencia y facultad para que vos o quien vuestro poder tuviere tan solamente, y no otra persona alguna, lo pueda imprimir en los nuestros Reinos y Señoríos de Castilla, o como la nuestra merced fuese, y nos habémoslo tenido por bien. Por ende, por la presente damos licencia y facultad a vos el dicho Cristóbal Calvete de Estrella, y mandamos que vos o la persona o personas que vuestro poder para ello hobieren, y no otras algunas, puedan imprimir y vender, impriman y vendan el dicho libro en los dichos nuestros Reinos y Señoríos de Castilla, por tiempo de quince años primeros siguientes, que se cuenten desde el día de la fecha desta nuestra Cédula en adelante. So pena que cualquier persona o personas que sin tener para ello vuestro poder lo imprimieren o hicieren imprimir, y lo vendieren o hicieren vender, pierdan toda la impresión que hicieren o vendieren y los moldes y aparejos con que lo hicieren, y más incurra cada uno en pena de cincuenta mil maravedís por cada vez

que lo contrario hiciere, la cual dicha pena sea la tercia parte para la persona que lo acusare, y la otra tercia parte para el Juez que lo sentenciare, y la otra tercia parte para nuestra Cámara y Fisco, y mandamos a los de nuestro Consejo, Presidentes y Oidores de las nuestras Audiencias, Alcaldes y Alguaciles de la nuestra Casa, Corte y Chancillerías, y a todos los Corregidores, Asistente, Gobernadores, Alcaldes, Alguaciles, Merinos, Prebostes y otras Justicias y Jueces cualesquier de los dichos nuestros Reinos y Señoríos, que guarden y cumplan y hagan guardar y cumplir esta nuestra Cédula, y en lo en ella contenido, y contra ella no vayan, ni pasen, ni consientan ir, ni pasar por alguna manera, so pena de la nuestra merced y de diez mil maravedís para nuestra Cámara cada uno que lo contrario hiciere. Fecha en Augusta a XXII de Junio de mil quinientos y cincuenta y un años.

YO EL REY

Por mandado de Su Majestad.

Francisco de Erasso.

EL PRIVILEGIO PARA ARAGÓN

Nos Carolus, Diuina fauente Clementia Romanorum Imperator semper Augustus, Rex Germaniae, Ioanna eius mater & idem Carolus Dei gratia Reges Castellae, Aragonum, Vtriusque Siciliae, Hierusalem, Vngariae, Dalmatiae, Croatiae, Legionis, Nauarrae, Granatae, Toleti, Valentiae, Galetiae, Maioricarum, Hispalis, Sardiniae, Cordubae, Corsicae, Murtiae, Giennis, Algarbii, Algezirae, Gibralta-

ris, Insularum Canariae, nec non Insularum Indiarum & Terrae firmæ Maris Oceani. Archiduces Austriae, Duces Burgundiae, & Brabantiae, Comites Barchinonae, Flandriae & Tiroli, Domini Vizcayae & Molinae, Duces Athenarum & Neopatriae, Comites Rossilionis, & Ceritaniae, Marchiones Oristani & Gociani. Quum per te fidelem nobis Dilectum, Ioannem Christophorum Stellam Caluetum, Serenissimi Philippi Hispaniarum Principis Filii nostri Charissimi Itinerarium ab oppido Vallis Oleti per Italiam & Germaniam in Galliam Belgicam & rursus a Bruxellis oppido, in Flandriam, Brabantiam, & alios Status, cum omnibus arcubus triumphalibus, Spectaculis, Inscriptionibus, ludis equestribus & aliis rebus scitu cognitumque dignis, ad originem & successiones eorum statum pertinentibus, quator libris Vernaculo sermone compositum fuisse intellexerimus, idque tuis expensis Typis mandare cupias, proprium & peculiare munus esse censentes omnibus bonis artibus, eorumque professoribus, eis praecipue qui litteris incumbunt fauere, Tenore praesentium ex nostra certa scientia deliberate & consulto, atque nostra Regia auctoritate, tibi dicto Christophoro Stellae Calueto licentiam damus, plenariamque facultatem impartimur, vt possis & valeas dictum Itinerarium Typis mandare, facere per quemuis impressorem a te eligendum, cum expressa prohibitione, vt nequis iniussu tuo imprimat, imprimereve, neque impressa vendere possit, nec valeat, in Regnis & Dominiis nostris Coronae Aragonum per quindecim annos a die datae presentium inantea computandos, sub paena amissionis omnium librorum, & centum auri Florenorum in tres partes diuidenda. Quarum una accusatori, alia nostro Fisco, & reliqua dicto Stellae applicata censeatur. Quapropter Illustribus, Egregijs, spectabilibus, nobilibus, magnificis, dilectis Consiliarijs & fidelibus nostris quibuscumque, Viceregibus, Locum te-

mentibus & Capitaneis Generalibus nostris, Regenti officium generalis Gubernationis, Gerentibus vices nostri generalis Gubernatoris, Cancellario, Vice Cancellario, Regentibus nostram Cancellariam, Iustitiae Aragonum, Magistris Rationalibus, Baiulis generalibus, caeterisque demum vniuersis & singulis Iudicibus, officialibus & ministris nostris in dictis Regnis & Dominiis & vno quoque eorum constitutis & constituendis, dicimus & districte percipiendo mandamus, ad incursum nostrae indignationis & irae, paenaeque, Florenorum auri Aragonum mille. Quatenus huiusmodi nostram licentiam & prohibitionem, & omnia & singula in ea contenta, inuiolabiliter teneant & obseruent, tenerique, & obseruari faciant. In cuius rei testimonium, praesentes fieri iussimus nostro communi Sigillo à tergo munitas. Datum in Ciuitate nostra Imperiali Augusta Vindelica, Die vigesima tertia mensis Iunij, Anno a Natiuitate Domini Millesimo, quingentesimo quinquagesimo primo.

YO EL REY

Vidit Antonius Perrenotus. Vidit Figueroa Regens, & pro Generali Thesaurario.

Sacra Caesarea & Catholica Maiestas mandauit mihi Didaco de Vargas, Visum per Antonium Perrenotum, Figueroam Regentem Cancellariam, & pro Generali Thesaurario & pro me, pro Conservatore Generali.

In itinerum si communis.
XXI. IXX.

EXTRACT DES PRIVILEGES

que Sa Majeste a ottroye à l'auteur, pour ses terres & Seigneuries des pays bas.

L'Empereur nostre Syre a accordé, & accorde a Iehan Cristofle Caluete de Strella, que par l'espace de quinze ans, luy seul pourra faire imprimer, par tel imprimeur que bon luy semblera, certain liure par luy compose en langaige espagnol, intitule: Le descours du tresheureux Voyage, fait par le Serenissime Prince d'Espagne son filz, de la ville de Valladolid en Castille, iusques es pays de pardeça avec ample relacion des triumpantes entrees, & aultres choses succedees audict Seigneur Prince tout au loing dudict Voyage, en toutes les Villes & citez ou sa Haultesse a este receue, ensemble la description d'icelles.

INTERDISANT & defendant à tous Imprimeurs, libraires, marchans, & aultres quels quilz soyent, de non l'imprimer, ou faire imprimer, ou exposer en vente, en toutes ses terres & seigneuries des pays bas, durant le terme de quinze ans consecutifs, sans l'adueu & congé de l'Auteur: sur peine de confiscation d'iceulx liures, & de forfaire au proussit du dict Iehan Cristofle Caluete de Strella, cinquante Carolus dor, par chascun qui sera trouvé avoir fait au contraire, comme plus euidentement appert par lettres patentes sur ce despechees en sa Ville de Bruxelles, le XXIIII. de Feburier, & XXIII d'Aoust MD.LI.

Signees par l'Empereur en son Conseil.

MStricijz.

Facuwez.

ADOLPHI METERCHI BRVGENSIS, DE ITINERARIO
PHILIPPI HISPANIARUM PRINCIPIS, PER IOAN.
CHRISTOPHORUM CALUETUM STELLAM CONS-
CRIPTO, EPIGRAMMA.

Quodnam iter emensus, quae flumina & aequora lata
Legerit, aut alto superarit vertice montes:
Quae nemora & sylvas, quae prata virentia, quaeve
Viderit oppida, quas gentes, vrbesque, virosque,
Quàm varios hominum mores, tractusque locorum
Hesperius Princeps, Hispanis laetus vt oris
Venit ad aspectum chari Genitoris, & omnes
Belgarum visit fines, & Flandrica Tempe:
Quas illi statuas, titulos, quae pulchra trophea,
Quosque triumphales arcus erexerit omnis
Belgica, qui fuerint ludi, simulataque veris
Praelia, qui ritus, & quae solemnia cuique,
Hic, velut in tabula, diuino munere Stella
Hispanus scripsit, melius nostratia nostris.

AD CAROLUM QVINTVM CAES. AVG. Eiusdem.

Quae nuper capta est vrbs Africa Marte feroci
Auspice fortuna Carole diue tua,
Longè aliud (si vera canunt oracula vatum)
Hoc maius de te vacinatur opus.
Tempus erit, quo tota etiam tibi magna triumphos
Africa pars mundi tertia victa dabit.
Deinde quod est Asiae reliquum Europaeque potentis,
Imperio accedet protinus omne tuo.

ITINERARIO BREVE Y RELACIÓN DE
 TODOS LOS LUGARES, CON SUS MILLAS
 Y LEGUAS, QUE SU ALTEZA ANDUVO,
 DESDE GÉNOVA HAST ABRUSELAS Y POR
 LOS ESTADOS DE BRABANTÉ Y FLAN-
 DES, HASTA MAESTRICHT

PARTIÓ SU ALTEZA DE GÉNOVA PARA MILÁN A ONCE DE DICIEM-
 BRE, AÑO DE MIL Y QUINIENTOS Y CUARENTA Y OCHO

De Génova a	
Gabi	XV millas.
Burgo.	X »
Alexandría de la Palla.	XX »
Tortona.	XII »
Boguera.	X »
Pavía.	XV »
Binasco.	X »
Milán.	X »

DE MILÁN PARA MANTUA, A SIETE DE ENERO AÑO DE MIL Y QUI-
 NIENTOS Y CUARENTA Y NUEVE

De Milán a	
Mariñan.	X millas.
Lodi	X »
Piciguiton	XX »
Cremona	XII »
Canè.	XX »
Castellucho.	X »
Mantua	X »

DE MANTUA PARA TRENTO A DIEZ Y SIETE DE ENERO

De Mantua a	
Villafranca	XV millas.
Gosolengue.	X »
Dolce	XII »

Hala de Trento	X	millas
Roberè	XII	»
Trento	XV	»

DE TRENTO PARA INSPRUCK, A VEINTE Y NUEVE DE ENERO

De Trento a		
Tramin	IIII	leguas alemanas.
Bolzan	III	»
Brixen	VI	»
Esterzinghen	IIII	»
Matran	IIII	»
Inspruck	IIII	»

DE INSPRUCK PARA MUNICH, A SIETE DE FEBRERO

De Inspruck a		
Schwatz	III	leguas
Rotenberg	II	»
Kopffstein	IIII	»
Rosenheim	IIII	»
Ebersperg monesterio	IIII	»
Munich	III	»

DE MUNICH PARA HEIDELBERG A VEINTE DE FEBRERO

De Munich a		
Prung	III	leguas.
Moringhen	IIII	»
Augusta	II	»
Zussmairshausen	III	»
Gutsparg	III	»
Ulma	III	»
Gesslinghen	IIII	»
Geppinghen	II	»
Eslinghen	IIII	»
Fahinghen	III	»
Bretten	II	»
Bruxel	IIII	»
Heidelberg	IIII	»

DE HEIDELBERG PARA LUTZELBURG A ONCE DE MARÇO

De Heidelberg a			
Spira	IIII	leguas menores.	
Neustat.	III	»	»
Kaisersluttern.	V	»	»
Zwaitbruck	IIII	»	»
Sarbruck	IIII	»	»
Waldersinghen	III	»	»
Sirch.	IIII	»	»
Lutzburg	III	»	»

DE LUTZELBURG PARA BRUSELAS, A VEINTE Y TRES DE MARÇO

De Lutzburg a			
Arle o Arlon	IIII	leguas menores.	
Bastenach o Bastonia	VI	»	»
La Roche o Roca de Dardefia	IIII	»	»
Marses Famene	IIII	»	»
Signey y Enthine	IIII	»	»
Namur	IV	»	»
Wauere.	VI	»	»
Bruselas	IIII	»	»

DONDE SU ALTEZA ENTRÓ PRIMERO DE ABRIL, AÑO DE MIL Y QUINIENTOS Y CUARENTA Y NUEVE. ESTUVO ALLÍ HASTA LOS CUATRO DE JULIO, QUE PARTIÓ PARA LOVAINA, Y TORNÓ A BRUSELAS, Y DE ALLÍ FUÉ A VISITAR A FLANDES, ARTOES Y HENAO. PARTIÓ SU ALTEZA DE BRUSELAS PARA GANTE, A DOCE DE JULIO, AÑO DE MIL Y QUINIENTOS Y CUARENTA Y NUEVE

De Bruselas a			
Termonda	V	leguas.	
Gante	V	»	»

DE GANTE PARA BRUJAS, A DIEZ Y NUEVE DE JULIO

De Gante a			
Louwa.	III	leguas.	
Maldeghem.	IIII	»	»
Brujas	IV	»	»

DE BRUJAS PARA LILA, A VEINTE Y SEIS DE JULIO

De Brujas a	
Winendale	IIII leguas.
Langhemarch	IIII »
Ypre.	IIII »
Berghes de San Winoco	VII »
Grevelinghe.	V »
San Omer.	V »
Arien o Era.	V »
Betuna.	V »
Lila.	VII »

DE LILA PARA ARRAS, A SIETE DE AGOSTO

De Lila a	
Tornay	V leguas.
Dovay	VIII »
Arras.	VIII »

DE ARRAS PARA BINS, A DOCE DE AGOSTO

De Arras a	
Cambray	VI leguas.
Valenciennes.	VII »
Quesnoy	III »
Auenes	VII »
Chimay	VII »
Marienburg	IIII »
Beaumont.	V »
Bins.	IIII »

DE BINS PARA BRUSELAS, POSTRERO DE AGOSTO

De Bins a	
Mons en Henao	III leguas.
Sognies.	III »
Septfontaines.	IIII »
Bruselas	III »

SALIÓ SU ALTEZA DE ALLÍ A LOS SEIS DE SETIEMBRE, AÑO DE MIL Y QUINIENTOS Y CUARENTA Y NUEVE, A VISITAR LOS ESTADOS DE BRABANTE, HOLANDA, ZELANDA, VIRECH, TRANSISELANA Y GELHDRES. PARTIÓ DE BRUSELAS PARA ANVERS

De Bruselas a

Malinas. IIII leguas.
Anvers IIII »

DE ANVERS PARA BOSLEDUC, A DIEZ Y NUEVE DE SETIEMBRE

De Anvers a

Berghes op Zoem VI leguas.
Rummerswael. III »

Y TORNÓ A BERGHES.

Breda. VI »
Bosleduc VI »

DE BOSLEDUC PARA UTRECHT, A VEYNTE QUATRO DE SETIEMBRE

De Bosleduc a

Gorichom. VI leguas.
Dordrecht. IIII »
Rotterdam. III »
Haghe III »
Leyden. III »
Haerlem. V »
Aemsterdam. III »
Utrecht. VI »

DE UTRECHT PARA RUERMOND, A CINCO DE OCTUBRE

De Utrecht a

Amersfoort III leguas.
Harderwick IIII »
Campen. IIII »
Swol I »
Deventer IIII »
Zutphen II »
Aernehem. IIII »
Nieumeghen. IIII »
Wel. IIII »
Venló. II »
Ruermond. III »

DE RUERMOND PARA BRUSELAS, A VEYNTE Y DOS DE OCTUBRE

De Ruermond a	
Weert	III leguas.
Wedert.	III »
Thurnhout.	V »
Liera.	V »
Brusselas	VI »

DE BRUSELAS PARA MAESTRICHT, ÚLTIMO DE MAYO, AÑO DE MIL Y QUINIENTOS Y CINCUENTA

De Brusselas a	
Lovayna	IIII leguas.
San Truden o Centron.	VI »
Tongheren.	III »
Maestricht.	III »

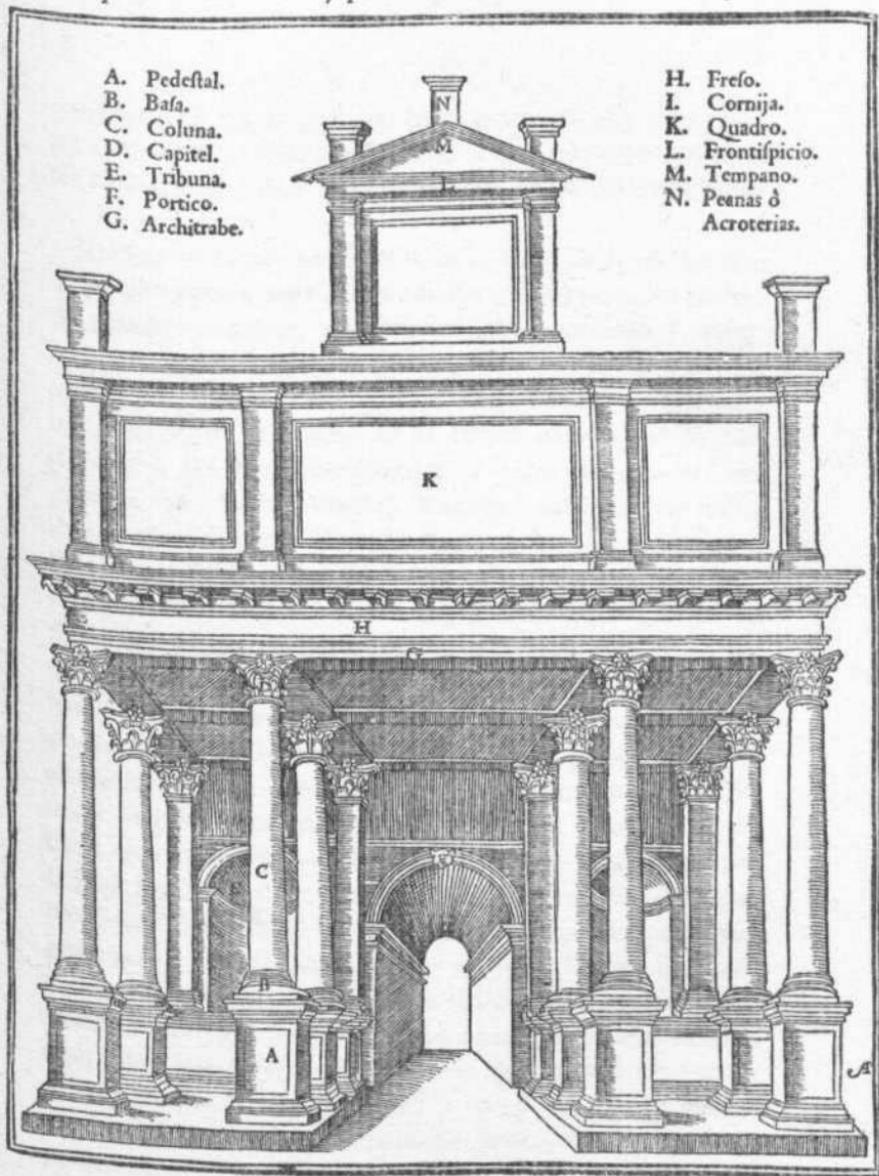
QUE ES EL FIN D'EL ITINERARIO Y LIBRO

DECLARACION D'EL ARCO TRIVM-

phal. La delos vocablos se puede ver enel Libro tercero. Fol. 100. y 101.

- A. Pedestal.
- B. Bafa.
- C. Coluna.
- D. Capitel.
- E. Tribuna.
- F. Portico.
- G. Architrabe.

- H. Freso.
- I. Cornija.
- K. Quadro.
- L. Frontispicio.
- M. Tempano.
- N. Peanas ó Acroterias.



PROLOGO

DIRIGIDO A LA S. C. C. M. DEL INVICTÍSIMO EMPERADOR Y REY NUESTRO SEÑOR, DON CARLOS QUINTO MÁXIMO, POR JUAN CRISTOBAL CALVETE DE ESTRELLA

Muchas veces he considerado, S. C. C. M., leyendo las historias antiguas, y señaladamente las que cuentan los hechos de aquellos romanos, que por su saber, esfuerzo y valor, llegaron de tan pequeños principios a ser Señores y Monarcas del mundo, cuán grande inducimiento y estímulo era para seguir el camino de la virtud haberle puesto tan grandes y tan honrosos premios, y entre otros, aquel del Triunfo, que (como Vuestra Majestad sabe) no se daba, sino al Emperador o Capitán General, Dictador, Cónsul o Pretor que hubiese vencido en batalla cinco mil enemigos, y dejase la provincia quieta y pacífica al que sucedía en ella. Lo cual era de tanta importancia, que muchos se ponían a muy señalados y no pensados peligros, y acababan hazañas nunca vistas, con sólo esperar aquella tan señalada gloria, dada por voto y determinación de personas de tan alto juicio y claro entendimiento, y que también sabían conocer la honra que se debía a los méritos de cada uno; y tales, que aquel Embajador Cineas, siendo preguntado por el Rey Pirro, su señor, que qué le había parecido de aquellos Senadores romanos, respondió que le parecía una congregación y ayuntamiento de otros tantos Reyes. Especialmente pondere que se permitía a muchos, como fué a Lucio Emilio Paulo, que pudiese llevar consigo, en su real triunfo, a su hijo, pareciéndoles que de más que aquello era incitar y animarlos a la misma virtud y valor que en sus padres resplandecía, se les debía permitir justamente, porque del padre, como de fuente y cabeza, descendiese y se derivase

parte del triunfo y gloria en el hijo, viva imagen y semejança suya. Y aunque aquello se había dejado de usar tantos años, en nuestros tiempos se ha visto que V. M. ha tornado del todo a renovar esta tan excelente y loable costumbre, dejando gozar el triunfo de tantas y tan señaladas victorias como Dios ha dado a V. M. en Italia, Alemania y Flandes, a vuestro único hijo y heredero, Príncipe Don Felipe. El cual, habiendo venido de España con tan poderosa armada, pasó por la Italia y Alemania, triunfando y gozando el fruto de las victorias de V. M. y de la paz y tranquilidad en tantas provincias puesta, y conservada por vuestro alto valor y gran prudencia. Y finalmente llegó a la baja Alemania, donde con tanto amor y alegría y universal contentamiento de todos fué recibido. Hallándome, pues, yo presente, en servir a Su Alteza en su felice viaje, que tan agradable fué para él, por haber sido digno de gozar del triunfo de tantas victorias, como glorioso para V. M. por haberlas acabado con tanta felicidad, y visto a vuestro hijo en edad, que después de muy largos años le podáis dejar heredero, no sólo de tantos reinos y señoríos, mas de aquella gloria y inmortal fama, de que con tan increíbles trabajos V. M. ha llegado a la cumbre, quise tomarle yo, en escrebir muy particularmente lo que pasó en los recibimientos y triunfales aparatos que en todo el viaje se hicieron, así antes de llegar el Príncipe a V. M. como después que llegó, y cuando fué jurado en Brabante y Flandes, y anduvo a visitar todos aquellos Estados de Henao, Artoes, Holanda, Zelanda, Utrecht, Transiselana, Frisa y Gueldres, con todas las demás fronteras de aquellos Señoríos, porque en ellos se viesen los efectos que habían hecho las grandes empresas de V. M. y su singular gobierno y prudencia. Juntamente con esto, quise en algunas partes tocar el antigüedad, origen y grandeza de los Estados de Brabante y Flandes, cosa tan digna, que de todos sea sabida. En lo cual, si he usado de

alguna diligencia y estudio, me remito al juicio de V. M., a quien yo solamente pretendo dedicar este pequeño trabajo, como pienso hacer otros mayores, en que con su favor y sombra he de poner la mano. Si en algunas cosas no me he alargado cuanto era razón, ha sido por haber tenido fin a no dar pesadumbre a V. M. con la prolijidad, y a escribir brevemente el progreso deste Viaje, que se puede y debe contar por uno de los que en el mundo ha habido de mayor felicidad y triunfo.

CATÁLOGO DE LOS AUTORES, ASÍ ANTI-
GUOS COMO MODERNOS, QUE EN ESTA
OBRA HE SEGUIDO

- | | |
|-------------------------------|-------------------------------|
| Biblia Sacra. | Homero. Huberto Leodio. |
| Abad Wespέργense. | Jacobo Guisano. |
| Adriano Barlando. | Jacobo Meyero. |
| Alberto Krantzio. | Ilustraciones de la Gallia de |
| Ammiano Marcelino. | Juan Mario. |
| Anales o Crónicas de Henao. | Ioannes Mayor. |
| Annonio. Antonino Pío. | Iodoco Wilichio. |
| Arnoldo Ferrono. Arriano. | Iuan Avencino. |
| Aulo Hircio. | Juan Placencio. |
| Ausonio Gallo. | Juan Rhellicano Tigurino. |
| Bartholomeo Marliano. | Juan Servilio. Juan Vilani. |
| Beato Rhenano. Beda. | Jucundo Veronense. |
| Beroso Caldeo. Bonfinio. | Julio César. |
| Blondo Flavio. | Julio Capitolino. |
| Cesar Scaligero. | Justino. |
| Cornelio Scribonio. | Lamberto Hortensio. |
| Cornelio Tácito. | Lilio Gerardo. |
| Cuspiniano. | Leo Baptista. |
| Egidio Tscudo. Eliano. | Lucio Floro. |
| Eneas Silvio o Papa Pío. | Luis Vives. |
| Erasmus. | Mamertino y otros panegi- |
| Enrico Glareano. | ristas. |
| Eusebio Cesariense. Eutropio. | Marco Antonio Sabelico. |
| Flavio Vopisco. Frossardo. | Marco Tulio Cicerón. |
| Gerardo Noviomago. | Miguel Ricio. |
| Guilielmo Paradino. | Nauclero. |
| Hector Boecio. | Nicolao Cannio. |
| Herodoto. Hesiodo. | Otton Frisingerbense. Ovidio. |
| Hieronymo Gebuilero. | Paulo Emilio. |
| Historia de Reynerio Snoy | Paulo Diácono. |
| de mano. | Paulo Orosio. |
| | Pedro Nanio. |

Pero Mexía.
Philippe Comineo.
Platina.
Plinio.
Plinio Iunior.
Pomponio Mela.
Polidoro Vergilio.
Procopio.
Ptolomeo.
Quinto Curcio.
Raymundo Marliano.
Raphael Volaterano.

Roberto Guaguifo.
Saxon Gramatico.
Sidonio Apolar.
Sigiberto.
Solino.
Suetonio Tranquilo.
Strabón.
Tito Livio.
Valerio Máximo.
Vegecio.
Virgilio. Vitruvio.

TABLA DE LAS PRINCIPALES COSAS QUE EN ESTOS CUATRO LIBROS DEL VIAJE SE CONTIENEN

LIBRO PRIMERO

Barcelona.	Embarcación.
Castellón de Empurias.	Entrada de Génova
Cómo envió el Príncipe Don Felipe a visitar al Empera- dor Don Carlos Quinto Má- ximo, su padre.	Génova Navegación. Partida de Valladolid.

LIBRO SEGUNDO

Alexandría de la Palla.	Lodi.
Augusta.	Lutzelburg.
Batalla y torneo en el campo arenoso en la triunfal en- trada del Príncipe en Bru- selas.	Mantua.
Bruselas.	Milán.
Cane.	Munich.
Cremona.	Namur.
Entrada de Milán.	Partida de Génova.
Fiestas de fuegos y combate del castillo.	Partida para Mariñán.
Hala de Trento.	Partida de Mantua.
Heydelberg.	Pavía.
Inspruck.	Procesión.
Juego de cañas.	Representación de comedia.
Justa de la plaça.	Representación de la otra co- media.
Justa en el parco.	Roberè.
La espada y bonete que el Papa Paulo Tercio envió a Su Alteza.	Spira.
	Torneo de caballo.
	Torneo de pie de soldados españoles.
	Torneo real de pie.
	Torneo de pie.

Trento.
Vanquete.

Villafranca.
Ulma.

LIBRO TERCERO

Arras Villa.
Arras ciudad.
Artoes.
Berghes de San Winoco.
Bethuna.
Brabante.
Brujas.
Bruselas.
Cambray.
Carta.
Combate del castillo y lo demás que allí pasó.
Del torneo de pie.
De la aventura de la espada encantada, y del castillo Tenebroso el primer día.
De los caballeros que vinieron a probar la aventura el segundo día, y quién le dió fin.
De lo que aconteció en palacio y lo que sobre ello se hizo.

Del torneo de caballo.
Del torneo de pie.
De la cámara encantada.
Dovay.
Fiestas de Bins hechas por la Serenísima Reina María de Hungría.
Flandes.
Gallia Bélgica.
Gante.
Henao.
Juego de cañas.
Landresi.
Lila.
Lovaina.
Mons en Henao.
San Omer.
Tornay.
Valenciennes.
Ipre.

LIBRO CUARTO

Amersfoort.
Amsterdam.
Anvers.
Aernehem.
Alemanes marítimos.
Alemanes superiores.
Arco público.
Arco triunfal público.
Arco triunfal público.
Arco público.
Berghes op Zoem.

Bosleduc.
Bruselas.
Burgueses.
Brabante.
Breda.
Campen.
Deftl.
Del gigante Antigonó.
Del palacio y arco triunfal del Senado.
Deventer.

Dordrecht.	Haghe La Haye.
El arco triunfal de los españoles.	Haerlem.
El arco triunfal de los ginevses.	Holanda.
El arco triunfal de los ingleses.	Infantería.
El arco triunfal de los alemanes.	Ingleses.
Entrada del Príncipe.	Juramento público.
El pórtico triunfal de los florentines.	Justa real.
El Senado.	Justa que mantuvo don Alonso Pimentel.
Españoles.	Justa que mantuvo Ruy Gómez de Silva.
Espectáculo público.	Leyden.
Espectáculo público.	Luqueses.
Espectáculo público.	Malinas.
Espectáculo público.	Maestricht.
Espectáculo público.	Milaneses.
Espectáculo público.	Monte de Maestricht.
Espectáculo público.	Nieumeghen.
Espectáculo de los monederos.	Portugueses.
Espectáculo público.	Roterdam.
Fiesta y escaramuza de caballo que se hizo en el parco de palacio.	Ruermond.
Frisa.	Swol.
Florentines.	Tongheren.
Gheldres.	Torneo de caballo.
Ginevses.	Torneo de pie.
Gorichom.	Venlò.
	Weert.
	Utrecht.
	Zelanda.
	Zutphen.

LIBRO PRIMERO

DEL VIAJE DEL MUY ALTO Y PODEROSO
PRÍNCIPE Y SEÑOR NUESTRO DON FELIPE,
PRÍNCIPE DE LAS ESPAÑAS, COM-
PUESTO POR JUAN CRISTÓBAL CALVETE
DE ESTRELLA

CÓMO ENVIÓ EL PRÍNCIPE DON FELIPE A VISITAR
AL EMPERADOR DON CARLOS QUINTO MÁXIMO,
SU PADRE

ACABADA la guerra de Alemania por el Emperador Don Carlos Quinto Máximo con tanta gloria e inmortal fama suya y beneficio de la Cristiandad, a causa de los mortales trabajos que en aquella guerra tan difícil y peligrosa había recibido, adoleció en Augusta, ciudad muy principal de Alemania, de una grave enfermedad; y llegando la nueva de ello a la villa de Monçón, donde el Serenísimo Don Felipe, Príncipe de España, su hijo, tenía cortes a los Estados de aquellos tres reinos de Aragón, Valencia y Cataluña, que fueron las primeras que hizo, en el año de mil y quinientos y cuarenta y siete, con general contentamiento de todos los naturales dellos. Y sintiendo esta nueva en el alma, como era razón, por el mucho amor y acatamiento que al Emperador su padre siempre tuvo, envió a Ruy Gómez de Silva, gentilhombre de su cámara, a visitarle

y a congratularse con él de la victoria que Dios le había dado contra una provincia tan belicosa y poderosa como Alemania; y de haber prendido un tan gran Príncipe como el Elector Juan Federico, Duque de Sajonia: y rendido a Felipe Lantsgrave de Hessen y a otros rebeldes del Sacro Imperio, y a tantas ciudades tan ricas, poderosas y fuertes. Muy grande fué la alegría que el Emperador recibió de ser visitado de parte del Príncipe su hijo; y deseando gozar enteramente de la victoria (por ser, como es, mayor el placer y el bien cuando es comunicado), quiso dar orden en la venida del Príncipe su hijo, para gozarse en verle; y también porque los Estados de las provincias patrimoniales contenidas parte en la Baja Alemania, entre los ríos del Rin y el Visurgo, que es Weser, al Levante, y parte en la Galia Bélgica entre el Rin y el mar Océano de Inglaterra de Poniente, y al Norte el mar Océano de Alemania, que comúnmente se llaman Tierras bajas o Estados de Flandes, y así los llamaremos de aquí adelante, le conociesen y entendiesen la gran merced que Dios les había hecho en darles para después de sus días un tal Príncipe por sucesor y señor. Despachado con este recaudo Ruy Gómez de Silva, volvió muy en breve a España, donde fué recibido del Príncipe con grande alegría por la buena nueva que le traía de la salud y convalecencia del Emperador. Y sabido lo que cerca de su pasada a Flandes le enviaba a mandar, lo aceptó con gran voluntad: así por la buena ocasión que se le ofrecía de ir a ver al Emperador su padre (cosa que él tanto deseaba) como también por cumplir su mandado en ir a visitar los Estados de Flandes. Luego se publicó la partida y se supo el casamiento que se había tratado del Príncipe Maximiliano de Hungría con la serenísima Infanta Doña María, hija del Emperador; y cómo don Hernando Álvarez de Toledo, Duque de Alba, su Mayordomo mayor y Capitán general, venía por su mandado a dar orden en la partida y poner el estado de la real casa del Príncipe a la

forma y uso de la casa de Borgoña, como la tiene el Emperador su padre. Acabadas las cortes en Monçon, que fueron harto largas y dificultosas, partió el Príncipe de allí a ocho de Diciembre, día de la Concepción de Nuestra Señora, para la villa de Alcalá de Henares, donde estaban las serenísimas Infantas de España Doña María y Doña Juana sus hermanas, y el Infante Don Carlos su hijo. Allí se detuvo algunos días, recreándose en muchas justas y torneos y otras fiestas reales que se hicieron. En este medio llegó por la posta el Duque de Alba de Alemania, enviado por el Emperador, y con él don Antonio de Toledo, Caballero mayor del Príncipe. Con su venida se confirmó la partida, y se comenzó a entender en la orden que se había de tener en la mudança de la casa. De Alcalá determinó el Príncipe partirse para Valladolid, así para entender en lo que tocaba a su viaje como en el casamiento de los Príncipes Maximiliano y doña María, sus hermanos; porque ya se tenía nueva que el Príncipe Maximiliano venía en las galeras del Emperador, que le traía en ellas el Príncipe Andrea Doria, su Capitán general en la mar. Por lo cual el Príncipe mandó a don Pedro de Córdoba que se partiese por la posta a Barcelona, para que en llegando allí con el armada le visitase de su parte y diese el parabién de su venida, y para que le recibiesen y tratasen como a su persona. Don Pedro se partió como su Alteza se lo hubo mandado, y llegó a Barcelona, donde esperó la venida del Príncipe Maximiliano, que aun no era llegado. Y desde a pocos días la Infanta doña María mandó despachar a don Diego de Córdoba, para que de su parte fuese a le visitar y recibir. Ya en este tiempo el Príncipe Maximiliano era desembarcado, y venía su camino para Castilla; y así don Diego le encontró en Fraga antes de llegar a Barcelona; el cual fué muy bien recibido del Príncipe Maximiliano, por ser enviado de la Infanta doña María su esposa, y le dió una muy rica cadena de oro por las buenas nuevas que le traía. Siendo, pues, ya ciertos de su venida,

estando el Príncipe y las Infantas en Valladolid, se atendía a aparejar grandes regocijos y fiestas; pero entretanto no dejaba su Alteza de entender en dar orden en la forma y estado de su casa, conforme a la que el Duque de Alba había traído del Emperador, recibiendo a muchos caballeros en los estados y asientos así de la cámara como de la boca y de la casa y de los oficios della. Acabado de dar orden en esto, y estando ya la casa formada, se comenzó a servir al uso de Borgoña a los quince de Agosto, día de Nuestra Señora, del año mil y quinientos y cuarenta y ocho. Sirvió de Mayordomo mayor el Duque de Alba, acompañado de don Pedro de Ávila, Marqués de las Navas; de don Pedro de Guzmán, Conde de Olivares; de Gutierre López de Padilla, y de don Diego de Acevedo, Mayordomos del Príncipe; los cuales salieron muy galanes y ricamente vestidos; y lo mismo los gentileshombres de la boca y de la casa. Hízose el servicio del plato con reyes de armas vestidos de sus cotas reales, y maceros con real cerimonia y aparato. Ya en este tiempo se sabía cómo el Príncipe Maximiliano venía enfermo de cuartana, que fué causa que cesasen las justas, torneos y fiestas que estaba ordenado, que se hiciesen; y también, por ser ya mediado Setiembre cuando llegó a Valladolid, que pudiera causar mucha dilación en la partida de su Alteza. Háblele salido a recibir por mandado del Príncipe hasta la raya de Aragón don Pero Hernández de Velasco, Condestable de Castilla, con muchos señores y caballeros ricamente aderezados; yendo su camino para toparle por haberse dado el Príncipe Maximiliano más prisa de la que se pensaba, le topó en una villa que se dice Olivares, cinco leguas de Valladolid, donde le hizo uno de los más altos recibimientos que nunca señor hizo a Príncipe del mundo. Sabiendo que era llegado allí Maximiliano, le salió a visitar el Príncipe por la posta, acompañado del Duque de Alba, del Almirante de Castilla, del Duque de Sesa y de otros muchos Grandes Señores y Caballeros.

Y habiéndose recibido y tratado con aquel amor y cortesía que entre tan grandes Príncipes y tan deudos convenía, tornóse el Príncipe a Valladolid para recibirle públicamente el día siguiente, que fué su entrada, la cual y el recibimiento que se le hizo fué con tan gran fiesta y solemnidad cual a un tal Príncipe se debía. Llegado a palacio se desposó aquella noche con la Infanta doña María por mano del Reverendísimo Cristóforo Madruccio, Cardenal y Obispo de Trento, Príncipe del Imperio, que desde Alemania venía en su acompañamiento, ratificando el desposorio que antes había pasado en Aranjuez por mano de don Juan Martínez Silíceo, Arçobispo de Toledo, en virtud del poder del Príncipe Maximiliano, que Tomás Perrenoto, señor de Chantonay, su camarero, había traído, con el cual había ido por mandado del Príncipe Gonçalo Pérez, su secretario, para hallarse presente a lo que se había de hacer, y dar (si conviniese) fe de todo lo que en ello pasase. El día siguiente a la mañana, el Cardenal dijo la misa y los veló con la solenidad que convenía; y a cabo de tres o cuatro días que fueron casados, se representó en palacio una comedia de Ludovico Ariosto, poeta excelentísimo, con todo aquel aparato de teatro y escenas que los Romanos las solían representar, que fué cosa muy real y suntuosa.

PARTIDA DE VALLADOLID

Después que el Príncipe hubo celebrado y regocijado con esta y algunas otras fiestas (que la brevedad de la partida dió lugar) el casamiento de los Príncipes Maximiliano y doña María sus hermanos, dejándolos en el gobierno de España como el Emperador lo había enviado a mandar, dió orden a su partida, mandando, lo primero, que su ca-

balleriza y pajes y otros impedimentos de la casa partiesen delante a Barcelona. Y porque entraba ya el invierno y se perdía la comodidad del buen tiempo para la navegación, y para abreviar su viaje, acordó de hacer su camino por la posta hasta Barcelona, y mandó que para ello se tuviesen en cada posta gran número de caballos. Primero de Octubre del año de mil y quinientos y cuarenta y ocho, el Correo mayor envió delante avisar de la partida y apercebir las postas que se habían mandado proveer, y el día siguiente partió el Príncipe por la posta de Valladolid, y en su acompañamiento el Cardenal de Trento; don Juan Poggio Obispo de Tropea Nuncio del Papa Paulo Tercio; don Hernando Álvarez de Toledo, Duque de Alba; don Gonçalo Hernández de Córdoba, Duque de Sesa; don Antonio de Toledo, Caballerizo mayor; Ruy Gómez de Silva, don Juan de Benavides, gentileshombres de la cámara; don Gómez de Figueroa, Capitán de la guarda española, y Raymondo de Tassis, Correo mayor del Emperador, y algunos oficiales de la cámara y boca. Llegó a comer a Quintanilla, y a dormir a Aranda de Duero. El día siguiente comió en Castril y durmió en el Burgo de Osma. El tiempo hacía de muchas aguas y tempestades, mas no por esto dejó (habiendo comido en Matute) de seguir su camino hasta Montagudo, que es el puerto y postrer lugar entre Castilla y Aragón. Aquí vino una triste nueva al Duque de Alba, de la muerte de su hijo primogénito, don García de Toledo, caballero mancebo, pero de esclarecida muestra de virtud, y que con mucha razón se esperaba dél que no fuera inferior a sus pasados. Tomólo el Duque con aquella constancia de ánimo con que suele emprender las altas y grandes cosas que con tanta gloria y fama de su nombre y casa en servicio del Emperador ha acabado. Puso en admiración a todos su gran valor y prudencia, y dió un ejemplo ilustre de singular grandeza y fortaleza de ánimo para saberse valer y gobernar en semejantes golpes de fortuna. El cuarto día comió el

Príncipe en Bovierca y durmió en Fresno; y el otro fué a comer a la venta Romera, y a la noche entró en Çaragoça, Apeóse en casa de don Pedro de Luna, Conde de Morata, Visorrey de Aragón, el cual sirvió muy altamente a su Alteza, y hospedó y trató a todos aquellos señores y caballeros con mucho acogimiento y voluntad. El siguiente día, después de haber comido, corrió hasta Ossera. Otro día fué a comer a Burjalaroz, y a cenar a Fraga, que es el último lugar de Aragón yendo a Cataluña; en el cual, don Pedro de Castro, Obispo de Salamanca, Capellán mayor del Príncipe (que siguiendo su camino acaso se halló allí), dió de comer aquel día a su Alteza y a todos los demás que allí venían. Otro día siguiente corrió hasta la villa de Arbeca, habiendo comido en Alcarraz. Es Arbeca de don Alonso de Aragón, Duque de Segorbe y de Cardona; tiene una buena fortaleza y casa. Fué recibido allí el Príncipe del Duque y Duquesa con aparato real, y con una muy buena salva de artillería, que fué la primera que en este viaje al Príncipe se hizo. La cena aquella noche fué muy bien servida con mucha fiesta y regocijo y serao que hubo de damas. De aquí fué a comer a los Hostaletes y a dormir a Igualada con muy gran tempestad de vientos y aguas. A los diez de Octubre, después de haber comido, subió al monasterio de Nuestra Señora de Monserrate, donde fué recibido del Abad y monjes a la puerta de la casa con solene procesión, y así fué a hacer oración a la capilla de Nuestra Señora. Aquí se detuvo el siguiente día por confesarse, como Príncipe tan cristiano, y por visitar aquella devotísima casa y las ermitas della. Imitaron en esto a su Príncipe, no sólo los que le acompañaban, mas aun casi todos los que le siguieron en este viaje, que la mayor parte dellos vino por Monserrate, por encomendarse a Dios y a Nuestra Señora; ofreciendo sus dones y limosnas, y pidiendo buen suceso en su camino. Antes que partiese de allí el Príncipe, llegó la posta con diez gentileshombres de su casa don Francisco de Ávalos, Mar-

qués de Pescara, hijo de don Alonso de Ávalos, Marqués del Guasto, Gobernador que fué del estado de Milán y Capitán general del Emperador, que había venido desde Italia a España en las galeras de Nápoles con don García de Toledo, con fin de acompañar y servir a su Alteza, como mucho había lo tenía deseado; y así lo recogió y trató el Príncipe favorablemente y con mucho amor. Ya eran los trece de Octubre, cuando el Príncipe bajó de Monserrate. Salieron de Barcelona a le recibir hasta Molinderrey don Juan Fernández Manrique, Marqués de Aguilar, Visorrey y Capitán general de Cataluña, y don Bernardino de Mendoça, Capitán general de las galeras de España, con muchos caballeros y gentileshombres. Y a media legua de la ciudad, don Jaime Cassador, Obispo de Barcelona, y don Juan de Tormo, Obispo de Vic, y los Diputados del Principado y Cónsules con muchos gentileshombres y ciudadanos como a su Príncipe y Señor natural. Entró en Barcelona ya de noche; así como venía por la posta se fué a apeaar a la casa de doña Estefanía de Requesens, viuda, que fué casada con don Juan de Çúñiga, Ayo del Príncipe, Comendador mayor de Castilla, y del Consejo de Estado del Emperador. Ésta fué una mujer tan excelente y rara, que no le faltó sino vivir en los tiempos pasados, para que se celebrara y hubiera una perpetua memoria della.

BARCELONA

Estuvo el Príncipe en Barcelona tres días en proveer y despachar algunas cosas que convenían al bien público de aquellos reinos, y descansando del trabajo que en el camino había pasado con las muchas aguas y tempestades que el tiempo hizo. El Cardenal de Trento, por servir y festejar

al Príncipe y regocijar a todos, usando de su acostumbrada magnificencia y largueza, hizo un banquete general al Príncipe y a toda la corte, y a los demás que quisieron ir a recibirle, en un jardín muy lleno de naranjos y cidros y otros árboles muy diversos, donde para ello estaba un cenador muy bien aderezado de doseles de brocado y de muy rica tapicería. Fueron muchos a verlo por ser comida tan real y suntuosa. Hubo a la noche fiestas y máscaras. El día siguiente, que fué a diez y siete de Octubre, determinó el Príncipe de partirse por jornadas a Rosas, donde le estaba esperando el Príncipe Andrea Doria con la armada. Fué aquella noche su Alteza a la Roca, y de allí a Hostalrich, que es un lugar del Vizcondado de Cabrera, el cual es de don Luis Enríquez, Almirante de Castilla; que aunque no era llegado allí, no faltó todo lo que fué necesario para servir al Príncipe, como si estuviera presente. De aquí vino a la antigua ciudad de Girona, de la cual en Cataluña se toma el título de Príncipe y Duque de Monblanc y Señor de Balaguer, y como a tal le salieron a recibir, y fué la primera ciudad adonde el Príncipe entró con pompa y aparato real. Dió la salva de la artillería señal de su venida. Esperábale fuera de la ciudad una buena compañía de soldados armados de coseletes y otros arcabuceros. Salieron muchos caballeros y gentileshombres a recibirle bien aderezados en caballos galanamente guarnecidos. Venía el Príncipe muy bien acompañado de caballeros. Iban delante dos maceros con sus maças reales: seguíanse luego dos reyes de armas con sus cotas de insignias reales, y delante del Príncipe don Antonio de Toledo, su Caballerizo mayor, con un estoque desnudo levantado en la mano; y detrás del Príncipe iba el Duque de Alba. Llegando junto a la ciudad, le recibieron los Cónsules con el debido acatamiento, como a su Príncipe y Señor natural; y lleváronle con gran pompa y solenidad con un rico palio, y habiéndole atado dos gruesos cordones de seda al freno del caballo, y todos los regidores de la ciudad asidos dellos,

llevaron al Príncipe como por las riendas con esta cerimonia, como lo tienen por costumbre en Cataluña cuando reciben y juran a su Príncipe. Desta manera fué a la iglesia mayor, y a la mitad de las gradas que hay para subir a ella, salió don Juan de Margarit, obispo de Girona, vestido de pontifical, y las dignidades, canónigos y clerecía a le recibir con toda aquella solenidad y cerimonia eclesiástica que se suele recibir un Príncipe y Señor natural: y habiendo adorado una cruz rica que el Obispo tenía en sus manos, entró en la iglesia y hizo oración. De allí fué a posar a la casa del Obispo, el cual hizo plato al Príncipe y a toda su real casa: y hizo proveer de todo lo necesario muy cumplidamente. Estaban las ventanas de las casas muy bien adornadas de alhombros y tapicería, llenas de muchas y hermosas damas que en la ciudad había. A la noche, en señal de la pública alegría, se hicieron muchos fuegos y luminarias por todas las calles y por las murallas, torres, templos y ventanas, regocijándose con muchas danças y bailes, discutiendo por toda la ciudad, haciendo los arcabuceros salvas y escaramuças con que manifestaban el gozo que de la presencia del Príncipe la ciudad tenía: de la cual el siguiente día, que fué sábado, a diez y nueve de Octubre, se partió y entró en Castellón de Empurias con gran tempestad de aguas y aspereza de tiempo.

CASTELLÓN DE EMPURIAS

Castellón es la principal villa del condado de Empurias, que es del Duque de Segorbe. Apeóse el Príncipe en la casa que allí el Duque tiene. Los Señores, caballeros y gente de corte que allí concurrió para pasar el mar en servicio y acompañamiento del Príncipe era tanta que con dificultad cabía

en Castellón, en Rosas, ni en los lugares de la comarca. Ya en este tiempo se habían embarcado en una galera del Príncipe Andrea Doria, don Miguel de Velasco, Aposentador mayor del Príncipe, y Bernardino Duarte, Aposentador de palacio, con otros aposentadores, para tener hecho el aposento en Génova; y aunque usaron toda diligencia en su navegación llegaron poco antes que el Príncipe por la fortuna y tiempo contrario que ya en la mar hacía. El siguiente día, después que el Príncipe hubo comido, se fué a Rosas a ver las galeras y armadas en que había de pasar. Es Rosas antiquísimo lugar a una legua de Castellón del Condado de Empurias: tiene un puerto, el mayor que hay en el mar Mediterráneo de España, y al un cabo y punta dél hay una fortaleza que se llama el castillo de la Trinidad, la cual el Emperador Carlos Quinto Máximo mandó hacer para guardar la entrada dél con muchas piezas de artillería. Sabiendo el Príncipe Andrea Doria que su Alteza venía por ver el armada mandó poner en orden todas las galeras y naos con gran multitud y variedad de ricas banderas, estandartes y gallardetes de damasco carmesí labrados de oro y plata, y de diversas colores con las armas del Imperio y reales. Estaban las galeras del Príncipe Andrea Doria, las de España, las de Nápoles y las de Sicilia, puestas en sus batallas por sí con tanta orden y concierto, ornadas de tanta variedad de banderas y estandartes que en ninguna cosa más se pudiera recrear ni dar contentamiento a la vista, y no menos bien parecían las naos ginovesas y vizcaínas y las hulcas de Flandes, que estaban a una parte, y a la otra las carabelas portuguesas, y entre ellas los escorchapines de Cataluña. Esperaban en tierra al Príncipe puestas en orden, muy bien adreçadas de armas y arcabucería, tres banderas de Infantería española, de los capitanes Amador de Donamaría, Diego Hernández Morerueta y Rodrigo Pagan, que habían venido en las galeras de España; y así estaban los soldados ordinarios de las galeras. Llegando el

Príncipe acompañado del Duque de Alba y de don Per' Álvarez Osorio, Marqués de Astorga, y de otros muchos Señores y caballeros, salió en tierra el Príncipe Andrea Doria con muchos gentileshombres ginoveses a recibirle, y su Alteza le acogió con mucha voluntad, haciéndole todo favor y acogimiento como a tan buen servidor y principal ministro del Emperador su padre, de que el Príncipe Doria quedó con gran contentamiento y obligación, en ver con cuánta demostración de amor había sido tratado. Con esto entraron luego en el batel que estaba ricamente adereçado y incontinenti començó la galera bastarda capitana a hacer la salva y disparar su artillería, respondiendo con tanta presteza y furia de artillería las otras galeras y naos por su orden y concierto, haciendo lo mismo el castillo de la Trinidad, que parecía que el cielo y tierra se hundía de truenos y fuego; y las galeras y naos, que antes parecían arcos triunfales con los ricos estandartes y banderas que en ellas se vían, agora con el humo y fuego parecía que ardían en llamas vivas. Los soldados asimismo hicieron salva de arcabucería con mucha destreza. Acabada la salva començaron las trompetas y clarines a sonar por todas las galeras con mucho concierto y armonía. Llegando el Príncipe con el esquife a la bastarda oyeron una suavísima música de menestriles y otros instrumentos sin cesar, hasta que el Príncipe fué entrado en la galera, la cual anduvo mirando toda, que estaba ricamente y con gran policia adereçada; y habiendo desde ella visto toda la armada se volvió a Castellón aquella noche, muy contento de ver cuán grande y poderosa era, y cuán bien en orden para hacer su viaje. La mar estuvo tan quieta y sosegada un poco de tiempo que fué causa que muchos que habían quedado atrás como llegaban en Barcelona, se embarcaban para Rosas pensando abreviar su camino, y halláronse burlados, porque las tempestades de las aguas y vientos fueron tan grandes que parecía que los elementos se habían conjurado para impedir el viaje, y

la mar se embraveció de manera que corrieron gran fortuna muchos navíos, y les fué forçado tomar puerto donde mejor pudieron: muchos se desembarcaron para unirse por tierra, y quiso Dios que ninguno se perdiese ni recibiese daño, si no fueron algunos criados y hacienda del Almirante de Castilla: y también por tierra se padecía mucho trabajo, porque las corrientes de los ríos y arroyos venían tan crecidas que no se podían pasar sin gran riesgo y aventura de la vida. El lago que hay entre Castellón y Rosas, que es muy grande y de mucha pesca, creció en tanta manera que toda aquella legua de tierra que hay del un pueblo al otro era como una mar, que no se podía pasar sino con gran dificultad y peligro; por lo cual muchos se determinaron de rodear más de dos leguas para ir a Rosas. Por esta causa se detuvo el Príncipe en Castellón doce días, en los cuales llegaron allí con harto trabajo el Almirante de Castilla, el Duque de Sesa, don Diego de Acevedo, Mayordomo del Príncipe, y otros Señores y caballeros que a servirle venían. Entre tanto, su Alteza no perdía el tiempo, sino atendía continuamente a proveer y acabar de despachar muchas cosas que al bien público de los reinos de España convenían.

EMBARCACIÓN

Pasada la tempestad de las aguas y la fuerça y contrariedad de los vientos, estando ya la mar aseogada, todos con gran presteza se aparejaron para la navegación. Era ya postrero de Octubre cuando con gran celeridad (por no perder la buena ocasión del tiempo) se començaron a embarcar caballos, armas, cofres y recámara del Príncipe; y lo mismo se hacía de la hacienda de los Grandes, Señores y caballeros, y era la gente y caballos en tanto número que parecía que no habían de bastar otros tantos navíos como había. Todo

lo necesario para la embarcación y provisión de la armada proveía con mucha diligencia y cuidado por la grande experiencia y prudencia que en ello tiene Francisco Duarte, Proveedor general de los ejércitos y armadas del Emperador. Eran las galeras cincuenta y ocho, de las cuales eran las diez y nueve del Príncipe Andrea Doria, y entre ellas la galera bastarda de cinco remos, que era la capitana de la armada, en la cual se embarcó el Príncipe. Eran las galeras que estaban al sueldo del reino de Nápoles trece, las siete dellas traía don García de Toledo, y las seis Antonio Doria. Traía don Bellenguer de Requeséns, Capitán general de las del reino de Sicilia, diez galeras, las cuatro del Emperador, las dos de don Carlos de Aragón, Marqués de Terranova, y dos de Bisconte Cigala, y dos de Honorato Grimaldo, Señor de Monago. Don Bernardino de Mendoça, Capitán general de las de España, traía quince galeras, en las cuales venía don Juan de Mendoça, su hijo, por Lugarteniente suyo, y una de don Note de Homs: todas las cuales con sus capitanes están a sueldo del Emperador. En éstas se embarcaron primero sesenta caballos del Príncipe y su recámara. Señaláronse galeras a los principales de su corte y casa: repartieronse por ellas los Caballeros y gentileshombres y criados de la casa del Príncipe, donde con verdad se puede decir que estaba junta gran parte de los Caballeros mancebos de España hijos de grandes y de los principales Señores y Caballeros que hay en ella, y muchos dellos mayorazgos y herederos de sus casas y estados: y aunque era muy grande el estado y pujança de la real casa del Príncipe con tanto acompañamiento de Grandes, Señores y Caballeros, no era de menor consideración y estima ver los señalados varones que en su corte y servicio venían, tan excelentes cada uno en su facultad quanto en el mundo se pudieran hallar: no hablo de los militares, pues nunca Príncipe los sacó de su reino más principales y señalados que ellos, sino de algunos caballeros y personas por su ingenio, letras y habilidad ce-

lebrados, de que quiero hacer aquí alguna mención. En la Teología, don Pedro de Castro, Obispo de Salamanca, su Capellán mayor. El doctor Constantino, muy gran filósofo y profundo teólogo, y de los más señalados hombres en el púlpito y elocuencia que ha habido de grandes tiempos acá, como lo muestran bien claramente las obras que ha escrito dignas de su ingenio. En la Jurisprudencia y derechos, el doctor Diego Escudero, del Consejo de la Cámara del Emperador, varón entero y de singular bondad, prudencia y gobierno. El doctor micer Miguel Terça, Regente de Cataluña en el Supremo Consejo de la Corona de Aragón. El Licenciado Francisco de Menchaca, Alcalde de la casa y corte del Emperador y del consejo del Príncipe. En variedad de lenguas y buenas letras, Honorato Juan Caballero Valenciano, y Gonçalo Pérez, Secretario del Príncipe, hombre de raro ingenio y de gran facilidad y experiencia en la expedición de los negocios. En medicina, el doctor Juan Moreno, y el doctor Juan del Águila, médicos de la cámara del Príncipe. En música, el único organista Antonio de Cabeçón, ciego de nacimiento. En las artes mecánicas, Diego de Arroyo, a quien ninguno de nuestra edad sobrepaja en iluminación y pintura, y Juan de Serojas, único en todas las obras que de manos se pueden labrar, y otros muchos que dejo de escribir, porque la excelencia éstos basta para que las otras naciones entiendan que no sólo florecen hoy día en España la milicia y valor en las armas, mas también las letras y artes liberales y mecánicas. El número de las naos gruesas del armada eran cinco naves ginovesas, cinco vizcaínas, cuatro hulcas de Flandes, once carabelas portuguesas, y muchos escorchapines catalanes, y una galera desarmada en que pasaron caballos. En la capitana de las naves ginovesas fué todo el resto de caballos y criados de la caballeriza del Príncipe que no pudo ir en las galeras. En la capitana de las vizcaínas iba parte de la casa y caballeriza del Duque de Alba. En las otras naves y navíos se repartieron los cria-

dos y caballerizas de los otros Grandes, Señores y caballeros de la corte, en que pasaron muchos y muy escogidos caballos. Las tres banderas de Infantería y todos los de la guarda fueron repartidos por las galeras por orden del Proveedor Francisco Duarte, el cual ordenó y hizo la embarcación con mucha discreción, prudencia y diligencia, señalando las galeras y navíos en que cada uno se había de embarcar. Bien pudiera escribir en particular todos los que pasaron con el Príncipe si no temiera de ofender al lector con la prolijidad: por esto no diré sino en suma los más necesario, y de aquellos que ni puedo, ni con razón debo excusarme de los poner. Señaláronse al Cardenal de Trento dos galeras, una para su persona y otra para los gentileshombres y criados de su casa. Dióse al Obispo de Tropea, don Juan Poggio, Nuncio Apostólico, una galera. Embarcáronse con él Honorato Juan, don Gabriel Çapata y don Lope Çapata. Señalóse otra para el Capellán mayor, Obispo de Salamanca: embarcáronse con él don Gabriel de la Cueva, hijo del Duque de Albuquerque; fray Alonso Muñoz, de la Orden de San Francisco, predicador del Emperador, y algunos de la capilla del Príncipe. Dióse la patrona del Príncipe Doria a don Luis Enríquez, Almirante de Castilla; iban con él don Diego de Acevedo, Mayordomo del Príncipe; don Enrique Manrique de Lara, hijo del Duque de Nájera; don Pedro de Ávila, hijo mayor del Marqués de las Navas; don Diego de Acevedo Pimentel, hijo del Conde de Monterrey; don Juan de Granada, don Pedro de Castilla, don Jerónimo de Bivero y otros caballeros: traía su casa con todos sus oficiales muy en orden. Venía don Fadrique Enríquez, hermano del Almirante, en otra galera, y con él don Miguel de Moncada, don Jaime Centellas, don Fadrique de Cabrera y otros caballeros. Señalóse la capitana de Sicilia a don Gonçalo Hernández de Córdoba, Duque de Sesá. Venían en su compañía don Sancho de Córdoba y don Sancho su hijo, don Luis de Córdoba, don Diego de Córdoba, Garcilaso Puertocarrero, Garcilaso de la Vega,

don Íñigo de Córdoba, don Bernardino de Mendoça, don Miguel de Luna, hijo del Conde de Morata, Visorrey de Aragón; don Luis Méndez de Haro. Venía la casa del Duque muy en orden en dos galeras de las de Sicilia, en que iban también algunos criados de la casa del Príncipe. En la capitana de Nápoles se embarcaron don Pero Álvarez Osorio, Marqués de Astorga, y don Francisco de Avalos, Marqués de Pescara; don Álvaro Osorio, hijo mayor del Marqués de Astorga; don Hernando de Toledo, hijo del Duque de Alba; don Felipe de Castro, hijo del Vizconde de Evol; don Alonso de Córdoba, hijo del Marqués de las Navas; don Rodrigo de Moscoso, hijo del Conde de Altamira; don Pedro Enríquez de Guzmán, hijo del Conde Alba de Liste; don Luis de Toledo, don García Sarmiento. Traía el Marqués de Astorga su casa y hacienda en la galera Leona de Nápoles. Venían en esta galera don Alonso Osorio, su hijo, don Luis de la Cerda, don Juan de Avellaneda, don Juan Mausino, don Hernando de Bobadilla, don Gonçalo de Carvajal, don Diego de Mendoça y otros gentileshombres y criados del Príncipe. Embarcáronse en la galera que se dió para el estado de los mayordomos, don Pedro de Ávila, Marqués de las Navas; don Pedro de Guzmán, Conde de Olivares; mayordomos del Príncipe, don Diego de Mendoça, don Gómez Suárez de Figueroa, don Bernardino Manrique, don Antonio de Luna, don Íñigo de Barahona, don Rodrigo de Ávila, don Pedro de Reinoso y otros caballeros. Embarcáronse con don Juan de Silva, Conde de Cifuentes, en la galera que le fué señalada, don Juan de Silva, hijo del Marqués de Montemayor; don Hernando de Silva, don Pedro de Silva, hijo del Marqués de los Vélez; don Alonso de Silva, don Rodrigo Manuel, don Pedro Manuel, su hermano, nietos de don Juan Manuel; don Diego Hurtado de Mendoça, hijo del Marqués de Cañete; don Diego de Acuña, don Alonso de Tovar. Dióse otra galera a don Claudio de Quiñones, Conde de Luna, con el cual se embarcaron don Bernardino

Manrique de Lara, hermano del Duque de Nájera; don Fadrique de Córdoba, don Juan Manrique de Valencia, don Gómez Manrique, hijo del Adelantado de Castilla; don Juan de Quiñones, don Lupercio de Quiñones, Sumiller del oratorio del Príncipe; don Juan de Mendoça, hermano del Conde de Coruña; don Francisco Enríquez de Rojas. Venían con don Luis Manrique, Conde de Castañeda, en la galera que le fué señalada, don Carlos de Cardona, don Hernando de Aragón, don Jerónimo Cabanillas, don Pedro Quintana, don Francisco de Toledo, don García Manrique, hermano del Conde de Castañeda. Señalóse la galera patrona de Sicilia a don Álvaro de Portugal, Conde de Gelves; embarcáronse con él don Juan de Saavedra, hijo mayor del Conde de Castellar; don Carlos de Arellano, don Diego López de Çúñiga, hijo del Duque de Béjar. Dióse otra galera a don Luis de Peralta, Marqués de Falces; pasaron con él don Alonso de Peralta, don Francisco de Velasco, don Rodrigo de Baçán y don Juan y don Pedro de Baçán, hermanos, y otros caballeros. Embarcóse don Luis Çapata en la galera que le fué señalada, y con él don Juan Tavera, don Bernardino de Ayala, don Juan de la Nuça, don Juan Niño de Rojas, don Alonso Tavera, Fernán-Lobo y el Capitán Diego Hernández Moreruela. Embarcáronse en la capitana de España don Juan de Ávila, hijo del Marqués de las Navas; Hernando de Silva, don Juan de Castilla, don Luis Vic, don Pedro de Urríes, Señor de Ayerbe; don Jerónimo Agustín, don Jerónimo Escrivá. Venían en la galera de don Juan de Mendoça, hijo de don Bernardino de Mendoça, don Hernando Carrillo de Mendoça, don Alonso de la Cueva, don Francisco de Mendoça, hijo del Marqués de Mondéjar; don Íñigo de Mendoça, don Rodrigo de Benavides. Embarcáronse los gentileshombres de la casa del Duque de Alba en una galera. Señalóse otra para la casa y criados de don Antonio de Toledo, Caballerizo mayor. Embarcáronse en ella Diego López de Medrano, primer Caballerizo del Príncipe; don Bernardino

de Ávila, don Íñigo de Ávila y algunos oficiales de la casa y caballeriza del Príncipe. Dióse otra galera para la casa de don Antonio de Rojas, primer Sumiller de corps; embarcáronse en ella Diego de Çúñiga, Ortega de Briviesca, Francisco Ortiz, Francisco Díaz de Armendarez, y el Doctor Juan de Águila, Médico y filósofo doctísimo, y otros de la cámara del Príncipe. Señalóse una galera para la casa y criados de don Gómez de Figueroa, Capitán de la guarda española. Embarcóse en ella Diego López Mejía, con algunos de la guarda del Príncipe. Dióse una galera para la casa y criados de Gutiérrez López de Padilla, Mayordomo del Príncipe. Señalóse para Ruy Gómez de Silva otra galera en que se embarcó su casa, y otra para el Secretario, Gonçalo Pérez, y el Correo mayor, Raimundo de Tassis, en que fueron sus criados. Al Doctor Escudero, del Consejo de la Cámara del Emperador, se le dió una galera; embarcáronse con él el Alcalde Francisco de Menchaca, don Pedro Velázquez, don Juan Niño de Portugal, Jerónimo Vallejo, Alguacil real. Al Regente micer Terça se dió una galera, en la cual se embarcaron don Pedro de las Roelas, don Perot de Castellet, Juan Jiménez de Argues, Prior de Tarragona, don Luis de Cardona y otros muchos caballeros. Señalóse una galera a Antón Bravo, Sacristán mayor del Príncipe, para su real capilla. Embarcáronse con él fray Bernardo de Fresneda, excelente teólogo y predicador, el cual venía por comisario general de la Orden de los Franciscos a la corte del Emperador, y Pero Sánchez de Arellano y otros muchos capellanes y oficiales de la capilla de su Alteza, la cual era de muy excelentes cantores y músicos los más escogidos que hallarse podrían. Señalóse una galera en que se embarcaron con Hernando de Migolla, su ayo, los pajes del Príncipe siguientes: don Antonio de Portugal, don Rodrigo Pimentel, don Alonso de Çúñiga, don Íñigo López de Mendoça, Diego López de Medrano, don Pedro de Silva, don Gabriel de Castilla, don Martín de Goñy, Francisco Marlés de Malla, don

Pedro de Padilla, don Benito de Cisneros, Juan de Reus, don Fadrique Manrique de Lara, don Benito Çapata, don Felipe Pacheco, don Pedro de Velasco, don Miguel de Valterra, don Luis de Sotomayor, don Nuño del' Águila, Galcerán Durall, don Gonçalo d' Ávalos. Embarcóse Domingo de Orbea, Tesorero del Príncipe, en la galera Granada de España, de la cual era Capitán Martín de Orbea, su hermano. Señalóse la galera de las provisiones, que se traían para servicio del Príncipe, a Francisco de España, Grafier de la casa: embarcáronse con él Onofre Çaposa y otros gentileshombres y criados del Príncipe. Y desta manera se señalaron a otros las otras galeras, en las cuales se embarcaron el Comendador Juan de Icis y Adrián García, y otros muchos caballeros y gentileshombres y criados del Príncipe que por evitar prolijidad deo de escribir. Francisco Duarte se embarcó en la galera Divicia del Príncipe Doria. Venían con él el Doctor Constantino, don Diego Lasso de Castilla, embajador del Rey de Romanos en Roma; Cristóbal de Ortega, Acemilero mayor del Príncipe, y Juan Fernández de Ventosa, Teniente de Mayordomo mayor del Príncipe. Todos los que se embarcaban en las galeras, naos y navíos eran recibidos de los Capitanes de ellas por las cédulas que les daba Francisco Duarte, y no de otra manera. El primero día de Noviembre, que se celebra la fiesta de todos los Santos, salió el Príncipe a misa a la iglesia mayor de Castellón. Hízose el oficio divino con gran solemnidad, y predicó tan singularmente como lo suele hacer siempre el Doctor Constantino. Después de haber comido, el Príncipe se partió de allí para Rosas, acompañado de todos los Grandes, Señores y Caballeros. En llegando a la villa de Rosas, las galeras y toda la armada hicieron una muy gran salva de artillería. El Príncipe, sin parar en Rosas, pasó adelante a visitar el castillo de la Trinidad, donde fué recibido con salva de mucha artillería; y lo mismo hicieron las galeras de España cuando volvió del castillo; y sin querer entrar en Rosas apeóse en la marina,

adonde le aguardaba el Príncipe Doria con un esquife ricamente adereçado, y entrando en él fué la salva general de las galeras y naos, y de toda la armada y castillo tan grande, y los tronidos y humo tan espeso, que parecía cosa temerosa, porque en todo el puerto no se veía mar, cielo ni tierra; y llegando con el esquife a la real galera Bastarda, capitana de toda la armada, habiendo ya cesado la salva del artillería començó el gran sonido de las trompetas y clarines que generalmente en todas las galeras se hacía y suavísima música de menestres altos. Embarcáronse en la galera del Príncipe el Duque de Alba, don Luis de Ávila y Çúñiga, Comendador mayor de Alcántara; don Antonio de Toledo, Caballerizo mayor; don Antonio de Rojas, Sumiller de corps; don Gómez de Figueroa, Capitán de la guarda española; Gutierre López de Padilla, Mayordomo; Ruy Gómez de Silva y don Juan de Benavides, gentileshombres de la cámara; el Secretario Gonçalo Pérez, don Francisco Enríquez, Sumiller del Oratorio y Limosnero mayor; Raimundo de Tassis, Correo mayor; don Diego de Haro, gentilhomme de la casa; el Doctor Juan Moreno, primer Médico de la cámara; Gil Sánchez de Baçán, Guardajoyas; Juan de Ortega, García de Muriel y otros criados y oficiales para el servicio de la cámara y de la boca. Traía el Príncipe Andrea Doria consigo en la Bastarda a Juan Andrea Doria, hijo de Juanetín Doria, su sobrino; a Marco Centurión, que tenía cargo del gobierno de las galeras como su Teniente, y a otros gentileshombres de su casa. Embarcado el Príncipe, todos aquellos Grandes, Señores y Caballeros que le acompañaban se fueron a sus galeras. El Príncipe durmió aquella noche en galera, y los que quedaban por embarcar se dieron tal priesa y diligencia en hacerlo, que cuando vino la mañana eran muy pocos los que parecían por la marina.

NAVEGACIÓN

La luna era nueva y daba tales muestras que parecían en el cielo señales de que no se tenía el tiempo por asentado ni seguro para la navegación, en especial habiendo precedido tan grandes tempestades en la tierra y fortuna en la mar; pero parecía que estaba ya algo más sosegada; y así, a la mañana dos de Noviembre la capitana Bastarda dió señal de partida y con gran sonido de trompetas y menestriles salió de aquel antiguo y espacioso puerto de Rosas, siguiéndola toda la armada. Llegó aquella noche el Príncipe a Cadaqués, donde hay razonable acogida y puerto. Las galeras de España quedaron en retaguardia hasta otro día por recoger todo lo que quedaba por embarcar. Desde allí mandó despachar correo a los Príncipes Maximiliano y doña María, sus hermanos, haciéndoles saber cómo se había embarcado y su partida. El siguiente día salieron de Rosas las galeras de España y vinieron a Cadaqués, y el Príncipe llegó aquel día a Porto Veneris y Colibre, y habiendo comido partió de allí con toda la armada para engolfarse, porque ya las galeras de España que venían de retaguardia habían llegado. Por la mañana, siendo ya dentro en la mar casi ocho leguas, el tiempo se mudó de tal manera que fué forçado tornarse con las galeras a Colibre, y las de España volvieron atrás y tomaron estancia en la Selva. A los cuatro de Noviembre, las naos y los otros navíos que habían quedado en el puerto de Rosas esperando tiempo se hicieron a la vela, y se engolfaron para seguir su viaje a Génova. El Príncipe, entretanto que la mar se asesegaba, porque andaba muy alta y el tiempo no estaba para navegar, quiso ir a visitar la villa y fuerza de Perpiñán. Fué recibido en la campaña de toda la gente de guerra que para ello había salido, y en la villa con gran salva de artillería. Vió las dos fortalezas que allí hay y pa-

seó toda la muralla, viendo la fortificación y sitio de ella y las municiones y artillería. Fué festejado aquella noche en el castillo por don Josepe de Guevara, Capitán general de aquella frontera, y el siguiente día volvió a Colibre por la ciudad de Elna: hízosele en ella recibimiento y hubo una gran salva de artillería, y pasando junto a la muralla con el gran estruendo del artillería, cayó un ladrillo y hirió a un lacayo suyo que iba cabe el Príncipe. Dieron todos gracias a Dios de haberle guardado de tan súbito y eminente peligro. Desde Colibre avisó a los seis de Noviembre, y mandó despachar correo al Emperador haciéndole saber su viaje y embarcación; y saliendo del puerto otra vez por tentar si se podría navegar, se hubo de volver por la súbita mudança del tiempo contrario que sobrevino. A los nueve tornó a salir a la mar, habiendo primero despachado otro correo al Emperador; y siguiendo las de España en retaguardia navegó todo el día y la noche, y el siguiente día con viento contrario, costa a costa, con har-to trabajo, que para tomar puerto fué menester proejar y hacer fuerça de remos todo el día y noche; y así llegó al puerto de Aguasmuertas, ya que anocheía víspera de San Martín, donde se mostró bien el real ánimo del Príncipe, que sola su constancia y firmeza puso aquel día esfuerço a todos para proseguir el viaje, lo cual si se dejara de hacer, perdiendo aquella ocasión según el tiempo estaba adelante, pudiera ser no pasar hasta la primavera. Y mucho más conocieron todos la grandeza de ánimo de que Dios le ha dotado, cuando, andando la mar muy alta y embravecida, la galera Bastarda anduvo vacilando de tal manera que fué necesario que otras galeras le diesen cabo, y tres de cada lado la llevasen asegurándola, porque no se trastornase, que aunque fué amonestado suplicándole se pasase a otra galera, no quiso dejar aquella en que iba. La villa de Aguasmuertas es puerto y playa del reino de Francia que se hace de la mar y ciertas lagunas, en la

cual por obra de manos está derivada una parte del río Rhodano, que es el Rosne, y está en mediana fortaleza. Ninguna salva ni demostración hicieron con la artillería. Allí vino de parte del Conde de Villar, hermano del Conde de Tenda, un capitán francés con algunos gentileshombres a visitar al Príncipe y a ofrecerle, de parte del Cristianísimo Rey de Francia Enrique Segundo, todo servicio que quisiese de aquella tierra, así de refrescos como de otra cualquier cosa que fuese menester para su servicio y de su real armada. El Príncipe se lo agradeció, y hizo merced al mensajero de una muy rica cadena de oro. Detúvose allí por el tiempo hasta el viernes siguiente. A ninguno se consentía salir de las galeras ni ir a la villa de Aguasmuertas, sino para traer refresco; y aunque alguno fuese, no entraba dentro sin cédula del Príncipe Doria, porque había dentro gente de guarnición, y la guardaban con todo recaudo y diligencia, haciendo cada noche sus guardas y centinelas. Estando en el puerto viendo la contrariedad del tiempo, y que por esta causa el viaje pudiera ser más largo de lo que se pensaba, mandó su Alteza despachar por tierra con diligencia un correo al Comendador Gómez Suárez de Figueroa, embajador del Emperador en Génova, para que luego proveyese de una nao cargada de bizcochos y otras vituallas necesarias, y la enviase a encontrar la armada por el mismo viaje de las islas de Eras, que era el que el Príncipe había de hacer. Pasada ya aquella fortuna y tempestad que había, partió la armada de Aguasmuertas, y navegó con buen tiempo hasta las Pomegas de la antigua ciudad de Marsella, adonde salió a visitar al Príncipe otro gentilhomme del Conde de Tenda, y le ofreció de nuevo servirle con refrescos y con las vituallas que más fuesen menester para la armada, y trajo un presente de cosas de comer y vinos muy buenos: y así al gentilhomme, como a los que lo traían, hizo el Príncipe larga merced, mostrando contentamiento

del servicio que se le había hecho. De allí salió sábado, antes que rompiese el alba, a diez y siete de Noviembre, y con razonable tiempo llegó la armada a las islas de Eras, donde paró en el puerto que allí hay debajo de una torre antigua y deshabitada; y queriendo pasar de allí a otro puerto de las mismas islas hacia Levante por ganar tiempo para el viaje, no se pudo hacer, y pareció haber sido mejor; porque no sólo no pudo pasar adelante, mas fué forçado aquella noche volver tres millas atrás a Portoclus, que es en las mismas islas, adonde se detuvo la armada dos días por causa de las grandes aguas y temporales que corrieron muy recios y contrarios. Pasóse mucho trabajo y peligro, por no caber en aquel puerto todas las galeras y haber de estar algunas en la corriente entre las dos islas. Començaba también a haber falta de vituallas por toda la armada; no sólo de los refrescos, mas del bizcocho y de las otras comunes provisiones de galera. La mar andaba tan brava que no se podían esperar de otra parte, ni hallarse en aquellas islas Stécadas, que son desiertas. Temíase mucho que las naos y navíos que iban engolfados habrían corrido gran peligro y fortuna y dado algunas dellas al través; mas quiso Dios remediar en toda la necesidad, que de Génova llegó al armada en tal tiempo la nao que al embajador se había enviado a pedir cargada de bizcocho y otras provisiones, que se repartieron por toda la armada, y que la tempestad cesó luego. Y así el miércoles siguiente se hizo a la vela y llegó a la isla de Santa Margaritha, donde hay una casa fuerte y monesterio de frailes Augustinos, que se llama de San Honorato. El Príncipe salió en tierra a cenar y a recrearse con todos aquellos Grandes y Caballeros de su corte, y habiendo cenado y recreádose un poco, volvió a embarcarse en la galera, y aquella misma noche, antes del alba, partió el armada con propósito de tomar puerto en Villafranca de Niça: mas habiendo llegado en el paraje de Villafranca, el Prín-

cipe Doria, viendo que el buen tiempo perseveraba, no lo quiso perder sino pasar adelante, y en pasando de Santa Margarita y la ribera de Francia, començaron a hacer salva los castillos, fortalezas y tierras que estaban en la ribera, y de Niça y Villafranca hicieron muy grandes salvas de artillería. Ya que la armada pasaba, vinieron algunas fragatas que enviaba el gobernador de Niça de parte del Duque Carlos de Saboya al Príncipe. Venía en la una de ellas un gentilhombre con un presente muy copioso de pan, vinos, carnes, aves, caça, conservas y frutas, y tanta abundancia y diversidad de cosas de comer: capones, faisanes, pavos, perdices y otras aves vivas que venían en jaulas, que ninguna cosa en aquella sazón parece que podía ser de mayor contentamiento y estima por la necesidad que ya había de refresco. El Príncipe lo recibió en servicio, y hizo muy larga merced, así al gentilhombre que lo traía como a los marineros de las fragatas en que venía. Siguiendo el viaje, pasando por delante de la villa y fuerça de Monago, la capitana de Monago que iba en la armada hizo señal, y començaron de la villa a hacer salva de tanta artillería que pasaron de ciento y cincuenta piezas gruesas de artillería las que tiraron sin cesar. Poco después que la armada pasó de Monago, se volvió el tiempo contrario y fué menester proejar y hacer muy gran fuerça de remos para llegar a surgir a Portomorisi, que es junto al cabo de Lemele en la ribera de Génova, donde se pasó la noche con algún trabajo, porque la mar había quedado levantada por los vientos contrarios que habían corrido. Ya eran los veinte y tres de Noviembre cuando la armada salió de Portomorisi, y aunque el tiempo fué algo contrario se llegó aquel día a la ciudad de Saona, dos horas antes que anocheciese, en la cual se hizo una gran salva de mucha artillería. Saliendo en tierra el Príncipe, los de la ciudad le recibieron con demostración de gran alegría y contentamiento de su venida. Entró en Saona

acompañado del Cardenal de Trento, del Duque de Alba, del Almirante de Castilla, del Duque de Sesa, del Marqués de Astorga, del Marqués de Pescara y de los otros Señores y Caballeros de su corte y armada; y habiendo cenado en la casa de Benedeta Espindola, viuda noble y riquísima, donde recibió mucho contentamiento y servicio, volvió aquella noche a dormir a la galera. La mayor parte del armada, porque no pudo caber en el puerto, volvió atrás una milla por ver que la mar se levantaba. Pasaron las galeras aquella noche con mucha fatiga, la cual no tuvieron los que quedaron en Saona, por estar dentro del puerto, que allí hay muy bueno, aunque pequeño. A la mañana, el Príncipe fué a oír misa y a visitar una devota ermita que está a una legua de Saona, que llaman Nuestra Señora de Saona, adonde se hacen muchos milagros; y habiendo dado muchas gracias a Dios como Católico Príncipe, por haberle dejado llegar allí en salvamento, volvió a comer a Saona a la misma posada de Benedeta Espindola, donde le hicieron un hermosísimo presente de conservas, confituras y frutas. Estando allí llegó la galera que había ido delante a llevar los aposentadores, los cuales se habían desembarcado dos días antes en Génova. Vinieron en ella desde Génova don Francisco de Bobadilla y de Mendoça, Cardenal y Obispo de Coria; don Hernando de Gonzaga, Príncipe de Molfeta y Duque de Ariano, Gobernador del Estado de Milán y Capitán general del Emperador en Italia; don Luis de Leiva, Príncipe de Asculi, y don Francisco de Aeste, hermano de don Hércules de Aeste, Duque de Ferrara, que venían a visitar al Príncipe y darle el parabién de su bienaventurada venida en Italia. Vinieron también de Génova ocho de los más principales de la Señoría, y antes habían enviado cuatro embajadores a Vintimilia, que es la primera tierra de su señorío, a ofrecerle todo el servicio que la ciudad le pudiese hacer. Domingo adelante, que fué día de Santa

Catalina, la galera capitana hizo señal y partió de allí la armada con gran presteza y regocijo; hacía el día claro y la mar tan sosegada que dió gran contentamiento, en especial en tiempo tan recio y en día tan señalado, y que tanto suele ser temido de los navegantes, y habiéndose pasado, la noche antes, tanto trabajo y tempestades. Iba la armada junto a la costa de aquella hermosísima ribera de Génova, cuya vista fué a todos de muy gran recreación; llevaba la avanguardia don García de Toledo con las galeras de Nápoles puestas en ala. Seguiale don Berenguel de Requesens con las de Sicilia; el Príncipe con las galeras del Príncipe Doria venía en la batalla; traía la retaguardia don Bernardino de Mendoça con las de España. En esta orden navegaban gozando de la vista de los jardines poblados de naranjos, olivares y otras diversas alboledas, y de las villas y lugares, alquerías y casas de placer de que está poblada aquella ribera. Llegando cerca de la lanterna de Génova, por culpa y inadvertencia de los marineros, la galera Leona de Nápoles hubo de pasar sobre un bajío de una roca que no se descubre del agua, de tal suerte que se abrió toda. Y si no fueran socorridos, salváranse muy pocos de los que en ella venían, que eran don Alonso Osorio, hijo del Marqués de Astorga, y su recámara y hacienda, y don Luis de la Cerda y otros caballeros. Era cosa de lástima ver el naufragio y las voces que por salvarse daban, el desferrar de los forçados a gran priesa, y la confusión y el saltar de los caballeros por salvarse en el esquite. Don Luis de la Cerda pasó gran riesgo y peligro de la vida, que anduvo nadando en la mar hasta que fué socorrido, y con la señal que los de la galera hicieron pidiendo socorro ninguno pereció; sólo la hacienda y recámara del Marqués se perdió, parte anegada y mucha della robada, y la que se pudo cobrar estaba tan mojada y perdida que no se pudo aprovechar ni servir della: y los ornamentos de la real capilla del Príncipe, que eran de mucha estima, también

recibieron mucho daño. Trujeron la galera remolcando otras galeras hasta Génova, que fueron bien tres millas.

ENTRADA DE GÉNOVA

Antes que entrase el armada en el puerto, las galeras se pusieron en orden con sus banderas y estandartes, los más ricos que tenían, y en entrando por el puerto con gran concierto començaron de los castillos que están en los montes sobre Génova y de la muralla y baluartes de la ciudad a hacer salva de mucha artillería, y eran los tronidos y el humo tan espeso, que apenas la ciudad y los montes se vían. No era bien acabada la salva de la ciudad, cuando hizo señal la galera real capitana, y juntamente toda la armada començó a hacer la salva, así de la arcabucería de los soldados que en ella venían, como de las muchas piezas de artillería que traían, con increíble estruendo y humareda. Ya la galera capitana había llegado a un artificio que tenían hecho sobre unas barcas a manera de puente con muy ricas alhombros junto al palacio del Príncipe Doria, que está fuera de la ciudad, en el burgo Fasciolo, y juntada la galera a la puente, aunque igualaba con la popa della así en el alto como en el ancho, no pudo entrar el Príncipe en la puente desde la galera, porque la mar andaba muy alta, y las olas levantaban la puente y la hacían más alta que la galera, y así fué necesario entrar primero en un esquiife para poder de allí entrar en la puente, de la cual salió a una escalera de piedra que llegaba al mar, y en ella había dos descansos con gradas muy anchas y espaciosas, cercados los lados della de un muy hermoso palenque cubierto todo con muy gran arte de ramos y verduras sutilísimamente entretejidas. Guardaban la escalera puestos en orden docientos soldados coseletes de los de la República, ciento de cada banda, y a lo alto, que eran dos

calles anchas, estaban con sayos de terciopelo negro veinte y cuatro Capitanes que de ordinario están a sueldo de la República: y luego docientos gentileshombres con ropas de terciopelo negro. Tras éstos estaba el Duque y los de la Señoría esperando al Príncipe para recibirle y ofrecerle todo el servicio que de aquella ciudad quisiese. Y el Cardenal Doria y el Cardenal Cibo y el Arçobispo de Matera, Nuncio del Papa Paulo Tercio, y los Embajadores de los reinos de Nápoles y de Sicilia y de Cosme de Médices, Duque de Florencia, y de otros Príncipes, Señorías, Repúblicas y Potentados de Italia, y otros muchos gentileshombres enviados de Roma por algunos de los Cardenales. Salió el Príncipe en tierra con real pompa y aparato. Acompañábanle el Cardenal de Trento, el Cardenal de Coria, el Nuncio don Juan Poggio, el Obispo de Salamanca, el Príncipe Andrea Doria, el Duque de Alba, el Príncipe don Hernando de Gonzaga, el Almirante de Castilla, el Duque de Sesa, el Marqués de Astorga, el Marqués de Pescara, el Príncipe de Asculi, el Conde Cifuentes, el Conde de Luna y otros Señores y Caballeros de su corte. Fué recibido del Duque y Señoría de Génova con mucha voluntad, reverencia y acatamiento, ofreciéndole todo servicio como leales servidores que eran del Emperador su padre, y mostrando gran contentamiento y alegría con la su bienaventurada venida, y lo mismo hicieron todos los Embajadores que habemos dicho. El Príncipe respondió al Duque y a los de la Señoría con mucha benignidad y amor, mostrando gran contentamiento de la afición y voluntad que en ellos conocía de servir al Emperador su padre, y del servicio que a él le ofrecían. Y así comenzaron a subir la escalera que va a palacio, y llegando cerca, estaba al cabo della (junto a la calle principal, pegada con una de las esquinas de palacio) una cuadra por donde había de pasar el Príncipe, que ocupaba todo el paso, hecha de madera. Era de un maravilloso edificio y de

extrañas y varias pinturas y letreros adornados, que parecía arco triunfal con dos puertas, la una enfrente de la otra. La cuadra era hecha con tanto artificio que (con mucha razón) detenía los que venían, a que considerasen la invención y variedad de antigüedades y cosas de ingenio que en ella había. Tenía en lo alto dos escudos, el uno con las armas imperiales y el otro con las reales, y debajo una esfera material grande con muy hermosos círculos, y sobre el Ártico decía:

QVAE SVNT DEI DEO

Y debajo del círculo Antártico:

ET QVAE SVNT CAESARIS CAESARI

Que quiere decir:

*Las cosas que son de Dios, dense a Dios,
y las que son de César, a César.*

Debajo del escudo real había esta letra:

OPTABILIS CHRISTIANORVM ASSERTOR

Deseado defensor de la Cristiandad.

A la mano izquierda de la puerta estaba una imagen de Neptuno, con su tridente, pintada, y de grandes letras decía:

ADVEHO

Yo le traigo.

Y a la diestra, la de Júpiter, con su rayo y águila, respondía:

EVEHO

Yo le ensalço.

Y de la otra parte estaba el Príncipe pintado, y la Virtud en un carro triunfal como que se iba. Era la letra:

QVO SINE ME VIRTVS?

Virtud, a do vas sin mí?

Y delante dél unos viejos puestos de rodillas, que decían:

DICTIS FACTA RESPONDENT

Los hechos corresponden a las palabras.

Estaban a los pies del Príncipe armado, Venus y Cupido tristes, con esta letra:

VERA DOMINATIO

Verdadero señorío.

Allí bebía el agua de mano del pastor aquel gran Rey Artajerjes de Persia, y decía:

NIL MINVS REGIVM, QVAM NON DARE REGIA

No hay cosa menos real que no dar cosas dignas de Rey.

Enfrente se mostraba la pelea entre los Lapithas y Centauros en las bodas de Pirithoo y Hippodamia; y cómo el Centauro Eurition la llevaba de la mesa, y Hércules lo mataba. Era la letra:

TVRPIA SOLVM TIMENDA

Solamente las cosas feas se han de temer.

Allí estaba un niño luchando con un Príncipe, y decía:

INGENIVM SEQVITUR EXPERIENTIA

La experiencia sigue al ingenio.

Al un lado de la cuadra, en el cual había puerta a la calle, estaba Publio Scipión, mancebo que con gran continencia en España recusó la hermosísima doncella que sus soldados le presentaban, mandándola restituir con muy grande honor a su padre y a Indibile su esposo, y decían:

INNOCVVS PRODERIS

Publicado estáis por continente.

Había allí también una Ninfa desnuda con un hacha encendida en la mano y un letrero:

PAX RECENS CONCIPITVR ET VIRTVS

La paz nueva se concibe y la virtud.

Del otro lado de la cuadra, que era el de hacia palacio, había un Príncipe y Princesa pintados con sus coronas reales en las cabeças, y muchos armados que los cercaban y decían:

LINGVAE VITAEQVE PRAESTANTIA SVADET

La excelencia de la lengua y de la vida le amonesta.

De la otra parte de la segunda puerta en lo alto estaban los escudos y esfera, y debajo este letrero:

EQVORUM AMATOR ET AEQVI SIC MODERABITVR ORBI

Gobernará al mundo el amador de las armas y de la justicia.

De una parte de la puerta estaba Hércules con el can Cerbero pintado, y esta letra:

FELIX TRANSEAS

Dichoso sea vuestro viaje.

Y de la otra, la Ninfa Amalthea con su cornucopiae en la mano, y decía:

BONVS EVENTVS

Buen suceso.

El lado que salía a la calle tenía pintados dos palacios reales juntos y debajo del uno dellos estaba de grandes y hermosas letras:

VIRTVS

Virtud.

Y al otro lado estaba con otras letras grandes puesto:

HONOR

Honra.

Pasando el Príncipe esta cuadra volvió a la mano derecha la calle arriba hacia la ciudad. Y a la mano izquierda, enfrente de palacio, estaba la Princesa Pereta de Mar, mujer del Príncipe Andrea Doria, con muchas y muy hermosas damas, aguardando a ver la entrada del Príncipe. La gente que había era tanta que no cabía en la calle. Todos daban señales de alegría y contentamiento en ver entrar al Príncipe con aquella real pompa y majestad en aquella no menos grande que hermosa casa del Príncipe Doria, donde fué palacio. En la delantera de la cual, en el freso debajo de la cornija, tenía a la larga este letrero en piedras mármoles de muy hermosas y grandes letras esculpido:

DIVINO MVNERE ANDREAS DORIA CEVAE. F. S. R. E.
CAROLI. V. IMPERATORIS CATHOLICI MAXIMI ET
INVICTISSIMI, FRANCISCI PRIMI FRANCORVM REGIS,
ET PATRIAE CLASSIS TIREMIVM. IIII. PRAEFECTVS,
VT MAXIMO LABORE IAM FESSO CORPORE, HONESTO
OTIO QVIESCERET, AEDES SIBI ET SVCESSORIBVS
INSTAVRAVIT. M. D. XXVIII

Andrea Doria, hijo de Ceva, por beneficio divino Capitán general en la mar cuatro veces, de la Santa Iglesia de Roma, del Emperador Carlos Quinto, católico, máximo y invictísimo; de Francisco, Primero deste nombre, Rey de Francia, y de las Galeras y Armada de su patria; estando ya el cuerpo cansado de los trabajos pasados, para poder descansar en honesto reposo renovó estas casas para sí y sus sucesores, en el año de mil y quinientos y veinte y ocho.

El siguiente día acabaron de llegar las naos y carabelas y los otros navíos de la real armada; y aunque pasaron gran fortuna y trabajo, ninguna dellas se perdió. Tomaron puerto en Villafranca de Niça y en otras partes los más de los navíos, y muchos se desembarcaron y sacaron los

caballos que traían a cargo y se vinieron por tierra hasta Génova; entre los cuales fueron los caballos y cuartagos del Príncipe; muriéronse algunos dellos en las naos de haber andado tantos días navegando con tan recios temporales y continuas fortunas como habían padecido, que si no fué el día que se llegó a Génova, en todos los veinte y cinco días que navegaron no se vió otro día que se pudiese decir claro y conveniente para la navegación.

GÉNOVA

Estaba el palacio adereçado por de dentro, conforme a la magnificencia que de fuera muestra, que es una suntuosísima casa de un solo cuarto, y de su grandeza una de las mejores y más bien edificada que hay en el mundo. Tiene una hermosísima vista a la mar y al puerto. Es de tan excelente edificio, con tantos jardines, fuentes y mármoles maravillosamente labrados, que es digna de tan valeroso y excelente varón como el Príncipe Doria. Tenía el cuarto donde posó su Alteza una sala adereçada de una riquísima tapicería de oro y seda, donde se vían con gran artificio labradas y tejidas las fábulas que los poetas cuentan de Júpiter. Había un dosel de terciopelo morado con goteras de brocado y franjas de oro, y en medio, el imperial escudo con las armas reales bordadas de tela de plata y oro. Más adentro había una antecámara, y cámara, y recámara con sus retretes, entapiçadas y adornadas, unas de ricos paños de brocado muy subido, y otras de tela de oro y de plata y de terciopelo a listas con sus camas de lo mismo. Todo el aparato de la casa en cualquier parte que se entraba era digno de admiración. El cuarto donde se aposentó el Duque de Alba estaba ricamente adere-

çado con tapicería de sedas y telas de oro y camas de lo mismo, con muchas sillas de espaldas ricas de las que se hacen en Granada. Y desta manera eran los aposentos de don Antonio de Toledo y de don Antonio de Rojas. Estaba todo con tanta policía y riqueza, que no pudieran tener más en su tiempo aquellos grandes Príncipes de los Asyrios y Persas. Mostrábase más la grandeza y magnificencia del Príncipe Andrea Doria en el grande aparato que tenía para servir y recrear al Príncipe y dar contentamiento a su corte; y en la buena orden y concierto que en proveer el plato de su Alteza tenía, porque no consintió que en su casa se trajese cosa alguna, sino lo que él con tanta largueza mandaba proveer. Hizo también plato al Duque de Alba larguísimamente, y a los que más estaban aposentados en palacio, con tanto silencio y orden que no se sentía hombre de los que en ello entendían, sino que parecía que el servicio se hacía de suyo; como suelen contar del tiempo que se servían las mesas por encantamento.

Desta manera secontinué todo el tiempo que el Príncipe estuvo en Génova, que fueron quince días. Hiciéronse delante de palacio muchas fiestas y juegos de fuego, y de otras diversas maneras de pasatiempo, y de muy grande invención y artificio; y entre otros estaba puesta la figura y redondez del mundo a manera de un globo delante de palacio con una imperial corona encima; del cual siempre que algún Príncipe o Grande entraba en palacio salían tantos cohetes y con tanto estruendo que parecía dispararse artillería. De manera que con esta y otras muchas cosas se procuraba de servir y dar recreación al Príncipe en cuanto se podía imaginar. Vinieron a Génova de todas las partes y potentados de Italia a visitar al Príncipe, y a se congratular de su felicísima venida, con gran confiança de que sería para el sosiego y bien público della. El Papa Paulo III envió para este efeto por su Nuncio al Arçobispo de Matera: el Rey de Romanos al Conde de Lodron, su Caballerizo mayor, con seis caballos

turcos muy hermosos; la Señoría de Venecia, dos embajadores muy principales; el Duque de Florencia envió a don Francisco de Médices, su hijo primogénito, con gran casa y acompañamiento. Vino con él don Pedro de Toledo y dos Embajadores, el uno de su parte y el otro por parte de la República y ciudad de Florencia, con un presente de muchas acémilas cargadas de diversas y ricas cosas. Enviaron asimismo sus Embajadores los Duques de Saboya, Ferrara y Mantua; y las Repúblicas de Sena y Luca, y el Duque Octavio Farnés, y don fray Juan de Toledo, Cardenal de Burgos, y el Cardenal Farnés, Vicecanciller de la Santa Romana Iglesia, y los Cardenales de Rávena, Carpi, Gambaro, Cornaro, y muchos otros Príncipes y Señores de Italia. La ciudad de Nápoles envió a visitar a su Alteza, y en presente una muy rica alhombra aforrada en raso carmesí, y un cojín grande de terciopelo carmesí rico, bordado todo de oro tirado y labrado de mucho aljófar, y en partes perlas y piedras de todas maneras, diamantes, rubíes y esmeraldas, y otra mucha diversidad de joyas y piedras preciosas de gran valor. Tenía en medio labradas las armas del Príncipe y de la ciudad de Nápoles. Envió la antigua ciudad de Mesina (que es en el reino de Sicilia) un Embajador con trece mil escudos de servicio. Vinieron de Alemania, de la gente española que en ella estaba en guarnición para la guarda del Príncipe, dos compañías de cada cien arcabuceros de caballo españoles con sus Capitanes Hernando de Aguilera y Alonso de Vargas, a los cuales todos se dió de vestir de librea. Otro día después que el Príncipe llegó a Génova mandó despachar con diligencia a Raimundo de Tassis, Correo mayor, para hacer saber al Emperador el suceso de su viaje y llegada a aquella ciudad en salvamento. Envió a don Diego de Acevedo, su Mayordomo, al Papa Paulo III, para que de su parte le visitase; y a don Juan de la Nuça, gentilhombre de su casa, a la Señoría de Venecia. En todo este tiempo (que eran ya seis de Diciembre), nunca el Príncipe había salido de palacio

por dar audiencia a todos los Embajadores y a otros que por su venida le venían a visitar: y porque la Señoría le había suplicado se entretuviese porque hubiese lugar de acabarse los arcos triunfales que para su recibimiento en la ciudad se hacían. Estando la ciudad en toda quietud y sosiego, y andando muchos caballeros españoles por ella, con otra mucha gente de la corte, súbitamente se puso la ciudad en arma con un rumor y alboroto tan grande que estuvo muy cerca de ser causa de mucho mal y escándalo. Creíase haber sucedido de estar los ciudadanos indignados y alterados por haber antes muerto ciertos soldados españoles a un natural ginovés. Casi a media noche, que fué a tres de Diciembre, fué avisado el Alcalde Menchaca que a la parte del muelle había gran alboroto entre españoles y ginoveses; el cual envió luego a saber lo que pasaba a Jerónimo Vallejo, Alguacil de corte, el cual, llegado allí, halló que mucha gente de la ciudad, armada, tenía cercada una casa en que estaban cincuenta soldados españoles de las galeras, que se habían hecho fuertes para se defender en ella; y aunque el Coronel Espindola los había puesto en paz, la gente del pueblo se alborotaba ya de tal manera que no podía sino suceder mucho daño. Viendo los de la ciudad al Alguacil, le dijeron lo que había pasado, y que convenía que llevasen a los españoles a la Señoría. Respondióles que él no llegaría a hablarles si no se apartaba toda aquella gente. Un principal dellos los hizo apartar, y el Alguacil llegó y trató con los españoles que se pasasen a otra posada. En estos tratos y en informarse de los que habían bajado a abrir la puerta y de cómo pasaba lo de aquel alboroto, se pasó gran parte de la noche. Habiendo sentido el Barrachelo de la ciudad el ruido, vino acompañado de muchos hombres armados de coseletes y arcabuces. Viendo aquello los soldados españoles, creyendo que venían a combatirlos como los otros habían hecho primero, pusieron en arma y determinaron de bajar y defender la entrada de la casa y procurar de romperlos antes que carga

se más gente, y acogerse en salvo a sus galeras. Lo cual visto por el Alguacil Vallejo, por evitar mayor inconveniente, se puso delante, diciéndoles que mirasen que era la Justicia de la ciudad que venía a pacificar y aplacar la gente della; con esto y con otras buenas palabras los aseegó a todos, de manera que sin más alboroto los soldados españoles se fueron a sus galeras donde habían salido. De lo cual y de que nos los hubiesen llevado al palacio de la Señoría quedaron algo sentidos los de la ciudad, lo cual se mostró claramente, en que a los seis de Diciembre, que era la fiesta de San Nicolás, por la mañana, con poca ocasión que tuvo, se alteró toda la ciudad, cerrando con gran priesa las puertas de las casas y tiendas de mercaderes, saliendo con sus armas por las calles, juntando cuadrillas y recogíendose unos con otros con tanta turbación de los ánimos de todos, no sabiendo la causa del alboroto, como si vieran a los enemigos entrar por la ciudad. Con este sentimiento y alteración, los españoles, que por la mayor parte frecuentaban la marina y el muelle, acordaron de se recoger a la armada que estaba en el puerto, y ponerse en arma las galeras, sin que nadie supiese la causa del alboroto. Lo cual todo había sucedido de la prisión de don Antonio de Arce, al cual el Alcalde Menchaca había prendido por mandado del Príncipe y depositádolo en el palacio de la Señoría, hasta que su Alteza mandase otra cosa. Y habiendo mandado que lo sacase de allí y lo entregase a don Bernardino de Mendoça, Capitán general, para que lo llevase a España en las galeras de su cargo y lo entregase en la real Chancillería de Valladolid, llegó el Alcalde al palacio de la Señoría, acompañado del Alguacil Vallejo y de catorce soldados españoles que le había dado don Bernardino Mendoça para lo traer. Sabiendo los de la guardia de la Señoría, que estaban a la puerta, a lo que el Alcalde iba le dejaron entrar con los que con él venían, y queriéndose aprear a la segunda puerta, los otros soldados de la Señoría que estaban a los corredores de su palacio, los

cuales eran docientos coseletes y otros tantos arcabuceros, alteráronse en ver allí soldados españoles, y con gran alarido y alboroto apellidaron contra ellos, y comenzaron a bajar caladas sus picas. El Alguacil llegó hasta medio del patio con uno de los de la guardia de la primera puerta que les habían dejado entrar, el cual, con una espada de dos manos que traía, procuraba detenerlos y hacerles entender a lo que allí iban. Estando en esto llegó el Alcalde, que se había apeado, aplacando y sosegándolos con su presencia y con amigables palabras que les decía. No embargante esto, tornaron a apellidar; mas los de la guardia de la primera puerta que le habían dejado entrar se pusieron todos al lado del Alcalde para le defender y detener el ímpetu y furia de los otros que contra él venían. El ruido y apellidos eran tan grandes que los de las calles fuera del palacio de la Señoría sintieron el alboroto, y la voz corrió por toda la ciudad; y como los pueblos son de tal calidad que con muy livianas causas se alborotan y mueven, y muchas veces sin saber por qué, así sucedió entonces, que sin saber por qué, se movían. En un momento no pareció puerta de casa ni tienda abierta en ella; todo era armas, gritos y alboroto de pueblo; lo cual oyendo los de la Señoría de su palacio donde estaban se pusieron algunos dellos a una ventana, dando a los soldados voces que no hiciesen mal ni fuesen contra las varas de justicia. En tanto, el Alcalde y los que con él iban habían corrido gran riesgo de la vida, y les habían ya muerto dos españoles con dos arcabuzazos que les tiraron. Luego bajó uno de aquellos Senadores de la Señoría, y con su presencia sus soldados se retiraron y aplacaron. Rogó al Alcalde que subiese arriba, el cual no quiso subir hasta que se hubiesen recogido los españoles que con él habían venido: y así subió con todos ellos, y siendo en el Senado, el Alcalde hizo un excelente razonamiento al Duque y a los Senadores, agravando el caso en el grado que convenía, y persuadiéndoles remediasen el alboroto que en la ciudad había y

castigasen a los causadores dél. Mostraron todos gran sentimiento, pesándoles de lo que había sucedido. Enviaron luego fuera un Secretario con un trompeta que publicase el mandado de la Señoría, con lo cual se comenzó a sosegar la ciudad. A todo esto estuvieron siempre en pie los de la Señoría y el Alcalde. En este medio, el Príncipe Andrea Doria había salido por la ciudad aplacando la alteración della, y con grande autoridad y reverencia que allí se le tiene a su persona, la había ya casi sosegado. Venida nueva a la Señoría de que todo estaba ya aplacado, se volvió a sentar donde tiene de costumbre, y el Duque hizo sentar cabe sí al Alcalde, el cual de nuevo tornó a hablarles en lo pasado, agravando el caso con palabras de mucha prudencia y autoridad. Visto esto y considerado que era justo lo que se le pedía por el Alcalde, acordaron de entregarle la persona de don Antonio de Arce, y con muy buena guarda, que la Señoría le dió para ello, lo llevó y entregó a don Bernardino de Mendoça para que le tuviese preso en sus galeras, y hiciese dél lo que el Príncipe le mandase. Después que el Alcalde hubo entregado a don Antonio de Arce en la galera capitana fué a palacio a dar cuenta al Príncipe de lo que había pasado. Y el Príncipe Doria, después que hubo sosegado la ciudad (que no fué poco acabarlo, según estaba alborotada y puesta en armas), fué al palacio de la Señoría y dijo su parecer al Duque y a los del Senado, reprehendiéndolos de que no lo hubiesen remediado sin que pasase tan adelante, y ellos dieron su disculpa, de la cual él quedó satisfecho. Mostró en este alboroto el gran valor y autoridad de su persona y la mucha afición que al servicio del Emperador y del Príncipe tenía, y por su parte hizo lo mismo Antonio Doria, hombre de mucho valor, prudencia y reputación en aquella República. Los della enviaron a su Alteza cuatro de los más principales a desculpase y decir cómo el alboroto no había sido sobre cosa pensada, sino acaso y sin fundamento, y suplicándole los perdonase, pues sabía que en aqué-

lla le deseaban y habían de servir, y con otras palabras de mucho cumplimiento. Su Alteza los oyó y aceptó su excusa y les respondió como convenía. Puesta la ciudad en sosiego, se continuó en aparejar y acabar los arcos triunfales y obras que en ella se hacían para recibir al Príncipe con aquella magnificencia y aparato que el tiempo daba lugar. El día de la Concepción de Nuestra Señora, con muy hermoso y claro tiempo, sabiéndose en la ciudad que el Príncipe salía a misa a San Lorenço, que es la iglesia mayor, que ellos llaman el Domo, era grande el contentamiento que generalmente todos tenían: porque según el alboroto que antes había pasado tenían duda que no quisiese hacerles aquel favor de entrar en la ciudad y aceptar el solene recibimiento que se le tenía aparejado. Loaban mucho la clemencia y humanidad del Príncipe, acompañada de una tan esclarecida grandeza de ánimo. Las calles estaban todas llenas de gentes del pueblo, y en las ventanas muchas y hermosas damas que naturalmente en aquella ciudad son aventajadas a todas las de Italia en hermosura. En toda la ciudad había general alegría, benivolencia, hermosura y contentamiento. La corte estaba muy triunfante y vistosa con tantas y tan ricas ropas bordadas, joyas y adereços y hermosísimos caballos de España con tanta diversidad de ricas guarniciones que todos los Grandes, Señores y Caballeros sacaron y con gran multitud de criados y libreas de seda, las cuales todas en general eran de color amarillo con guarniciones y bordaduras de encarnado y blanco, y aunque todas conformaban en las colores, todas eran bordadas y guarnecidas de diversas suertes y hechuras: y de lo mismo iba toda la guardia de pie alemana y española, y lacayos: y los docientos arcabuceros de caballo de las dos compañías de guardia, que arriba dijimos, que habían venido de Alemania. Era la librea del Príncipe sayos de terciopelo amarillo y capas y manteos de la misma color, con fajas de terciopelo encarnado y encima unos follajes de terciopelo blanco bordadas con

torçales de seda blanca y encarnada, gorras amarillas y plumas blancas. Salió el Príncipe de palacio para la iglesia a las diez horas; iban delante dél muchos caballeros criados suyos, así españoles como italianos. Seguían a éstos muchos Príncipes, Duques, Marqueses, Condes, Señores y Barones de su corte, y los Cardenales que allí había, que todos iban en medio de la guarda española, que venía a la mano derecha, y la alemana, que tenía la izquierda: iba don Gómez de Figueroa, Capitán de la guarda, como Capitán della. Iba el Príncipe sobre un poderoso caballo todo blanco, español, con guarniciones de tela de plata, vestido de un sayo de terciopelo negro aforrado en terciopelo blanco guarnecido a la larga de franjas y entorchados de plata, y entre medias unos reverses de las mismas franjas y entorchados menudos, y en medio algunas cuchilladas con pestañas de fluecos de seda blanca prendidas con muchas pieças de oro de sutilísima labor y hechura; llevaba calças y jubón de raso blanco con capa de raja negra con la misma guarnición, y a su mano derecha el Cardenal de Trento, y a la izquierda el Cardenal de Coria, y detrás de la persona del Príncipe seguía el Duque de Alba. Iban veinte y siete pajes a pie, vestidos de librea y colores que arriba dijimos. Venían en la retaguardia los docientos arcabuceros de caballo españoles a pie con sus espadas y capas. Con toda esta corte y aparato real llegó el Príncipe desde palacio a la puerta de la ciudad, que llaman de San Thomaso, sobre la cual había dos gigantes que tenían un hermoso festón hecho de verdura y frescos ramos, que ornaba un cuadro con estos dos versos:

ET GENVA ET GENVAE COLLES, ET MOENIA ET VNDAE
ADVENTV EXVLTANT MAGNE PHILIPPE TVO

Que quiere decir:

*Génova y sus montes y muros y sus aguas de la
mar se regocijan, oh gran Felipe, con tu venida.*

Llegando a la puerta que llaman de Vaca, que es en el muro antiguo dentro de la ciudad, se mostraban encima della como de mármol pintadas dos honestísimas doncellas, que eran la Fe y la Libertad. Tendían los brazos con gran afición la una contra la otra, hasta que juntaban las manos, y tenían encima de sí una granada abierta dando a entender la unión. En lo alto de todo estaba la cabeza del Dios Jano, y en un cuadro pendiente ornado de un verde festón estos versos:

CAESARIS INVICTI, QVO NON SVBLIMIOR ALTER,
INGREDERE O SOBOLES CAESARE DIGNA PATRE
*Entrad, hijo del invencible y más alto Emperador,
digno de tener tal César por padre.*

Y de la otra parte los que se siguen:

TE VENIENTE POLVS, GAUDET TIBI DAEDALA FLORES
TERRA PARIT, DORIS PLAUDIT APERTA SINU
*Gózase el cielo cuando vos venís, y la ingenio-
sa tierra os produce flores, y Doris, madre de las
Ninfas de la mar, con los brazos abiertos os re-
coge y acaricia.*

Íbase con esta real pompa muy despacio, y causábalo la multitud de gente y la gran hermosura y gentileza de las muchas damas ricamente adornadas que estaban por las ventanas, de las cuales colgaban tan ricos doseles y hermosas alhombros y tapicería, que en todo había mucho que mirar. Llegóse adonde había un grande y excelente arco triunfal no menos en la arquitectura que en la invención y pintura. Ocupaba gran parte de la calle, que es a San Ciro. Tenía cuatro columnas, dos a cada parte, con sus basas y capiteles dorados, que hacían una grande y hermosa puerta. Había en el pedestal dos suavísimos vientos Zéfiro dentro de sus festones, que soplando echaban de sí y esparcían muchas flores: y en el freso había este letrero con que el arco era dedicado:

PHILIPPO IMP. CAES. CAROLI V

MAX. AVG. F. AVGVSTO

A Don Felipe Augusto, hijo del Emperador César Carlos Quinto Máximo Augusto.

Encima de la cornija tenían Júpiter y Apolo en medio al Príncipe armado a caballo, y en lo alto estaba la Victoria con alas, que daban a entender las virtudes y felicidad del Príncipe. Debajo del arco, a un lado había muchas palmas pintadas, y entre ellas algunas Ninfas que tomando de aquellos ramos los llevaban a lo alto. Al otro lado había algunos verdes laureles, de los cuales la Virtud heroica no sólo cortaba ramos y hojas para coronar de presente al felicísimo Príncipe, mas aun cogía de la fruta de aquellos árboles, esparciéndola en señal de las victorias y triunfos que había de tener. Estaban en entrambos lados del arco pintadas las inmortales victorias y hazañas del Emperador Carlos, su padre. Al izquierdo, que era al norte, estaban dos grandes matronas, que representaban a Alemania y Hungría, y en la una parecía el río Albis con esta letra:

GERMANICVS

Germánico.

Significa la victoria que hubo el Emperador en Alemania, y la prisión del Elector Juan Federico, Duque de Sajonia. En la otra, el Danubio con esta letra:

TVRCICVS

Turcico.

Donde se mostraba la vergonçosa huída del Gran Turco Sultán Solimano Ottomano. Encima parecía gente bárbara que ofrecían muchos y muy ricos dones con este letrero:

TIBI BOREAE DE GENTE SVPREMA

DONA FERENT

*Traeros han dones de la gente más alta
del Septentrión.*

De la otra parte, hacia el Mediodía, había otra doncella pintada en hábito bárbaro, que representaba a África con esta letra:

AFRICANUS

Africano.

Que significaba la victoria y conquista de la nombrada ciudad de Túnez, y de la fuerza de la Goleta. Más adelante, en hábito de India, había otra doncella con esta letra:

INDICVS

Índico.

Significando que con solo el nombre y favor del Emperador se ha descubierto un nuevo mundo con gran acrecentamiento de la Fe Católica. Parecía allí el río Nilo, que con alegre semblante decía al Príncipe:

FATIS TIBI DEBITA TELLVS

Esta tierra os es debida por los hados.

Encima parecía el Emperador sentado en una imperial silla, a la puerta de un gran templo. Significaba que todo su propósito y trabajos han sido en acrecentamiento, defensión y conservación del culto divino y de la santa Fe Católica. Tenía encima esta sentencia de Virgilio, la cual dice Eneas a su hijo Ascanio:

VIRTVTEM EX ME VERVMQVE LABOREM

Aprended de mí la virtud y el verdadero trabajo.

De la otra parte en el freso decía:

NOSTRI SPES ALTERA MVNDI

Otra nueva esperanza de nuestro mundo.

Estaba encima el dios Proteo Adivino, que abraçando las dos columnas decía estas palabras:

HAS VLTRA GANGEMQVE VLTRA

Pasarás adelante destas, y adelante del río Ganges.

Tenían el letrero dos Ninfas Amalteas con sus cornucopias, y en lo alto de todo estaba la Fama, que parecía que publicaba con su trompa la grandeza de ánimo del Príncipe. Tenía de alto todo el arco sesenta pies y cuarenta de ancho y veinte de largo. Pasada la plaza de los bancos había un arco pequeño, que sostenían dos gigantes, hechos de yedra y ramos verdes. Pendían dellos dos cuadros cercados de verdes y hermosas guirnaldas, y en el uno decía:

EXOPTATVS ADEST PRINCEPS, ASSVRGITE CIVES

CLAMET IO POPVLVS, LITTVS IOQVE SONET

*El Príncipe muy deseado viene; levantaos,
ciudadanos: el pueblo dé voces de alegría, y la
ribera dé muestras de placer y regocijo.*

Y de la otra parte era:

AVSPICIIS PATRIS ATQVE TVIS GANGETICA TELLVS,

ATQVE ASIA IMPERII SVB IVGA COLLA DABVNT

*Los que habitan la ribera del río Ganges y la Asia
vendrán a daros la obediencia y se someterán a
vuestro imperio.*

Llegando a la plaza de San Jorge, abogado y patrón de la ciudad, se vía un pequeño arco triunfal que tenía pintada de entrambas partes la historia del invictísimo y glorioso mártir San Jorge, y debajo de la pintura estos versos:

QVI COLVBRVM STRAVIT SERVATA VIRGINE DIVVS

ASSIDVVS CVSTOS SIT TIBI, ET VSQVE COMES

*Sea vuestro continuo guardador y compañero el
Santo que derribó al dragón salvando la doncella.*

Y de la otra parte había también estos versos:

FORTIOR ALCIDE DIVVSQVE GEORGIVS IPSO

MARTE PARAT CAPITI QVALIA SERTA TVO?

¿Que guirnaldas apareja para adornar vuestra

*cabeça el divino San Jorge, más fuerte que
Hércules ni que el mismo Marte?*

Había otro arco pequeño a la plaça de Justiniano. A la una banda tenía pintada la guerra de Túnez con estos versos debajo:

INCLITA NEC CYBELE INFERIOR DOMVS AVSTRIA GAVDE
ET GENITORE ET NATO, EVGE BEATA DOMVS

*Ilustrísima casa de Austria, no inferior a la
de la diosa Cibele, alégrate, pues eres bienaven-
turada en tener tal padre y hijo.*

Y a la otra banda mostraba la pintura de la prisión del Elector Juan Federico, Duque de Sajonia, con estos versos:

ET PALMIS COMPTVM, ET LAVRIS, SPOLIIS ET OPIMIS
SOLVM IMITARE PATREM MAGNE PHILIPPE TVVM

*Imita, gran Felipe, a solo tu padre, adornado de
tantas victorias, triunfos y ricos despojos.*

Llegado el Príncipe a la iglesia mayor, fué recib do con una solene procesión de la clerecía. Estaban a la puerta espe-rándole el Príncipe Doria y los de la Señoría. Celebróse la misa de pontifical. Oficiáronla los Cantores y capilla del Príncipe con gran admiración de todo el pueblo de ver la solemnidad con que se hacía y con tan divina música y de tan escogidas voces; y de oír la suavidad y extrañeza con que tocaba el órgano el único en este género de música, Antonio de Cabeçón, otro Orfeo de nuestros tiempos. La plaça que estaba delante de la iglesia guardaban soldados de la República armados con sus coseletes, picas y arcabuces; y estaban repartidos por los cabos de las calles que salían a la plaça con los porteros del Príncipe, para no dejar entrar a nadie en ella, sino aquellos que los porteros conocían que debían entrar, por excusar que no

sucediese algún alboroto y escándalo como el pasado. Estaba la iglesia ricamente aderezada, y por lo alto, entre las columnas, colgadas por su orden alrededor de la iglesia, muchos y muy hermosos escudos. El primero, con las armas del Emperador. El segundo, con las del Príncipe, y otros dos con las armas de la República y Libertad de Génova, que es una cruz colorada en campo blanco. El cuarto tenía esta palabra:

LIBERTAS

Libertad.

Y de la misma manera y orden entre los otros arcos, y encima de todos estos escudos, parecían muchos cántaros, urnas, scifos y otros vasos hechos todos de algodón y oro sutilísimamente a la antigua. Pendían de la bóveda en medio del templo dos escudos muy grandes y hermosos: el uno con las armas imperiales, con estos versos debajo de una parte y de otra:

TRANS GANGEM, TRANS EVPRHATEM, TRANS AVIA THVLES,
ET TRANS OCEANVM CAROLE VICTOR ERIS

*Vos, Carlos, seréis vencedor adelante del río
Ganges y del Éufrates y aun de la otra parte
de la isla Thule y del mar Océano.*

En el otro había las armas del Príncipe con estos versos:

QVOD FELIX, FAVSTVM, ET FORTVNATVM OPTIME PRINCEPS
SIT TIBI, SIT NOBIS ITALIAEQVE VENI

*Sea vuestra venida, excelentísimo Príncipe, di-
chosa y bienaventurada para vos, para nosotros
y para toda Italia.*

Acabado el divino oficio, el Príncipe volvió a palacio con aquella real pompa con que había salido, y a la tarde fué a ver la fortísima muralla, fortificación y artillería de Génova. Bien pudiera escribir algo del sitio y fundación

della y de las ciudades de Milán y Mantua y otras ciudades de Italia y Alemania; pero como ellas sean por sí tan generalmente conocidas, lo dejaré de hacer, imitando lo que Salustio hizo de Cartago, el cual quiso más callar que decir poco della; y también porque mi principal intento es hablar de las ciudades y Estados de Flandes, pues para allí es el intento deste felicísimo viaje. Los dos siguientes días se ocupó el Príncipe en ir a visitar a la Princesa Pereta de Mar, y a la mujer de Marcos Centurión, a las cuales dió riquísimos dones y joyas de gran valor, y señaladamente dió una al Príncipe Andrea Doria de gran estima: visitó también a la mujer de Juanetín Doria, viuda, de que todos recibieron gran favor y contentamiento en ver la benevolencia y humanidad con que el Príncipe los trataba. En este medio se daba orden y aparejaba la partida, y a los diez de Diciembre la caballeriza del Príncipe se partió adelante, teniendo por cierto que el siguiente día sería (como fué) la del Príncipe para Milán. Por lo cual el Duque y la Señoría vinieron a palacio a visitarle, ofreciéndole con mucho acatamiento todo servicio que de la ciudad quisiese recibir, y el Príncipe les respondió con todo amor y benignidad, mostrando mucho contentamiento de su voluntad. El Cardenal de Coria y el Nuncio Poggio, habiéndose despedido del Príncipe, se partieron para Roma. Don Hernando de Gonzaga se fué adelante a Milán, también acompañado como había venido de sus criados y gentileshombres con sus guardas de pie y de caballo, como Capitán general, para dar orden en lo que allí se había de hacer, y después salirle al camino.

LIBRO SEGUNDO

DEL VIAJE DEL MUY ALTO Y PODEROSO
PRÍNCIPE Y SEÑOR NUESTRO DON FELIPE,
PRÍNCIPE DE LAS ESPAÑAS, COM-
PUESTO POR JUAN CRISTÓBAL CALVETE
DE ESTRELLA

PARTIDA DE GÉNOVA

DADA orden para que se volviesen las galeras de España a invernarse, y las de Nápoles y Sicilia a aquellos reinos, quedando el Proveedor general Francisco Duarte en Génova para acabar de pagar su sueldo a las naos, carabelas, hulcas y escorchapines del armada y despedirlas, partió el Príncipe de Génova con toda su real corte a los once de Diciembre con un día tan áspero de vientos, yelos y nieve que se pasó muy gran trabajo, así por esto, como por la aspereza del camino, que es todo montañas muy ásperas, las cuales estaban tan cubiertas de nieve y heladas, que no se podía ir a caballo por muchas partes dellas, sino con gran riesgo de peligrosas caídas, en tanto extremo que el Príncipe se hubo de apearse y caminar a pie buena parte de la jornada, y así lo hicieron el Cardenal de Trento, Duque de Alba, Almirante de Castilla, Duque de Sesa y los otros principales Caballeros que iban junto a su real persona. Estaban alojados por todo este camino las tres banderas de soldados es-

pañoles que habían venido en la armada, y con esta tempestad y aspereza de tiempo y camino llegó el Príncipe a un lugar que se dice el Burgo, quince millas de Génova. Túvose el mismo trabajo el siguiente día, así por el tiempo, que no cesaba de nevar con grandes heladas, como porque el camino era no menos áspero y fragoso que el pasado. Era tan dificultoso de caminar, que muchos carruajes y acémilas rodaron de muy grande altura en hondos valles, y algunos con sus caballos por aquellos yelos con gran peligro. Llegó aquella noche el Príncipe a Gabi, una buena villa de la Señoría de Génova, donde fué recibido con muy buena salva de artillería. Tenía la Señoría proveídos en ella un gran presente y servicio de muchas y diversas caças, aves y cosas de comer, con muy buenos vinos y conservas, que no fué pequeña recreación según el trabajo que se había pasado aquel día en caminar las diez millas que hay del Burgo, de donde había partido, hasta Gabi.

ALEJANDRÍA DE LA PALLA

De allí se caminó el siguiente día veinte millas a Alejandría de la Palla. Salieron a le recibir fuera della en la campaña cuatro estandartes de la gente de armas ordinaria que reside en el Estado de Milán. Eran todos cuatrocientos hombres de armas, vestidos de terciopelo negro y diversas colores, y muy vistosos penachos. Traían muchos dellos los caballos con cubiertas de tela de oro. El Príncipe, por poderlos mejor ver, se apartó algo del camino y mandó que diesen en orden una vuelta a un lado donde podían bien ser vistos. Tuvo mucho contentamiento de los ver, porque era muy lucida gente de armas, caballos y adereços. Fueron acompañándole por sus jornadas hasta Milán,

juntamente con los docientos arcabuceros de caballo de su guarda. Llegando casi a Alejandría, le salió a recibir Gonçalo Rodríguez de Salamanca, Alcaide y Gobernador della, con muchos caballeros de la ciudad; y siendo ya a la puente, que con barcas se había hecho sobre el río Tanar, había a los cabos della algunos arcos cubiertos de yedra entretejida con ramos de robre; y desta manera los había por la ciudad con las armas del Príncipe sin letreros. La calle que iba a palacio estaba cubierta por encima de tejado a tejado de telas de paño blancas que se sostenían sobre cuerdas, que atravesaban la calle. Estuvo el Príncipe un día en Alejandría, anduvo mirando el castillo, muralla y fortificación della. A los quince partió de allí y vino a Tortona, doce millas de Alejandría. Fué recibido altísimamente por el Gobernador que la Duquesa de Lorena allí tenía, como Señora que es de aquella ciudad. Aquella noche hizo gran banquete al Príncipe, y proveyó de todo lo necesario para toda su real casa. El mismo día llegó allí el Marqués Juan de Bergues, enviado desde Bruselas a vistar al Príncipe de parte de las Serenísimas Madama Leonor, Reina de Francia, y Madama María, Reina de Hungría, sus tías. El siguiente día entró en Boguera, que está a diez millas de Tortona. Fué muy servido el Príncipe del Conde Señor della.

PAVÍA

Partió de allí para la antigua y nombrada ciudad de Pavía, que tan celebrada es: así por las celebradas hazañas que en ella han sucedido en cosas de armas en las guerras que en ella ha habido, como por ser tan principal Universidad en Italia y florecer en ella los estudios y letras tanto, como todo el mundo sabe que es tan celebrada. Está Pavía

a quince millas de Boguera. Pasó su Alteza el Pó, que es Pado o Eridano, por una puente de barcas que tenían hecha sobre él muy hermosa toda enramada. Llegando a Pavía hiciéronle un solene recibimiento y hubo una muy gran salva de artillería, y a la entrada de la puente que está sobre el río Tesin (que es Ticinus, de donde la ciudad se llama Ticinum en latín) había un arco triunfal. Tenía en lo alto tres escudos con las armas del Emperador, del Príncipe y de la ciudad, y debajo estos versos:

INGREDERE HVC FELIX O MAXIMA CVRA TONANTIS,
QVOD SIS PASTOREM ATQVE VNVM FACTVRVS OVILE
*Entrad en esta ciudad, Príncipe venturoso, de quien
Dios tiene tan gran cuidado, que vos habéis de hacer
que haya un solo pastor y un solo aprisco.*

Desde la puerta de la ciudad hasta el castillo, donde fué palacio, estaba la calle cubierta por alto de piezas de paño de diversas colores, tendidas de casa a casa, como en Alejandría. De las cuerdas sobre que se sostenían los paños colgaban muchos y muy verdes ramos y yerbas: y en el primer arco triunfal, debajo de los escudos de armas imperiales y reales y de la ciudad, había estos versos:

PRO MERITIS NEQVEAM QVOD TE DECORARE TRIVMPHIS,
INGENTES MIHI DANT INGENTIA GAVDIA POENAS
*El gran gozo que tengo de veros se me convierte en gran
pena, por no poderos recibir y honrar con triunfos
dignos de vuestros méritos.*

Más adelante había otro arco, que era de la misma suerte, con estos versos:

MAGNA QVIDEM IN CVNCTIS MAGNI STAT GLORIA PATRIS,
MAXIMA SED TALEM LICEAT QVOD CERNERE NATVM
*En todas las cosas se vee la gran gloria de vuestro gran
Padre; pero mucho más en habernos hecho ver un
tal hijo.*

Entrando en el castillo, el cual es antiguo y de muy real aposento, había en los soportales del patio muchas y muy buenas piezas de artillería gruesas, medianas y pequeñas, que el Emperador Carlos Quinto había enviado allí de la conquista de Alemania, y de la que ganó en la batalla y prisión del Duque Juan Federico de Sajonia, en señal de eterna memoria de la victoria y triunfo que contra él hubo. Fué edificado el castillo y asimismo el Parco por Juan Galeacio, que fué el primer Duque de Milán. Hay en la ciudad, entre otras cosas dignísimas de ser vistas (como está dicho), una Universidad y Escuelas instituídas por el Emperador Carlos Magno, las cuales estaban ornadas de dos los más excelentes y celebrados varones en letras que hay en nuestros tiempos y más conocidos por sus obras y libros que han escrito y publicado con inmortal fama suya. El uno, el Doctor Andrea Alciato, Jurisconsulto, y el otro, Jerónimo Cardano, famoso Médico y Matemático, a los cuales, por ser tan señalados, los fueron a ver muchos hombres doctos cortesanos. El siguiente día, el Alciato hizo en palacio a su Alteza una oración en latín breve y muy elegante. Salió de Pavía el Príncipe para ir a Binasco aquel día, que eran de camino diez millas. Pasó por el Parco, que es un gran cercado de muchas millas de largo y ancho, donde se dió la batalla en que fué vencido y preso el Rey Francisco de Francia, primero deste nombre, y deshecho y roto todo su campo con muertes del Duque de Suffort, que pretendía tener derecho a la corona del reino de Inglaterra contra el Rey Enrico Octavo, y de don Francisco de Lorena, hijo del Duque de Lorena, y de otros Príncipes; y con prisión de don Enrique de Labret, que se llamaba Rey de Navarra, y muchos otros Príncipes y Caballeros señalados, que con el Rey se hallaron, por el felicísimo y victorioso ejército del Emperador Carlos Quinto Máximo. Allí le fué mostrado al Príncipe el lugar donde fué preso el Rey en la batalla, y el bosque de donde había salido la encamisada de los españoles que acometieron la batalla y fueron principal

parte de la victoria y rompimiento del campo de los franceses. Fué también mostrada la parte por donde los españoles rompieron con vaivenes y picos la muralla del Parco para entrar a dar la batalla. Y así el Príncipe, holgando de ver aquellos lugares, donde se habían hecho cosas tan señaladas con tanta gloria y inmortal fama del Emperador su padre, vino a la Certosa, que es un monesterio de monjes Cartujos, el mejor y más nombrado que hay en toda Italia. Visitada, y hecha oración en aquella devotísima iglesia, fué a tener la noche a Binasco, que es a diez millas de Milán. Ya eran veinte de Diciembre, cuando el Príncipe salió de Binasco con su corte, con un día muy claro, cual era menester para un tal recibimiento como en Milán tenían aparejado, y llegando casi a dos millas de la ciudad, salió al encuentro el Duque de Saboya, al cual el Príncipe recibió con mucho amor y voluntad, como era razón, por ser el Duque Príncipe de tanta grandeza y calidad, y tan servidor y deudo del Emperador su padre, y haber sido casado con la Infanta de Portugal doña Beatriz, hermana de la Emperatriz su madre.

MILÁN

Esperaban al Príncipe en Milán con gran deseo, y había en toda la ciudad general fiesta y regocijo. Conocíase claramente gran voluntad y afición, mostrando en los gestos el alegría que en los coraçones tenían con la venida del Príncipe. El concurso y multitud de gente era tanta que parecía que todo el mundo se había allí juntado para ver aquella real entrada. Apenas se podía romper por las calles por donde su Alteza había de pasar. Ponían a todos admiración los arcos triunfales que en la ciudad había, ricos y de maravillosa invención y artificio. Véfase la grandeza y policía de

aquella ciudad en la multitud de carros triunfales de gran primor y variedad, ricamente adornados de sedas y brocados de diversas y hermosas colores, guarnecidos de lo mismo los caballos que los tiraban y los hombres que los regían: todos ellos llenos de damas ricamente aderezadas, y por la calle por donde fué la real entrada hasta palacio estaban las ventanas con muy ricos paños, tapicería y doseles adornadas, y muchas damas en ellas, que por la grandeza del pueblo no se podrían estimar. Había fuera, en el campo a la puerta Tesinesa, que es a la entrada del burgo, gran número de gente, por gozar mejor de la real entrada del Príncipe con tan grande corte y aparato, y por ver el triunfal arco que en aquella puerta había, el cual excedía a todos los otros en la architectura y invención, y en historias, pintura y majestad. Estaba fundado sobre una puente hecha con singular artificio por sobre la muralla de la ciudad, porque la entrada del Príncipe fuese con mayor triunfo y majestad, y por puerta que ningún otro Príncipe hubiese jamás entrado. Tenía en largo cien pasos, y en la subida y entrada della de entrambas partes había cuatro estatuas como de mármol blanco de diez y ocho pies de grandeza. Tenía cada una en su pedestal o asiento el nombre de quien representaba. Eran las ocho ciudades principales del Estado de Milán. La primera de las cuatro, que estaba hacia levante, era Tortona. Tenía sobre sus hombros el monte Apenino, dando a entender que está edificada al pie del monte Apenino, o por mejor decir, porque fué colonia de romanos puesta allí por guarda de aquella frontera. La segunda era Alejandría de la Palla, coronada de espigas y con un cornucopia en las manos: debajo de los pies tenía una medida a la antigua para medir trigo, que los romanos llamaron Modio, dando a entender la fertilidad de la tierra y la gran cantidad de pan que en ella se coge. La otra de las ciudades, que estaba más adelante, era Coma, que con un cántaro o urna a la antigua en las manos vertía agua y pescados, de que hay gran abundancia en su espacioso

lago. Era la cuarta la ciudad de Pavía, coronada de laurel. Tenía en la mano izquierda una asta de lança y en la derecha una corona. Mostraba en estar coronada de laurel ser Universidad y estudio, y por la lança y corona se entendía haber sido cabeça de reino, como lo fué de los lombardos en otro tiempo, y asiento real de los Reyes dellos que hubo antes del Emperador Carlo Magno. De las cuatro estatuas que estaban a la parte de Poniente, la primera representaba la ciudad de Novara. Tenía en las manos una patena a manera de aquella con la cual solían sacrificar los antiguos a sus dioses, dando a entender (como lo muestra su nombre) haber sido como nueva ara muy honradora de la religión y culto divino. La segunda dellas era Cremona, con un castillo por insignia en la cabeça, por muestra de la fortaleza de aquella ciudad, o porque es llamada Turrita por las muchas torres que tiene. Tenía en la mano derecha una espada y una maça y tarjeta a la antigua y en la otra un cornucopia, significando que no menos es llena de esforçados hombres, que abundante de tantos frutos. La otra era la ciudad de Lodi, coronada de una parra con racimos de uvas, puestas las manos en las tetas, como que se las exprimía, en que daba a entender la abundancia que de vino y leche tiene. Era la cuarta la ciudad de Milán, armada de una coraça, y debajo de los pies un escudo y espada, y en la mano una llave y un pequeño sceptro y corona de hierro, que suelen allí tomar los Emperadores; lo cual hacían cuatrocientos años antes en la ciudad de Modocia, que es Monza. Con la mano siniestra señalaba mostrando las otras ciudades de aquel Estado. Era cercada la puente de entrambas partes de una pequeña valla o palenque. Al cabo de la subida donde estaban las estatuas había un llano en ella, sobre el cual (como hemos dicho) estaba el arco triunfal, el cual allende que de suyo era de gran majestad, parecía mucho más por estar levantado en tan eminente lugar. Era de maravillosa architectura. Tenía de alto ochenta pies, cuarenta hasta el primer architrabe, y

otros tantos hasta la cumbre del frontispicio. Había en él dos puertas cuadradas; cada una de ellas tenía veinte pies de alto. El ancho dellas y de todo el arco eran cuarenta pies, y el largo veinte, de suerte que se había lo alto del arco con lo ancho dél en proporción doblada, tal que para cualquiera que bien quisiera mirar el artificio y arquitectura dél fuera de gran gusto y consideración. Había en cada una de las puertas cuatro hermosísimas columnas, dos de cada parte, con sus basas y capiteles, sobre las cuales caían otras columnas la mitad menores, de que se hacían otras puertas en la misma proporción de veinte pies de alto y seis de ancho, encima de las cuales había dos ventanas adornadas de un pequeño frontispicio, sobre el cual pendía un bulto humano de color pardo como de bronce en campo amarillo: en la clave del arco, en el freso más alto que caía sobre las columnas pequeñas, estaba este letrero entre dos cuadros puesto:

PHILIPPE PRINCEPS MAXIME IN QVO PARENTIS TVI
CAROLI. V. IMP. AVG. OMNIS REFVLGET VIRTVS, AM-
PLITVDO, ATQVE MAIESTAS, TIBI FIDEM PERPETVAM
MEDIOLANENSIS CIVITAS SPEMQUE FELICITATIS LAETA
INDICAT

Que quiere decir:

Muy alto Príncipe don Felipe, en quien resplandece toda la virtud, grandeza y majestad del Emperador Carlos Quinto Augusto vuestro padre, la ciudad de Milán con alegría os muestra fidelidad perpetua y esperanza de felicidad y buena dicha.

En uno de los dos cuadros que hemos dicho estaba una maravillosa pintura que representaba el nacimiento y criança del Príncipe, y en el otro cómo fué elegido y jurado por Príncipe de las Españas, y en cada uno de los ángulos de una parte y de otra una imagen de medio relieve, la una armada de una coraça, y la otra tenía en la una mano una real

corona, y en la otra un cornucopia. Cada una dellas sostenía un escudo de las armas reales de España. Estaban en medio dos gigantes que sostenían el escudo imperial. En la cumbre había dos niños desnudos echados de costado, que tenían un Término en medio. Debajo de las armas reales estaban dos escudos, el uno con las armas de don Hernando de Gonzaga, Príncipe de Molfeta, Gobernador de aquel Estado y Capitán general; y en el otro las de la Princesa doña Isabel de Capua su mujer, y en medio, un poco más abajo, un escudo con las armas de la ciudad de Milán, que era una cruz colorada en campo blanco, y desta suerte estaban de la otra parte, y lo mismo en todos los otros arcos, salvo que en los cuadros desta parte, en el uno estaba pintada la coronación del Príncipe, en el otro su embarcación de España para pasar en Italia. Había debajo de los escudos en el freso entre los cuadros este letrero:

FORTVNA ETIAM RELVCTANTE ARDVA CVNCTA VOBIS
SVPERARE DATVM EST, DIVINAM SIQVIDEM PIA MENS
SIBI CONCILIAT GRATIAM

Aunque pese a la fortuna, habéis de sobrepujar todas las cosas arduas, porque el ánimo pío atrae así la gracia divina.

Los lados deste arco eran pintados de muchos y grandes trofeos. Había en cada uno, debajo de la cornija, una ventana cuadrada, y sobre el pedestal de cada lado una puerta cuadrangular. Eran las ventanas y puertas destes lados algo mayores que las inferiores, que estaban entre las dos columnas. Estaba cercada la calle del burgo desde el arco que habemos dicho hasta la puerta de la ciudad de una valla o palenque de la una y de la otra parte. La puerta primera estaba ornada de un arco con dos Términos en lugar de pilares, de los cuales salía un festón hecho de flores y frutas, y encima el escudo con las armas de Milán, y más alto había dos figuras armadas a la romana antigua, que de una parte tenían las

armas de don Hernando de Gonzaga, y de la otra las de la Princesa su mujer, y en el freso este letrero:

MAGNI GENITORIS EXEMPLO AD TVI NOMINIS GLO-
RIAM QVOCVNQVE EXPEDIERIT ADITVM TIBI PATE-
FACIET DEXTERA TVA POTENS, INVICTVS ANIMVS,
ATQVE PRVDENTIA

Con el ejemplo de vuestro alto padre, vuestra poderosa mano, prudencia y ánimo invencible, os abrirán el camino donde convenga para gloria eterna de vuestro nombre.

En la cumbre del arco estaba el Águila Imperial entre dos hachas encendidas. Sosteníanla dos imágenes que estaban sentadas. Tenía cada una dellas debajo de las piernas un cornucopia. Sobre las columnas estaban puestas las armas imperiales, y a los cantones del arco había unos vasos con fuego como de sacrificios. La altura deste arco era como la del otro que poco ha dijimos, y así eran los otros arcos que en la ciudad había. La segunda puerta estaba cubierta de tela azul con muchas estrellas de oro sembradas en orden por ella. En las diez y seis columnas de mármol (que están delante de San Lorenço, de maravillosa grandeza y antigüedad, las cuales son estriadas o acanaladas, y representaban bien el suntuoso y maravilloso edificio del templo de Hércules, el cual fundó el Emperador Maximiano, y después fué dedicado a San Lorenço, mártir) había dos arcos triunfales pequeños sin letreros, con sólo los escudos de armas que antes habemos dicho, y en lo alto dellos estaban las columnas de Hércules con un PLVS VLTRA, y sobre las columnas el Águila Imperial. Estaba toda la calle desde la puerta hasta la plaça cubierta por alto de piezas grandes de sarga blanca tendidas a la larga, puestas por la orden que en Alejandría y Pavía. En la entrada de la plaça había un arco triunfal de no menos altura y grandeza que el primero que habemos dicho, el cual tenía una sola puerta grande con dos columnas

de cada parte. En las basas dél estaban pintados muchos trofeos. Las columnas eran muy hermosas, cercadas en rededor de unas parras pintadas con sus capiteles de la misma manera. Encima del architrabe estaba una cabeça de león que sostenía el escudo de Milán, y encima del freso este letrero:

CAESARVM PROLES FELICISSIMA PATRE INTER CAESARES MAXIMO TE DIGNVM FILIVM HABERE RELIGIO CHRISTIANA LAETATVR, QVI AD EXTREMVM VSQVE TERRARVM ORBEM IPSIVS TERMINOS STATVAS

Linaje felicísimo de los Césares, la Religión Cristiana se alegra en teneros consigo como a hijo digno de tal padre, que es el mayor entre los Césares, y porque vos estenderéis los términos del Imperio Cristiano hasta el extremo de las tierras.

En la cumbre del arco estaban dos figuras que sostenían un edificio brutesco, y encima dél estaba el Águila imperial, que la sostenían con sus espaldas dos imágenes desnudas de la Fama, con trompetas puestas en las bocas a la antigua y palmas en las manos. Debajo del architrabe estaba a la mano derecha pintada una imagen grande del Emperador con gran majestad, el cual tenía un mundo en la mano, y encima de la cabeça dos niños que le sostenían una imperial corona, como que se la querían poner; tenía a sus pies tendidos dos turcos como sujetos vencidos, con estas letras:

CAROLVS V. ROM. IMP.

Carlos Quinto, Emperador de los Romanos.

Había encima otra imperial imagen sentada sobre un trofeo. Era el nombre:

MAXIMILIANVS IMPERATOR

Maximiliano, Emperador.

A la mano izquierda estaba una real imagen enfrente de la

del Emperador Maximiliano, sentada sobre un padrón con un sceptro en la mano, y una corona real en la cabeza, y un letrero a los pies:

PHILIPPVS HISPANIARVM REX

Felipe, Rey de las Españas.

Enfrente de la primera imagen, que era del Emperador Carlos Quinto, estaba la del Rey de Romanos, armado y con un almete a los pies, y un letrero:

FERDINANDVS ROMANORVM REX

Fernando, Rey de los Romanos.

La vuelta del arco era pintada de colorado, y al un lado della había dos figuras pintadas: la una con un sceptro en la mano, y a los pies muchas imágenes de gente vencida, y muchos de ellos como pidiendo misericordia, con un letrero que decía:

PHILIPPVS HISPANIARVM PRINCEPS C. V. IMP. FILIVS

Don Felipe, Príncipe de las Españas, hijo del Emperador Carlos Quinto.

Y junto con este letrero había otro, que decía:

FRIDERICVS. III. ROM. IMP.

Federico Tercio, Emperador de los Romanos.

Y al otro lado del arco, enfrente desta:

ALBERTVS. V. ROM. IMP.

Alberto Quinto, Emperador de los Romanos.

Al lado desta, enfrente de la primera, que era la del Rey de Romanos, estaba:

MAXIMILIANVS FERDINANDI RO. REGIS PRIMOGENI-

TVS ARCHIDVX AVSTRIAE

Maximiliano, Archiduque de Austria, primogénito de Fernando, Rey de los Romanos.

Y de la otra parte del arco estaba un letrero que decía:

PATERNI IN TE ANIMI MAGNITVDO PRINCEPS OPTIME,
ABS TE NIHIL NON REGIVM CAESAREVMQVE POP.

MEDIOLANENSI SVADET EXPECTANDVM

La grandeza de ánimo de vuestro padre, excelentísimo Príncipe, que en vos resplandece, persuade al pueblo milanés que espere de vos toda vuestra merced y gracia digna de Rey y César.

Pasando este arco se entraba en la plaza y a la mano derecha está el antiguo y gran palacio de los Duques de Milán, que fué fundado por el Emperador Trajano, enfrente del cual y de la plaza está el Domo, que es la iglesia mayor de la ciudad, de tan magnífica y real traça y edificio, que después que fuere acabado de las torres, cimborios, imaginería y remates, según está traçado, será uno de los más suntuosos y ricos del mundo, así por la grandeza, altura y majestad dél, como por la architectura y piedra, que todo aquel gran templo dentro y fuera y los pilares son de blanquísimo mármol sutilísimamente y con mucho primor labrado. A la puerta principal de la iglesia había un arco que excedía a los otros en la manera y architectura con sus columnas, las basas de las cuales eran hechas a manera de leones. En medio de la puerta, sobre el architrabe, estaba una medalla muy grande. A la mano izquierda, la estatua de David, su honda ceñida y la espada en la mano con la cabeça de Golías a los pies, y encima, en un cuadro pintada la historia de cómo a Josué se le paró y detuvo el Sol, y en lo alto en un pequeño cuadro estaba la historia de cómo el Rey Nabucodonosor andaba como animal bruto a cuatro pies paciendo con las bestias. A la otra mano estaba la estatua de Judith, con la cabeça de Holofernes en la mano izquierda y la sangrienta espada en la derecha, y más alto una pintura que contenía la historia del cruel Senacherib, cuando en una noche fué muerta tanta gente por el ángel por justa sentencia de Dios. Estaba en la

cumbre de todo los escudos de armas por la orden que en los arcos pasados habemos dicho, y en el freso decía:

CHRISTIANA LIBERTATE PER MAXIMUM CAROLVM
QVINTVM IMP. SVBLATIS ERRORIBVS RESTITVTA PHI-
LIPPVM FILIVM LAETA EXCIPIT ECCLESIA, QVO
MAGNO DEFENSORE, AC DVCE FELICISSIMA QVAEQVE
SIBI PROMMITTIT AC SPERAT

Restituída la libertad Cristiana, extirpados y quitados della los errores por el Emperador Carlos Quinto Máximo, gozosa la iglesia, recibe a su piadosísimo hijo Don Felipe, porque con tan gran Defensor y Capitán no puede dejar de esperar y prometerse que le sucederán todas sus cosas felicísimamente.

Encima deste letrero había sobre la cornisa un frontispicio que contenía un Hércules, a quien Atlante ponía el mundo sobre las espaldas. Tenía en la cumbre dél una águila imperial y en las esquinas la Fama con su trompa puesta en la boca. La puerta y entrada del palacio estaba adornada de un rico arco triunfal de gran invención y majestad hecho de columnas jónicas estriadas o acanaladas de excelente labor. Encima de los capiteles dellas había cuatro pedestales, y en cada uno dellos estaba pintada una doncella, que por sus insignias se entendía ser las cuatro virtudes cardinales: Justicia, Fortaleza, Prudencia, Templança, y en el medio del arco estaba la Victoria y la Paz, que entrambas con la mano juntamente tenían una corona real, y debajo un cuadro con esta letra:

NEC SPE NEC METV

Ni por esperanza ni por miedo.

En lo alto del arco, en un cuadro sobre la cornija, decía:

QVI NOBIS AVCTOR ES PVBLICAE FELICITATIS, FRVE-
RE NOBISCVM COMMVNI GAUDIO, HONORES AVTEM,
QVI TIBI DEBENTVR DIVINI ET IMMORTALES, PATERE

IN TVVM REDITVM RESERVARI CVM VICTIS HOSTIBVS
AGES TRIVMPHVM EX PACATO ORBE TERRARVM

Pues sois autor de nuestra pública felicidad, gozad con nosotros desta común alegría, y las divinas y inmortales honras y loores que os son debidas, tened por bien que se queden para cuando volveréis victorioso de los enemigos, y triunfaréis de haber dado paz y sosiego a todo el orbe de la tierra.

De una parte de las basas de las columnas estaba una estatua grande de Mercurio con sus talares o alas a los pies, y en la mano su sceptro con las sierpes, y a la otra parte la diosa Palas con su escudo, en el cual traía la cabeza de la Gorgone Medusa; y en lo alto estaban las armas del Príncipe don Hernando de Gonzaga y de la Princesa su mujer, sobre las cuales, de entrambas partes del arco, en la una estaba pintada la historia de cómo el Príncipe entraba en Génova, y en la otra cómo llegaba a Milán. Delante del frontispicio estaba el Príncipe sentado con real majestad, mostrando administrar justicia a los que se la pedían. En la cumbre de todo estaba el Águila Imperial, y debajo della las columnas de Hércules con estas dos letras:

C. V.

Que quiere decir:

CAROLVS QVINTVS

Carlos Quinto.

En unos padrones pequeños estaban los escudos con las armas reales de España, y a las esquinas del arco hacían remate dos figuras de medio relieve. De la otra parte del arco que miraba al patio de palacio, de la una parte dél estaba pintada la diosa Venus, y de la otra el dios Baco con Sileno, y más alto estaba mucha gente que se holgaba y con gran sosiego comía y bebía para dar a entender la concordia, paz y común alegría que generalmente había con la presencia

del Príncipe. Más alto estaba el Emperador sentado con imperial majestad y el Príncipe delante dél, que con gran acatamiento se le humillaba. Pasado el patio llegando a la escalera de palacio estaban dos colunas hechas a manera de Salvajes o Términos, los cuales tenían en medio una ventana alta sobre el patio y encima del architrabe, que caía sobre las colunas, estaba por término la estatua del Emperador armado, con la espada desnuda en la mano derecha, y en la izquierda un imperial sceptro y en medio muchas cabeças de romanos, y debajo dellas cuatro niños que sostenían tres coronas con estos versos:

TALES ROMA FVIT QVONDAM ADMIRATA TRIVMPHOS,
QVALES NVNC VRBIS GRATIA PVLCHRA REFERT
*De tales triunfos tuvo Roma admiración en tiempo
pasado, cuales los representa agora la magnificencia
desta ciudad.*

ENTRADA DE MILÁN

Casi a las dos después de mediodía la artillería que estaba en el bestión, cabe el primer arco sobre el puente, por donde había de entrar, como dijimos, dió señal de la venida del Príncipe. Venían delante los trompetas con las insignias reales, y luego dos banderas de caballo, las cuales seguía la guardia de los docientos arcabuceros a caballo españoles vestidos de la librea del Príncipe, todos con celadas en la cabeça y mangas de malla y sus arcabuces apercebidos en cuja, con muy grande orden y apariencia, y tras ellos venían tres compañías de caballos ligeros con sus estandartes. La primera era del Capitán Federico Gaçino. Venían muy bien armados y con sayos de terciopelo negro con una manga de terciopelo amarillo y negro, que era la librea de don Hernando de Gonzaga. Venía el Capitán Federico Gaçino delante de

su compañía vestido de brocado a la albanesa. La otra compañía era del Conde de Gayazo, vestida de terciopelo negro sobre las armas con una manga blanca y negra. La tercera era de Flaminio Casale de Monferrato. La librea era de una manga amarilla y negra. Venían en orden de tres en tres. Traía cada uno su paje a caballo con las celadas y lanças jinetas. Después de los cuales seguían veinte pajes del Duque de Alba sobre muy hermosos caballos, y luego venían los Gobernadores de las ciudades del Estado de Milán, y tras ellos seguían los Caballeros españoles criados del Príncipe, así los de la boca como gentileshombres de su real casa, y detrás dellos iba el Senado de Milán, acompañado de los Magistrados, con el Capitán de justicia y principales de aquella insigne ciudad. Detrás de los cuales seguían muchos Señores y Caballeros de su corte españoles y italianos ricamente vestidos de diversas ropas y bordadas de oro y plata con muchas cadenas de oro y joyas^d de gran valor y estima. La guarda iba muy en orden. A la mano derecha, los españoles alabarderos, a la izquierda los alemanes. Junto con la guardia iba Mucio Esforça, vestido de terciopelo blanco bordado de oro y plata y perlas. Traía delante de sí ciento y veinte gentileshombres de Milán con cueras, jubones y calças de terciopelo blanco bordadas de oro y plata, con gorras y plumas blancas, todos a pie con hachas de armas en las manos muy hermosas y guarnecidas. Iban en dos hileras, como los de la guarda del Príncipe que iban delante dellos. Luego seguían don Antonio de Rojas, don Gómez de Figueroa, don Antonio de Toledo, don Francisco de Aeste, hermano del Duque de Ferrara; don Francisco de Avalos, Marqués de Pescara; el Marqués de Astorga, el Duque de Sesa, el Almirante de Castilla: y delante de la persona del Príncipe iba don Hernando de Gonzaga. Entró el Príncipe con un sayo de terciopelo pardo hecho con muchos pasamanos, franjas retorcidas y entorchados de oro asentados por él a la larga, todo acuchillado, aforrado en felpa blanca, y

entre ella una telilla de oro y pardo con un sombrero de la misma suerte guarnecido de una rica medalla y pluma blanca. Entró en un poderoso caballo español de color castaño guarnecido de terciopelo carmesí bordado de plata. Iba a su diestro lado el Cardenal de Trento, y al siniestro el Duque de Saboya. Iba a pie delante de la persona del Príncipe don Andrea de Gonzaga, hijo de don Hernando de Gonzaga, con catorce Caballeros de los más principales de Milán, con sayos y ropillas cortas de terciopelo carmesí aforrado en tela de oro muy rica. Llevaban calças de lo mismo y jubones de raso carmesí bordados, con ricas camisas de oro. Habían salido de la ciudad hasta encontrar el Príncipe en muy buenos caballos con guarniciones de terciopelo carmesí bordadas de oro, como eran las ropas de que iban vestidos, y llegando al él se apearon y fueron a pie delante acompañando su real persona. Detrás del Príncipe iba el Duque de Alba, y luego el Guión real, y tras él los Embajadores de Venecia, del Duque de Florencia y de Sena. Luego seguían cinco estandartes de gentes de armas con sayos de terciopelo de colores y mangas de brocado sobre las armas. Venían todos muy vistosos y adereçados de armas y caballos con grandes penachos en ellos y en los almetes. Entraron en orden de cinco en cinco. Trafa cada hilera de hombres de armas otra hilera de pajes tras de sí con lanças y almetes, y en muy buenos caballos de guerra. Los Capitanes iban todos en extremo galanes y ricamente adereçados. Eran Alejandro de Gonzaga, don Francés de Beamont, el Conde la Somaya, don Ramón de Cardona, el Conde Felipe Tornielo. Iba la primera compañía vestida sobre las armas de sayos de terciopelo carmesí y cubiertas de caballos bordadas de oro, y la segunda de terciopelo negro bordado de plata. La tercera de terciopelo morado con muchas franjas y flecos de oro. La cuarta de terciopelo colorado bordado de plata, y la quinta de terciopelo negro y amarillo. Llegando en esta orden a la puerta de la ciudad comenzó a hacer el castillo una muy furiosa y

gran salva de artillería. Después que hubo entrado en la ciudad, había tanto que ver en las calles por las puertas, ventanas y tablados en que estaban muchas y hermosas damas, que se entretenían mucho los que pasaban. Mostrábase en esto la general alegría y contentamiento que con la presencia del Príncipe por toda la ciudad había. Con esta real pompa y estado (yendo bien de espacio, a causa de lo mucho que de ver había) llegó el Príncipe a la iglesia mayor, donde lo esperaban el Primiciado y las Dignidades della con mucha clerecía. Apeándose para entrar en la iglesia començaron los arcabuceros de caballo a hacer salva con sus arcabuces. El Príncipe adoró una cruz que el Primiciado tenía en sus manos y entró en la iglesia a hacer oración. Hiciéronse en ella las cerimonias que la iglesia en tal caso tiene de costumbre, las cuales fueron cantadas con música de voces y órgano. Acabada la oración se pasó el Príncipe a pie de la iglesia a palacio, que está (como dije) muy cerca y enfrente della. Esperábanle a la puerta muy en orden los soldados que estaban de guardia en palacio, coseletes y arcabuceros, y llegando al arco y entrada dél hicieron una hermosa salva de artillería y arcabucería toda a un mismo punto, y lo mismo hicieron los soldados que estaban en la escalera por donde había de subir. El Príncipe entró en su aposento, que estaba riquísimamente adereçado, que sería una hora después de haber anochecido. Todos aquellos grandes, Señores y Caballeros de su corte se fueron a descansar en sus posadas. El siguiente día en la noche fué el Príncipe a visitar al Duque de Saboya a su posada, y el día de Navidad salió a misa a la iglesia mayor, vestido de morado con ropa de martas. Llevaba calças de terciopelo blanco y jubón de raso blanco, bordado todo el vestido de franjas y troçales de oro. Después de comer salió a visitar a la Princesa de Molfeta.

TORNEO DE CABALLO

En este medio se aparejaban grandes fiestas para recrear y dar contentamiento a su Alteza, y fué buena sazón para ello el desposorio de doña Hipólita, hija de don Hernando de Gonzaga, con Fabricio Colona, hijo mayor de Ascanio Colona, gran Condestable del reino de Nápoles y cabeça principal de casa Colona. Tercero día de Navidad por la mañana fué el Príncipe a visitar el castillo, y fué recibido con muy gran salva, así de la mucha artillería que en él hay, como de la arcabucería de los soldados que estaban de guardia, gente muy armada y lucida. Don Juan de Luna, Castellano del castillo, le tenía en él aparejado un suntuoso y real banquete, donde fué muy altamente servido. Desde a buena pieça después de haber comido, salió a ver el torneo de caballo que hubo en la plaça fuera del castillo, en la cual se hizo un campo hermoso, cuadrado y bien espacioso, como para combatir, cerrado con un palenque o estacada, el cual tenía por la una parte, que era la de hacia el castillo, puestas por espacios iguales seis puertas o entradas, y sobre cada puerta estaba puesta una bandera, y de la misma manera estaban otras seis puertas o entradas de la otra parte del campo, unas enfrente de otras, también con banderas en cada una de diversos colores, que eran las mismas de que salieron los caballeros al torneo. Los otros dos lados eran cercados de muchos tablados y miradores muy bien entapiçados. Después que el Príncipe se hubo puesto en su real asiento, que ya la Princesa de Molfeta con su hija y damas estaban en el lugar que para mirarles tenían adereçado, entraron los Caballeros a un tiempo por entrambos puestos, dando vuelta al campo con gran son de trompetas cada uno por su puesto, donde tenía su bandera. Venían en orden de siete en siete por hilera, las cuales eran doce por todas. La entrada fué

muy vistosa y parecía muy bien, porque eran muchos los Caballeros, muy lucidos y ricamente adereçados en muy poderosos y guarnecidos caballos. Entró primero por la una parte don Francés de Beaumont con su cuadrilla en orden de tres en tres por hilera, y él delante como Capitán, y por la misma orden entraron las otras cuadrillas. Salió don Francés con su cuadrilla ricamente adereçado y muy galán, todos con casacas de raso carmesí aforradas en tellilla de oro, acuchillado todo el raso y sobrepuestas muchas estampillas de oro y plata guarnecido con franjas de oro, y grandes penachos de encarnado, amarillo y blanco. Venían en muy buenos caballos con guarniciones de lo mismo. Tras éstos en la misma orden entró el Conde de Gayazo, con seis Caballeros vestidos de raso blanco y negro con franjas de plata y penachos blancos y negros. Entró don Hernando de Lanoy, con su cuadrilla como húngaros con ropas largas de terciopelo azul y tablachinas y caballos turcos y lanças pintadas con banderas azules en ellas. Después destes entró don Álvaro de Luna con seis caballeros vestidos de raso morado con franjas de plata aforrado en tela de plata, acuchillado el raso y hermosos penachos morados y blancos. Luego entró don Ramón de Cardona con su cuadrilla, vestidos de raso verde con franjuelas de oro y penachos verdes. El último fué Alejandro de Gonzaga con seis Caballeros, todos con adereços de terciopelo morado con penachos de la misma color. Por la otra parte entraron otras seis cuadrillas por la misma orden que habemos dicho. La primera fué de Mucio Esforça, sobrino de Francisco Esforça, que fué Duque de Milán. Venían adereçados de raso amarillo y morado y aforrado en toquilla de oro con sus franjas de lo mismo y penachos amarillos y blancos. Traía el Conde Felipe Tornielo su cuadrilla vestida de raso amarillo aforrado en toquilla de oro y penachos amarillos. Entró luego el Conde Francisco de la Somaya con seis Caballeros vesti-

dos de raso encarnado con franjas de oro y penachos encarnados. Entró don César de Gonzaga, hijo de don Hernando de Gonzaga, con su cuadrilla, toda de raso blanco aforrado en telilla de plata y acuchillado y con franjas de plata y grandes penachos blancos. Luego seguía Nicolao Prosterna con su cuadrilla con adereços de terciopelo amarillo y pardo, con penachos de las mismas colores. Entró el postrero el Señor de la Trinidad con seis caballeros vestidos de terciopelo colorado con franjuelas de oro y penachos colorados. Por la misma orden y concierto, acabados de entrar dieron todos una vuelta por el campo en torno de la valla o estacada, y recogidos en sus puestos començaron a combatir de siete en siete, saliendo cada cuadrilla de su puesto, que (como hemos dicho) era de las seis puertas que cada parte del campo tenía; y así començaron a correr y a romper sus lanças unos contra otros, y luego echando mano a las espadas se combatían dellas con gran esfuerço. Después de haberse combatido todas las cuadrillas por esta orden se recogieron en escuadrón en dos partes, y arremetiendo el un escuadrón contra el otro rompieron las lanças, y combatieron luego con las espadas a la fola con gran valor y destreza. Hubo un encuentro de dos Caballeros que derechamente se vino el uno para el otro a encontrar con los caballos tan furiosamente que entrambos en un punto cayeron, quedando allí los caballos muertos en el campo: y ellos salieron algo maltratados del encuentro. Acabado el torneo, el Príncipe se volvió a palacio.

REPRESENTACIÓN DE COMEDIA

Procuraba don Hernando de Gonzaga servir al Príncipe y darle recreación y contentamiento en todo lo que imaginarse podía. Hubo representaciones de dos apacibles co-

medias, la sustancia y argumento de las cuales dejo de decir aquí por estar impresas; sólo diré el aparato y manera con que se representaron y la invención dél, que fué de tan maravilloso ingenio que parecía imposible hacerse sin encantamiento. Era todo por muy sutil arte y maravilloso artificio. La una de las comedias se representó el domingo siguiente a la noche, en una gran sala de palacio la cual por la una parte estaba hecha a manera de teatro con muchas órdenes de asientos que subían casi hasta el maderamiento della. Estaban en los lados de la sala muchos personajes y estatuas de diversos trajes y figuras que (puestos por sus espacios iguales con los brazos extendidos y levantados) tenían en las manos hachas encendidas con que se alumbraba toda la sala, y había por el suelo muchos escabelos, bancos y otros asientos. Estaba hecho particularmente para la Princesa de Molfeta y su hija y damas un palenque y asientos donde pudiesen ver muy bien sin pesadumbre de la mucha gente que había. Estaba por tal orden que de cualquier parte de la sala podían ver la comedia sin estorbar unos a otros. Entrando el Príncipe en la sala comenzó una suavísima música de diversos instrumentos hasta que llegó a sentarse en el lugar y asiento real que para él estaba hecho, algo más eminente que los otros, al un lado de la sala, junto al asiento de la Princesa de Molfeta. Sosegada ya la gente salió de unas cortinas, que tenían las armas imperiales, un gracioso Truhán hablando alto que se oían las gracias que decía declarando en parte el argumento de la comedia, y comenzando a cantar y tañer con una vihuela súbitamente dejaron caer un gran paño que desde lo alto de la techumbre hasta el suelo atajaba la sala, y cayó por tal artificio que no solamente no dió impedimento, pero aun casi no pudo ser visto. Caído el paño se descubrió la ciudad de Venecia, que con sutil artificio y muy al propio estaba allí edificada, en la cual de hecho había acontecido lo que en la comedia se repre-

sentaba. Estaba cercada la ciudad de luminarias puestas en vidrieras pequeñas azules, amarillas y verdes, por las cuales mostrando los colores de las vidrieras claramente la luz resplandecía. Estaba tan al natural contrahecha que quien había visto la ciudad de Venecia fácilmente de sólo verla podía conocer ser ella. Las calles, plazas, casas y templos, señaladamente el de San Marcos, estaban hechos con tanta proporción y arquitectura, que era cosa muy maravillosa de ver, y por las calles, plazas, puertas y ventanas se vían hombres y mujeres unos estar quedos, otros pasear, otros hacer sus labores y oficios, que no parecían sino verdaderos. Verlos entrar y salir de las barcas; verlos navegar por las calles en el mar, era cosa de grande admiración. Había sobre la ciudad un cielo con grande ingenio y arte hecho al natural que su hermosura y artificio ocupaba los sentidos a los que lo miraban. Una vez parecía el Sol claro y resplandeciente sobre el hemisferio en su cielo llevado por el primer Mobile de Oriente a Poniente. Otra vez parecía cubrirse el cielo de nubes y impedir la luz al Sol. Parecíase también la Luna en su veloz movimiento y lleno aquel cielo de estrellas que mostraba ser de noche, y lo que más es de maravillar era ver que centelleaban y resplandecían muchas dellas. Otras veces se esparcían las nubes por el cielo y cubrían a la Luna y estrellas, y por otras partes se vían ellas salir y descubrirse debajo de las nubes; tanto era el movimiento y variedad del cielo. Había en las iglesias y templos que se vían muy concertados relojes que a su tiempo daban las horas. Estaban siete Ninfas con el vestido y calçado de oro y plata todo muy a la antigua, y la una dellas con una corona de oro en la cabeça sentada con gran majestad sobre una redondez o mundo dorado más eminente y levantada que las otras, la cual representaba a Italia. Tenían sobre sus muy rubios cabellos tendidos unas celadas doradas y plateadas. Había tanto que mirar en esto, como había que gus-

tar de lo que se representaba en la comedia, aunque era la materia della muy graciosa y llena de muchas y excelentes sentencias, guardado el decoro dellas. El primer acto o jornada de la comedia se acabó con una música de tanta suavidad, que cosa celestial parecía. Salieron de las escenas o cámaras el dios Baco con Sileno a caballo en un Sardesquillo muy pequeño y ocho Faunos coronados de laurel con ropas pastoriles de color amarillo, y al son de diversos instrumentos entraron dançando de paseo, los cuales con las siete Ninfas dieron fin al acto segundo, cantando las Ninfas divinamente, y los pastores dançando y tocando sus instrumentos pastoriles. Era la música de voces bajas que concertaban con los instrumentos. El tercer acto se acabó con seis personajes que entraron en una barca por la mar cantando y tañendo vihuelas y laúdes como gente que se iba holgando por el mar, y habiendo ya pasado en la barca de la otra parte por la mar que atravesaba la plaça tornó con ella uno solo remando. En tanto no cesaba de sonar un órgano pequeño. Al cuarto acto dió fin una divina música de las nueve Musas que entraron en una barca, de la cual salían muchas cabeças de sierpes y cantando navegaron por aquél mar de Venecia sin ser más vistas. El fin y acabamiento del quinto y último acto fué cosa mucho de ver por su maravillosa invención y artificio. Començó el cielo a abrirse con relámpagos y truenos, y luego se vió bajar el dios Mercurio con tanto resplandor que parecía el Sol cuando más claro está sobre la tierra. En acabando de bajar hizo una breve y elegante oración en lengua italiana endereçada al Príncipe, y volvió luego a subirse, abriéndose el cielo con truenos tan al natural como suele hacerse en la región del aire cuando verdaderamente truena. En este punto dió el reloj que estaba en la iglesia de San Marcos de la nueva Venecia, que por ser ya las doce de la media noche, dió fin a la comedia. Fué una de las mejores que se han representado

en Italia con tanto número de damas y caballeros y otra gente que no se puede decir ni creer.

TORNEO DE PIE DE SOLDADOS ESPAÑOLES

El siguiente día, que fué de San Silvestre, postretero de Diciembre, estaba en orden para hacerse en el patio grande de palacio un torneo de pie de soldados españoles muy principales y señalados. Después que el Príncipe hubo comido y reposado una pieza, pasó al cuarto del Duque de Alba, que caía sobre el patio. Estaba la Princesa de Molfeta y su hija y damas a las ventanas del cuarto de la mano derecha de palacio, que habían entrado con mucho triunfo y magnificencia de Estado en dorados carros triunfales muchos y muy ricamente aderezados, hermosas damas en ellos muy lucidamente vestidas con muchas y muy ricas joyas, con gran concurso de gente de la corte y del pueblo que por ver la fiesta, triunfo y hermosura de las damas no cabían en calles, puertas, ni ventanas. Ya era algo tarde cuando con gran estruendo de pífaros y atambores armado y a punto de combatir entró en el patio el Maestre de campo, don Álvaro de Sande, con dos banderas en que iban trecientos soldados viejos españoles en orden de tres en tres: muy lucidos de armas y ricamente aderezados de sobrevestes y penachos. Dieron una vuelta al campo de espacio y con mucha orden de gente de guerra en torno del patio, y luego se partieron cada bandera con su gente a su parte, haciendo escuadrón cada uno en su puesto, de los cuales el uno era debajo de las ventanas donde estaba el Príncipe, y el otro enfrente dél. Con cada escuadrón había algunas piezas de artillería de campaña pequeñas con que se dió principio a la batalla, comenzando a jugar la artillería de una parte a otra. Iban saliendo de cada escuadrón arcabuceros de siete en

siete a trabar escaramuça, disparando sus arcabuces y saliendo gente a ellos del escuadrón contrario. Salían en su socorro otros tantos armados de los suyos, caladas las picas, y dándose golpes dellas las rompían unos contra otros y llegaban a se combatir de las espadas con mucho esfuerço y ánimo, y por esta orden salían a combatir de siete en siete sin cesar ni haber intervalo ninguno en el pelear. Era cosa muy de ver la desenvoltura con que lo hacían, el ánimo con que peleaban, el esfuerço con que se acometían, el semblante y gracia que en calar y romper las picas y en darse fuertes golpes de espada tenían, y señaladamente era de ver el ánimo y destreza con que combatió don Andrea de Gonzaga, hijo de don Hernando de Gonzaga, siendo como era de tan poca edad. Después que hubieron acabado de combatir por la orden que habemos dicho, partiéronse en dos partes, y hechos sus escuadrones, començó a jugar el artillería del un escuadrón contra el otro; con mucho estruendo de atambores, que tocaban arma, se fueron a acometer con gran furia de entrambas partes caladas las picas, començando la batalla, llevando cada escuadrón sus alas de arcabucería a los lados, jugando de cada parte con grande ánimo, celeridad y presteza, dándose de cada parte grandes ruciadas de arcabucería. Luego llegaba el escuadrón de los coseletes a darse golpes y a romper las picas combatiendo con tanto ánimo, esfuerço y valentía, que no se les parecía el trabajo de las escaramuças y combate que antes habían pasado. Allí era de ver el romper de las picas, el quebrar de las espadas, la priesa del tocar arma los atambores, el derribar de las banderas por ganarlas los unos a los otros, la prudencia y experiencia del Maestre de campo, don Álvaro de Sande, que cuando más trabados y encendidos en pelear estaban los hizo recoger cada uno a su escuadrón, y en un punto los sacó del campo con la misma orden que había entrado, sin haber acaecido fealdad, peligro, ni daño a ninguno,

dejando toda aquella infantería mucho contentamiento al Príncipe de sí, como lo acostumbran hacer siempre que en las veras se ha ofrecido algo en servicio del Emperador su padre.

BANQUETE

El siguiente día, que fué de Año nuevo, de mil y quinientos y cuarenta y nueve, fué el Príncipe a cenar en casa de don Hernando de Gonzaga. Llevaba vestido un sayo de terciopelo negro todo bordado de franjuelas de oro con unas florecicas de plata que hacían el vestido galán. Traía capa con guarnición de lo mismo y calças de terciopelo carmesí bordadas de franjuelas y torçales de oro, y el jubón de raso carmesí con torçales de oro. Estaba la posada de don Hernando de Gonzaga en orden y muy adereçada de riquísima tapicería, que había harto que ver en ella. Estaba el patio cubierto de un entrecielo por causa del sereno, todo cercado de muchas hachas encendidas que hacían el patio tan claro como si fuera de día. Había debajo de los soportales del patio hechos tres ricos estrados, el de medio y más alto para la real persona del Príncipe, y el de la mano derecha para la Princesa de Molfeta y su hija y damas, y también en el de la siniestra estaban muchas señoras y hermosas damas muy ricamente vestidas y de muchas joyas adornadas. Los Caballeros dançaron con ellas al uso de la tierra. Dançó el Príncipe con la hija de don Hernando, esposa de Fabricio Colona, y el Duque de Alba con la Princesa y los Señores y Caballeros cada uno como iba tomando por la mano las damas, que casi no quedó ninguno que no dançase, y en esto se entretuvo el Príncipe buena pieça. Luego entraron a cenar en la sala por una puerta que había junto a los estrados. Era la sala para solo aquel efecto hecha y labrada de nuevo y adornada de muy ricos paños de tapicería, en los cuales se

podían ver historiados por muy sutil arte y gran artificio todos los hechos de la milicia y arte de la guerra, y lo que a un Príncipe guerrero y gran Capitán en ella suele acaecer. Detúvose el Príncipe un poco en mirarlo, en tanto que la Princesa y su hija con todas aquellas Señoras y damas entraban. Alumbraban la sala doce hachas puestas en sus blandones a la larga, como estaba la mesa, la cual era tan larga que del un cabo apenas se parecía el otro. Había en ella cuatro hermosos candeleros, que cada uno dellos tenía cuatro hachas pequeñas de cera blanca. Había mucho que ver en la mesa y en la delicadeza y policía del servicio della. Estaban encrespadas las servilletas de diversos pliegues y labores, y en cada una dellas puesto un alabardero hecho de cera dorado. Estaban por la mesa representados de brinquiños, pintados y dorados, todos los arcos triunfales muy al propio con sus historias y entrada del Príncipe y con aquella orden y pompa de Grandes, Señores y Caballeros, gente de armas y guarda que traía y le había salido a recibir de Milán. Al un cabo de la sala había un aparador grande con nueve gradas lleno de muchas y muy ricas piezas de oro y plata que estaban puestas de respeto y por grandeza y ornamento, y otros dos o tres aparadores de servicio pequeños por la sala para tener vasijas, y otras cosas del servicio de la copa. El aparato de la mesa, la diversidad de los manjares, ensaladas y frutas, la orden y concierto que hubo en el servicio era cosa rara y de gran admiración. Tenía la cabeza de la mesa el Príncipe en medio de la Princesa de Molfeta y de doña Hipólita su hija, que estaba a la mano izquierda; y luego Fabricio Colona, su esposo, el Almirante de Castilla, el Duque de Sesa, el Marqués de Astorga, el Marqués de Pescara, el Príncipe de Asculi: y a la mano derecha, junto a la Princesa, estaba don Francisco de Gonçaga, Duque de Mantua y Marqués de Monferrato, que había venido a visitar al Príncipe, y luego el Duque de Alba. Tras él

se seguían los Señores y Caballeros con las Señoras y damas de Milán que allí estaban, sentado con cada Dama un Caballero. Venía con cada servicio un Mastresala con veinte gentileshombres con sus bandas de tafetán de colores. El primer servicio fué de muchas y diferentes maneras de ensaladas, en las cuales se podían ver contrahechas muchas diferencias de aves, peces, fieras, torres, castillos, ciudades, y otros mil géneros de cosas excelentes en el gusto, y muy agradables a la vista. Tras éste hubo dos servicios de vianda, aves y venazón, y otro de conservas y cosas dulces. El postrero fué de muchas y diversas frutas de sartén y de otras. El número de los platos en cada servicio fué muy grande y abundante, y para cada suerte de servicio y manjares había una mesa de aparador aparte. Fué la cena tan real y copiosa y de tanta delicadeza de manjares y tan altamente servida, que no sé si hubo alguna entre los antiguos de aquellas que fueron muy celebradas que a ésta con gran parte igualar pudiese. Pareció bien en ella la magnificencia y grandeza del Príncipe don Hernando de Gonzaga, el cual no quiso sentarse a la mesa, habiéndoselo el Príncipe mandado y importunado; antes entendió personalmente en el servicio, hasta que después de acabada la real cena se fué a cenar con muchos Caballeros en una pieza donde estaba aparejada otra mesa. El Príncipe y la Princesa de Molfeta y su hija y las damas se salieron desde a poco a los estrados, y comenzaron Caballeros a dançar con las damas milanesas que allí había. El Príncipe dançó con la Princesa y con su hija, y después de haber dançado algunos muy bien pavanas y gallardas, se comenzó la danza de la hacha, donde salieron Damas y Caballeros a dançar por su orden, y el Príncipe, después de haber dançado con la hija de la Princesa, hizo que sacase al Duque de Alba y al Marqués de Astorga, que estaban juntos, y el Duque lo hizo muy bien, que salió y dançando dió una vuelta con la hacha conforme a la orden de

aquella dança, y luego sacó una dama y dejándole la hacha en la mano, haciéndose reverencia se volvió a su lugar. Puso fin a la dança el regocijo con que al mismo punto entraron unos Caballeros de máscara, y tras ellos entraron luego por la puerta de cabe los estrados dos trompetas con dos hachas delante, y luego tras ellos un Mastresala con muchos pajes ricamente adereçados de uno en uno con sus platos de muchas y diversas confituras, frutas y conservas, muy llenos de banderillas de colores y veletas de oro, para dar al Príncipe colación. Fué la manera que tuvieron en darla muy de alabar, que sin embaraçarse los pajes unos a otros, que eran más de ciento, fueron dando vueltas a la redonda uno tras otro por el patio, hasta que todos, acabando de entrar, quedaron en muy hermosa orden y postura, pareciéndose la colación toda junta, y los pajes que la traían a manera de círculos o roscas de culebra. Acabada la colación se salieron en su orden, que no fué menos de ver que la entrada y orden que se tuvo en darla. El Príncipe tornó a dançar un poco, y porque ya era tarde, luego se despidió de la Princesa de Molfeta y de doña Hipólita su hija, y se fué a palacio a reposar lo poco que de la noche quedaba, dejando a don Hernando de Gonzaga y a la Princesa su mujer muy contentos y alegres de la benevolencia y afabilidad con que los había tratado y del favor que a los desposados sus hijos había hecho y cada día les hacía.

TORNEO REAL DE PIE

El viernes siguiente en la noche, que fueron cuatro de Enero, volvió el Príncipe a la posada de don Hernando de Gonzaga con los Caballeros de su corte, por hallarse en el torneo de pie que estaba aparejado de se hacer, donde le esperaba la Princesa de Molfeta con su hija, con muchas

Señoras y damas de Milán. Fué el torneo de dos cuadrillas: la una del Príncipe, y la otra del Duque de Sesa. Armáronse en la misma casa, y puestos en orden cada uno con su cuadrilla en sus apartamentos, salieron a una gran sala baja de tres en tres con las picas en el hombro. Entraron los unos por la una parte della, donde había sido la real cena, y los otros por la otra. Venían delante del Príncipe cuatro atambores y dos pífaros, todos vestidos de terciopelo blanco y plumas blancas; y luego seguían cuatro padrinos, que eran don Antonio de Toledo, don Gómez de Figueroa, Gutierre López de Padilla y don Alonso de Silva, con calças y jubones y cueras de tela de plata acuchillados sobre telilla de plata con cordoncillos de plata por las cuchilladas, y Gutierre López de Padilla, en lugar de cuera una casaca de tela de plata, con gorras y todo lo demás de terciopelo blanco y plumas blancas, y en las manos unas lançuelas o azagayas guarnecidas con borlas blancas. Entró el Príncipe con su cuadrilla, que fueron por número veinte y cuatro Caballeros. Venía en medio del Almirante de Castilla y de don Antonio de Rojas. Seguían los otros de tres en tres por esta orden. Don Álvaro Osorio, el Marqués de Pescara, don Diego de Córdoba, el Marqués de las Navas, el Príncipe de Asculi, el Marqués de Falces; don Juan de Benavides, Ruy Gómez de Silva, don Alonso de Tovar; el Conde de Luna, el Duque de Alba, el Conde Castañeda; don Álvaro de Sande, don Francés de Beamont, don Álvaro de Luna; don Hernando de Aragón, el Comendador mayor de Alcántara, don Bernardino Manrique de Lara; don Juan de Silva, don Diego de Acuña y don Juan de Granada. Traían calças de terciopelo blanco y jubones de raso blanco, y sobre las armas cueras de tela de plata acuchilladas sobre telilla de plata, muy lucidos y galanes; y habiendo dado vuelta alrededor del palenque, haciendo acatamiento a la Princesa de Molfeta, que estaba junto al palenque con su hija y con las damas,

entró el Duque de Sesa con otros veinte y cuatro Caballeros de su cuadrilla. Traían delante de sí cuatro atambores y dos pífaros con calças y gorras de terciopelo blanco y jubones de raso blanco. Eran los padrinos don Juan de Luna, Castellano del castillo de Milán; don Sancho de Córdoba, don Juan de Mendoça, don Bernardino de Ayala, con calças de brocado blanco y jubones de raso blanco con listas de oro y cueras de brocado blanco acuchilladas, guarnecidas con pasamanos de oro y gorras de terciopelo blanco con plumas encarnadas y blancas. Entró el Duque de Sesa en medio del Conde de Cifuentes y de don Rodrigo Manuel. Seguían don Fadrique Enríquez, don Gabriel de la Cueva, don Pedro de Ávila; don Pedro Manuel, don Bernardino Manrique, Garcilaso Puerto-Carrero; don Luis Çapata, don Hernando Carrillo, don Diego de Haro; don Alonso de la Cueva, don Álvaro de Mendoça, don Jorge Manrique; don Luis Méndez de Haro, don Juan de Saavedra, don Juan de Castilla; don Juan Tavera, don Rodrigo de Benavides, don Pedro Quintana; don Diego de Leiva, Garcilaso de la Vega, don Juan Niño de Rojas, todos con calças de terciopelo blanco con tafetanes de toquilla de oro encarnada, y sobre las armas cueras de tela de oro encarnadas con franjas de plata, con penachos encarnados y blancos. Los cuales, después que hubieron dado su vuelta y hecho acatamiento a la Princesa, se fueron a su puesto y tocando arma los atambores començaron a salir de tres en tres a combatir por la orden que habían entrado, y habiendo rompido las picas echaron mano a las espadas, dándose muy recios golpes, las hacían saltar en muchas pieças, y habiendo desta manera combatido un rato se retiraron cada cuadrilla a su puesto; y luego salieron otros tres Caballeros de cada puesto a combatir, y habiéndose combatido muy bien de pica y espada, dieron lugar a los otros que en esta orden combatieron hasta que todos acabaron.

Después tornaron de nuevo a salir de ocho a ocho con sus picas caladas, y dándose recios golpes y rompiéndolas echaban mano a las espadas, hiriéndose con ellas y combatiendo con mucho esfuerço. Habiendo ya combatido estos primeros, dieron lugar a otros Caballeros que también de ocho a ocho con gran destreza se acometieron, rompiendo con fuertes golpes las picas, y hiriéndose de las espadas procuraba cada uno señalarse por esforçado caballero, y por esta orden de ocho a ocho combatieron todos los que quedaban. En acabando el combate, todos se recogieron a sus Capitanes, y proveyéndose de picas y espadas para combatir en la fola, luego el Príncipe y el Duque de Sesa, cada uno con su cuadrilla y con mucho estruendo de atambores que tocaban arma caladas las picas, se fueron los unos contra los otros. Era mucho de ver el romper de las picas, el herir de las espadas a diestro y a siniestro, y el acometer de los unos a los otros con tan grande ánimo, destreça y esfuerço. Mucho era mirado el Príncipe de las damas porque tan animosa y diestramente combatía. Acabado el torneo y recogiendo cada cuadrilla a su Capitán, salieron con aquella buena orden que habían entrado, y dejando gran contentamiento a la Princesa y a su hija y a las damas, y a todos los que lo vieron, de lo bien que se había combatido, se fueron todos a desarmar en los mismos aposentos de la sala de donde habían salido, y luego volvieron a la sala muy galanes y ricamente vestidos a cenar con las damas, donde fueron altísimamente servidos. El Príncipe cenó aparte retirado; y después de haber cenado hubo gran serao, dançando con las damas. Estando en esto, entraron ocho Caballeros de máscara con suavísima música de instrumentos y vihuelas de arco, los cuales eran el Duque de Sesa, el Conde de Cifuentes, don Rodrigo Manuel, don Gabriel de la Cueva, don Luis Çapata, don Sancho de Córdoba, don Diego de Córdoba, don Bernardino de Mendoça, vestidos de unas ropas turquesas hasta en

pies, de terciopelo blanco aforradas de tela de oro con unas mangas largas sueltas echadas sobre los hombros y hechas en medio unas roscas con sus caperuças muy altas en punta, turquesas, y muchas plumas en ellas encarnadas y blancas, y en la punta alta de las caperuças unas cimeras de plumas garçotas muy vistosas. Llegando a los estrados donde estaba su Alteza y la Princesa de Molfeta y su hija y damas, creció la fiesta y serao de tal suerte que eran más de las tres horas después de media noche cuando se acabaron las danças y se fueron todos a dormir.

JUEGO DE CAÑAS

Estaba aparejado para remate de las fiestas un juego de cañas, el cual se hizo en el patio de palacio el día y fiesta de los Reyes. Fué cosa que en extremo pareció bien. Dióse gran contentamiento con esto a la Princesa de Molfeta y a su hija, y a todas aquellas Señoras y damas, por ser fiesta nueva y que pocas veces se vee en aquella tierra. Fueron seis las cuadrillas, cada una de ocho Caballeros españoles, las cuales sacaron el Almirante de Castilla, el Duque de Sesa, el Marqués de Pescara, el Príncipe de Asculi, el Conde Luna, don Francés de Beamont. Estaban las ventanas de aquel patio, después de comer, llenas de muchas Señoras y damas aguardando la fiesta. Entró en palacio la Princesa de Molfeta y su hija y damas en carros triunfales a maravilla galanas, ricas y hermosas. El Príncipe pasó de su aposento al cuarto del Duque de Alba, que como dijimos, caía sobre el patio, por ver el juego de cañas. Estaba muy galán, vestido de sayo y ropa de raso negro aforrada en martas, bordado todo de torçales y franjas de oro y negro y calças de terciopelo negro, y jubón de raso con la misma bordadura. Ya era algo tarde cuando començaron a entrar en el patio muchos trompetas y atabales vestidos de las libreas de las cuadrillas

de los Caballeros, y luego se pusieron a una parte del patio para dar lugar a la entrada de los Caballeros, los cuales con muchos y muy ricos adereços, a la morisca vestidos y en muy hermosos caballos españoles a la jineta con ricos jaeces y petrales entraron en la carrera de dos en dos con adargas y lanças con banderetas de colores en las manos con mucha ligereza y concierto. Los primeros entraron con el Almirante de Castilla, el Conde Castañeda, el Marqués de las Navas, el Conde de Olivares, don Antonio de Rojas, don Hernando de Aragón, don Juan de Benavides, don Juan de Granada, con marlotas de terciopelo blanco y morado, con capellares de damasco morado guarnecido con rapacejos de oro. Entraron con el Duque de Sesa, el Conde de Cienfuentes, don Antonio de Toledo, don Gómez de Figueroa, don Rodrigo Manuel, don Sancho de Córdoba, don Luis de Córdoba, don Diego de Córdoba. Traían marlotas de terciopelo azul llenas de unos lazos de oro a la larga como escamas por todos los cuerpos. Eran los capellares de damasco azul, con rapacejos de oro. El Marqués de Pescara entró luego, y con él el Conde de Gelves, el Marqués de Falces, don Pedro de Ávila, don Diego de Acuña, don Bernardino Manrique de Salamanca, don Luis Méndez de Haro, Gutierre Quijada, con marlotas de terciopelo amarillo y capellares de damasco encarnado con rapacejos de oro. Entró el Príncipe de Asculi y con él don Gabriel de la Cueva, don Alonso de la Cueva, don Hernando Carrillo de Mendoça, don Juan Mausino, don Pedro de Castilla, don Pedro Quintana, don Rodrigo de Benavides, con marlotas de terciopelo amarillo y negro y capellares de damasco amarillo con rapacejos de oro. Luego entró el Conde de Luna, y con él el Comendador mayor de Alcántara, Ruy Gómez de Silva, don Fadrique Enríquez, don Pedro Manuel, don Bernardino Manrique de Lara, don Juan Manrique de Valencia, don Íñigo de Barahona. Traían marlotas de terciopelo amarillo y capellares de damasco encarnado guarnecidos con rapacejos de oro. Entraron con don Francés

de Beamont en caballos blancos don Álvaro de Luna, don Manuel de Luna, don Diego de Haro, don Juan de Saavedra, don Francisco de Ibarra, don Jorge Manrique, don Juan del Río, Capitán de la guarda de don Hernando de Gonzaga, con marlotas de terciopelo carmesí con franjas de oro y capellares de damasco todo carmesí con franjas de oro. Todos ellos iban con tocas blancas en la cabeza a la morisca. Traían todas las cuadrillas plumas conformes a las colores que cada una dellas llevaba. Después que hubieron hecho la entrada y corrido el campo muchas veces de una parte a otra a manera de escaramuça partiéndose en dos partes, tres cuadrillas en cada puesto, y teniendo sus adargas, dejaron las lanças, tomaron varas en las manos y luego començaron a jugar con mucho concierto y ligereza así de los Caballeros en revolverse y adargarse en la silla, como de los caballos en la carrera. A todos fué de muy gran recreación y contentamiento, y mucho más a la Princesa y a su hija y damas de Milán, que lo tuvieron por la mejor y más nueva fiesta que habían visto. Acabado el juego de cañas, mudando caballos anduvieron escaramuçando, corriendo y dando vueltas por el campo unos en pos de otros con muy gran grito y regocijo, señalándose algunos Caballeros maravillosamente en tirar varitas por lo más alto de palacio y de la iglesia, hasta que la noche los despartió y se fueron a apear.

REPRESENTACIÓN DE LA OTRA COMEDIA

Aquella noche hubo otra comedia, la cual se representó en la misma sala grande donde se había representado la que primero dijimos, con todo aquel aparato de lumbreras y teatro que en ella había. Fué la comedia muy buena y graciosa, aunque en muchas cosas no igualó con gran parte a la primera, ni en el artificio, ni en la invención, ni en el decoro de las personas, ni en los representantes. Entró pri-

mero un Nigromántico, que así por la sciencia que tenía de las estrellas como del arte mágica pronosticaba grandes felicidades y fortunas al Príncipe, y porque se conociese por obra cuán diestro y experimentado era en aquella arte, y se diese crédito en lo venidero y en lo que pronosticaba del Príncipe y se viese claramente la excelencia de su arte, dijo que desharía súbitamente un monte que allí parecía artificiosamente hecho, el cual cubría la ciudad de Pisa y impedía la vista della, prometiendo que él la mostraría: y así como lo dijo en un momento lo deshizo todo, oyéndose muchos golpes y voces con gran estruendo y ruido que parecía encantamento, y en el mismo instante se descubrió y vió la ciudad de Pisa tan al propio que puso admiración a todos. Los actos y los vestidos, aunque los personajes no eran muy diestros, fueron excelentes y ricos, y hubo algunos dichos muy buenos y graciosos, endereçados al Príncipe, y las músicas que se hacían al fin de los actos suavísimas y extremadas: y lo que de mayor contentamiento hubo en ella fué que salieron don César, don Francisco y don Andrea, hijos de don Hernando de Gonçaga, armados de muy lucidas y ricas armas con jinetas pequeñas en las manos. Llevábanles las celadas unos pajecillos negros que traían tras sí, y don César, que era el mayor dellos, hizo al Príncipe este breve razonamiento: Muy alto y esclarecido Señor, los Reyes Magos, el día de hoy ofrecieron a Cristo oro, encienso y mirra, y nuestro padre, como fidelísimo vasallo y servidor, ofrece su propia sangre para vuestro servicio, la cual somos nosotros; señalando a sí y a sus hermanos. En el mismo instante se abrió el cielo con gran tronido y cayó un rayo en el suelo, el cual produjo a una hermosa Ninfa de muy hermosos rubios cabellos tendidos, vestida y adornada de muy ricos y delicados vestidos, que representaba la diosa Rhea, que con gran suavidad cantando unos versos en loor del Príncipe puso fin a la comedia, y se acabaron con ella las fiestas de Milán, las cuales fueron muy reales, suntuosas y de gran majestad, y las me-

jores que jamás en Milán ni en Italia hasta agora se han hecho a ningún Príncipe, y con esto se fueron todos a reposar lo que de la noche quedaba. El siguiente día había de ser la partida del Príncipe para Mantua. Sintióse por el Senado y Magistrados, Caballeros y ciudadanos de aquella gran ciudad mucha soledad y pesar de la ausencia del Príncipe, después de le haber visitado de parte de la ciudad, y ofrecíose por muy leales vasallos del Emperador su padre y servidores suyos, le presentaron diez mil dobles de oro de valor de veinte mil escudos, que tenían de una parte la figura y medalla del Emperador, y en el círculo esta letra:

IMP. CAE. CAROLVS. V. AUG.

El Emperador César Carlos Quinto Augusto.

Y de la otra las dos columnas con la corona Imperial sobre ellas y su divisa dél:

PLVS VLTRA

En tanto que estuvo en Milán el Príncipe, volvió de Venecia don Juan de la Nuça, adonde había ido desde Génova a visitar la Señoría de su parte, y vino por la posta desde Bruselas don Alonso de Aguilar, hermano de don Pero Hernández de Córdoba, conde de Feria, a visitarle de parte del Emperador su padre, con cuya venida holgó el Príncipe cuanto era razón por entender tan particularmente las buenas nuevas que le trujo de la salud del Emperador, y porque él se las llevase tales de la suya, mandóle despachar luego y que se volviese, y así lo hizo. Partióse también el Cardenal de Trento por la posta a la ciudad de Trento, siguiéndole por jornadas toda su casa por hallarse adelante y tener lugar de aparejar y proveer el recibimiento y reales fiestas que al Príncipe quería hacer.

PARTIDA PARA MARIÑÁN

Grande era el bullicio que andaba por toda la ciudad con la partida del Príncipe, así de los Caballeros de la corte como de los otros que habían de ir en su acompañamiento y de la gente de armas que le había de seguir y ir en guarda de su real persona. Hubo dos caminos: el uno que iba derecho a Trento por la ciudad de Bresa, por el cual fué la caballeriza y pajes del Príncipe y mucha parte de la corte; el otro, que era por Mariñán a Lodi, y a Cremona y Mantua, y de allí a Trento, que hizo el Príncipe con su corte, el cual, después de haber comido, habiéndose ya despedido de la Princesa de Molfeta y de doña Hipólita su hija y damas, partió de Milán lunes a siete de Enero muy bien acompañado así de los Grandes, Señores y Caballeros de su corte, como del Duque de Mantua, y de don Hernando de Gonzaga, y de muchos Señores y Caballeros; y en su guarda iba la gente de armas que había entrado con él en Milán. Vino aquel día a Mariñán diez millas de Milán. Salióle a recibir Juan Jacobo de Médices, Marqués de Mariñán, con muchos caballeros, y llegando a la villa hicieron en ella y en el castillo una gran salva de artillería. Estaba la calle por donde había de pasar el Príncipe muy en orden y llena de gente, y las ventanas muy bien aderezadas de alhombros con muchas damas. A la entrada había un arco triunfal simple y sin arquitectura que de notar sea, y debajo el escudo imperial, que tenía a la mano derecha las armas reales del Príncipe, y a la otra mano las del Marqués de Mariñán. Estaba este letrero:

ET TV MARIGNANVM NEQVAQVAM ERIS MINIMA INTER
VRBES INSVBRVM

Que quiere decir:

Y tú, Mariñán, no serás de hoy más la menos estimada entre las ciudades de los Lombardos.

Y más abajo, como en lugar de respuesta, decía:

QVOD PHILIPPVS HISPANIARVM PRINCEPS ORBIS
TERRARVM FVTVRVS HAERES TVO DIGNATVR HOSPITIO

*Porque don Felipe, Príncipe de las Españas y heredero
que será de la redondez de la tierra, no se ha desde-
ñado de tomarte por su aposento.*

Había en la puerta de palacio este letrero:

AVGVSTAS AEDES LIBENS INGREDERE PRINCEPS
MAXIME, INTVS NIL NON CAESARVM PHILIPPE,
AVGVSTA SVNT OMNIA

*Entrad de buena gana, muy Alto Príncipe, en estas
Imperiales casas, que la casa y lo que hay dentro
della es del César.*

En el segundo arco que caía sobre la puerta de la villa a la salida como a manera de pronóstico le decían:

SIC FATA IVVENT, VT CAROLVS PHILIPPI DIVISAM
TOT SECVLIS ROMANI IMPERII MOLEM INTEGRAM,
AVCTAMQVE PHILIPPO. II. TRADAT

*Encamine y favorezca Dios de tal manera las cosas,
que Carlos hijo del Rey Felipe entregue al Príncipe
don Felipe Segundo entera y acrecentada la grandeza
del Imperio Romano que tantos siglos ha que está
dividido.*

Aquella noche fué muy bien servido y hospedado el Príncipe del Marqués de Mariñán, con toda voluntad y acatamiento, como aquel que en todo es muy leal vasallo del Emperador y servidor del Príncipe.

LODI

Partió al día siguiente de allí, y vino a la ciudad de Lodi, que es del Estado de Milán, a diez millas de Mariñán. Fué muy bien recibido en ella con mucha fiesta y regocijo, dando la artillería con muy gran salva, muestra de la pública alegría. Estaban las calles muy enramadas, y la puerta por donde el Príncipe entró adornada de un arco triunfal con las armas imperiales y reales de la ciudad, y debajo este letrero que con el arco le dedicaban:

PHILIPPO CAROLI V. IMPERATORIS AVGVSTI FILIO
*A don Felipe, hijo del Emperador Carlos Quinto
Augusto.*

Y luego este letrero, del cual, y del que estaba de la otra parte del arco, se entendía haber dado principio a la ciudad Pompeyo, y haberla edificado el Emperador Federico, primero deste nombre, y así ella en su loor decía:

PATRI MAXIMO LAVDA LAVS AVGVSTA
Al Padre máximo, la ciudad de Lodi.
QVOD FEDERICVS PRIMVS IMPERATOR CONDITORIS
SVI PAREM PIETATEM OSTENDERIT
*Porque el Emperador Federico, primero deste nombre,
ha mostrado tener igual piedad a la que tuvo su primer fundador.*

Esto le decía la ciudad en nombre de eterna memoria, igualándole con Cneio Pompeyo Strabón, padre de Pompeyo Magno, poniendo a cada uno su imagen en el arco. Era el letrero de la otra parte:

ORIGINEM CIVIBVS DEDIT POMPEIVS, VRBEM CON-
DIDIT FEDERICVS, TV VERO CAROLE AVGVSTE LA-
BENTEM CONSERVABIS

*Pompeyo dió origen a los ciudadanos, Federico edificó
la ciudad; pero vos, Carlos Augusto, la conservaréis
que no caiga.*

La ciudad de Lodi se llama en latín Laus Pompeia. Fué edificada por los Boyos, y fué hecha colonia de romanos por Pompeyo, y renovada por el Emperador Federico Barbarroja, por lo cual se llama también Lauda Augusta. A la puerta de la iglesia mayor había otro arco, el cual y los otros no tenían cosa digna de notar más de las armas y letreros.

TE CAROLO. V. CAESARE MAXIMO DIGNISSIMVM FI-
LIVM HABERE LAETATUR CHRISTIANA RESPVB. VT
PER TE TERMINI EIVS, TERMINI TERRARVM, ET TER-
MINI MARIS

*La República Cristiana se alegra de tener a vos, que
sois hijo dignísimo de Carlos Quinto César Máximo,
porque por vuestra mano los términos della serán los
términos de la tierra y de la mar.*

Mas adelante, en otro arco que estaba en la plaça, en lo alto decía:

RELIGIONE DEVM, IVSTITIA SVBDITOS,
FORTITVDINE HOSTES, QVID MIRARIS?
FILIVS EST CAESARIS

Como si dijese:

*Este que vees honra y reverencia a Dios con toda
religión, administra igualdad y justicia a sus súbditos
y reprime con esfuerço a sus enemigos. ¿De qué te
maravillas? Es hijo del César.*

Y en la otra parte estaba:

VADE, VALE, REDI FELIX,
COMITE FORTVNA PARENTIS

Id y téngaos Dios de su mano, volved felice, acompañado de la fortuna de vuestro Padre.

Y en el cuarto arco, que estaba a la puerta por donde había de salir el Príncipe, había un escudo imperial, y debajo dél este letrero:

SALVE CAESAR FORTUNATISSIME, FELIX
PROLE TVA ALTERA LAVDENSIVM SPE

Sálveos Dios, dichoso y bien afortunado César, con tal hijo, segunda esperanza de los de Lodi.

Y del otro cabo:

PHILIPPO PRINCIPI OPTIMO CAROLI. V. CAESARIS
TRIVMPHATORIS FILIO. IN QVO PATERNAE VIRTVTIS
MAGNITVDO FVLGENS CAROLI PRIMI FVTVRAS VIC-
TORIAS NOBIS INDICAT

Al muy alto Príncipe don Felipe, hijo del triunfante César Carlos Quinto, en quien la esclarecida grandeza de la virtud del padre nos da muestras que no serán menores sus hazañas y victorias que las de Carlos el primero, llamado Magno.

Toda la ciudad aquella noche mostró grande alegría con la venida del Príncipe. Luego a la mañana partió para Piciguitón, veinte millas de Lodi. Fué palacio el castillo, del cual y de la villa al entrar hicieron gran salva de artillería, y toda la noche por la villa hubo lumbres en las ventanas.

CREMONA

El siguiente día se caminaron doce millas hasta Cremona, ciudad muy principal y fortísima del Estado de Milán. Está fundada a la ribera del Pó. Hicieron a la entrada del Príncipe muy gran salva de artillería, que la hay mucha y muy buena, así en la ciudad como en el castillo, el cual es una de las principales y inexpugnables fuerzas del Estado de Milán. Saliéronle a recibir docientos gentileshombres nobles de la ciudad a pie, que le esperaban puestos en escuadrón, armados de muy lucidos coseletes y picas, con calças de grana y terciopelo carmesí y gorras de lo mismo con muchos penachos y medallas y jubones de raso carmesí. Traían todos muy ricas cadenas y collares de oro, y venían vestidos de lo mismo los pífaros y atambores. Iba por Capitán dellos el Castellano del castillo, don Álvaro de Luna, también a pie, vistosa y ricamente vestido. Llevaba tres pajes de la misma manera vestidos. Fué cosa mucho de ver aquella compañía de gentileshombres tan generosos y tan ricamente armados y adereçados. Esperábanle junto a la puerta doce Caballeros de los más principales de la ciudad, muy ricamente ataviados. Traían calças y jubones de raso carmesí bordados de oro con ropas encima hasta la rodilla, de terciopelo negro, aforradas en raso carmesí con muy ricas cadenas de oro y gorras con medallas y muchas y muy preciadas joyas. En llegando tomaron al Príncipe en medio, y le acompañaron a pie hasta palacio, y apearon del caballo. Entró el Príncipe acompañado de los Grandes, Señores y Caballeros, y en aquella orden que solía con su real corte. En el primer arco, que era muy lucido y muy vistoso, aunque llano y simple como los otros, había este letrero debajo de las armas

imperiales, que estaban entre dos escudos con las armas reales de España:

ADES PHILIPPE REX EXOPTATISSIME, CIVITATEM NON
TAM OPIBVS, AVT AEDIFICIORVM MAGNIFICENTIA
QVAM FIDE, ATQVE STVDIO ERGA SVOS REGES PRAE-
CLARAM AGNOSCE

Entrad, Príncipe don Felipe muy deseado, y conoced esta excelente ciudad, no tanto por las riquezas y magnificencia de los edificios que hay en ella, cuanto por la gran fe y afición que siempre tuvo y tiene para con sus Príncipes.

A la puerta de palacio había otro arco que le era dedicado, como por el letrero parecía:

PHILIPPO DIVI CAROLI QVINTI ROMANORVM IM-
PERATORIS F. HISPANIARVM REGI DESIGNATO, CUI
SVMMA OMNIA IAM NVNC ET DII, ET SIDERA POLLI-
CENTVR

A don Felipe, hijo de Carlos Quinto, Emperador de los Romanos, heredero legítimo de las Españas, a quien Dios y las estrellas desde agora prometen felicísimo suceso en todas las cosas.

Estaban a la puerta de la iglesia las armas del Emperador en medio de las del Príncipe, y debajo este letrero:

NIHIL VERERE DEI NVMEN TIBI NON PROPITIVM
FORE, PRO CVIVS CVLTV PATER INVICTISSIMVS INCRE-
DIBILI ANIMI MAGNITVDINE TOT CASIBVS SE SEM-
PER EXPOSVIT, RELIGIONEMQVE PENE RESTINCTAM
NON MINVS FORTITER, QVAM FIDELITER PVGNANDO
RESTITVIT

Tened por cierto, Serenísimo Príncipe, que os será Dios favorable, pues por su honra y culto divino se ha puesto siempre vuestro invictísimo Padre a tantos

y tan grandes peligros y trabajos, y peleando no con menor esfuerzo que fe, ha restaurado la Religión Cristiana, que casi estaba ya caída.

A la salida de la ciudad, en otro arco, con gran afición así le exhortaban:

I DECUS NOSTRVM, I SPES PVBLICA, ET PATRIS
MAXIMI AVSPICIIS, PERQVE ARDVA EIVSDEM VES-
TIGIA RERVVM GESTARVM GLORIA VIAM IN COELVM
AFFECTA

Id honra nuestra, id esperanza pública, y con el favor de vuestro poderoso Padre, y imitando sus grandes hechos, procurad el camino del cielo con gloria de cosas hazañosas.

Aquí fué el Príncipe muy servido del Castellano, don Álvaro de Luna, y un día antes que partiese vinieron ciertos Caballeros de la ciudad de Placencia a le visitar, y le presentaron y ofrecieron un modelo de la ciudad de Placencia hecho de plata con su foso y muralla, castillo y casas principales della; cosa por cierto mucho de ver y de grande estimación. Es natural desta ciudad de Cremona Jerónimo Vida, Obispo de Alba, poeta excelentísimo y doctísimo, como sus divinas obras lo muestran, el cual se puede comparar con aquellos antiguos, y Cremona tenerse por no menos dichosa con él que Mantua con su Virgilio.

CANÈ

Partió de allí el Príncipe el día siguiente, y vino a Canè, veinte millas de Cremona. Es Canè una villa del Duque de Mantua, en la cual fué muy bien recibido y con salva

de artillería del castillo que allí hay muy bueno, y sobre la puerta, por donde entró, había este letrero:

SVB VMBRA ALARVM TVARVM PROTEGE NOS

Defendednos debajo de la sombra y amparo de vuestras alas.

Y luego más abajo decía:

MARS ET IVSTITIA CAROLI. V. IMPERATORIS AVGVSTI FIDISSIMI COMITES

El dios Marte y la Justicia, fidelísimos compañeros del Emperador Carlos Quinto Augusto.

A la entrada de la plaza había un arco, con estas sagradas palabras:

DILEXISTI IVSTITIAM, ET ODISTI INIQVITATEM: PROP-
TEREA BENEDIXIT TE DEVS

Porque habéis amado la justicia y aborrecido la maldad, os ha dado Dios su bendición.

Allí vino don Hércules de Gonzaga, Cardenal de Mantua, tío del Duque de Mantua, a visitar al Príncipe muy bien acompañado, y habiendo mandado dar orden para que en la villa se diese a los Caballeros y gentileshombres de la corte todo lo que para el mantenimiento fué necesario, lo cual hizo y proveyó muy cumplidamente, se volvió a Mantua por no ocupar el aposento. En otro lugar que se dice Castellucho se hizo y proveyó lo mismo por mandado del Duque de Mantua, cuya es la villa, a la cual vino el Príncipe el siguiente día desde Canè, que hay diez millas. Fué recibido en ella con salva de artillería; y a los trece de Enero el Príncipe salió de Castellucho y anduvo las diez millas que hay hasta Mantua. A la mitad del camino había una gran casa, que habían mandado hacer el Cardenal y el Duque de Mantua, para recrear y dar de

comer y beber de paso en ella a toda la gente de corte que venía a pie, y a todos los que lo quisiesen recibir, usando en todo de su liberalidad y grandeza, pareciéndoles muy poco todo lo que se hacía, en comparación y respeto de lo que deseaban servir al Príncipe, lo cual se mostró bien en el real recibimiento que en Mantua le hicieron.

MANTUA

Grande era el aparato y bullicio en la ciudad de Mantua, grande el regocijo y alegría que el pueblo tenía con la venida del Príncipe; bien parecía en ellos la voluntad y afición con que el Duque Señor della le recibía. La multitud de gente era tanta que aguardaban a ver la real entrada, entreteniéndose a mirar los arcos triunfales, estatuas y personajes que había, que con dificultad se podía pasar por las calles. Estaban las ventanas muy bien aderezadas y en ellas muchas y muy hermosas Señoras y damas, que la delicadeza y hermosura de los vestidos y aderezos y la riqueza y galas y joyas dellas sería tan increíble cosa como dificultosa de contar. Estaban aguardando con gran deseo la real entrada del Príncipe, y muchos, no contentándose en aguardar a verle en la calle por donde había de pasar y por las puertas y ventanas, salían fuera de la ciudad. Era cosa maravillosa ver la gente que estaba en el campo y a la puerta que llaman de la Perdella, por donde el Príncipe entró, en la cual había un arco triunfal de maravillosa arquitectura con dos columnas a cada lado, de altura de treinta pies, con sus basas y capiteles. Estaban estas columnas distantes entre sí de cada lado, por muy hermosa proporción, y entre las dos del lado derecho estaba de relieve la estatua de Virgilio, Príncipe de los Poe-

tas, como lo mostraban las letras que su pedestal tenía, que eran:

P. VIRG. MARO

Publio Virgilio Maron.

Más abajo del estatua, la Eternidad pintada con el brazo derecho alçado, y en la mano izquierda una redondez o bola, dando a entender el nombre eterno que ha dado a Virgilio y a Mantua con tal poeta, pues fué natural de su tierra de una aldea, que en aquel tiempo la llamaron Andes. Del otro lado, entre las columnas estaba la estatua de Ocno, hijo de Tribris, y de Mantò, que fué hija de aquel gran adivino Tiresias Thebano, el cual Ocno fundó la ciudad, llamándola Mantua, del nombre de Mantò, su madre. Las letras en la basa de la estatua eran:

OCNVS VRBIS FVNDATOR

Ocno, fundador de la ciudad.

Más abajo de la basa estaba la providencia con muchas espigas en la mano derecha, y a los pies una cesta llena dellas, y en la siniestra un cornucopia que significaba la Providencia de Ocno, que edificó la ciudad en lugar fértil y abundante, no muy lejos del lago Benaco, del cual nace el río Mincio que pasa por Mantua, cercándola con el lago que hace, y cerca de allí entra en el río Po: y en los triángulos, que se hacían delante sobre el architrabe, se vían dos Victorias pintadas, y en medio del freso este letrero:

PHILIPPO HISP. PRINCIPI, IN QVO PATRIS IMAGINEM

CERNIMVS, ANIMI MAGNITVDINEM ADMIRAMVR, FE-

CITATEM EXPECTAMVS

A don Felipe, Príncipe de las Españas, en el cual claramente vemos la imagen de su Padre, y de la grandeza de su ánimo nos admiramos, y la felicidad esperamos.

En el alto del frontispicio estaban en medio las armas del Emperador, y a la mano derecha las de la casa de Austria, y a la izquierda las del Príncipe. Era de altura todo el arco sesenta y cuatro pies, dentro del cual había dos columnas de cada lado con sus pedestales, basas y capiteles de quince pies de altura, las cuales con los pilares de los cantones hacían tres espacios por cada lado, distantes entre sí cada uno nueve pies. En uno de los espacios del lado diestro estaba Argos en hábito de pastor, con un cayado en la mano, como los poetas lo fingen, todo lleno de ojos. Tenía abiertos los que miraban fuera de la ciudad; y de los otros que miraban adentro della, parte tenía abiertos y parte cerrados. Daba a entender que el Príncipe de la ciudad de Mantua teme antes el mal que le puede venir de fuera della, y para dentro de su ciudad sólo ve lo que a ella conviene. Más adelante estaba la estatua del Príncipe, de color de bronce, armado, que tenía por los cabellos a la Fortuna, y con la cara descubierta la derribaba delante de sí, y echándole una cadena al cuello y a las manos, la ataba a un mármol quitada de sobre su inconstante rueda y caídos y rotos los talares o alas de los pies. Allí parecía pintado el Pesar, que huía de los de la guarda del Príncipe, que lo echaban fuera a palos. Estaba luego la Seguridad con gran reposo, arrimada a una coluna con el brazo derecho; tenía la mano sobre la cabeza y en la izquierda un asta: significaba la quietud y sosiego de la ciudad de Mantua. Al lado izquierdo, en el primer espacio, estaba el dios Jano armado, con las llaves en la mano. La cara que miraba fuera de la ciudad era de mancebo, dando a entender el valor de su Príncipe en defensa del pueblo. La que miraba dentro era de viejo con un libro en la mano: significaba la prudencia y consejo con que gobierna su ciudad. Más adelante estaba el dios Mercurio, de color de bronce, que cerraba el templo del dios Jano, dando a entender la paz que tendrá el mundo con tal Príncipe. Seguía la

Equidad, que colgaba el peso de una asta, en significación que la Justicia ha de ser administrada igualmente, desde los Príncipes a todas las otras inferiores personas. La otra parte del arco que miraba a la ciudad no tenía más de los escudos de armas sobre el freso que habemos dicho. Más adelante había otro arco junto a la iglesia de Santiago, hecho a la antigua, la frente dél con dos vueltas encima de un pilar de obra compuesta con una leona antigua de mármol que yacía sobre el pilar. Tenía encima un architrabe, sobre el cual estaba la diosa Cibele y dos leones en pie, y dos Términos al lado que sostenían el architrabe. Más alto y entre los Términos y la diosa Cibele, de letras de oro había estos dos letreros, cada uno en su cuadro:

CAR. V. CAES. AVG. AFR. GER. PATRI OPT. IMP. OPT.

A Carlos Quinto César Augusto, Africano, Germánico, Padre Benignísimo y Emperador Excelentísimo.

El otro era:

REGI PHILIPPO. F. HISP. REGI. DES. MAGNANIMO

PRIN. SAECVLI SPEI

Al Príncipe don Felipe, su hijo, Rey que ha de ser de las Españas, Príncipe magnánimo y Esperança deste siglo.

Significa la diosa Cibele la antigüedad de la ciudad, como aquella que es madre de los dioses. De la otra parte del arco que miraba la plaza había una grande águila en medio, como que quería volar, con dos águilas pequeñas que la seguían y este letrero debajo:

SICVT AQVILA PROVOCANS AD VOLANDVM PVLLOS

SVOS

Como el águila que saca a volar sus pollos.

En la cumbre del arco estaban cinco águilas muy grandes

que se miraban las unas a las otras con las alas levantadas con unos rayos entre las uñas. Más adelante, en la puerta que se dice de la Guardia había otro arco con una puerta; tenía de alto ochenta pies. Sobre el architrabe dél estaba una estatua del dios Mercurio colorada, que hacía el arco muy vistoso, de altura veinte pies. Sacaba la punta del pie izquierdo sobre el architrabe y señalaba con la mano este verso:

SPONDEO DIGNA TVIS INGENTIBVS OMNIA COEPTIS

Yo te adivino y prometo todas las cosas dignas de tus grandes principios.

Tenía sobre su cabeza en la cumbre del arco una letra dedicada al dios Evento, que es uno de los doce principales dioses de los rústicos, y era:

BONO EVENTVI

Al buen Acontecimiento.

La otra parte del arco que estaba vuelta a la plaza de la iglesia mayor tenía una estatua del Genio, de diez y seis pies de alto, con una copa en la mano con que sacrificaba sobre un altar. Es Genio el dios de la naturaleza o generación, y tenía en la basa una sierpe con dos figuras pintadas, una de mancebo y hermoso, otra de viejo y feo, como que se escondía, que significan el Genio bueno y el malo, con esta letra encima:

GENIO PRINCIPIS

Al Genio del Príncipe.

En medio de la plaza de la Iglesia mayor había un pedestal cuadrado, que tenía de alto doce pies, y cada cuadro tenía cuatro de ancho. Estaba encima del pedestal una hermosísima estatua de veinte pies de altura con una palma en la mano derecha, y en la izquierda un cornucopia con el ros-

tro lleno de alegría. Parecía que estaba como aguardando con gran deseo que entrase el Príncipe por aquella puerta que llaman de la Guardia. Esta era la general alegría y contentamiento de la ciudad, como lo daba a entender la letra que en el primer cuadro había:

PUBLICA HILARITAS

La universal alegría.

Entendíase esto muy bien por lo que estaba en el segundo cuadro, en el cual había pintada una danza de niños, y en el tercero algunas Ninfas que tañían diversos instrumentos de música; y en el cuarto Sátiros que alegremente comían y bebían. Pasada la iglesia atravesaba una plaçuela, donde estaba un arco con dos columnas jónicas de veinte y tres pies, que hacían una puerta muy hermosa. Era la altura, todo el arco hasta la cumbre, de setenta y seis pies. Tenía encima del architrabe en los ángulos de la una parte y de la otra pintada una muy hermosa Ninfa, que era la Paz; y en el frontispicio otras dos, que eran la Felicidad con sus sceptros en las manos, y en medio destas dos, en un cuadro, esta letra:

FELICITATI TEMPORVM

A la felicidad de los tiempos.

Parecían en lo más alto las armas del Príncipe en medio de dos águilas grandes con unos rayos entre las uñas. Tenían vueltos sus rostros a las armas. En la puerta de palacio, que era el castillo, el cual es una hermosísima fortaleza y aposento muy principal, había dos columnas a cada lado de relieve, de veinte y tres pies de alto, y así era el architrabe, freso y cornija con el frontispicio de relieve, y en dos triángulos que se hacían sobre la puerta había dos Victorias que tenían entre sí una corona, y encima del freso, en derecho de las columnas, estaba de cada parte el

Furor encadenado, con esta letra entre el uno y el otro puesta:

SECVRITATI AVGVSTAE

A la seguridad imperial.

Estaban encima del frontispicio, de un cabo las armas del Rey de Romanos, y del otro las del Príncipe, y en medio las del Emperador. Toda esta portada era de altura de setenta y cuatro pies. La entrada del castillo era un muy hermoso edificio, doblado más alto que ancho, porque la altura era de ochenta y cuatro pies, y el ancho de cuarenta y dos. Estaba repartido el lado siniestro de cinco pilares acanalados, que cada uno dellos tenía de alto treinta y cuatro pies, los cuales hacían cinco espacios, los tres grandes y los dos pequeños.

En el primero estaba como de mármol pintada Tebas, ciudad de Beocia, que fué tomada por fuerza de los Epi-gonos en la segunda guerra Tebana, los cuales eran descendientes de aquellos que en la primera guerra la tomaron. Estaba también pintado cómo después de la muerte del adivino Tyresias Tebano, la Sabia Mantó, su hija, iba desterrada de Tebas por ser de la sangre real. Estaba en el segundo el Dios Marte, que representaba la fortaleza de los Duques de Mantua. Estaba en el siguiente espacio el tebano Tyresias cómo hacía sacrificio y miraba los intestinos o tripas y aves que volaban, como adivino que era, para saber hacia qué región había de ir su hija Mantó, como lo acostumbraban a hacer los gentiles en sus vanas supersticiones y agüeros. Estaba en el cuarto la Paz con un ramo de oliva en la mano derecha, y en la izquierda un cornucopia, que significaba la paz y tranquilidad de la ciudad. En el postrero parecía Tyresias muerto en un real sepulcro, y cómo Mantó su hija, huyendo de la tiranía de Creonte, Rey de Tebas, se embarcaba en una nave, y pasando en Asia edificaba el templo de Dios Apolo Cla-

rio, y de allí venía a Italia. El lado derecho tenía otros tantos pilares y espacios de la misma proporción, y en frente de los del siniestro y en el primero, estaba pintado cómo se casaba Mantó con el rey Tiberino o río Tíbris, cómo los poetas fingen; y dél había un hijo que se llamó Ocno. Tenía el segundo la Concordia con una copa en la mano derecha y un cornucopia en la izquierda. En el tercero miraba Mantó el vuelo de las aves para adivinar por el agüero dellas adónde había de edificar su hijo la ciudad de Mantua, y cómo estándolas mirando descubrió cuatro águilas que venían volando, las cuales tomó por agüero de los Príncipes que habían de ser de Mantua. El siguiente espacio tenía la valiente y esforçada Belona, hermana del Dios Marte. En el quinto estaba la fundación de la ciudad de Mantua. Encima de la puerta estaba el águila imperial, que con sus alas cubría las armas de la casa de Gonçaga, como que las tomaba debajo de su amparo y protección; y tenía alrededor este edificio por el alto de muy hermosas letras de oro este escrito:

CAPTIS THEBIS VATES VENTVRA PRAEVIDENS SVB
PRINCIPVM AVSTRIAE AVSPICIIS VRBEM TVTAM
PERPETVO FVTVRAM FILIO OCNO CONDENDAM MAN-
DAVIT

Siendo tomada la ciudad de Tebas, la adivina Mantó, considerando las cosas que estaban por venir y conociendo que la ciudad de Mantua se conservaría perpetuamente segura debajo del amparo y favor de los Príncipes de Austria, mandóla edificar a su hijo Ocno.

En medio de la plaza del castillo había un pedestal, que tenía de alto diez pies, y cada cuadro dél seis de ancho, encima del cual estaba una estatua de Hércules con sus dos columnas de relieve, de altura de catorce pies, y en la basa estos versos:

ALCIDES STATVIT, CAESAR SED PROTVLIT, AT TV
VLTERIVS, SI FAS, PROGREDIERE PATRE

*Hércules la puso, César las extendió, pero vos (si
es lícito decirlo), aun las pasaréis más adelante
que vuestro padre.*

A la entrada de palacio estaba un arco con tres puertas, que las hacían seis columnas dóricas. Tenía cada una de alto diez pies, y en el alto, sobre el architrabe, en medio del freso, había este letrero:

GONZAGA ET PALAEOLOGA FAMILIAE CAR. V. IMP.
CAES. AVG. LIBERALITATE MAGNOS HONORES CON-
SECVTAE PHILIPPI. F. ADVENTV SEMPITERNVM BE-
NEFICII MONVMENTVM EXTARE VOLVERVNT

*La casa de Gonzaga y Paleologa, habiendo alcanzado
grandes honras por la liberalidad del Emperador
Carlos Quinto César Augusto, quisieron que en
la venida de don Felipe, su hijo, quedase sempiterna
memoria de los beneficios y mercedes recibidos.*

Tenía el mismo arco a la mano izquierda un cuadro como hecho de bronce, en el cual estaba pintado el Emperador, que con imperial majestad daba la corona de Duque a la casa de Gonzaga. De la misma manera estaba a la mano derecha otro cuadro, en el cual se vía cómo el Emperador daba un escudo a la casa de Gonzaga con las armas del Marquesado de Monferrato, en señal de aquel Estado, del cual le concedía la investidura. Tenía de altura todo el arco cuarenta y cuatro pies. Ornaban las esquinas del dos estatuas muy grandes bien labradas. La una representaba al primer Marqués de Mantua, y la otra al primer Duque. Con esto habemos dicho el aparato real que había en la ciudad por las calles por do el Príncipe había de pasar, hasta lo que había en el castillo donde era palacio. Habíale salido a recibir don Hércules de Aeste, Duque de Ferrara,

que había venido a Mantua para visitar al Príncipe con mucho acompañamiento de caballería, todos en muy buenos caballos y ricamente vestidos con muchas joyas y cadenas de oro. Traía el Duque doce pajes con librea de terciopelo negro y blanco y otros tantos lacayos de la misma manera. Llevábale un paje una riquísima celada, y lanza y el escudo, y llegando el Duque al Príncipe se apeó del caballo, y el Príncipe le recibió con mucha benevolencia, favor y cortesía, queriéndole impedir que no se apease. Luego tornó a cabalgar en su caballo y fué hablando con el Príncipe hasta Mantua, y con la misma honra recibió al Duque de Mantua y al Cardenal su tío, que cada uno por su parte habían salido a recibirle con su casa y estado y muchos caballeros y gentileshombres nobles de la ciudad, y con el Cardenal habían venido los hermanos del Duque de Mantua. Esperaban al Príncipe cincuenta gentileshombres nobles principales de Mantua, fuera de la puerta de la ciudad, vestidos de terciopelo blanco, sayos, calças y jubonés y gorras y plumas blancas con muchas joyas y medallas de oro. Traían todos cadenas de oro y botones de oro en los sayos y espadas doradas, y en las manos unos bastones plateados. Estaban a la puerta de la ciudad ocho Caballeros de los más principales de Mantua, vestidos de blanco de la misma manera, salvo que éstos traían sobre los sayos ropas de terciopelo blanco hasta las rodillas, aforradas en raso blanco. Tenían un rico palio de tela de plata con franjas de plata. Eran las varas dél plateadas, como los bastones de los gentileshombres que habemos dicho. Ya eran las tres horas de la tarde, cuando la artillería de los baluartes del burgo de la ciudad y muralla comenzó a disparar, dando señal de la venida y entrada del Príncipe, y de la común alegría que por la ciudad había. Començaron a entrar delante los arcabuceros españoles de caballo de la guarda del Príncipe, en la orden que en Milán entraron, como habemos dicho, y luego el Conde de

Gayazo y Flaminio de Casale con sus compañías de caballos ligeros, y tras ellos muchos gentileshombres y Caballeros de la tierra y milaneses en muy buenos caballos y ricamente vestidos. Luego seguían los gentileshombres del Duque de Ferrara y los del Duque de Mantua y de don Hernando de Gonzaga, y luego los Señores y Caballeros de la real casa y corte del Príncipe y algunos Señores y Barones de Italia. Delante de la guarda de alabarderos españoles y alemanes iban doce trompetas con las insignias reales. Iba don Gómez de Figueroa, Capitán de la guarda, como Capitán della, y en medio de la guarda el Marqués de Pescara, el Marqués de Astorga, el Duque de Sessa, el Almirante de Castilla y don Hernando de Gonzaga. Seguían dos maceros con sus maças reales en los hombros, y luego dos reyes de armas con sus cotas de insignias reales sobre damasco carmesí; y delante del Príncipe don Antonio de Toledo, su Caballerizo mayor, con el estoque desnudo en la mano levantado. Venía el Príncipe sobre un muy hermoso caballo español vestido de una ropa negra aforrada en martas y sayo de terciopelo negro bordado todo de franjas de oro. Llevaba un sombrero de terciopelo negro orlado y guarnecido con una rica medalla y cordón de oro y pluma blanca. En llegando a la puerta, luego los cincuenta gentileshombres que arriba dijimos le tomaron en medio, y así lo hicieron los ocho Caballeros que tenían el palio, recibéndole con gran acatamiento debajo dél, y le llevaron con real aparato y pompa, yendo todos a pie hasta palacio. Venía junto al palio el real Guión, y detrás el Cardenal de Mantua en medio del Duque de Ferrara, que iba a su mano derecha, y del Duque de Mantua, que iba a la izquierda; y luego el Duque de Alba, al cual seguían en la retaguardia los cuatro Capitanes de gente de armas: Alejandro de Gonzaga, el Conde Felipe Tornielo, el Conde Francisco de la Somaya y don Francés de Beamont, con sus compañías y estandartes de gente de

armas con las mismas libreas y colores que en la entrada de Milán dijimos. Entraron muy en buena orden de cuatro en cuatro, y cada hilera llevaba tras de sí sus pajes en muy buenos caballos de guerra con las lanças y almetes, con muy grandes y hermosos penachos. Con esta real pompa y orden, con mucho sonido de trompetas y música de menestres, entró el Príncipe en la ciudad, y llegó a palacio. En apeándose a un mismo punto se hizo una grandísima salva de artillería del castillo y de la muralla y baluartes de la ciudad, y habiendo dejado aquellos Grandes y Señores al Príncipe en su aposento, que tenía altamente adereçado, se fué cada uno a descansar a su posada aquella noche, y todos los tres días que el Príncipe estuvo en Mantua fué muy bien hospedado y con gran acatamiento servido del Duque y de la Duquesa y Marquesa de Monferrato, su madre, y de don Hernando de Gonzaga y del Cardenal, procurando de darle todo el contentamiento y placer que imaginarse podía, y mostrando gran voluntad de servidores, como lo son, del Emperador y del Príncipe. A cabo de los tres días partió el Príncipe de Mantua con toda su corte y gente de armas de aquella guarda que desde Milán le había seguido.

PARTIDA DE MANTUA

Jueves a diez y siete de Enero partió de Mantua el Príncipe, acompañado del Cardenal de Mantua y de los Duques de Ferrara y Mantua, y vino a comer a una casa de placer que el Duque tenía en el camino, y antes que llegase anduvo caçando por el monte, que es abundantísimo de fieras y de toda clase de caça, y mató algunos puercos jabalíes. Detúvose poco en la montería, por ir, como iba, de camino, y así caçando y recreándose, llegó a la casa donde estaba aparejado un real banquete, así para el Príncipe

como para cuantos venían en su corte y acompañamiento, que fué uno de los más reales y suntuosos que se pueden pensar, porque había gran diversidad y abundancia de todo género de viandas y delicadeza de manjares, y todas las cosas tan sobradas que bastaba para mantenimiento de toda la corte de la misma manera para tres o cuatro días. Estuvieron desde la mañana hasta la noche siempre puestas las mesas y llenas de gente y servidas abundantísimamente hasta que acabó de pasar la corte con tanta orden y concierto que ponía admiración, porque tan servidos fueron los postreros como los primeros, cada uno en su grado y conforme a la calidad y dignidad de las personas. El Príncipe comió solo en una pieza; fué servido con real cerimonia y majestad. El Cardenal de Mantua, el Duque de Ferrara, el Duque de Mantua, don Hernando de Gonzaga y el Duque de Alba y todos aquellos Grandes, Señores y Caballeros comieron aparte en una sala donde estaba puesta una mesa a la larga. Fueron servidos muy altamente en aquella grande y hermosa casa, que verdaderamente parece un laberinto por la multitud y variedad que tiene de ricas salas y saletas, cámaras y antecámaras, y otras piezas y aposentos altos y bajos, con tanta diversidad de puertas en todas ellas que era mucho de maravillar, porque son las entradas y salidas tan dudosas y difíciles que en ellas se perdían muchos aun de los muy experimentados y pláticos de la casa, que no atinaban a volver por donde habían entrado. También era cosa de admiración ver las alhajas y los adereços dellas, la hermosura y riqueza de la tapicería de que estaba toda adornada con muchos doseles de brocado rico y de diversas y delicadas sedas. Ver tanto número de camas riquísimas, que eran más de ciento y cincuenta: ver la recámara donde estaba una rica mesa de plata de sutilísima labor con sobremesa de gran valor y estima; se podía juzgar que en aquella casa estaba toda la hermosura, riqueza y policía que en Italia hay

junta, y por mayor grandeza y estado toda aquella recámara y riqueza la tienen los Duques de Mantua solamente para el atavío y servicio de aquella casa de placer, que no se sirven dello en otra parte, ni lo mueven de allí para ornamento de otro ningún lugar. Acabado el real banquete, desde a poco el Príncipe se puso en camino con todos aquellos Grandes, Señores y Caballeros de su corte. Llegando ya a tierra de Venecianos, que era dos millas lejos de la casa, el Cardenal y el Duque de Ferrara y el Duque de Mantua se despidieron del Príncipe. Pasaron al tiempo del despedir grandes cortesías y ofrecimientos, y muy contentos de la afabilidad del Príncipe y la benevolencia y favor con que dél habían sido tratados, se volvieron a Mantua, y el Príncipe siguió su camino.

VILAFRANCA

Antes que llegase a Villafranca, que es el primer lugar de tierra de venecianos, donde había de ser la jornada, que está lejos de Mantua quince millas, salieron al camino el Capitán de Verona y Federico Baduar, Embajador de la Señoría de Venecia, muy bien acompañados, a le recibir y ofrecer de parte de la Señoría que en sus tierras se le haría todo el servicio y buen recibimiento que pudiesen, declarando lo mucho que aquella Señoría se había holgado de su dichosa venida en aquellas partes, y así vinieron sirviendo y acompañándole por todos los lugares de su Señorío, donde le hicieron muchos presentes de vituallas, y tuvieron muy en orden las casas en todos los lugares donde el Príncipe había de posar, y así lo estaba la de Villafranca, enramada la puerta y toda ella entapizada por de dentro de piezas de paño colorado, y el aposento del Príncipe de terciopelo

carnesí, y las calles muy frescas con arcos que había hechos con gran artificio de yerbas y ramos verdes entretejidos sin letreros. Allí le hicieron de parte de la Señoría un gran presente de más de cincuenta carros cargados de todo género de vituallas y de excelentísimos vinos y malvasías de Candía, lo cual todo mandó repartir el Príncipe entre aquellos Grandes, Señores y Caballeros de su corte. El siguiente día por la mañana se volvió don Hernando de Gonzaga, habiéndose despedido y tomado licencia la noche antes, y estando para se partir el Príncipe, después de haber comido, llegó por la posta el Duque Octavio Farnés a le visitar, y con él Esforca, Conde de Santa Flor, y algunos Caballeros y gentileshombres suyos todos muy bien adereçados, con el cual el Príncipe se holgó mucho y le hizo el acogimiento que a la calidad de su persona se debía, y el que requería el deudo de afinidad que con su Alteza tiene por estar casado con la Ilustrísima Duquesa Madama Margarita de Austria, hermana natural del Príncipe, acariciando y tratándole en todo con demostraciones de mucho amor y benevolencia. En Gosolengue, lugar que está a diez millas de Villafranca, adonde el Príncipe llegó aquella noche, estaba la calle y puerta del palacio adornada de simples arcos enramados de muy frescas verduras. Allí hicieron los Venecianos otro presente al Príncipe, no menor que el primero, que entre las otras cosas que arriba dijimos hubo gran copia de pescados muy buenos y llegaron a buen tiempo por ser viernes. De allí el Duque Octavio se volvió el día siguiente, y el Conde de Santa Flor con sus gentileshombres por la posta como habían venido, y el Príncipe llegó aquel día a Dolcè, que está de Gosolengue doce millas en el territorio de Verona, y para pasar el río Ades, que en latín se llama Athesis, que está antes de Dolcè, tenían hecha una puente sobre barcas con dos arcos a la entrada y salida della, de ramos verdes y otras muchas verduras muy sutilmente entretejidas, pero sin letra ninguna. Tenían un antepecho

hecho de la misma manera, y de la otra parte pasado el arco, estaban colgados dos doseles muy ricos. Estuvo allí el Príncipe hasta el lunes, que fueron veinte y uno de Enero, y en su acompañamiento los Grandes y algunos Señores y Caballeros con pocos criados, porque no había aposento ni lugar para más. La corte fué aposentada en los lugares más cercanos a dos y a tres millas del Dolcè. La noche que llegó el Príncipe, que fué sábado, tenían los venecianos aparejado un muy real banquete, y hasta que de allí partió, usaron de su acostumbrada largueza en servir a su Alteza con muy gran copia de todo género de vituallas, vinos y otras cosas necesarias. Venido el lunes, el Capitán de Verona y el Embajador veneciano se despidieron del Príncipe, ofreciéndole en nombre de la Señoría todo servicio. El Príncipe se lo agradeció y aceptó su voluntad y les hizo a entrambos muy larga merced. También se volvieron desde allí las compañías de gente de armas y caballos ligeros al Estado de Milán. El Príncipe siguió su camino, y llegando a unos grandes prados, que son antes de llegar al Borgueto, que es la primera tierra de la casa de los Madruccios, encontró con el Cardenal de Trento, que venía a le recibir en su tierra, y con él los Gobernadores de Inspruch, muy acompañados de gentileshombres de su casa y de muchos Condes y Barones, que eran por todos más de cuatrocientos de caballo, y habiendo hecho su debido acatamiento al Príncipe y siendo recibido dél con toda voluntad y amor prosiguieron su camino hacia el lugar de Hala, y entrando en los prados, que son en el valle entre el Borgueto y Hala, vieron un escuadrón de cuatro mil infantes, que los dos tercios dél eran arcabuceros y los otros armados de coseletes y picas, todos en muy buena y espaciosa orden puestos en escuadrón, como si esperaran haber de pelear con enemigos. De otra parte más abajo de los prados había una gruesa banda de arcabuceros, los cuales, yéndose llegando, acometieron al escuadrón, descargando con buen orden de mano en mano

por hileras todos sus arcabuces, y el escuadrón los recibió con su arcabucería, y calando las picas contra ellos y jugando en ellos su arcabucería, no hallando lugar por donde romper, fueron rodeando el escuadrón con mucha furia de arcabucería, tentando de poderlos romper y entrar. Estuvo parado el Príncipe mirando la buena orden con que escaramuçaban y combatían, y después que fué acabado el combate, se fué paso a paso mirando de un cabo y de otro el escuadrón, delante del cual estaba Nicolao Madruccio, Coronel del Emperador, hermano del Cardenal de Trento, con sus Capitanes, Lugartenientes y Alférez lucidamente armados y ricamente vestidos de la librea del Príncipe. Quiso el Duque de Alba que el escuadrón marchase, por que el Príncipe lo viese marchar. Volvió el Príncipe al otro cabo, y parándose començó el escuadrón a marchar, y marchando fué acometido otra vez de los arcabuceros y así fueron un poco caminando y escaramuçando con mucha orden, de que el Príncipe tuvo mucho contentamiento, y luego se fué su camino a Hala de Trento, que está a diez millas de Dolcè.

HALA DE TRENTO

Estaba el lugar muy en orden y fresco de ramos y verduras, y en el primer arco, de dos que había, estaban en lo alto las armas del Príncipe, y debajo las del Cardenal de Trento con esta letra:

FELIX HALA, FELIX HOSPITIIS ELECTIS, FELICIOR
COMI PRINCIPE

*Dichosa Hala, dichosa con los aposentos escogidos,
más dichosa con el Príncipe benigno.*

En el otro arco, que estaba antes de palacio, había dos án-

geles debajo de las armas del Cardenal, los cuales, con sus candeleros en las manos izquierdas, tenían con las otras entre sí esta letra:

SPERATE IN EO OMNIS CONGREGATIO POPVLI

Esperad en él toda la congregación del pueblo.

Aquella noche fué el Príncipe muy bien hospedado y servido del Cardenal, y así lo fueron todos aquellos Grandes de su Corte, y mandó hacer la guardia aquella noche al Príncipe a una bandera de las del escuadrón y a la mañana se volvió para Trento a recibir al Duque Mauricio de Sajonia, Elector del Sacro Imperio, y a Otto Truchses de Walpurg, Cardenal y Obispo de Augusta, que venían por la posta de Alemania a visitar al Príncipe, habiendo dado primero orden que todo el tiempo que el Príncipe en Hala estuviese, diesen todos los bastimentos que fuesen menester, así para su real persona y casa como para los de su corte, lo cual se hizo muy cumplidamente, y el miércoles siguiente el Príncipe se partió para Roberè, y el Cardenal, que ya estaba en Trento, salió a recibir desde allí al Duque Mauricio y al Cardenal de Augusta, muy acompañado de muchos caballeros y gentileshombres de su casa, habiendo enviado delante a recibirlos al Coronel Nicolao Madruccio, su hermano, a San Miguel para que allí los recibiese; y el Cardenal los esperó en unos prados, que son antes de un lugar que se llama Gárdole, adonde, habiéndolos recibido con mucha cortesía y cerimonia, mandó a su Caballerizo que presentase de su parte al Cardenal de Augusta una hermosísima mula, y al Duque un muy hermoso caballo blanco español, entrambos a dos con guarniciones de terciopelo carmesí ricamente bordadas de oro, en los cuales subieron, apeándose de las postas, y con muchos trompetas y menestriles entraron en Trento. Venía el Cardenal de Augusta en medio del Duque Mauricio, que venía a la mano derecha, y del Cardenal de Trento, que venía a la izquierda; y en llegando a la plaza del castillo,

súbitamente disparó toda la artillería, así la que estaba sobre la muralla de la ciudad como la del castillo. Fueron festejados aquella noche del Cardenal de Trento con una solene y suntuosa cena con suavísima música y muchas damas alemanas y italianas.

ROBERÈ

Este día vino el Príncipe a Roberè, que está de Hala doce millas. Es Roberè del Condado de Tirol, que es del Rey de Romanos. Recibiéronle allí con gran triunfo y general alegría y muy buena salva de artillería como a su Señor natural. Estaban sobre la puerta tres escudos adornados cada uno de muy frescos festones hechos de verduras. Tenía el de medio las armas imperiales con esta letra debajo:

HIC EST FILIVS MEVS DILECTVS

Éste es mi amado hijo.

Tenía el escudo de la mano derecha las armas del Rey de Romanos con esta letra:

INGREDERE SERENISSIME PRINCEPS DOMVM IN-
CLYTAM TVAM AVSTRIAE, ET PARENTVM TVORVM
IAM TVTISSIMVS

*Entrad ya, Serenísimo Príncipe, muy seguro en la
ilustrísima casa de Austria, vuestra y de vuestros
padres.*

El escudo que estaba a la mano izquierda tenía las armas del Príncipe, y debajo esta letra:

PHILIPPE IMAGO ET IDEA PARENTIS, EN AVSTRIA TVA
IAM RECIPIT, IMPERIVM EXPECTAT, ET MAGIS TE

AVI ET PARENTIS PATRIA DESIDERIO DESIDERAT,
PERGE BONIS AVIBVS

Felipe, imagen y traslado de vuestro Padre, veis aquí que ya vuestro Estado de Austria os recibe, el Imperio os espera, y con muy mayor deseo os desean las tierras de vuestro agüelo y padre, seguid vuestro camino dichosa y bienaventuradamente.

Estaba en la segunda puerta, debajo de los escudos, al un lado este letrero:

LAETARE AVSTRIAE DOMVS, EXVLTA IMPERIVM RO-
MANORVM, IVBILA CHRISTIANA RELIGIO, ECCE VENIT
PHILIPPVS, QVI PATRE ALIISQVE DIVINAE PROLIS
CONSTITVIT NOBIS QVIETEM PERPETVAM SVPERATIS
HOSTIBVS GLORIOSE

Alégrate, casa de Austria; gózate, Imperio de los Romanos; regocíjate, Religión Cristiana, pues viene el Príncipe don Felipe, el cual, con su padre y otros de su esclarecido linaje, vencidos con gran gloria los enemigos, nos ha dado paz y tranquilidad perpetua.

Y al otro éste:

SERENISSIME PHILIPPE, QVI VIDET TE, VIDET
ET PATREM CAESAREM TVVM CAROLVM, SVA ENIM
MAIESTAS ET ALTITVDO TVA VNVM ESTIS, O GLO-
RIOSA VNITAS

Serenísimo don Felipe, el que ve a vos ve también al Emperador Carlos César, vuestro padre, porque su Majestad y vuestra Alteza sois una misma cosa o gloriosa unidad.

Esta otra parte de la puerta decía debajo del escudo imperial:

ECCE DILECTVS MEVS VENIT, EXITE OBVIAM EI
Tened atención, que viene mi querido; salid a recibirle.

Y debajo del escudo de Austria:

LAETARE AVSTRIA SVPERIOR, LAETARE INFERIOR,
LAETARE TOTA GERMANIA, ECCE VENIT LV MEN E
CAESARE TVO

*Alégrate, Austria la Superior; alégrate, la Inferior;
alégrate, Alemania, que a todos os viene vuestra luz
procedida de vuestro César.*

Y debajo del escudo real:

LAETARE AVITA ET PATERNA PATRIA FLANDRIA,
ECCE VENIT REX E CAESARE TVO

*Alégrate, Flandes, tierra hereditaria de abuelo y padre,
que viene tu Príncipe, hijo de tu Señor y César.*

Más adelante había un arco hecho de ramos verdes de roble y acebo y yerbas entretejidas, y en lo alto, debajo de las armas del Príncipe, este letrero:

PHILIPPVM, QVEM TERRA, PONTVS, AETHERA COLVNT
ET PRAEDICANT, EVNTEM AD CAESAREM PATREM
TERRA IVBILANDO SVSTINET, MARE FELICITER TRANS-
PORTAVIT, ET COELVM CVM MIRABILI SERENITATE
COMITATVR

*A Don Felipe, a quien la tierra, la mar y el cielo honran
y alaban, yendo al Emperador, su padre, la tierra
con gran gozo y alegría le sostiene, la mar felicísima-
mente le ha pasado, y el cielo sereno con maravillosa
claridad le acompaña.*

Estaba otro arco hecho de la misma manera no lejos de palacio, y debajo de los escudos decía:

FELIX AVSTRIAE DOMVS, FELICIVS IMPERIVM RO-
MANORVM, FELICISSIMA CHRISTIANA RESPVB. TRIVM
DIVORVM CAESARVM FRIDERICI CLEMENTIA, MAXIMI-
LIANI PROVIDENTIA, AC POTENTISSIMI CAROLI IVSTI-

TIA, NEC MINVS CLEMENTIA: DVORVMQUE REGVM
PHILIPPI, ET FERDINANDI CHRISTIANISSIMORVM VIR-
TVTEM ET ARMORVM GLORIA

*Bienaventurada casa de Austria y más bien aventu-
rado el Imperio de los Romanos; pero mucho más bien
aventurada la República Cristiana con la clemencia
de Federico, con la providencia de Maximiliano y
con la justicia y clemencia del muy poderoso Carlos,
tres esclarecidos Césares, y con la gloria de las virtudes
y armas de dos cristiantísimos Reyes, Felipe y Fer-
nando.*

Grande era la alegría que tenían los de Roberè en ver allí presente al Príncipe, la cual se les parecía bien en la demostración y contentamiento que con razón tenían. No dejó el Príncipe de sentir la misma alegría en haber llegado a aquel lugar, que era el primero en que entraba del Señorío de aquellos gloriosísimos Príncipes de Austria y de Tirol, sus antecesores. El siguiente día, que fué jueves, a veinte y cuatro de Enero, partió de allí para Trento, que está lejos de Roberè quince millas.

TRENTO

Salió el Cardenal de su ciudad de Trento con gran Estado y acompañamiento de mucha caballería a recibir al Príncipe. Iban delante catorce pajes suyos en muy buenos caballos de España ricamente guarnecidos. Seguían los gentilhombres de su casa y luego muchos Condes y Barones y Caballeros del Condado de Tirol, y tras ellos el Barón Nicolao Madruccio, Coronel del Emperador y hermano del Cardenal de Trento, y el Barón Guillermo Truchses, her-

mano del Cardenal de Augusta, y el Barón Juan Gaudencio, padre del Cardenal de Trento, y el Barón Sigismundo de Thono, con otros muchos Barones y Señores; y luego seguía el Cardenal de Augusta, y el Duque Mauricio Elector, juntos, y tras ellos el Cardenal de Trento y el Cardenal de Jaén, a los cuales seguían todos los Arçobispos, Obispos, Abades y otros Prelados y Dignidades Eclesiásticas que residían allí en el Sacro Concilio. Fueron los postreros el Coronel y Capitán Castelalto con los regidores y gentileshombres y Doctores de la ciudad, y habiendo encontrado al Príncipe casi a dos millas della muy acompañado de todos aquellos Grandes, Señores y Caballeros de su corte, el Cardenal de Augusta y el Duque Mauricio llegaron a recibirle con grande acatamiento y cortesana cerimonia, tocando la mano al Príncipe, como es la costumbre en Alemania, no consintiendo el Príncipe que ellos se apeasen. El Cardenal de Jaén y los Prelados españoles recibieron al Príncipe como a su Señor natural con gran alegría de su venida y acatamiento a su real persona, y así començaron a caminar algo de espacio por la multitud y grandeza del recibimiento hacia la ciudad, en la cual entró con la orden de su corte que en las otras ciudades. Iba el Cardenal de Augusta a la mano derecha del Príncipe y el Duque Mauricio a la izquierda y detrás de su real persona; iban a la par el Cardenal de Trento y el Cardenal de Jaén y el Duque de Alba, y llegando a Santa Cruz apeóse el Príncipe del caballo en que venía de camino, y subió en un hermosísimo cuartago guarnecido de terciopelo carmesí bordado de oro y perlas, que le presentó el Coronel Nicolao Madruccio. Delante la puerta de la ciudad, que se dice de Santa Cruz, por donde el Príncipe entró, estaba un arco triunfal hecho como de mármol colorado con dos pilares que hacían la vuelta del arco. Estaban sobre los pilares dos figuras armadas. La de la mano derecha tenía un escudo con las armas de Trento, y debajo esta letra:

HAEC EST DIES QVAM FECIT DOMINVS

Este es el día que hizo el Señor.

La otra figura tenía otro escudo con las armas del Cardenal de Trento con esta letra debajo en respuesta de la otra:

EXVLTEMVS ET LAETEMVR IN EA

Regocijémonos y alegrémonos en él.

Encima de la vuelta del arco había un architrabe y un freso, y sobre la cornija, en un cuadro, el dios Neptuno con su sceptro o tridente, que lo tenía hincado encima de tres montes, y entre el Neptuno y otra cornija que había más alta con las armas del Príncipe estaban estos versos:

CAROLVS IN NATO, AVGVSTO IN GENITORE PHILIPPVS,
VERA PATRIS FACIES, PATRIAE VIRTVTIS IMAGO
INGREDITVR VESTRVM NVMERVM, QVEM FATA PENATES
ADIVNXERE VIRVM, PATRIVM COGNOSCITE NVMEN

Carlos resplandece en el hijo, Felipe en el padre Augusto, verdadera figura del padre, imagen de la virtud paterna, entra en vuestro pueblo, al cual han ayuntado consigo los dioses Penates, conoced la Deidad de la patria.

En pasando el Príncipe este arco disparó toda la artillería que había sobre los baluartes y muralla de la ciudad. Entrando en la plaza, pasada la torre que está en ella, había otro arco triunfal hecho como de mármol laconico muy hermoso. Tenía veinte y cuatro pies de alto y doce de ancho. Había en él dos columnas de cada lado, que hacían dos puertas cuadradas, una enfrente de otra, con sus fresos y cornija, sobre la cual caía y se sostenía el cuadro de la vuelta del arco, que hacía encima de sí un architrabe con su freso y cornija con la debida proporción y medida, y en el freso había de una parte y de otra estos versos:

SIC OLIM REDUCEM SVPERATO ORIENTE PHILIPPVM
EXCIPIAT FAVSTO VICTRIX GERMANIA DVCTV

Así plega a Dios que en algún tiempo reciba la victoriosa Alemania al Príncipe don Felipe sano y salvo, habiendo vencido y sujetado el Oriente.

En el plano del frontispicio había dos niños de relieve que tenían las armas del Príncipe, y en lo alto un águila imperial. Pasando el Príncipe por el arco disparó la artillería que estaba en la torre de la plaza, donde se apeó para entrar en la iglesia mayor, acompañado de los Cardenales y Grandes. Acabada la oración y ceremonias que la iglesia suele hacer, volvió a subir en su caballo. En medio de la plaza y enfrente de la puerta de la iglesia por donde salió estaba fabricado un fortísimo castillo cerca del cual el Príncipe había de pasar. En el castillo había dos ruedas que salían algo fuera de la muralla dél. Estaba cercado todo el castillo alrededor, de muchas cabeças como las que se pintan de los vientos y llegando casi allí el Príncipe súbitamente pusieron fuego a las dos ruedas, las cuales maravillosamente començaron a echar de sí rayos de fuego y cohetes con grandes y espantosos tronidos moviéndose velocísimamente en torno, y juntamente con ellas en el furioso movimiento que hacían, echaban las cabeças llamas de fuego por las bocas, por los ojos y por las narices de lo alto y bajo del castillo, dando muchos y temerosos tronidos, no cesando el muy grande estruendo de atambores, pífaros y trompetas con la gran presteza que tenían los que en la torre de la plaza estaban en tirar la artillería menuda que en ella había. Duró el espectáculo de esta fiesta más de media hora, con gran entretenimiento y admiración de todos los que lo vían. En la misma plaza, en el cantón de la casa pública de la ciudad estaba un arco triunfal, el cual tenía de alto treinta pies, y de ancho diez y seis. Había en el arco dos pedestales, sobre que estaba fundado. Por la parte de

dentro tenía dos pilares de veinte pies de alto, sobre los cuales se hacía la vuelta del arco, y por la parte de fuera tenía cada uno de los pedestales una columna muy hermosa acanalada, de doce pies de altura, sobre las cuales caía el architrabe con un freso y cornija, y en el freso de la una parte y de la otra estaban estos versos escritos:

ALMA VT LVX PHOEBEO, SIC CAESARE PATRE PHILIPVS
EXORITVR, TOTVM FAMA QVI COMPLEAT ORBEM
*Como la clara luz procede del Sol, así el Príncipe
don Felipe del César, su padre, para que su gloriosa
fama se extienda por todo el mundo.*

Había en los cantones de la cornija dos pilares de ocho pies de alto que sostenían un hermoso cuadro de una parte y otra del arco, con dos niños de relieve que tenían entre sí las armas del Príncipe. Adornaba este cuadro una cornija con un pedestal que encima tenía con cuatro cornucopias, y un vaso que de continuo echaba de sí fuego. Era todo este arco de jaspe blanco contrahecho muy al natural. Llegando el Príncipe casi a la entrada de la plaza de palacio, que era el castillo, estaba un coloso o estatua grande de Hércules, de treinta pies de alto, hecha de greda o barro blanco plateada, como que llevaba a cuestras las dos columnas, lo cual en lengua española el mismo en la basa decía:

Éstas quise yo llevar,
Muy gran Príncipe y señor
Don Felipe el segundo,
Porque no hay ningún lugar
Donde no pueda pasar
Vuestro invencible valor
De cuantos hay en el mundo.

En la primera entrada de la plaza del castillo había un arco y cuadra a manera de pórtico a la antigua o portal público, con tres puertas cuadradas de singular y maravilloso edifi-

cio. En el plano de la tierra había cuatro grandísimas basas, que sostenían cuatro pilares muy grandes y gruesos, los cuales hacían del un lado y del otro dos cuadras, y levantados sobre ellas ocho Términos a la antigua, cuatro a cada parte del arco, los cuales eran tan grandes que igualaban antes a disformes colosos que a cuerpos humanos. Eran hechos todos de relieve de bronce contrahecho. Al pie de cada uno dellos había otros tantos símbolos o empresas tomadas de aquellas letras jeroglíficas de las cuales usaban los egipcios. Era la primera a la entrada del primer cuadro un ciervo con esta letra:

EX LONGA EVO PRVDENTIA

Del muy viejo, la prudencia.

Seguíase luego un ave fénix que se estaba quemando con el fuego que ella misma con sus alas había encendido, con estas letras:

V. E. V.

Que quiere decir:

VT EADEM VIVAT

Para que ella misma viva.

Más adelante estaba un enjambre de abejas que llevaban a su rey con gran acatamiento, como volando de una parte para otra, y decía:

IMPERATORIS OBEDIENTIA

La obediencia que se debe al Emperador.

El postrero era un bravo león con esta letra:

FORTITVDO AC VIGILANTIA DVCIS

La fortaleza y la vigilancia del Capitán.

En el otro cuadro, al salir, estaba la corona imperial cercada de una sierpe que tenía la cola en la boca, y era la letra:

AETERNITAS IMPERII

La eternidad del Imperio.

Más adelante estaba una onça muy brava con esta letra:

AVDACIA IN HOSTES

Osadía contra los enemigos.

Había tras ella una espada desnuda con la punta para bajo entre dos ramos de oliva, con esta letra:

PAX ET IVSTITIA DEOSCVLANTVR

La Paz y la Justicia se besan en señal de amistad y conformidad.

Y luego un delfín que estaba sobre una tortuga o galápago, la cual tenía en la boca las riendas del freno que el delfín tenía en la suya, y decía:

EX MORA CELERITAS

De la tardanza, presteza.

Pendían de los vacíos de los Términos unos hilos de cuentas gruesas; parte dellas eran hechas como de flores de granadas y decoradas a la antigua y con sus tablillas cuadradas al cabo, que en cada una dellas había letras grandes y hermosas. La primera, que estaba enfrente por donde se entraba a la plaça, tenía: D. PH. En la segunda: D. CAR. V.; y en la siguiente: IMP.; y luego otra, CAES; y en la quinta, que era la frente que miraba a la plaça: AVG.; y en la sexta: GER.; y en la que se seguía: P. P.; y en la última: F., que todo ello quería decir:

DIVO PHILIPPO DIVI CAROLI QVINTI IMPERATORIS
CAESARIS AVGVSTI GERMANICI PATRIS PATRIAE FILIO

*A Don Felipe, hijo de don Carlos Quinto, Emperador
César Augusto Germánico, Padre de la Patria.*

Estos Términos sostenían un architrabe y un freso, lo alto del cual estaba ornado de algunas cabeças de vacas con cuernos dorados, las cuales tenían sus frentes ceñidas por los cuernos con cintas de oro y seda, y entre los cuernos pendían cintas gruesas de colores con fluecos a la antigua; y del un cuerno al otro tenían un festón lleno de frutas. Parecían muy bien las cabeças así coronadas. Estaba todo hecho de un hermoso relieve y con gran arte de bronce contrahecho. En medio del freso había un escudo a la antigua con las armas del Príncipe, y en lo alto, encima de la cornija, un cuadro con estos versos de Virgilio:

INGREDERE O MAGNOS (ADERIT IAM TEMPVS) HONO-
[RES
O PRAEDVLCE DECVS MAGNVM LATVRE PARENTI.
TEQVE ADEO DECVS HOC AEVI TE PRINCIPE INIBIT,
PACATVMQVE REGES PATRIIS VIRTVTIBVS ORBEM
Entrad, Serenísimo Príncipe, eterna y suavísima gloria de vuestro Padre, que vendrá tiempo en que le daréis grandes honras, y no se tardará mucho que reinando vos comenzará la honra y gloria deste siglo, y gobernareís el mundo, apaciguado por las virtudes de vuestro Padre.

Y de la otra parte estos versos, también de Virgilio:

VICIT ITER DVRVM PIETAS, ET VIVIDA VIRTUS,
I DECVS, I NOSTRVM, TANTARVM GLORIA RERVM
HVIC EGO NEC METAS RERVM, NEC TEMPORA PONO,
IMPERIVM SINE FINE DEDI

Id, honra nuestra; id, gloria de tan grandes y excelentes cosas, que la piedad y valerosa virtud han allanado el camino trabajoso y quitado los estorbos y dificultades; a éste ni le pongo términos en las cosas ni fin en los tiempos; antes le he dado para siempre el Imperio y mando dellas.

Encima destes versos había muchos trofeos y despojos, como banderas, coraças, celadas, yelmos, cimitarras y maças, y otras muchas suertes de armas de gente vencida hechas a la antigua, parte echados en el suelo, parte colgados dél y con gran artificio puestos; y lo mismo había debajo del cuadro y debajo del architrabe entre los pilares. Por de fuera pendían seis trompetas y por de dentro muchas coraças, braçales, tarjetas y otros semejantes trofeos y despojos de victorias, antiguos, los cuales todos eran de un hermosísimo relieve, y así lo eran cuatro grandes y hermosas figuras que estaban debajo de los trofeos, dos de cada lado del arco. La primera era de la Victoria entrando por el arco a la mano derecha: tenía una palma en la una mano, y en la otra una guirnalda, y a los pies un vaso lleno de flores y dátilas, que es la fruta de la palma. A la otra parte siniestra enfrente desta estaba la Fama, toda cubierta de ojos y lenguas, con su trompa en la mano y puesta en la boca como que quería sonar; tenía a los pies un vaso con dos alas de murciélago. Era la otra figura de la Seguridad sentada en una silla; tenía un pie en un vaso lleno de fuego encendido. Estaba la Felicidad de la otra parte, sentada sobre un vaso antiguo lleno de flores y rosas; tenía en la mano el sceptro de Mercurio, y a los pies otro vaso antiguo lleno de flores y rosas. Todos estos vasos eran de relieve de bronce contrahecho. Estaban las figuras como que querían arrimar sus cabeças a la cuadra, lo cual adornaba maravillosamente el edificio y lo hacía mucho más artificioso. En la cumbre de la cuadra había un águila negra con dos cabeças de maravillosa grandeza con una corona imperial sobre ellas. Parecía que señoreaba todo el arco, que en sí era maravillosísimo, de color de una muy blanca piedra mármol, que aunque era poco el espacio, estaban con tan gran arte encostradas todas aquellas cosas que habemos dicho, que cabían y eran como de bronce imitado al natural. En la otra entrada de la plaza del castillo, que es hacia la puerta que

llaman del Águila, estaba hecha una puerta de verduras con cuatro columnas adornadas de hojas verdes y yerbas; y así lo estaba la cornija, la cual tenía un cuadro encima con este letrero:

O VTINAM PARES REFERRE POSSINT MERITIS VESTRIS GRATIAS CAROLE INVICTISSIME, AC PHILIPPE FILI FELICISSIME, NVNQVAM ENIM DESISTERENT MILITIA CHRISTIANAQVE RELIGIO

Pluguiese a Dios, Carlos invictísimo y don Felipe, su hijo felicísimo, que la cristiana religión y la milicia pudiesen daros gracias que igualasen a vuestros méritos, que nunca cesarian de dároslas.

En la cumbre estaba una estrella muy grande y hermosa, que tenía en medio las armas del Príncipe con esta letra debajo:

MADRVCCIORVM ZENITH

El cenit de los Madruccios.

Había otra tercera entrada en la plaza del castillo, que era hacia la plaza de San Martín. Allí estaban en el suelo puestas dos grandísimas basas, y sobre ellas cuatro bolas doradas a los cantones dellas; y sobre las bolas, en entrambas basas estaban dos pirámides, cada una de cincuenta pies de alto, semejantes a la aguja que está cabe San Pedro en Roma. Tenía cada una en lo alto de la punta una bola grande o remate como de bronce, y la una de las pirámides tenía en su basa este letrero antiguo:

DIVO APOLLINI. EX VOTO ROM. EXERC. CVM CLAVD. NERO HASDRVALEM CELERITATE OPPRIMENDVM DVXISSET

Al dios Apolo. Por voto del ejército romano, cuando Claudio Nerón determinó de oprimir con celeridad a Asdrúbal.

Y la otra en su basa decía:

DIVAE HECATE. EX SVPPPLICATIONE POP. ROM. CVM.
Q. FABIVS MAX. ADVERSVS HANNIBALEM CVNCTANDO
REIPVB. REM RESTITVIT

A la diosa Hecate. Por suplicación del pueblo romano, cuando Quinto Fabio Máximo, entreteniéndolo y dilatando la guerra, restituyó contra Aníbal el ser de la República.

Entre las dos pirámides prendía un festón de verduras, el cual tenía en medio un cuadro, y en lengua española lo que se sigue, lo cual comprendía a los dos letreros antiguos:

El tiempo, que ha de gastar
La tardanza en concluir,
Halo luego de cobrar
Un súbito proseguir.
Que éstos son los dos caminos
Del buen seso y de presteza,
Con que los Reyes divinos
Acabaron toda empresa.

En el medio de la plaza, enfrente de la puerta del castillo, estaba una gran bola y redondez, que figuraba al mundo, colgada de una cuerda que atravesaba toda la plaza desde la puerta del castillo hasta la casa que le estaba enfrente. De la una parte tenía el mundo pintada la tierra cercada del Océano y el mar Mediterráneo metido entre las tres partes della, Europa, África y Asia, con muchas provincias, ciudades, montes y ríos que entraban en el mar. Encima dél estaba un águila grande con una corona imperial sobre la cabeza, y debajo della una rueda, que figuraba al Sol. Estaba cercado el mundo de doce cabeças, que representaban los principales vientos. Estaba por de dentro

lleno de fuegos artificiales, allende de muchos cohetes con gran artificio puestos en orden para ir disparando a su tiempo. Llegando el Príncipe casi a medio de la plaza con la real pompa que venía, disparó toda la artillería a un tiempo, así la que había en la plaza como la del castillo, y luego, por la cuerda, desde el castillo llegó volando un cohete, que puso fuego al mundo, y en un instante maravillosamente se vió mover la rueda del Sol, y todas las cabeças y vientos soplar y relampaguear con grandísima y continua furia, y echar por las bocas como rayos de fuego y relámpagos con infinitos cohetes, unos en alto, otros por la plaza entre la gente en diversas partes, moviéndose siempre a la redonda con grandísima furia y estruendo, no cesando a todo esto la artillería, que se iba cargando y descargando, ni menos los trompetas, pífaros, atambores y menestriles. Todo lo cual duró gran rato, y hubo de estar el Príncipe parado mirándolo. Llegando a la puerta del castillo a la mano derecha della estaba un coloso o estatua grande como que descansaba echado sobre el costado derecho encima de una urna o cántaro a la antigua, vertiendo golpe de agua. Era el nombre del coloso Adige, que es el río Athesis: que en vulgar se llama el Ades. Tenía en su urna en lengua española lo que se sigue escripto:

Serenísimo Señor,
Yo cierto me contaría
En los ríos más ufanos
Con hacerme vos favor
Que otra agua sino la mía
No lavase vuestras manos.
Y si no lo he merecido,
Por no habéroslo servido,
Dadme, como a buen vasallo,
Que vuestro fiero caballo
Sus pies lave en mí metido.

Apeado el Príncipe subió y entró en su aposento, el cual estaba riquísimamente adereçado, como de la grandeza y magnanimidad del Cardenal se puede creer. Ya eran casi las ocho de la noche cuando el Príncipe salió a cenar a una sala, donde debajo de un rico dosel de tela de oro estaba en un estrado alto de dos gradas cercado de unas verjas a la redonda, puesta una mesa cuadrada con cuatro servicios en ella. Más abajo había otra muy larga, para que cenasen los Grandes y principales Caballeros con muchas damas que allí había. El Príncipe mandó bajar la mesa del estrado donde estaba, y que se pusiese junto a la otra, y sentóse en el medio de la mesa, de donde la vía toda a la larga, y de la una parte mandó sentar al Duque Mauricio, y después dél las damas por su orden, sin ningún caballero en medio dellas; y al cabo de la mesa algunos Caballeros, y a la otra parte se sentó el Cardenal de Augusta, y luego el Cardenal de Trento, y después el Almirante de Castilla, el Marqués de Astorga, y más adelante seis hermosas damas italianas, y el Duque de Alba en medio dellas, y más abajo el Marqués de Pescara, y tras él algunos señores y caballeros; y al tiempo que sirvieron las fuentes al Príncipe, los dos Cardenales y el Duque Mauricio juntos sirvieron la toballa. La cena fué real y suntuosa, servida a la costumbre de Alemania, con mucha música y recreación. Después que hubieron cenado, que sería cerca de la media noche, començóse el serao entre las damas y caballeros. El primero que salió a dançar fué el Príncipe, que lo sacó una dama, la más hermosa de las italianas. Dançaron el Duque Mauricio y aquellos Grandes y caballeros cortesanos con las otras damas. Acabadas las danças, el Príncipe se pasó a su aposento, y aquellos Grandes y caballeros y damas se fueron a sus posadas.

FIESTAS DE FUEGOS Y COMBATE DEL CASTILLO

El día siguiente, que fué viernes, a la tarde hizo salva la artillería con gran furia, así la que estaba sobre la muralla de la ciudad, como la que estaba en la plaza y castillo. Siendo ya casi la noche, se vieron luego muchos fuegos, ordenados y hechos con gran artificio encima del castillo que llaman Trento, que es un monte altísimo fuera de la ciudad y muy junto a ella, el cual se vía muy bien de las ventanas de palacio. Detrás de los fuegos estaban dos ruedas semejantes a dos grandes estrellas, que se movían en torno con gran furia y ligereza, echando de sí muy grandes centellas y rayos de fuego a vueltas con muchos cohetes y espantosos tronidos. Era cosa maravillosa de verlo, así por la ligereza y furia con que se movían las ruedas, como por la grande altura del monte y espacio de tiempo que duró, nunca cesando de echar fuego por más de hora y media. No muy lejos de aquel monte está otro enfrente muy alto, que llaman Sardagna, de la cumbre del cual echaban por un despeñadero áspero, que tiene más de una milla hasta abajo, unas muy grandes bolas y masas de fuego, que caían por el monte abajo con increíble furia y ligereza unas tras otras, las cuales se vían desde las ventanas de palacio, y de toda parte de la ciudad por la gran altura de los montes, y como los fuegos eran diversos, tan espesos y continuos, y en montes tan altos y diferentes, parecía que las cumbres dellos y el despeñadero en diversas partes ardían, haciendo por artificio mil diversidades y figuras en los fuegos, con gran admiración de cuantos lo miraban y vían; y aunque aquello fué mucho de ver, mucho más lo fué un combate de un castillo, que se hizo el sábado siguiente en la tarde casi noche, el cual estaba en medio de la plaza, delante de palacio fabricado. Era todo él cuadrado y a las tres esquinas

dél estaban puestas tres ruedas, dentro de las cuales había gran artificio de fuego, y primero que se començase el combate tiró la artillería del castillo, plaça y ciudad; y luego salieron cuatro centauros con algunos soldados vestidos a la turquesa, los cuales anduvieron en torno del castillo, porque eran de los que le guardaban y defendían: y luego parecieron cuatro gigantes en forma de salvajes muy fieros y espantables alrededor de una cueva que al un cabo de la plaça estaba, la cual llamaban Infierno, y en la boca dél estaba un Hércules grande de relieve, que sacaba con una cadena fuera del infierno al can Cerbero con tres cabeças. Después desto salieron de un lado de la plaça ocho armados de armas blancas con almetes en las cabeças y por cimera en ellos un Hércules, que con fuerça descarriaba un león, el cual echaba por la boca centellas y llamas de fuego, continuándolo sin cesar por buen espacio de tiempo. Cada uno de los armados traía una pica hueca en el hombro, yendo en su orden llena de pólvora, que por la punta y el cuento relampagueaba, echando centellas como llamas de fuego con rayos y terribles truenos, y tras ellos muchos cohetes, que caían entre la gente que en la plaça estaba mirando la fiesta, la cual corría de una parte para otra, guardándose del fuego, centellas y cohetes sin saber adónde acogerse. Los armados anduvieron en torno del castillo jugando de sus picas, saltando dellas llamas y cohetes continuamente sin cesar con gran estruendo. Llegando a la boca de la cueva salieron los cuatro gigantes a combatir con ellos cada uno con su trompa, echando por ellas llamas de fuego y muchos cohetes; y estando combatiendo, salieron del castillo por la otra parte los cuatro centauros en socorro de los gigantes, cada centauro con una lança hueca llena de pólvora del mismo artificio, que por las puntas echaba también fuego, rayos y centellas, contra los cuales se fueron cuatro de los ocho armados, quedando los otros cuatro combatiendo con los gigantes salvajes, continuando

los unos y los otros en el combate sin cesar los fuegos, rayos, cohetes y truenos por más de media hora. Acabado este primer combate, súbitamente fué dado fuego a la primera rueda, que estaba en una de las esquinas del castillo, la cual, moviéndose con gran furia y ligereza, relampagueaba, echando centellas de fuego al cielo con truenos, rayos y cohetes por todas partes. Ya en esto se habían entrado los gigantes en la cueva, y los centauros recogido en el castillo, y los armados retirado al un lado de la plaza, y en cesando la rueda de moverse dieron otra vuelta por el campo los ocho armados con hachas en las manos llenas de fuego, que maravillosamente echaban fuera de sí relámpagos, rayos y truenos envueltos con grandes centellones de fuego; contra los cuales salieron de su cueva los gigantes con otras trompas en sus manos y dentro dellas gran cantidad de bolas de fuego, y comenzando a combatir, saltaron del castillo los centauros con arcos y flechas en socorro de los gigantes, tirando con gran braveza, y al flechar de los arcos (cosa maravillosa) se oían truenos, y las saetas y flechas que tiraban eran de fuego. Combatieron unos contra otros tan furiosamente, ardiendo todos en llamas de fuego, que más parecía cosa infernal que humana. Y acabado el combate, que duró dos tercios de hora, pusieron fuego a la otra rueda, que en tanto que hacía el mismo efecto que la primera, se retiraron los que combatieron a sus lugares, y volvieron luego con nuevas invenciones los armados, con escudos y maças de hierro; y cada escudo tenía cinco bocas de fuego, las cuales a un tiempo echaban centellas, llamas y rayos con muchos truenos, y lo mismo salía de las maças. Llegando a dar el tercer combate al castillo fuéles defendido por los gigantes, que salieron de su cueva con unas trompas como bastones grandes de fuego, y por los centauros que arremetieron con tarjetas y maças de hierro, saliendo así de las armas de los centauros, como de los gigantes, grandes centellas con muchos cohetes de fuego. La batalla era

brava y víanse con gran ligereza y furia saltar los centauros y revolverse de una parte y otra, echando siempre llamas; y por otra parte eran mucho de ver los armados cómo se reparaban contra los centauros y gigantes con los escudos de fuego, y con los rayos y cohetes que echaban de los escudos, acometiendo con sus maças, y poniendo fuego a la tercera rueda se recogieron todos con mucho son de pí-faros y atambores y trompetas de la manera que habían entrado en el campo. Duró todo el combate más de dos horas, con gran contentamiento del Príncipe y admiración de todos los que lo miraron, por ser cosa tan nueva y de tan artificiosa invención. Estos dos días comió el Príncipe retirado; y el Cardenal de Trento, usando de su acostumbrada grandeza, hizo suntuosos banquetes al Cardenal de Augusta, y al Duque Mauricio y Duque de Alba y a todos aquellos Grandes, Señores y Caballeros de la corte.

TORNEO DE PIE

El domingo siguiente convidó al Príncipe y fué la comida real y muy abundante. Era ya tarde cuando acabaron, y en la misma sala y orden de asientos que había sido la cena hubo muchas damas ricamente adereçadas, con gran regocijo y música, conforme a la costumbre de Alemania. Acabada la comida, el Príncipe se retrujo a su aposento, y las damas se entraron a una cámara, y de ahí a poco salieron todos a la sala, y començóse el serao con grande fiesta y suavísima música. El Príncipe dançó y lo mismo hicieron los Grandes, Señores y Caballeros, con las damas, hasta que se pusieron a ver el torneo de pie y fiesta que se hacía en la plaça, en la cual tenían hecha una estacada y puesto un padrón adonde habían de combatir. Entraron cuatro mantenedores muy en orden, así de muy lucidas armas como

de ricas libreas. Traían sobre los almetes por cimera un ave fénix ardiéndose en el fuego, que es la divisa del Cardenal de Trento, con esta letra:

VI VIVAM

Como si dijese:

Para que viva.

Y muchas hachas alumbrando delante, con grande estruendo y sonido de trompetas y de siete atambores, entraron acompañados del Coronel Nicolao de Madruccio y de otros Caballeros, y habiendo dado vuelta por el campo con la acostumbrada cerimonia, pusiéronse al padrón, y disparó la artillería con tanta furia, que parecía que el aire se rompía. Estaba la noche tan clara en la plaça como si fuera medio día con la luz de la multitud de las hachas y fuegos que en diversas partes ardían. Luego en un momento parecieron doce aventureros armados de armas blancas con diversas y hermosas libreas, los cuales entraron en el campo y combatieron de picas y espadas con los mantenedores, saliendo con muy buena orden de dos en dos de cada parte, rompiendo los unos contra los otros muchas picas y espadas valerosamente. Luego después se partieron en dos partes y se dieron botes de picas y golpes de espadas, combatiendo a la fola y rompiéndolas en muchas piezas con mucha fuerça y destreza, y habiendo combatido un rato muy bien se retiraron los aventureros, y los mantenedores pasearon el campo con muchos atambores, pífaros y trompetas, y viendo que no venían otros aventureros a combatir se volvieron al padrón, y antes que a él fuesen llegados, entraron por una parte de la plaça los cuatro centauros con mucha gente de guerra vestidos como turcos. Traían todos tarjetas y maças de hierro y uno dellos una lança en la mano. Llegados a la plaça se entraron en el castillo, que estaba en medio della, para le defender. Habían puesto ya a las tres

esquinas tres ruedas, como las que arriba contamos, y en la cumbre de la torre una granada muy grande, que tenía dentro multitud de cohetes y tres trompas de fuego puestas artificiosamente con muchos cohetes y rayos de fuego. En acabando de entrar los centauros y turcos en el castillo, vieron salir de la cueva infernal un diforme y espantoso gigante salvaje, con una terrible trompa en la mano, contra el cual salieron con gran furia los centauros y turcos con sus maças encendidas de fuego, y el que traía la lança que dijimos salió también a combatir, echando della muchas centellas, llamas y rayos de fuego con muchos tronidos. El gigante los recibió con la espantosa trompa que traía de fuego. La batalla fué tan brava, que otra cosa no se oía sino truenos, ni se vía sino cohetes, llamas y centellas por más de media hora que duró el combate. Quedando el gigante muerto, los centauros y turcos muy alegres de la victoria se recogieron a su castillo, y luego saltaron de la cueva los diablos que traían un asno, el cual por las narices, por las orejas y cola echaba terribles rayos de fuego con grandísimo estruendo de cohetes. Tenía el asno una sobremáscara en la cual estaba puesto con artificio el fuego. Traían los diablos grandes trompas de fuego en las manos, que por ellas y por sus cuernos echaban llamas y centellas, y queriendo cargar sobre el asno el cuerpo abrasado del gigante, a la hora vino de la otra parte del castillo una muy grande y espantosa sierpe con alas grandísimas, que en cada una dellas había cinco fuegos. Traía sobre sí una rodaja como guirnalda cercada de fuego. Echaba por la cola y por la boca centellas de fuego con tan grandes tronidos, que parecía más cosa infernal que hecha por artificio; así espantosamente echaba rayos, llamas y cohetes por todas partes, la cual, queriendo llevar el cuerpo del gigante, los diablos con sus trompas de fuego se le pusieron delante, y la sierpe por llevar el cuerpo, y los diablos por defenderlo, trabaron una tan infernal batalla, que parecía que ellos y la sierpe

combatiendo ardían en vivas llamas, y al cabo de media hora que habían combatido, los diablos hicieron retirar la sierpe y con espantoso estruendo de fuegos y rayos metieron al gigante en el infierno, y a la hora descubrieron del castillo una encamisada de cincuenta arcabuceros y mucha gente armada con su bandera, pífaros y tambores caminando hacia el castillo por muy buena orden. Traía cada uno de los armados picas huecas llenas de pólvora y dentro muchos cohetes, y puestos en orden, los atambores tocaron arma y todos con gran ímpetu y furia con los arcabuces y picas de fuego dieron el asalto y batalla al castillo, y los centauros y turcos con gran braveza y ánimo con muchos fuegos lo defendieron. El combate era furioso de una parte y de otra. Los de fuera les tiraban con las picas, cohetes y rayos de fuego, y los de dentro les echaban rayos, alcancías y granadas de fuego, de los cuales, así de los del castillo como de los que echaban los que le combatían, y de todas partes se causaban y hacían muy horribles sonidos y truenos en el aire, y defendiéndose valientemente los turcos hubieron los soldados de retirarse y súbitamente la una rueda comenzó a moverse en la esquina del castillo, echando por todas partes muchos cohetes y centellas de fuego. En este tiempo, en las montañas no dejaban de continuar los artificios de fuegos con diversas invenciones, que había bien que mirar en ellas. No había aún acabado su movimiento la rueda de fuego que estaba en el castillo, cuando los arcabuceros y armados en escuadrón arremetieron al castillo por tomarle, combatiendo con nuevas picas de fuego. Los turcos del castillo los recibieron y resistieron, peleando también con otros diversos fuegos, de manera que los hicieron retirar, y dando en aquel punto fuego a la segunda rueda, hizo el mismo efecto de fuegos que la otra había hecho. Acabado el movimiento y fuegos de la rueda, embravecidos los soldados de que los turcos de dentro tanto se les defendiesen, arremetieron otra vez al castillo en escua-

drón con gran ímpetu con otras picas de fuego, y aunque los turcos se defendían fueron con escalas y con tan gran furia acometidos, dándoles los arcabuceros crueles rucidas con gran destreza en cargar y descargar sus arcabuces en ellos, que no pudiéndose ya reparar los turcos de la batalla, pusieron fuego a la tercera rueda del castillo, y aunque era espantoso el fuego que della salía por todas partes sobre los que le combatían, al fin pusieron sus escalas y con gran esfuerzo subieron y pusieron su bandera sobre la muralla, y el castillo fué tomado. El castellano se salvó huyendo con una maça encendida en la mano, con la cual llegado al infierno le puso fuego. Había dentro dél treinta fuegos, veinte trompas, diez bolas, y cada una de las bolas tenía muchos cohetes, y en dando fuego con la maça encendida a uno de los fuegos del infierno, fué dado juntamente a todos, y en un instante se encendió y abrasó todo el infierno con tan horrible espanto y sonido, que parecía de veras infernal, más que artificioso, y el can Cerbero que dentro estaba començó a echar espantosas llamas de fuego por sus tres cabeças, y Hércules por la maça que tenía en las manos, el cual por la gran furia del fuego parecía que amenazaba al can Cerbero con su ardiente maça, aunque de las llamas él no recibía daño; porque el can Cerbero artificiosamente echaba sus infernales llamas hacia la parte del infierno, las cuales, esparciéndose por diversas partes en el aire, hacían terribles y espantosos truenos. Duró esta furia de fuego por más de media hora, creciendo siempre los cohetes, rayos y truenos de aquellos horribles fuegos. El fin y acabamiento de aquel fuego infernal fué con dar fuego a la granada que estaba en la cumbre del castillo, la cual començó a relampaguear con gran estruendo, echando por todas partes centellas, cohetes y rayos, y al cabo reventó con multitud de cohetes, que saltaron por diversas partes; y luego casi juntamente se pegó fuego al castillo, el cual, con la confación de materiales que en él había, alçando muy

grandes llamas de fuego con gran fiesta y regocijo de todos y de la infantería que lo había combatido, la cual, puesta en orden con gran estruendo de atambores y pífaros, dando mucha demostración de alegría, lo fueron rodeando, cargando y descargando sus arcabuces, y echando de sus picas cohetes y rayos, y con este regocijo salieron de la plaza, y todos los otros se fueron a sus posadas muy admirados y espantados de haber visto tantas y tan diversas invenciones y tan ingeniosos y nunca vistos artificios de fuegos. Aquella noche el coronel Nicolao Madruccio dió una muy real cena a la costumbre de Alemania, a la cual vinieron muchos Caballeros y damas ricamente aderezadas, y fueron servidos altísimamente y con mucha música. Acabada la cena, comenzóse el serao y danças entre los Caballeros y damas; y estando dançando entraron de máscara el Príncipe, el Duque Mauricio, el Duque de Alba, el Almirante de Castilla, el Duque de Sesa, el Marqués de Astorga, el Marqués de Pescara, el Comendador mayor de Alcántara y otros Caballeros de los más principales; los unos con ropas largas de raso blanco, y los otros de raso amarillo, y todos con hachas blancas encendidas en las manos. Vinieron después dellos don Antonio de Toledo, don Antonio de Rojas, Ruy Gómez de Silva y don Juan de Benavides, muy bien aderezados de damasco colorado, con los cuales creció el regocijo y fiesta. Dançaron las máscaras con las damas, y asimismo los disfrazados y todos los otros Caballeros, y después que hubieron dançado buen rato se fueron a dormir todos, lo poco que de la noche quedaba. Otro día siguiente el Cardenal de Trento continuó el servir y festejar al Príncipe y a todos aquellos Grandes de su corte con reales comidas y cenas acompañadas de suavísimas músicas y con gran salva de artillería que se hizo aquel día, y el siguiente por la mañana, que fué la partida. Es Trento ciudad no muy grande, pero muy celebrada señaladamente por el Sacro Concilio que allí fué convocado por el Papa Paulo III.

Estaban allí por mandado del Emperador Carlos Quinto Máximo, cuando pasó el Príncipe, don Pedro Pacheco, Cardenal y Obispo de Jaén, y don Bernal Díaz de Lugo, Obispo de Calahorra, y don Francisco de Navarra, Obispo de Badajoz, y don Pedro Agustín, Obispo de Huesca, y otros muchos Perlados de los reinos de su majestad, y el Doctor Velasco y el Doctor Francisco de Vargas, de su Consejo, varones doctísimos. La mitad de la ciudad es del Archiduque de Austria y la otra mitad del Obispo, y así lo son los ciudadanos distintos en la lengua, que la una parte habla italiano y la otra tudesco. Está a la ribera del río Athesis, que nace en la tierra de la villa de Mals y del lago de Gravia, que está a una milla encima de Mals. Partió el Príncipe de Trento martes a veinte y nueve de Enero, acompañado de los Cardenales de Augusta y Trento y del Duque Mauricio y del Duque de Alba y de los otros Grandes, Señores y Caballeros de su corte. Vino aquel día a Tramín, cuatro leguas de Trento. Ya de aquí adelante contaremos las jornadas por leguas alemanas, que no son menores que las catalanas, y hasta llegar a Bruselas no habrá que contar de los arcos triunfales y letreros, porque en ninguna parte los hubo. El siguiente día anduvo tres leguas a la villa de Bolzan, que es la primera del Condado de Tirol, donde le presentaron de parte del Condado una moneda de plata, que llaman Tallar, tan grande, que con trabajo la podía llevar una acémila. Tenía de una parte la figura y medalla del Príncipe y de la otra sus armas reales y del Condado de Tirol. Postrero de Enero partió de allí para Brijen, que es una ciudad del Rey de Romanos, que está a seis leguas de Bolzan. Primero de Febrero vino a oír las vísperas y a tener la fiesta de la Purificación de Nuestra Señora en Estertzigen, que fué cuatro leguas de jornada, de donde partió para Matran, que son otras tantas leguas de camino. Llegó allí el día de San Blas. En todos estos lugares fué el Príncipe recibido muy bien, enramando y adereçando las

calles que iban a palacio, y haciendo otras muestras de contentamiento y alegría.

INSBRUCK

El siguiente día partió de allí y llegó a Insbruck, que está a cuatro leguas de Matran. Esperaban al Príncipe en la campaña, media legua antes de Insbruck, hasta mil y quinientos soldados coseletes y arcabuceros puestos en escuadrón muy en orden, con sus banderas y atambores y pífaros, y algo más apartados a un lado cerca de la infantería estaban dos estandartes de gente de armas muy lucida, los cuales, viendo que el Príncipe llegaba, comenzaron a mover, y pasaron muy en orden delante de su real persona, que se detuvo, mirándolos hasta que acabaron de pasar. Estaban delante del escuadrón de la infantería veinte piezas de artillería gruesas muy en orden, y después de haber andado mirándolas, el Príncipe se apartó a una parte y comenzaron a tirar de puntería a una rueda, que estaba por señal puesta sobre una montañuela; y holgando el Príncipe de ver esto, mandóles que volviesen a cargar, y en tanto fué a dar vuelta por ver el escuadrón, el cual le recibió con gran salva de arcabucería. Estaban bien armados y parecían muy lucidos en el campo nevado, y habiendo mirado y dado vuelta por todo el escuadrón, su Alteza volvió a ver tirar la artillería, que había mandado cargar, y habiendo acabado de tirar a la señal de puntería prosiguió su camino y entró en Insbruck con aquella orden de entrada que en Trento se había tenido. Fué recibido en ella con real pompa y cerimonia. Es Insbruck una hermosa villa del Rey de Romanos, donde tiene a las Infantas sus hijas, y está en ella el Consejo y Chancillería del Condado de Tirol y de

Austria la Superior. Llegado el Príncipe a palacio, que es una amplísima y real casa, le salieron a recibir las Infantas sus primas, acompañadas de sus damas, vestidas todas de tela de oro de una misma fación y manera; y habiéndose recibido todos con grandes y reales cumplimientos, tocando las manos y abraçándolas el Príncipe a todas, como es costumbre en Alemania, tomó por la mano a la Infanta mayor dellas, y fué acompañándola, siguiendo las otras Infantas por orden hasta su aposento, y dejándolas en él con mucha reverencia y cortesía, se fué el Príncipe al suyo, que le tenían riquísimamente adereçado, y los Grandes, Señores y Caballeros se fueron a sus posadas. El Príncipe fué allí muy acariciado, haciéndole siempre las Infantas el tratamiento, caricias y regalos que el deudo requería. El día siguiente en la noche hubo gran serao. Dançó el Príncipe con las Infantas, y aquellos Grandes, Señores y Caballeros dançaron con las damas. Había venido aquel día el Duque Alberto de Baviera, yerno del Rey de Romanos, a visitar al Príncipe y a acompañarle por las tierras de su Estado, y otro día por la mañana fué a caça de monte con su Alteza y a ver una real casa de placer que tiene el Rey cerca de Inspruck, y volviendo de la caça fueron a ver la artillería que en la villa había, la cual habían sacado al campo, mucha y muy buena, y habiéndola visto tirar un poco de puntería como el día primero, se volvieron, ya que era la noche, a Inspruck donde había venido aquel día un hermano de Guillermo, Duque de Baviera, padre del Duque Alberto, llamado Ernesto, Arçobispo de Salsburg, Príncipe del Imperio, a visitar a su Alteza. Aquella noche no hubo serao. El siguiente día, después que el Príncipe hubo comido, se despidió con gran reverencia de las Infantas sus primas, y caçando de camino vino a Schwatz, que es una villa del Condado de Tirol, tres leguas de Inspruck, a la ribera del río Eno, donde hay muchas minas de plata y de cobre. Fueron halladas cien años antes en las tierras de los Nobles de Freundsparg,

cuyo Estado, tierras y posesiones vino todo a ser de la casa de Austria por cierto trueque que con ellos hizo el Duque Sigismundo de Austria, que estaba en Tirol, y desde entonces se edificó y fundó la villa de Schwatz, de donde partió el Príncipe otro día, y anduvo dos leguas hasta la villa de Rotemberg, en la cual se le hizo mucho servicio y gran recibimiento. Allí se embarcó y fué por el río In, el cual se llama Enus en latín, que es el mismo que pasa por Inspruck, y de donde la villa tomó su nombre Inspruck, que quiere decir puente del río Enus. Embarcáronse con el Príncipe los Cardenales de Augusta y Trento, y los Grandes, Señores y Caballeros más principales en las barcas que estaban aparejadas como convenía, y así se llegó aquel día a Kopffstein, cuatro leguas de Rottemberg, y otras tantas se anduvieron el siguiente día a Rosenhein, y de allí se fué al abadía y monesterio de Ebersperg, que es a cuatro leguas de Rosenhein, y hízose en él muy buen recibimiento al Príncipe, con mucho servicio y provisión para los que allí quedaron de su corte, y el mismo servicio se le había hecho por todos los lugares donde había pasado desde Inspruck. Luego el día siguiente partió de aquella abadía, que fué a los trece de Febrero, y habiéndose de camino juntado toda su corte, que había sido aposentada por la comarca, anduvo las tres leguas que hay de la abadía de Ebersperg hasta la villa de Munich.

MUNICH

Munich, excelentísima villa y muy abundante y fresca, es del Ducado de Baviera. Tiene muy buenos y ricos templos, hermosas casas y edificios, espaciosas calles y anchas plaças. Hay en ella una fortaleza antigua fundada en lla-

no, que es el palacio y casa de los Duques de Baviera, que por ser de un linaje con los Condes Palatinos del Rin, que traen por armas leones, los tienen siempre y crían en aquella casa. Fué edificada aquella villa de Munich a la ribera del río Isara por el Duque de Baviera Enrique duodécimo en la tierra del monesterio de Schefflarn y de donde tomó el nombre, y se llama Monacum en latín, y tiene por armas un monje. El Duque Guillermo de Baviera, padre del Duque Alberto, que venía en acompañamiento del Príncipe, salió con muchos Caballeros y criados de su casa a recibir al Príncipe fuera de la villa, y habiendo llegado el Duque tocó la mano al Príncipe con mucho acatamiento, según la costumbre de Alemania. El Príncipe le hizo muy cumplido tratamiento, mostrándole todo amor y benevolencia, como a la calidad de su persona y grandeza de su Estado y linaje convenía, y siendo, como era, tan gran servidor del Emperador su padre. Acabado el recibimiento y cerimonia se fueron para la villa, y a la entrada della hubo una muy gran salva de artillería, y con muy real acompañamiento el Príncipe llegó y se apeó en palacio, donde le estaba un real aposento aparejado. El Duque de Alba tuvo aposento dentro de palacio, y los Cardenales y Duque Mauricio Elector fueron muy bien aposentados y tratados del Duque Guillermo con los otros Grandes y Señores de la corte. Aquella noche pasó el Príncipe a cenar al cuarto del Duque, donde estaba adereçado un real banquete, con todos aquellos Grandes y Señores, y en una gran sala salió a recibirle la Duquesa Jacoba de Baden, con la Infanta Ana, su nuera, hija del Rey de Romanos, y Matilde, doncella, hija del Duque Guillermo de Baviera, con muchas de sus damas. El Príncipe hizo gran cortesía y reverencia a la Duquesa y a la Infanta Ana, su prima, según los Príncipes lo acostumbran con las damas, y habiendo hablado un poco con ellas, siendo intérprete el Cardenal de Trento, tomó el Príncipe por la mano

a la Infanta Ana, su prima, la cual es una de las más hermosas y agraciadas Princesas que se puede pensar, y fueron a sentarse a la mesa, donde cenaron todos juntos. Fueron servidos altísimamente a la costumbre de Alemania y con mucha y suavísima música. Ninguno tuvo la cabecera de la mesa; antes el Príncipe se asentó a un lado y luego la Duquesa de Baviera y la Infanta Ana, su nuera, y Matilde, su hija, y el Duque de Baviera y el Duque Alberto, su hijo; y de la otra parte se sentaron los Cardenales de Augusta y Trento y el Duque Mauricio Elector y el Duque de Alba, y así por su orden los otros Grandes que allí cenaron. Acabada la cena, dende a poco hubo serao de muchas damas. Danzó el Príncipe con la Infanta Ana, su prima, y con Matilde, hija del Duque, y los Grandes y Caballeros dançaron con las damas. Acabadas las danças, despidiéndose de la Duquesa, se fueron todos a dormir a sus posadas. El día siguiente llevó el Duque al Príncipe a caça de monte, y fueron con él los Grandes y muchos Señores y Caballeros, y así al Príncipe, como a los que venían en su acompañamiento, dió el Duque en el monte una muy real comida con gran abundancia, y habiéndose holgado el Príncipe y muerto algunos venados se volvió para Munich. Aquella noche se le dió una real y muy suntuosa cena con mucha diferencia de suavísima música y damas, y lo mismo se hizo siempre con mucha grandeza y majestad los días que el Príncipe allí se detuvo. A otro día, que fueron veinte de Febrero, despedido del Duque y de su hijo el Duque Alberto y de la Duquesa y Infanta, su prima, y de Matilde, hija del Duque, y habiéndoles dado ricas joyas con diamantes y rubies de mucho valor, dejando gran contentamiento de sí y de su afabilidad, amor y benevolencia, siguió su camino y llegó aquel día a Prug, que es tres leguas de Munich, y de allí fué a un lugar que se dice Moringen, que está a cuatro leguas de Prug y a dos de la ciudad de Auspurg o Augusta,

donde el Príncipe llegó a veinte y uno de Febrero y fué en ella muy bien recibido.

AUGUSTA

Estuvo en Augusta tres días, y la fiesta de San Matía Apóstol salió a la iglesia mayor, donde se dijo la misa con gran solemnidad. De la iglesia salió a comer en casa del Cardenal de Augusta, donde le estaba aparejado un suntuoso y muy real banquete; allí comieron el Cardenal de Trento y el Duque Mauricio Elector y el Duque de Alba, y otros Grandes y Señores. Desde allí adelante se proveyó y mandó que hiciesen la guardia de noche en palacio al Príncipe los arcabuceros españoles, que en su servicio y guardia desde Génova venían. Es Augusta ciudad muy fuerte y poderosa en Alemania, en la provincia que se llama en latín Rethia Secunda o Vindelicia, y en vulgar Suevia. Es una de las cuatro ciudades metropolitanas del Imperio, que son Aquisgrán, Augusta, Maguncia y Lubeca. Está fundada Augusta entre los dos ríos Lyco o Leco y Werdacha, los cuales son abundantísimos de pesca. Sacan del Lyco una buena parte de agua, que corre por dentro de la ciudad, de la cual por ingenios que para ello tienen nacen las fuentes que dentro della hay, y se aprovechan y sirven para los fustanes que en gran cantidad hacen, y para otros muchos usos, y hinchén della los fosos, que están junto a la muralla antigua, puerta y torre, donde está la cárcel, en los cuales tienen la pesca. Es cosa de ver las cajas de madera con sus candados que tienen agujerados dentro del agua del foso, en que tienen reservada la pesca. Más adelante fuera de la ciudad es muy de ver la multitud que tienen de truchas en el foso, que es junto al muro

y puerta que toma el nombre dellas. Hínchese aquel foso de aguas de fuentes manantiales; allí las ceban y mantienen para servirse dellas, y las sacan vivas con red cuando les parece y en la cantidad que han menester. Entre otras cosas muchas que tiene aquella ciudad dignas de ser miradas, como son la fortísima muralla, el ancho y profundo foso della, las calles, edificios y casas, que son magníficas y muy hermosas, hay en ella dos ingenios de agua fabricados en dos torres, con los cuales, haciendo violencia al agua, la hacen subir del braço del río Lyco, que por la ciudad entra y se reparte por todo lo alto y bajo de la ciudad en diversas fuentes y lugares della. Hay mucha abundancia de maestros que hacen muchos y muy hermosos arneses y todo género de armas, arcabuces y relojes. Presentó la ciudad al Príncipe, allende de otras cosas de comer y mantenimiento, dos copas con sus sobrecopas de plata todas doradas, y dentro dellas mil florines de oro de Alemania. Y también le hicieron presente las Dignidades y Canónigos de la iglesia mayor. Fué palacio las casas de Antonio Fúcar, que son amplísimas y de gran magnificencia, y suele aposentarse en ellas el Emperador su padre. Prosiguió el Príncipe su camino a los veinte y cinco de Febrero, y fueron en su acompañamiento el Cardenal de Augusta y el Duque Mauricio Elector hasta Zussmairshausen, que está de Augusta tres leguas, donde el Príncipe llegó aquella noche. A la mañana, el Cardenal de Augusta y el Duque Mauricio Elector se despidieron dél y se volvieron cada uno a su Estado, muy satisfechos y alegres del buen tratamiento que el Príncipe les había hecho, que era cual la calidad de sus personas y Estado merecían, y el Príncipe partió de allí y fué a Guntzperg, que está a tres leguas de Zussmairshausen y otras tantas de Ulma.

ULMA

El día siguiente partió de Guntzperg y entró en Ulma, a veinte y siete de Febrero. Cerca della salió el Maestro de campo, Diego de Arce, con dos compañías de caballos ligeros de la gente que el Emperador tiene en las fuerças del Estado de Wirtemberg, para acompañar al Príncipe desde allí hasta llegar a Spira. Fué recibido el Príncipe en Ulma con mucha y general alegría del pueblo, y lo mismo fué en todos los lugares de Alemania por do pasaba. Hiciéronle una fiesta sobre el Danubio, que pasa por junto a palacio, que las ventanas caen sobre el río, la cual, por ser cosa nueva, fué bien regocijada. Vinieron muchas barcas largas y angostas muy enramadas con sus atambores y pífaros, unas por el río arriba y otras por el río abajo; y estaba en la popa de cada una dellas un hombre en pie puesto con una asta como lança en la mano, que tenía en la punta una rodaja pequeña aforrada en cuero blanco. Arremetían las unas barcas contra las otras a fuerça de remos, tocando arma los atambores y enristrando las lanças, se encontraban los que estaban en las popas el uno contra el otro y de los encuentros que se daban, algunos las rompían y muchos eran derribados de las barcas y daban grandes caídas en el río, y como eran todos nadadores escogidos, salían a nado a las barcas, que los recogían. Esto hacían muchas veces, que era cosa de mucho pasatiempo, porque a las veces de un mismo encuentro caían entrambos en el agua. Es Ulma cabeça de la Suevia, provincia de Alemania. Esta edificada a la ribera del Danubio, poco más bajo de donde los ríos Hílero y Blavo entran en el Danubio, el cual va de ahí adelante navegable. Los antiguos dijeron que nacía en el monte Abnoba, que

en vulgar alemán se llama Bor; pero a la verdad el nacimiento y fuente dél es en la aldea Doneschinghen, no lejos de la villa de Furstenberg, que es en la Selva Negra, a diez leguas de la ciudad de Ulma. Va derecho al Oriente por Baviera, Austria, Hungría y otras regiones, y recibe sesenta ríos navegables, antes que por siete brazos entre en el mar Pontico o Euxino. Y aunque Ulma es menor ciudad que Augusta, es de gran calidad y potentísima en renta y señorío, porque tiene Condados y muchos Señoríos que han comprado. Tiene una hermosísima iglesia con una torre sobre la puerta, que sale a la plaza, que es muy señalado edificio. Començóse a edificar esta iglesia el año de mil y treientos y sesenta y siete, y acabóse en el año de cuatrocientos y ochenta y ocho. Gastóse, según dicen, en el edificio della cerca de novecientos mil ducados. Allí mandó el Príncipe reparar y dar ornamentos y cálices para una capilla y sagrario en la sacristía, donde estuviese el Santísimo Sacramento de la Eucaristía con la limpieza y reverencia que se debe, porque aunque hay algunos católicos, por temor de los luteranos no lo tenían con el ornamento y decencia que convenía. Hay en la ciudad una casa de munición y artillería con muchas y muy buenas piezas y gran multitud y diversidad de armas. Está cercada Ulma de fortísima muralla con sus baluartes y foso. La ciudad sirvió al Príncipe, entre otras cosas que le presentaron, con una muy rica copa con su sobrecopa de plata dorada con mil florines de oro dentro della. Partió de allí primero de Março y acompañáronle los principales della para ir sirviéndole hasta salir de su tierra y Señorío. Y en el camino, antes de llegar a Geislinghen, le esperaban ocho gentileshombres y consejeros del Duque Ulderico de Wirtemberg, que de su parte venían para le recibir en su Estado, ofreciendo hacerle en él todo el servicio y buen tratamiento que fuese posible. El Príncipe graciosamente se lo agradeció. Vino aquel día a Geislinghen, cua-

tro leguas de Ulma y dos de Geppinghen, que es muy celebrada por los baños que tiene, adonde el Príncipe llegó a los tres de Março, y el siguiente día partió de allí, y caminó cuatro leguas hasta Esslinghen, ciudad imperial, la cual sirvió al Príncipe con un presente de cosas de comer y mantenimiento, y con una copa con su sobrecopa de plata dorada, con cien escudos dentro della. Otro día siguiente, antes de llegar a Fahinghen, que es un buen lugar, tres leguas de Esslinghen, donde era la jornada, le salió a recibir el Gran maestro de la orden de los Teutónicos de Nuestra Señora, que es orden de religión de Caballería en Alemania, acompañado de muchos Caballeros alemanes muy en orden, y le fué sirviendo y acompañando hasta Spira. Pasó este día el Príncipe muy cerca del castillo de Hohen Espergh, que es una fortaleza inexpugnable en el Ducado de Wirtemberg, sobre un cerro alto y exento de todas partes, del cual muy lejos se descubren muy hermosos bosques y campaña. Está proveído de mucha y muy buena artillería, municiones y todo género de armas. Hay en él un real cuarto de aposento y muy buenas casas, en que se aloja la gente de guerra de la guarda ordinaria. Tiene dentro un pozo de increíble hondura, porque, como el castillo está tan alto, fué cosa admirable emprender aquella obra y hacer tanta hondura como era menester para llegar a hallar el agua, la cual sacan dél con un ingenio y extraño artificio, y después de sacada la hacen subir con otros sutilísimos ingenios de ruedas hasta la plaça del castillo. Bájase adonde está la boca del pozo por una escalera que tiene más de docientos escalones; tiene bodegas soterráneas muy hondas y grandes, donde se conserva y guarda el vino por muchos años, y otros lugares para conservación de los bastimentos con sus molinos y cosas necesarias. Pasando el Príncipe abajo a vista del castillo, hicieron dél una muy gran salva de artillería; y los soldados españoles, que están allí de guarnición, salieron y trabaron

una buena escaramuça con los caballos ligeros que iban en servicio y acompañamiento del Príncipe, lo cual fué cosa muy de ver. De Fahinghen vino a Bretten dos leguas de camino; y de allí a Bruxel, donde fué otra jornada de cuatro leguas, del cual salió a le recibir Felipe de Croy, Duque de Arscot, que había venido con las bandas de gente de armas de Flandes hasta Spira, y a acompañar al Príncipe hasta Flandes; y habiéndole visitado, se volvió a las compañías de gente de armas, que había dejado cabe Spira. También llegó aquí a Bruxel, a visitar a su Alteza, Guillermo, Duque de Cleves y de Julies, que es casado con la Infanta María, prima hermana del Príncipe, hija del Rey de Romanos, y después de haberlo hecho, se volvió a su Estado. Salió el Príncipe de Bruxel a siete de Março para Heidelberg, que está a cuatro leguas de allí.

HEIDELBERG

Es Heidelberg una muy buena villa del Conde Palatino Federico, Elector a la ribera del río Neckar, donde tienen los Condes Palatinos su más continuo asiento y morada. Está casado con la Infanta Dorotea, hija del Rey Cristierno de Dinamarca y de la Reina doña Isabel, su mujer, hermana del Emperador. Salió el Conde Palatino con muchos Caballeros y criados de su casa fuera de la villa a recibir al Príncipe, y recibiéronse con muchos cumplimientos, tocando al Conde la mano, como es costumbre en Alemania. Al entrar de la villa hubo salva de mucha artillería y subió el Príncipe al castillo, que es una casa y palacio puesto en un lugar alto, que sojuzga toda la villa. Habiéndose apeado el Príncipe en palacio, salió a le recibir la Condesa Palatina con muchas de sus damas en una sala grande baja. Pasaron

entre sí muchas cortesías y palabras de benevolencia, siendo intérprete el Cardenal de Trento. De allí, dejando a la Condesa en su aposento, se fué el Príncipe al suyo, que le estaba muy altamente adereçado. El siguiente día, el Conde Palatino hizo real banquete al Príncipe, en que estuvo el Cardenal, el Duque de Alba y otros Grandes y Señores de su corte, para lo cual el Príncipe pasó de su cuarto y aposento al del Conde Palatino. La comida fué real y muy suntuosa, con muchas damas y variedad de música, y a la tarde, en el patio de Palacio se hizo una justa de plançones y silla rasa a la antigua. Fué cosa muy de ver los encuentros y las caídas que daban aquellos Caballeros alemanes en tierra. A la noche hubo serao y danças. El Príncipe dançó con la Condesa su prima, y los Grandes, Señores y Caballeros con las damas. Luego a otro día salió a caça de monte con el Elector, el cual le tenía en el monte una muy suntuosa comida, y con gran regocijo, por los muchos venados que habían muerto, de donde volvieron ya muy tarde, a hora que estaba ya aparejada una real cena, la cual fué de mucha fiesta y con diverso género de música. Hubo también serao y danças con las damas, y no sólo fué allí bien servido y festejado el Príncipe de los Condes Palatinos, más aún los Grandes y Señores fueron bien tratados, y a todos los caballeros y gentileshombres de la corte que lo quisieron recibir se dió muy cumplidamente recaudo del mantenimiento necesario. Allí hay una Universidad general, que fué instituída por el Príncipe Ruperto, Conde Palatino en el año de mil y treientos y cuarenta y seis, donde se leen y enseñan muy bien las lenguas y artes liberales y sciencias. Han florecido y salido de aquella escuela varones excelentísimos y doctísimos, entre los cuales fué principal Rodolfo Agrícola. Está sepultado en el monesterio de San Francisco, en el suelo pobrementemente, no cierto en sepulcro de mármol, como su claro ingenio y singular erudición lo merecía, de lo cual, doliéndose Viglio Zuichemo, Jurisconsulto

elocuentísimo, Consejero del Emperador y su primer Presidente en las cosas de Justicia, le puso en una piedra cuadrada de mármol este epitafio, qué hizo Hermolao Barbaro, Veneciano Patriarca de Aquileya :

INVIDA CLAVSERVNT HOC MARMORE FATA RVDOL-
PHVM AGRICOLAM, PHRISII SPEMQVE DECVSQVE SOLI
SGILICET, HOC VIVO MERVIT GERMANIA LAVDIS
QVICQVID HABET LATIVM, GRAECIA QVICQVID HABET

Que quiere decir :

Los envidiosos hados encerraron en este mármol a Rodolfo Agrícola, esperanza y honra de la provincia de Frisia, por quien con mucha razón mereció Alemania, siendo él vivo, toda la honra y loor que tienen Italia y Grecia.

Debajo, en otro cuadro, decía :

RVDOLPHI AGRICOLAE PHRISII MEMORIAE POSVIT
VIGLIVS ZVICHEMVS

Púsolo Viglio Zuichemo a la buena memoria de Rodolfo Agrícola Frisio.

Y al un lado decía :

RELINQVENTI BENEDICTIO

Al que lo dejare, bendición.

Y al otro :

TOLLENTI ANATHEMA

Al que lo quitare, maldición.

El castillo de Heidelberg es una casa y palacio de suntuoso edificio y real aposento, y aunque tiene áspera la subida, en lo alto es muy llana y fresca, con muchas fuentes y aguas, la fortificación del cual costó mucho al Conde Lu-

doxico Palatino; tiene minas secretas hechas de piedras cuadradas en contra de la villa. Tiene el Conde en lo bajo un hermoso vergel y armería, a la cual fué el Príncipe, y se holgó de verla. Tiene en un bosque una casa muy maravillosa con un jardín donde hay muchos naranjos y higueras. La ribera del Neckar, que por otro nombre se llama Nicrus en latín, es en extremo fértil y fresca, con muchas viñas, de donde se coge gran abundancia de vino y muy bueno. Nace el río Neckar cerca de la fuente del Danubio y va por la tierra de Rotwila hacia el Septentrión por espacio de cinco jornadas, y recibe los ríos Entzio, Kochero y Jaxto, y algunos otros. Entra en el Rin entre las ciudades de Spira y Wormes; hay en la ribera del ilustres lugares, entre los cuales son Horb, Rotenburg, Thub'nghen, Esslinghen, Studgardia, Hailprunna, Wimpina y Heilidelberg, de la cual el siguiente día, que fueron once de Março, partió el Príncipe, después de haberse despedido del Conde Palatino Elector y de la Condesa su prima, y fué aquella noche a Spira, que es cuatro leguas de camino.

SPIRA

Antes de llegar a la ciudad, muy cerca de allí se pasa el Rin, el cual por allí va muy poderoso y crecido. Tenían para que pasase el Príncipe y su corte aparejadas algunas barcas grandes muy en orden. En pasando el Príncipe fué recibido con mucho acatamiento del Duque de Arcot, que había venido de Flandes, como está dicho, con la gente de armas en número de mil caballos de armas y cierto número de caballos ligeros que el Emperador enviaba al Príncipe su hijo, para que le acompañasen hasta Bruselas, la cual era muy lucida gente y bien armada en muy buenos

caballos de guerra; y habiéndola visto el Príncipe y hablado al Duque con mucha voluntad y benevolencia, entró en Spira, donde le hicieron muy buen recibimiento. Allí vino Sebastiano de Heusestein, Arçobispo de Maguncia, Príncipe Elector del Sacro Imperio, a visitarle. Salió el siguiente día a misa a la iglesia mayor, que se celebró por el Obispo Filipo de Flershein, criado viejo del Emperador Maximiliano, y Dignidades della muy solene y de pontifical. Tiene la iglesia una muy hermosa y fuerte portada con tres puertas de piedra colorada, lo cual pone la ciudad por sus insignias y armas. Es la iglesia antiquísima y de gran majestad y Capilla Imperial, donde están sepultados ocho Emperadores con sus mujeres en unas grandes sepulturas, que están en la capilla antes de la mayor, a la cual suben por unas grandes y espaciosas gradas. Son los Emperadores (como se muestra en una tabla escrita del Obispo Matías de Spira, que allí está colgada en testimonio dello) el Emperador Conrado Segundo y la Emperatriz Gisella, su mujer, fundadores de la iglesia; Enrico Tercio, hijo de Conrado, y la Emperatriz Ignés, su mujer; Enrico Cuarto y la Emperatriz Berta, su mujer; Enrico Quinto, que fué casado con Mechtilde, hija de Enrico, Rey de Inglaterra; Filipo, Duque de Suevia y Rey de los Romanos, y Rodolfo, y Adolfo y Alberto, hijo de Adolfo y Beatriz, madre del Rey Filipo y mujer del Emperador Federico Barbarroja, lo cual parece bien por dos letreros que están dentro en la capilla mayor: el uno sobre el architrabe al entrar de la puerta de la mano derecha, y el otro sobre la puerta que está enfrente de la otra a la mano izquierda. Los cuales puse aquí conforme a la verdad de la historia y sucesión de los Emperadores. El letrero de la mano derecha es el que se sigue:

CONRADO. II. QVI ET HANC DEO SACRAM FVNDAVIT
AEDEM, ET REGALEM SIBI AC POSTERIS CIS ALPES
RELIQVIT SEPVLTVRAM, SALVS

Que quiere decir:

Salud a Conrado Segundo, el cual fundó para el culto divino y servicio de Dios esta iglesia, y dejó para sí y sus descendientes la Real sepultura desta parte de los Alpes.

Están debajo del letrero cuatro figuras de relieve con estos nombres:

CONRADVS. II. PATER, HENRICVS. III. FILIVS, HENRICVS. IIII. NEPOS, HENRICVS. V. PRONEPOS
Conrado Segundo, padre; Enrico Tercero, hijo; Enrico Cuarto, nieto; Enrico Quinto, bisnieto.

El letrero de la puerta de la mano izquierda es el siguiente:

REGIBVS LIBERALI DONATIONE AVGENTIBVS SEPVLTVRAE SVAE DICARVNT HOC TEMPLVM LAVS ET MEMORIA IN DEO SEMPITERNA

La alabanza y memoria eterna, que es la que procede del servicio de Dios, dedicaron este templo para sepultura de los Reyes, que lo acrecentaron con su liberalidad y dádivas.

Las figuras de los Reyes estaban debajo del letrero, con estos nombres:

PHILIPPVS, RODOLPHVS, ADOLPHVS, ALBERTUS, ROM. REGES AVGVSTI
Filipo, Rodolfo, Adolfo, Alberto, Reyes Augustos de los Romanos.

Es Spira ciudad nobilísima de Alemania y Cámara Imperial; reside en ella el Consejo del Sacro Imperio. Fué llamada primero Nemetum, y los moradores della nemetes. Tomó el nombre que ahora tiene del Spira, que es un pequeño río que corre por la ciudad y entra en el Rin. Sirvió con un presente al Príncipe de cosas de comer y mantenimiento,

y de una hermosa copa de plata dorada, y dentro della quinientos florines de oro. De allí se volvieron el Arçobispo de Maguncia y el Gran Maestre de la orden de los Teutónicos a sus Estados, y el Maestro de campo Diego de Arce con las compañías de caballos ligeros se volvió a sus alojamientos. Y a trece de Março, el Príncipe partió de Spira y fué a Neustat, que son tres leguas de camino, de donde otro día fué a Kaisersluttern, que fué jornada de cinco leguas. Ya de allí adelante son las leguas menores hacia Flandes. De Kaisersluttern vino a Zwaitbruck, cuatro leguas de allí y otras tantas de Sarbruck. Es Zwaitbruck del Duque Wolfgango de Baviera. Allí se detuvo un día y partió a los diez y siete de Março. Túvose gran trabajo en pasar las barcas antes de Sarbruck, lugar de los Condes de Nassau, que se llaman de Sarbruck y de Sarwerden, entre los cuales es el Conde Juan, coronel de los alemanes de la guardia de su Majestad. A Sarbruch vino Juan de Isemburg, Arçobispo de Trebers, Príncipe Elector del Sacro Imperio, a visitar al Príncipe, lo cual hizo con todo acatamiento, y fué recibido del Príncipe con mucha benevolencia y cumplimiento, tocando las manos. Pasa por junto a la muralla de la villa el río Sara, del cual Sarbruck toma el nombre; algunos la llaman Sarpruck por la puente que tiene, la cual es de piedra y muy hermosa. De allí partió el Príncipe a los diez y nueve de Março y vino a Walderfigen, que está tres leguas de Sarbruck y cuatro de Sirch, donde fué la jornada el siguiente día. Son estos dos lugares del Ducado de Lorena. De allí fué a Lutzelburg, tres leguas de camino. Pasóse el río Mosela por barcas, que nace cerca de Montroland, del monte Vogeso, que es entre la Borgoña y Lorena. Llámánle el monte de Voge en Lorena. Pasa el río Mosela cerca de las ciudades de Metz y Trebers, y entra en el Rin junto a Cobelentz, que en latín se dice Confluentia.

LUTZELBURG

Llegó el Príncipe en Lutzelburg a veinte y uno de Março. Esta fué la primera villa y uno de los primeros Estados y Señoríos de Flandes en que entró. Es Lutzelburg una villa muy grande y fuerte destruída por las guerras; está cercada por la mayor parte del río Elza, que en latín es Alizuncia. Fué primero Condado; después, el Emperador Carlos Cuarto, hijo de Juan, Rey de Bohemia y Conde de Lutzelburg, le dió título de Ducado, y no el Emperador Enrico Séptimo, como algunos dicen, porque nunca el Emperador Enrico Séptimo se llamó sino Conde de Lutzelburg. Quedó el Estado de Lutzelburg en la casa de Bohemia hasta que vino en poder de Felipe el Bueno, Duque de Borgoña. Dicen algunos que Lutzelburg significa Burgo de los Leucos Belgas, que son pueblos a la ribera del río Mosela, no muy lejos de donde él nace, de los cuales es la principal ciudad Tulle, en Lorena. Es tierra de muchos bosques y florestas, que son partes de la Selva Arduenna, que llamamos Dardaña, la cual era la mayor de toda la Gallia Bélgica, porque comprendía en sí cuasi los más principales Estados que en ella agora hay. Como son los Ducados de Lutzelburg, Barri, Lorena, Limburg y los Eburones, que son los de la ciudad de Lieja, y Aduaticos, que son parte del Condado de Henao, y el Condado de Namur, y otros Estados. El principio de aquella Selva era desde el Rin por las tierras de los Treuiros, hasta los pueblos Neruios, que son los de Tornay; tenía de largo más de quinientas millas; agora la mayor parte della es poblada de ciudades, villas, castillos y ricas abadías. El Senado de Lutzelburg es de Nobles y de Letrados, y tiene Presidente, y todo el Estado Gobernador; el cual era, cuando el Príncipe pasó, Pedro Ernest Conde de Mansfelt,

y así el Conde, como el Senado, con muchos Caballeros y gentileshombres, salieron fuera de la villa a recibir al Príncipe con muy gran demostración de alegría, recibéndole todos con aquel acatamiento y reverencia que se debía a un tan gran Príncipe y su Señor natural, dándole el parabién de su bienaventurada venida en aquella su villa y Estado de Lutzelburg. Hubo al entrar della muy buena salva de artillería. A la mañana salió el Príncipe a misa a la iglesia mayor; a la tarde fué a ver la munición y artillería, que allí hay mucha, y anduvo mirando la muralla y fortificación de aquella villa. Partió de allí a los veinte y tres de Março para Arle, o Arlon, que está edificado en un alto monte, en el cual antiguamente hubo un templo donde sacrificaban a la Luna, y de allí tiene el nombre Ara Lunae; está a cuatro leguas de Lutzelburg, donde llegó un Caballero que el cristianísimo Rey de Francia envió a visitar al Príncipe. De Arle se pasó seis leguas adelante a Bastenach, que es Bastonia, donde se celebró la fiesta de la Anunciación de Nuestra Señora, y partió a los veinte y seis de allí para la Roche o Roca de Dardeña, que está a cuatro leguas de Bastenach. Luego a otro día partió de allí para Marses Fammene, cuatro leguas lejos de la Roche y Orteville, y otras tantas de Signey y Enthine, que tiene la Posta, donde el Príncipe vino, y de allí a Namur. En todos estos lugares fué muy bien recibido, y le sirvieron como a su Príncipe y Señor natural. Es Signey una villa, aunque pequeña, de grande antigüedad, la cual se vee bien en ella; llámase en latín Signacum de los Segnos, pueblos que en ella habitan, que así ellos como los Condrusos fueron de nombre y nación germanos o alemanes en la Gallia Bélgica entre los Eburones y Trebios, que son los pueblos de la tierra y ciudad de Trebers.

NAMUR

Entró el Príncipe en Namur, que está a cuatro leguas de Signey, a los veinte y nueve de Março. Salióle a recibir allí Manuel Filiberto, Príncipe de Piamonte, su primo, hijo del Duque de Saboya, y el Duque Adolfo de Holstein, hermano de Cristiano, que es agora Rey de Dinamarca, que habían venido por la posta con muchos Caballeros muy principales de la corte del Emperador. El Príncipe los recibió con todo amor y voluntad. Salieron fuera de Namur a recibirle hasta ochocientos hombres de guerra a pie con sus banderas muy en orden, y con muy lucidas armas y vestidos, y tras éstos salieron el Gobernador, que también era el Conde de Mansfelt, y los Burgomaestres y los otros Magistrados de la villa; al entrar della hubo una brava salva de artillería. Esperábanle a la puerta la clerecía y canónigos de la iglesia Colegial que allí hay, revestidos, con solene procesión, que era muy de ver la orden y concierto della. Estaban en dos hileras por la calle que iba a palacio y tenían en las manos hachas encendidas, puestas en unas astas, como lo tienen de costumbre en todos los Estados de Flandes recibir a sus Príncipes con gran multitud de hachas encendidas. Había en la calle algunos arcos de ramos y verduras y personajes que representaban diversos juegos, que por ser cosa sin arte y letreros no se hace aquí mención dellos. Llegado el Príncipe a Palacio, todos se fueron con gran alegría a sus casas, la cual mostraron bien aquella noche con el gran regocijo que por la villa de fuegos y otras fiestas hubo. El siguiente día salió el Príncipe a misa a la iglesia mayor, y a la tarde se entretuvo con todos aquellos Grandes en ver una fiesta que hicieron, que fué muy regocijada y de reír. Salieron cien hombres

sobre çancos, que tenían dos varas de alto, que parecían gigantes, y los cincuenta vestidos de unas sobrevestes con cruces de Borgoña coloradas, y los otros con águilas imperiales. Entraron de tres en tres por hilera en la calle principal de la villa, donde se hizo la fiesta muy en orden con pífaros y atambores. Después que cada banda estuvo a su puesto arremetieron en sus çancos unos contra otros, de tres en tres, como habían entrado, y después todos juntos una banda contra otra como fola, y dábanse muy grandes encuentros y traspíes con los çancos, que cafan muchos dellos. Era cosa nueva verlos jugar con tanta maña y destreça. Después se hizo la misma fiesta otra vez delante de palacio con mucho placer y regocijo, que en todo lo posible procuraban los de la villa de darlo y servir al Príncipe, con gran demostración de alegría como a su Señor natural. Es Namur una buena villa y fuerte, puesta entre dos cerros grandes, y a la parte de levante tiene el río Mosa, y sobre él una hermosa puente; y otra sobre el río Sambla, que es Sabis en latín; el cual pasa al lado de la montaña sobre la cual está el castillo y allí entra en el Mosa. Es muy nombrada Namur por el mármol negro de que abunda. El nombre de Namur es incierto; algunos dicen que encima del monte donde está el castillo hubo un ídolo, que se llamaba Nano, el cual daba respuestas; y cesando después aquéllas con la predicación de Cristo fué edificada al pie del monte la villa y llamada Namur del Dios Nano, que ya era mudo y no daba respuestas como solía, y que de la misma manera se llamó Dionantum de la diosa Dione y de Nano, porque eran allí honrados, que es una villa cabe el río Mosa, de los pueblos Condrotz, que son los Condrusos Belgas, de los cuales es la cabeça la villa de Hoje. Son parte de la Selva Dardeña entre el Ducado de Lutzelburg y el río Mosa en el Obispado de Lieja y comarcanos al Condado de Namur. Sobre el cual hubo en los tiempos pasados muchas diferencias y guerras entre los Príncipes

de Flandes y Lutzelburg y Lovaina, porque queriendo el Conde Enrique de Namur, que murió sin hijos, quitarlo a Baldovino, su sobrino, Conde de Henao, padre de Baldovino, Conde de Flandes, que después fué Emperador de Constantinopla, a quien legítimamente venía, por ser su sobrino hijo de su hermana Adela, y darlo a Valeramo, Conde de Lutzelburg, que era hijo de Isabel, la otra hermana suya menor de días, hubieron sobre ello batalla cabe Namur, y hubo la victoria della Baldovino; y siendo vencido el Conde Valeramo y preso con otros muchos Príncipes, quedó el Conde Baldovino con el Condado de Namur, dejando ir libre al Conde Valeramo y a los otros que en la batalla habían sido presos. Después de muchos años la reina Blanca, madre del Santo Rey Luis de Francia, compró aquel Condado de Baldovino, Segundo Emperador de Constantinopla, y habiéndolo dado por su gran virtud la Reina a la Emperatriz Martha de Grecia, hija de Juan Brena, Rey de Hierusalem y mujer del Emperador Baldovino Segundo, tomóselo por fuerza Enrico, Conde de Lutzelburg, agüelo del excelentísimo Emperador Enrico Séptimo. Después volvió a los Condes de Flandes por casamiento, casando el Conde Enrique de Lutzelburg su hija Isabel con el Conde Guido Dampetra de Flandes, y así anduvo mucho tiempo aquel Condado de unos Señores en otros, que sería largo de contar, hasta que todos estos Estados, que son agora y se llaman de Flandes, vinieron a ser del Duque Felipe de Borgoña el Bueno, padre del valiente Duque Carlos de Borgoña. Los dos Estados de Lutzelburg y Namur, aunque muy destruídos por las guerras pasadas, sirvieron al Príncipe con más de dos mil escudos. Estando en Namur su Alteza llegó don Diego de Acevedo, su Mayor-domo, que venía por la posta de Roma, adonde había sido enviado desde Génova para visitar al Papa, y dió luego cuenta al Príncipe de su embajada y de lo que el Papa Paulo III había respondido a su visitación; y postrero de

Março partió el Príncipe para Wabra, que está a seis leguas de Namur y a cuatro de Bruselas, donde vino Antonio Perrenoto, Obispo de Arras, hijo de Nicolao Perrenoto, Señor de Granvela, primer Consejero del Consejo de Estado del Emperador, a visitar al Príncipe. El siguiente día por la mañana, que fué lunes primero de Abril, salió el Príncipe de Wabra con mucho contentamiento, por ser la última jornada de tan trabajoso y largo viaje, y habiéndose hecho en toda la fuerza y aspereza del invierno; y llegó a comer a la Wura, que es una aldea, donde está un castillo y palacio muy fresco, cercado de muchos fosos y estanques de agua, en los cuales hay y se crían muchos cisnes. Es junto al muy celebrado bosque de Sonia, dos leguas de Bruselas. Estaba allí la Serenísima Reina María de Hungría y Bohemia con sus damas y corte esperando al Príncipe, su sobrino, y casi llegando al castillo salió la Reina a le recibir hasta la primera puerta dél. Apeóse el Príncipe antes de llegar a la puerta, y yéndose a pie a la Reina no se puede pensar el amor y grandes cumplimientos de reverencia y cortesía con que se recibieron. Estábale aparejado un muy suntuoso banquete y con gran gozo, que la Reina tuvo, y regocijo y alegría general de todos. Pero entretanto que comen, bien será que digamos lo que había en Bruselas y el aparato que para recibir al Príncipe tenían.

BATALLA Y TORNEO EN EL CAMPO ARENOSO, EN LA TRIUNFAL ENTRADA DEL PRÍNCIPE EN BRUSSELAS

Con gran deseo esperaban al Príncipe en Bruselas, y era tanta la alegría que tenían con la triunfal entrada, que toda la villa estaba llena de regocijo y fiesta, dando todos general demostración del placer que tenían. Era increíble la

multitud de gente que en la villa y fuera en la campaña había, y tanta, que estaban los campos y caminos por donde había de pasar el Príncipe tan cubiertos de gente que era cosa de admiración. Habían venido muchos Príncipes, Señores y Caballeros de los Estados de Flandes a hallarse allí presentes al recibimiento. Estaban en aquella imperial corte no solamente muchos Príncipes, Barones y Caballeros de todas partes y naciones de aquellas tierras, más aun también muchas Princesas, Señoras y damas. Estaba allí la cristianísima Reina de Francia con sus damas y corte, la cual, por su indisposición, no había ido al castillo de la Wura con la Reina de Hungría, la cual había mandado hacer una galería en medio del campo que llaman Arenoso, que es a media legua de Bruselas, muy llano y apacible. Estaba aquella galería en medio de otras dos más pequeñas. Tenía cada una de las tres galerías en lo alto una puerta de muy pulida arquitectura, con sus escaleras de diez y ocho gradas, anchas y espaciosas, para subir a ellas. La galería mayor, que estaba en medio, tenía en lo bajo, a las espaldas della, una puerta cuadrada, mayor que las otras tres que en lo alto había, con una escalera de veinte y ocho escalones. Tenía todo este suntuoso edificio de largo docientos y sesenta pies, y la sala de la galería mayor de largo sesenta pies, y veinte y seis de ancho. Estaba la delantera y lados de todo el edificio pintada de alto a bajo de muchos trofeos y despojos de ejércitos vencidos, con todo género de armas y artillería y instrumentos de guerra. En lo alto sobre la sala había un escudo con las armas imperiales debajo del mirador de la sala. Sobre el architrabe había tres escudos de armas: el de en medio tenía las armas reales del Príncipe, y el del lado derecho las de la Reina Leonor de Francia, y el del otro lado las de la Reina María de Hungría. Estaba en la cumbre, encima del escudo imperial, la diosa Palas en hábito de ninfa desarmada. Tenía en la mano derecha un escudo y pintada en él la espan-

tosa cabeça de la Gorgone Medusa, y en la otra mano una lança y un arco, y a los pies una celada con un grande y rico penacho y cimera, donde también estaba pintada una lechuza recostada sobre el pie siniestro, que es el ave dedicada a Palas. Estaba la sala dentro entapiçada de tapicería de figuras de oro y seda. Colgaban del miradero o antepecho della muy ricos paños y doseles de brocado con almohadas de lo mismo encima. Tenían a las espaldas del miradero todas las tres salas de la galería cinco asientos a la larga como gradas, unas más altas que otras, como teatro, donde pudiesen mirar a su placer las Señoras y damas que habían salido de Bruselas por ver la fiesta a las espaldas del Príncipe y Reina y sus damas. El cielo y maderamiento de la sala era muy hermoso, y con gran arte hecho de verduras y de diversas frutas pintadas al natural con muchas cidras, que dél pendían. Entre los espacios de los cuadros (que eran cuarenta y cinco, en los que estaba repartida la techumbre o cielo, que cada cuadro tenía un pie de largo) había muchas y diversas frutas, que pendían: así como pepinos, cohombros, calabazas, melones, peras, maranjas, mançanas y otras diversas frutas verdes y frescas. Estaban los cuadros del cielo o maderamiento distantes entre sí por muy buena proporción, que venían a hacer muy hermosas labores relevadas, y todos ellos como rosas coloradas, que ocupaban el cuadro: las cuales sacaban y producían en medio de cada uno de los cuadros una flor de oro, que hacía la rosa del cuadro muy más hermosa y adornaba maravillosamente la sala y la hacía muy fresca, en especial con el día, que hacía muy claro. Estaba la galería edificada entre el Norte y el Mediodía. La frente y delante de ella, donde estaba el miradero, miraba al Norte, y las escaleras y puerta estaban a las espaldas al Mediodía, y a la parte del Oriente y Occidente había dos ejércitos asentados en campaña, distante el uno del otro a tiro de cañón. Entrambos estaban muy bien edificados de fosos, bastio-

nes, baluartes y trincheras con muchas piezas de artillería gruesas y de campaña puestas por orden en sus troneras, y encima de los baluartes tenían puestas y arboladas sus banderas tendidas, que el un campo descubría y podía ver las banderas del otro. El primer fuerte del un ejército, que estaba al Oriente, era para la infantería, y el otro, algo más atrás, era para la gente de armas y caballos ligeros, los cuales y todo aquel ejército traía banderas y bandas blancas. Estaban en aquel fuerte armadas muchas tiendas y pabellones de campo muy en orden. El otro ejército contrario, que traía banderas y bandas verdes, estaba al Occidente. Tenía otros dos fuertes casi otro tanto distantes de la galería como los primeros, de suerte que del un campo se podía ver el otro. Tenían fortificado su campo como los otros y con otra tanta artillería y municiones y tiendas y pabellones, sin otra diferencia alguna, salvo que el fuerte de la gente de armas y caballos ligeros del ejército de la banda verde estaba a la entrada de un bosque detrás de un baluarte o caballero grande, hecho de fajina bien alto, en que tenían tres piezas de artillería para poder tirar mejor a los enemigos. El Capitán general del ejército de la banda blanca era Joachin de Rie, primer sumilier de corps del Emperador. Serían por todos entre hombres de armas y caballos ligeros hasta cuatrocientos, entre los cuales había muchos Príncipes, Duques, Marqueses, Condes, Barones, Caballeros y gentileshombres. La gente de armas salió toda de terciopelo blanco y en muy buenos caballos con cubiertas y adereços de guerra de lo mismo, y muy hermosos penachos blancos; y los caballos ligeros salieron vestidos como huzaros o húngaros con ropas largas de raso blanco y capelletes altos de lo mismo y plumas blancas. Trafan unas tablachinas o escudos en los brazos, pintadas en ellas unas águilas grandes de oro en campo azul con orladura de oro en torno del escudo, y lanças blancas con banderetas de tafetán blanco con cruces de

Borgoña coloradas, delante de los cuales había cincuenta arcabuceros armados a caballo de la misma librea, que en Alemania llaman Herreruelos; y por haber sido la fiesta tan real y señalada diremos aquí algunos nombres de los Príncipes, Señores y Caballeros que en el combate de los ejércitos se hallaron. Primeramente, debajo del cargo de Joachin de Rie, capitán de la banda blanca, fueron Adolfo, Duque de Holzthein; Alberto, Marqués de Brandenburg; Nicolao de Lorena, Conde Waldemont; Carlos de Croy, Príncipe de Simay; Juan, Marqués de Bergues; Amoral, Príncipe de Gaure y Conde de Egmont; Hugo de Meleung, Príncipe de Spinoy; Pedro Ernest, Conde Mansfelt; Felipe de Memoransi, Conde Horne; Juan de Lignes, Conde de Arenberghe; Carlos de Brymeu, Conde de Meghen; Jacobo de Lignes, Conde de Faulquenbergh; Hermanno, Conde de Neuwenare y de Moers; Felipe de Santa Aldigonde, Señor de Noircarmes; Juan de Poupet, Señor de Lachaulx; Guillermo de Croy, Señor de Chievres; Jacobo de Herbaix; Tomás Perrenoto, don Hernando de Lanoy, Baldovino de Blois, Francisco de Noyelles, Simón de Vernoy, Carlos de Berniemicourt, Antón de Breda, Juan de Tyan, Juan de Pouligny, Felipe de Blois, Filiberto de Charnoz, Jacobo de Quarre, Carlos Darmstorff, Antonio de Canòt, Guillermo de Canòt, Juan de Bransion. Los españoles eran don Luis de Requeséns, Comendador mayor de Castilla; don Hernando de la Cerda, don Juan Manrique de Lara, don Antonio de Çúñiga, don Fadrique Enríquez de Ribera, don Alonso de Aguilar, don Pedro de Guzmán, don Pedro de Toledo, Hernando de Vega, Juan Çapata de Cárdenas, Onofre Çaposa, Rafael Caldès y otros muchos caballeros y gentileshombres. Era el capitán general del ejército de la banda verde el Príncipe de Piamonte, y su lugarteniente Juan Baptista Castaldo. Salieron los Señores y Caballeros de terciopelo verde, y de lo mismo las cubiertas y adereços de los caballos y penachos verdes; y los caballos ligeros

vestidos como húngaros todos de raso verde con capelletes altos y plumas de la misma color. Llevaban lanças verdes con banderetas de tafetán verde, con cruces de Borgoña. Traían tablachinas o escudos pintados a la hungarezca, unos con un grifo, y otros con una ala de águila en campo verde con la orla colorada, entre los cuales había cincuenta arcabuceros a caballo de la misma librea, como los que arriba dijimos. Los nombres de los Príncipes, Señores y Caballeros que fueron debajo del cargo del Príncipe de Piamonte, capitán de la banda verde, eran Antonio de Lalaing, Conde de Lalaing; Felipe de Lalaing, Conde de Hoochstraten; Maximiliano de Borgoña, Señor de Beures y Almirante de Flandes; Luis, Conde de Mall; Ponto de Lalaing, Imberto de Pelwx, Filiberto, Barón de Salemura; Jerónimo Perrenoto, Claudio Bouton, Carlos de Trazegnies, Martín de Cilly, Andrés de Sucre, Cornelio Wandereecke, Juan de Lanoy de Mingoal, Andrés de Busanton, Federico de Soubref, Adrián de Wailleux, Antonio de Rubemprey, Felipe de Chassey, Maximiliano de Marzille, Juan de Dumey y otros muchos. Los italianos eran el Conde de Fosas, Francisco Delfino, don Lamberto, don Jerónimo Pinatelo, Antonio de Camp, Ascanio Cafarelo. Los españoles eran don Alonso de Aragón y de Mendoça, don Juan Pimentel, don Alonso Pimentel, don Juan de Ayala, don Alonso de Silva, don Juan de Acuña, don Suero de Quiñones, don Bernardino de Velasco, Alonso de Ulloa, don Hernando de Acuña, don Bernardino de Granada, don Francisco de Mendoça, don García de Ayala, don César de Silva, don Juan Aguilón, don Felipe Carrillo, don Diego de Carvajal, Gaspar de Robles y otros muchos caballeros de la casa y corte del Emperador; y muchos dellos habían venido de sus tierras y Señoríos sólo para hallarse presentes y recibir al Príncipe. Acabado el banquete en el castillo de la Wura, donde los dejamos comiendo, partió de allí el Príncipe juntamente con la Reina de Hungría, con todos los Grandes,

Señores y Caballeros de su corte, y vino al campo Arenoso, donde estaban los ejércitos como habemos contado, y apeándose junto a la galería subieron la Reina y el Príncipe a la sala, y puestos en sus reales asientos, y las Damas y Grandes en los suyos, y las otras Señoras y damas de Bruselas en las gradas a las espaldas de la Reina, y los Caballeros en otras galerías y asientos dellas, comenzaron los dos ejércitos, que ya estaban en arma y a caballo, a moverse en muy buena orden. Los primeros que salieron a mover fueron los húngaros de la banda blanca con dos gaiteros delante sin trompetas, según lo tienen por costumbre en Hungría cuando salen a pelear. Tomaron el camino a la mano izquierda, y habiendo rodeado su campo quedaron puestos en escuadrón al lado derecho del de su infantería, poniendo en orden los arcabuceros en la vanguardia. Por otra parte, la gente de armas salió en buena orden, caminando poco a poco, siguiendo su estandarte con sus trompetas delante, sonando con gran furia, vestida de la misma librea, y paró un poco, algo apartada de sus huzaros o húngaros en escuadrón y orden de batalla. De la misma manera comenzó a mover la infantería, tocando muchos atambores y pífaros con las banderas tendidas, y habiendo dado su vuelta al campo, vino a ponerse en escuadrón al lado izquierdo del escuadrón de la gente de armas de su campo. Por la misma orden de batalla movió el campo de la banda verde y salió de su fuerte a ponerse en escuadrón y orden como batalla aplazada, y enviando de entrambos ejércitos cada veinte herrueruelos a caballo arcabuceros corredores a descubrir y reconocer al campo, los blancos que habían salido primero encontráronse con los verdes, y comenzaron a escaramuçar, corriendo los unos siguiendo a los otros, y dándose carga con la furia de sus caballos, disparando sus arcabuces los unos en los otros, y pareciendo que los verdes daban gran carga a los blancos, movieron algunos de su escuadrón en su favor por re-

forçarlos, y lo mismo se hizo del escuadrón de los verdes, favoreciendo y reforçando a los suyos, arremetiendo a encontrarse de seis en seis, rompiendo muchos dellos sus lanças y echando mano a los estoques y espadas, y reforçándose la escaramuça de gente de cada banda, vinieron todos los húngaros y herreruelos de entrambas partes a trabarse de batalla, excepto los que quedaron en el fuerte en guarda del campo y artillería. Arremetían los de la banda blanca con grande ímpetu y ánimo y recogíanse viéndose seguir y dar carga con mucha furia por los de la banda verde, dándose los arcabuceros de entrambas bandas terribles cargas, disparando sus arcabuces, continuándolo los unos y los otros por muchas veces y encontrándose algunos con sus tablachinas, las cuales rompían y se derribaban algunos de los caballos por el ímpetu de los encuentros que se daban; y unas veces en la batalla se aventajaban los verdes y otras los blancos, y habiendo ya rato que escaramuçaban los húngaros, començó a mover la gente de armas, jugando del un campo al otro el artillería con tanta priesa y ímpetu, que verdaderamente parecía batalla de dos ejércitos formados aplazada. Habiendo acabado la artillería de tirar, los caballeros y gente de armas se vinieron a encontrar el un escuadrón contra el otro, rompiendo sus lanças y algunos dejando las sillas de los grandes encuentros, quedando allí algunos caballos muertos. Rompidas las lanças, echaron mano a las espadas y començaron a combatir unos con otros con mucho ánimo y destreza. Era por la mayor parte el combate y furia de la batalla, en especial el combatir de los caballeros, junto a la galería real. No dejaban en este tiempo los húngaros su escaramuça, y los arcabuceros, socorriendo cada banda a su gente de armas, daban vuelta por los enemigos, descargando en ellos sus arcabuces. Viendo los ejércitos la batalla tan trabada llegaron los escuadrones de la infantería el uno contra el otro, y començaron a tocar reciamente

arma los atambores y a disparar la arcabucería, que iba a los lados de los escuadrones con mucha continuación. Ya entonces había vuelto a cargar la artillería y se habían comenzado a mover los escuadrones de la infantería que tenían el lado izquierdo de la gente de armas, y habiendo el artillería tirado de entrambos campos con espantosa furia, acometiéronse los escuadrones y calaron sus picas, y llegados a se juntar rompieron la batalla, combatiéndose con ellas y hiriéndose de las espadas y alabardas. En este tiempo andaba la batalla muy reñida y trabada entre los caballeros y gente de armas, y algunos se habían señalado maravillosamente en esfuerço y destreza, y los húngaros no dejaban siempre de combatir, ni la artillería de jugar de entrambas partes. La batalla era tan trabada y combatida de entrambos ejércitos, el estruendo de los atambores, que tocaba arma, era tan grande, y el sonido de las trompetas en animarlos tan continuo, que ninguna cosa podía verse que más pareciese verdadera batalla aplazada entre dos ejércitos, ni más peleada ni combatida por tan largo espacio de tiempo; que ya era el cansancio de todos tanto, que dieron orden los capitanes en que de común consentimiento se tocasen las trompetas, para que los ejércitos se retirasen y recogiesen en orden con sus banderas a sus fuertes y alojamientos. Con lo cual se retiraron todos cada uno a su campo en muy buena orden y concierto, habiendo combatido dos largas horas con mucho esfuerço, aventajándose a veces los unos contra los otros sin conocerse la victoria, de manera que al fin no se pudo bien discernir a quién se había de dar la gloria de tan gran combate y torneo, y no era de maravillar, porque en entrambas partes había muchos soldados viejos y muy esforçados; y los Capitanes generales eran tales y de tanto valor, que habían procurado muchos días antes de ejercitar cada uno a los suyos muchas veces en las armas hasta el día que fué el combate. Habiéndose ya retirado los dos ejérci-

tos, la Reina María y el Príncipe bajaron de la galería y pusiéronse todas las damas a caballo, y el Príncipe en uno, que allí le tenían guarnecido cual convenía, y fueron a ver los fuertes de los dos campos, así de la gente de caballo como de la infantería, y la manera como tenían plantada la artillería, y cuál de los dos ejércitos tenía mejor asiento y lugar, y con más ingenio y arte de la guerra, para poder ofender al enemigo, y habiéndolos visto, la Reina se despidió del Príncipe y se fué con sus damas y caballeros de su corte por el camino que va derecho a la villa por la puerta que dicen de Cobergas, por la cual entró en Bruselas y por el parco en palacio.

BRUSELAS

El Príncipe siguió el camino que va a la puerta que llaman de Lovaina, que es el derecho que traía; y por donde le estaba aparejado el recibimiento. Iba acompañado no sólo de los Grandes, Señores y Caballeros de su corte, más aun de los que había en la del Emperador, porque los más dellos y casi todos se desarmaron a tiempo que pudieron acompañar en la entrada al Príncipe ricamente vestidos y en muy buenos y adereçados caballos, y llegando poco antes de la puerta de Bruselas recibieronle con gran acatamiento y reverencia, habiéndose apeado de sus caballos, el Chanciller de Brabante con los del Consejo, el Presidente de la Cámara con sus asesores, los Burgomaestres, Oidores y Consejeros, Receptores, Pensionarios y Tenientes. Venían vestidos de sayos y gorras de terciopelo negro con ropas largas de terciopelo carmesí aforradas en raso carmesí; y los otros Consejeros y Secretarios que hay del Estado de Brabante, y escribanos y oficiales de receptores con ropas de

damasco carmesí colorado. El primer Pensionario de la villa hizo una oración breve al Príncipe, congratulándose y dando gracias a Dios, que le había traído sano y salvo a sus tierras de Brabante. Acabada la oración, fuéles respondido en su lengua en nombre del Príncipe por el Obispo de Arras, que era el intérprete de todos, y habiendo hecho su acatamiento al Príncipe, que los recibió con toda benevolencia, tornaron a subir a caballo, siguiendo a los nobles y burgueses, que habían salido de la villa con ellos, los cuales en tanto que se decía la oración, habían pasado delante por dar lugar al mucho concurso de gente. Eran en número cuasi seis cientos de caballo, y los más dellos vestidos de raso colorado con una manga de raso blanco y amarillo. Entró el Príncipe con gran majestad y casi en la misma orden que en Milán había entrado. Iba a su mano derecha el Cardenal de Trento y a la izquierda el Príncipe de Piemonte. Venía sobre un hermoso caballo español. Llevaba vestido un sayo de raso morado bordado de oro encrespado sobre fajas de terciopelo morado, y en las ataduras del bordado unos lazos de oro de cañutillo aforrado en tela de oro morada y tafetán, con un sombrero de terciopelo morado respuntado de oro con una pluma blanca. Tras el Guión real venían el Duque de Alba y el Obispo de Arras. Llegando a la primera puerta, que llaman de Lovaina, fué recibido con música de sacabuches y cuatro cornetas alemanas. Estaba sobre la puerta una cuadro pequeña sobre dos pedestales cuadrados, cercada de muchas hachas encendidas y entapiçada de paño colorado. Tenía una estatua de siete pies en alto en hábito de Ninfa muy hermosa, que representaba la villa de Bruselas, con un corazón humano cercado de oro en la mano derecha, con unas letras de oro en medio que decían:

AMOR

Y al lado derecho a San Miguel Arcángel, que en su escudo

tenía las armas de Bruselas como patrón della, y por el paño con que estaba entapiçada la cuadra pendían siete escudos con las armas de siete linajes de nobles y principales que hay en la villa. Tenía al lado siniestro la imagen de Santa Gudula, patrona de la villa. Estaban en esta parte colgadas las insignias y armas de nueve naciones que hay en Bruselas, las cuales son repartidas en cincuenta y dos oficios o artes mecánicas. Representaba todo este espectáculo el cuerpo y la voluntad de la villa. Es a saber, los nobles y burgueses y el pueblo común. Lo que daba a entender la Ninfa Bruselas por el corazón, los versos, que en la mano izquierda tenía, dirigidos al Príncipe, lo decían:

ACCIPE COR FAMVLAE BRVSELLAE MAXIME PRINCEPS,
SVM TVA, SVM PATRIS, ME TIBI DEDO LIBENS

Que quiere decir:

Recibid, gran Príncipe, el corazón de Bruselas, vuestra esclava; vasallos somos de vuestro padre y vuestros; entregámonos a vos como tales de muy buena voluntad.

Estaba la otra parte de la puerta llena de hachas encendidas, y así las había desde la puerta hasta palacio de una parte y de otra por toda la calle. Estaban puestas sobre pilares de madera hincados en tierra por espacio de cinco en cinco pasos, cubiertos de ramos entretejidos con verduras. Fueron más de cuatro mil las hachas que en la calle de una parte y otra había. Después que hubo entrado el Príncipe dentro, no muy lejos de la puerta de la villa y cerca de la puerta falsa del parco de palacio había otro espectáculo bien adornado de diversas pinturas, en el cual se representaba por personajes vivos la historia del Santo Patriarca Abraham, que a su hijo Isaac, por haberle sido muy obediente, hacía heredero de todo su Estado; los versos desto dirigidos al Príncipe decían:

ISAACVS PATRI ES PARENS, FIDISSIMVS HAERES
ET FIDEI ET RERV M TECTA PATERNA SVBI

*Pues que en la obediencia y fidelidad sois otro Isaac
a vuestro padre, entrad en buen hora, Serentísimo
Príncipe, en sus casas y hacienda, de que con tanta
razón habéis de ser heredero.*

Más adelante, junto a una casa pública de Aduana, había otro espectáculo pintado de blanco y negro con muchos personajes vivos y vestidos como egipcios, que representaban cómo Joseph iba a visitar a su padre Jacob y a recibir dél la bendición. Eran los versos desto los siguientes:

CAESARIS ES GENITORIS HONOR DILECTVS IOSEPH,
CVI VENIENS GRATVS GAVDIA MILLE DABIS

*Sois el amado Joseph, honra del César vuestro padre,
a quien causaréis increíble gozo con vuestra buena
llegada.*

Habiendo entrado el Príncipe la segunda puerta de la villa recibióle con gran solemnidad y cerimonia el Deán y dignidades, canónigos y clerecía de la iglesia colegial de Santa Gudula, junto al cimiterio della, revestidos de muchas y muy ricas capas y ornamentos de brocado y seda juntamente con las tres órdenes de los Mendicantes. Llegando allí el Príncipe, se apeó y el Chanciller de la orden de caballería del Toisón y Deán de la iglesia le dió a adorar la Cruz, el cual hizo al Príncipe una breve oración, dándole el parabién de la felicísima venida en aquella su villa, y habiéndole respondido en nombre del Príncipe el Obispo de Arras, entró en la iglesia, y con él el Cardenal de Trento y el Duque de Alba, y otros Grandes y Señores. Tenían el altar mayor riquísimamente adereçado, puesta en él la custodia del Santísimo Sacramento, que antiguamente hizo el milagro, que en su lugar diremos, y sacada la caja donde tienen el cuerpo de Santa Gudula. Acabada la oración,

cantando con gran suavidad de voces y órgano aquella antifona, *Veni Sancte Spiritus*, volvió a seguir su camino para palacio; y llegando a la calle que llaman Bergstrate había un espectáculo bien adornado así de pinturas como de tapicerías. Tenía enfrente pintada la Amistad, y en lo alto, a la una parte dél, la Virtud, y de otra la Alabança, y en medio de entrambas estaba la Honra. Dentro dél había hermosas y muy galanas doncellas vivas muy bien ataviadas, y mancebos, que representaba la Historia de Tobías el moço, como era recibido con gran alegría de Tobías su padre, llegando de su viaje con su esposa Sarra, hija de Raquel, con toda su familia. Decían los versos que allí había:

IVNIOR ES THOBIAS, QVO PATRIS FESSA SENECTA
VIRTVTIS SOLITVM CONTINVABIT OPVS

*Vos sois Tobías el moço, con quien la cansada vejez
de vuestro padre continuará la acostumbrada obra
de la virtud.*

Por toda la calle de una parte y de otra hasta palacio pendían muchas medallas de aquellos gloriosísimos Príncipes de quien el Emperador y Príncipe decienden, las cuales estaban hechas en campo colorado, cercadas de muy frescos y hermosos festones de verduras. Las medallas o imágenes eran de aquel fortísimo y invencible Príncipe Carlos Martel, y del Rey Pipino, del Emperador Carlo Magno, de Ludovico Pío, de Carlo Calvo, de Carlo Crasso, de Federico, del Emperador Maximiliano y de Felipe su hijo, Rey de España. Más adelante, casi a la mitad de la calle, había un espectáculo muy bien entapiçado por de dentro y pintado por de fuera de diversas fantasías. Estaba en el architrabe de la cuadra pintada una águila imperial, que entre sus uñas tenía un escudo a la antigua partido por medio. A la una parte las armas reales del Emperador, y a la otra las de Portugal, en nombre y memoria de la Emperatriz doña Isabel, único esplendor y ornamento de España.

Estaba en lo alto pintada dentro de una nube transparente la Justicia, y al lado derecho sobre un pedestal una estatua de la Victoria, que tenía en la mano una guirnalda de laurel y de yedra y verduras, y en medio della puestas las columnas de Hércules, con un

PLVS VLTRA

Había al lado izquierdo otra estatua semejante con gran guirnalda en la mano con la divisa de la Emperatriz:

O CAESAR O NIHIL

Dentro de la cuadra estaban personajes vivos vestidos de insignias hebraicas, que representaban cómo Salomón era coronado por Rey de Israel por consentimiento del Rey David su padre; los versos que allí había eran los siguientes:

TV SALOMON PRVDENS IVSTO QVI PATRE IVBENTE
CVM POPVLI PLAVSV DEBITA SCEPTA REGES

*Vos sois el prudente Salomón, que por mandado de
vuestro justo padre gobernaréis los reinos que os per-
tenecen con grandísimo contentamiento de los pueblos.*

Llegando a la plaza que llaman Garzemert hay una fuente enfrente de la plaza del pescado, la cual, por memoria de la triunfal entrada, estaba labrada de nuevo de una piedra blanca, de la cual, en lugar del agua que solía manar della, corrían por tres caños dorados, que habían hecho nuevos de diversa labor y manera, tres suertes de vinos en gran abundancia, dando a entender por ellos la divina Teología, y sublime Filosofía, y la dulce Poesía, a las cuales la Reina María es muy aficionada. Adornaban lo alto de la coluna de la fuente tres hermosas estatuas de piedra blanca puestas sobre sus pedestales, que salían algo con sus espacios encajados en la coluna con una cubierta y remate de piedra muy bien labrada, porque las aguas no las gasten y el tiempo no las consuma tan presto. Es la una de las estatuas de

la Reina María en su hábito real de viuda, y un halcón en la mano, y a su lado un hermoso lebrél. Es la otra estatua de la casta Diana con su arco y aljaba, y la tercera de la animosa y sabia Palas, armada de su loriga y celada y con su escudo y lança, lo cual significa la afición y honestísimo ejercicio que la Reina tiene en todo género de caça, y su castidad, limpieza, prudencia y gran consejo en la gobernación, lo cual los versos que estaban en la fuente declaraban:

NEC TIBI DEFICIENT AMITAE SAPIENTIA, ET ARTES,
LAENIET ET CVRAS SAEPE DIANA TVAS

*No os faltará la sabiduría y virtudes de vuestra tía,
y muchas veces Diana, diosa de la caça, mitigará
vuestros cuidados.*

Más adelante, a la entrada de la calle que sube a palacio, que llaman Liestienoet, había un arco triunfal, que tenía dos grandes y hermosas puertas, las cuales dividía una coluna que tenía de alto sesenta pies. Era toda pintada de historias de batallas navales y de tierra. Tenía en el cuadro del pedestal escrito:

BEATI QVI EIVS PARENT IMPERIO

*Bienaventurados los que obedecen y son sujetos a su
Imperio.*

En el capitel de la coluna, sobre una celeste esfera, había una águila imperial, tendidas las alas, como que volaba. Estaban en las esquinas del arco dos figuras de cada parte. La de la mano derecha era del Emperador Carlos Quinto Máximo, y de la mano izquierda la del Príncipe don Felipe su hijo, y en el freso, a la larga, debajo de la estatua del Emperador, este verso exámetro:

QVI GENVS AUVSTRIADVM? QVIS STIRPEM CAESARIS ALTAM

Y adelante, después de la coluna, debajo de la figura del Príncipe, había este verso pentámetro:

HERCVLEI VERE GERMINIS ESSE NEGET?

*¿Quién negará el linaje de la casa de Austria? ¿Quién
no confesará la esclarecida generación del César ser
verdaderamente del tronco de Hércules?*

De la otra parte del arco, en las esquinas, había dos estatuas, que miraban hacia palacio. La una era de don Hernando, Rey de los Romanos y de Hungría y Bohemia, y la otra del Infante don Carlos de Castilla, hijo de don Felipe, Príncipe de España, y debajo estaban estos dos versos a la larga escritos en el freso:

ALCIDEM IACTANT NVGAE, ET FICTITIA MONSTRA,
CAROLEOS AVSVS FORTIA GESTA PROBANT

*Las fábulas y monstruos fingidos alaban a Hércules;
mas de las osadas empresas del Emperador don Carlos,
sus grandes y fuertes hechos dan verdadero testimonio.*

Más adelante, llegando a la capilla de Santa María Magdalena, había sobre la puerta de la iglesia tres imágenes de piedra blanca como fino mármol, las cuales habían mandado hacer los obreros y diputados de la Cofradía de los armeros de la villa, para que quedasen en memoria perpetua del día que fué la felicísima entrada del Príncipe en Bruselas. Era la una imagen de la gloriosa Magdalena, y la otra de Jesucristo Nuestro Señor, que tenía en su mano siniestra la Cruz en señal de la victoria y trofeo de nuestra redención, la cual tenía puesta sobre Satanás y sobre la Muerte como Vencedor y Triunfador glorioso, puesta su mano diestra sobre la herida de su santo Costado, de la cual manaba vino tinto en grande abundancia todo el tiempo que tardó el Príncipe en pasar, de lo cual cogía toda la gente pobre y común. La tercera era de aquel gran Profeta Moisés, que tenía en sus manos las tablas de la Ley. Había por toda la calle en muchas partes delante de las puertas

de algunos ricos burgueses y mercaderes hechos ingenios de madera, que llegaban hasta los tejados, con muchas hachas y faroles encendidos de pez y tea. Pasando adelante entre la capilla de la Magdalena y el Canterstein, que es una encrucijada que se hace como plaza, había otro arco triunfal con cuatro columnas de cada parte, de que se hacían dos hermosas puertas. Estaba pintada en el un cuadro de la frente del arco, la victoria que David, siendo moço, hubo contra el espantoso gigante Golías y la congratulación que dello hacían los hijos de Israel. En el otro cuadro estaba la historia de Abigail, mujer de Nabal, cómo adquiría la gracia de David, y en dos triángulos, que se hacían en las puertas, estaba en cada uno dellos pintada una Victoria con palmas en la una mano, y en la otra coronas de laurel. Tenía el arco sobre el architrabe de las puertas grandes otras dos puertas pequeñas, y en la una dellas había una estatua de Hércules, que mataba al cruel Rey Diomedes de Tracia, y en la otra puerta otro Hércules, que entre los brazos, levantándole los pies de la tierra, ahogaba al gigante Anteo de Libia. Eran pintadas las puertas pequeñas de blanco y negro, y en la una estaba la Prudencia, y en la otra la Justicia. Había sobre los capiteles de las columnas cuatro hermosas estatuas, las unas con hábito imperial, y las otras vestidas como Reyes con coronas y sceptros reales en las manos. Eran las del lado derecho, del Emperador Maximiliano y de Madama María Duquesa de Borgoña, hija del valeroso Duque Carlos de Borgoña, su primera mujer, y las del lado siniestro de los Católicos don Fernando y doña Isabel, Reyes de España. Estaba en la cumbre del arco una hermosa dama en pie, que representaba la Fe católica; tenía en la una mano un Crucifijo y en la otra un cáliz con una hostia encima dél, dando a entender que estos dos Príncipes y los que representaban las figuras de la otra parte del arco siempre fueron defensores y acrecentadores de la Santa Fe y de la Iglesia cató-

lica, aventurando sus Estados y vida por defenderla y acrecentarla, como los versos desta parte lo decían:

SANCTA FIDES MERITO COLLAVDAT AVOSQVE PATRESQVE,
AVXILIO QVORVM COEPIT, ET AVCTA FVIT

La Santa Fe Católica, con mucha razón alaba a vuestros agüelos y padres, pues con su favor y ayuda comenzó a tomar nuevas fuerças y fué tan acrecentada.

En el uno de los cuadros de la otra parte estaba pintada la historia del gran Melchisedech, Rey de Salem, cómo ofrecía el pan y el vino al Patriarca Abraham: y en el otro estaba cómo el Patriarca Isaac echaba la bendición a su hijo Jacob, que por otro nombre fué dicho Israel. Estaban en los triángulos pintadas otras dos Victorias, y en la una de las puertas pequeñas una estatua de Hércules, cómo sacaba el can Cerbero del infierno, habiendo librado dél al fuerte Teseo, hijo de Egeo, Rey de Atenas. En la otra había otro Hércules, cómo asentaba las dos columnas sobre el estrecho de Gibraltar, la una en Calpe y la otra en Ábila. Estaban sobre los capiteles de las columnas del arco otras cuatro estatuas. Eran las de la mano derecha de Felipe de Austria y de doña Juana, Reyes de España: y las de la otra mano del Emperador Carlos Quinto Máximo y de la Emperatriz doña Isabel de Portugal. Los versos desta parte eran los siguientes, los cuales dependen del sentido de los que arriba dijimos, y dice la Fe:

SI TER FELICEM HOC IAM FAVSTO TEMPORE CLAMET
PROLE QVOD AVGVSTA VINDICE TVTA MANET

Si ya en este próspero tiempo se llama felicísima, es porque siendo el hijo del Emperador su defensor, está segura.

Estaban puestos dos orbes redondos en forma llana de excelentísima pintura y muy grandes enfrente de la calle, que es cabe la casa de Raviistain. En el uno dellos había una

águila pintada, que hacía prueba de sus pollos, poniéndolos que mirasen a los rayos del Sol, y a los que no podían mirar ni resistir los rayos con la vista sin inclinar los ojos, echábalos del nido como bastardos y no legítimos; y a los que tenían firme la vista a los rayos del Sol sin menear los ojos, recogíalos, conociéndolos por suyos y legítimos hijos. En el otro redondo estaban dos cigüeñas, que traían sobre sus alas otras cigüeñas, que eran sus padres, que ya de viejos no podían volar, y los cebaban y daban de comer. Cosa maravillosa y de gran piedad, que sólo por esto dice Eliano que en ciertas islas, por beneficio de los dioses, muchas cigüeñas fueron convertidas en hombres, y que en los sceptros de los Reyes las pintaban para mostrar la piedad y industria que han de tener los Reyes y Príncipes en el gobernar. En la misma calle, más adelante, cerca de palacio estaba un arco sobre cuatro pilares, que le sostenían de cada parte, hechos como Términos o dioses de los límites campestres. Estaba pintado en el hueco de la puerta deste arco, de una parte, cómo Hércules ayudaba al Rey Atlante de Mauritania a sostener el cielo, que sobre sus hombros tenía, y de la otra cómo el mismo Hércules peleaba con la sierpe Hydra en el lago Lerneo, y no le aprovechando a la sierpe el multiplicar de las siete cabeças, que en cortándole alguna dellas salían, al cabo la mataba Hércules con industria y fuerça soberana, y con la ayuda que le hizo con la hacha de fuego el valiente Iolao, hijo de Iphiclo. Había en este arco sobre la puerta una cuadro sobre el architrabe y cornija, en la cual estaba una estatua de Hércules remando a gran fuerça de braços en una barca, en la cual llevaba por la mar las dos columnas. Delante dél estaba Neptuno, dios del mar, con su sceptro o tridente en la mano, señalándole con él, que le siguiese, y como que le hablaba y decía:

VENI

Venid.

En la vuelta de la cuadra de la misma parte estaba pintada la Luna, como que declinaba entre cuatro estrellas bien claras en un cielo azul, y encima, en el freso, estos versos:

ADSIT CAROLEO COELESTIS PALMA LABORI,
ET MANEAT SOLI GLORIA PRIMA DEO

*Acompañe siempre al trabajo de Carlos la Victoria,
y quede para solo Dios la principal gloria.*

Estaba a la otra parte del arco Eolo, Rey de los vientos, detrás de Hércules, como que le enviaba un viento favorable y próspero, y le decía:

PERGE

Pasa adelante.

La vuelta de la puerta tenía pintados en un cielo los cuatro vientos principales, que todos favorecían al animoso Hércules, y en medio dellos un Sol resplandeciente y claro. En lo alto estaba asentada en una silla imperial la majestad del católico y invictísimo Hércules, el Emperador Carlos Quinto Máximo, y delante de su imperial figura, en otra silla, estaba la Victoria con una palma en su mano diestra, y en la otra una corona de laurel, que con alegre gesto presentaba al Emperador con tan justo título y renombre inmortal de sus grandes victorias y gloriosos hechos y trabajos, que siempre ha tenido y tiene por la defensa y acrecentamiento de la Santa Fe Católica y del Sacro Imperio. Los versos que allí se vían eran:

FIDA LACESSITI CVNCTATIO RESTITVAT REM,
ATQVE FIDEM SANCTAM PROVEHAT VLTERIVS

*La prudente dilación del provocado restituya las cosas
a su verdadero ser y pase más adelante la Santa Fe
Católica.*

Tenía el mismo arco por entrambas haces las armas imperiales y reales, puestas por orden en él muchas hachas en-

cendidas, como las había en todos los otros arcos y espec-
táculos que habemos dicho. Llegando el Príncipe casi a la
plaza, que está delante de palacio (que es cercada de una
valla de piedra muy bien labrada con muchos padrones le-
vantados sobre ella, en que están algunas figuras de Prín-
cipes, y otras labores de piedra, que adornan la plaza y
la valla, la cual tiene siete principales entradas), fué reci-
bido con una suavísima música de vihuelas de arco, la cual
estaba en un cadahalso cubierto, que para ello tenían hecho
unos mercaderes venecianos delante de la puerta de su casa
muy bien aparejado. Eran los músicos della siete, todos
vestidos de ropas largas de brocado con gorras de terciopelo
y plumas de diversas colores. La entrada de la valla
a la plaza de palacio era por un portal triunfal, el cual
hacían dos padrones de piedra de los de la valla, sobre los
cuales están las figuras y estatuas de Felipe Rey de España
y del Emperador Carlos Quinto, de bronce doradas. Estaba
el portal con tanto artificio hecho, que aunque ha muchos
años que se hizo aquella obra por ornamento de aquella
real plaza, parecían puestos de nuevo para aquella triunfal
entrada, en medio de la cual estaba la estatua de la
Fama, toda dorada, con una trompa en la boca llena de
perlas y piedras preciosas y alrededor escritas, como que
salían de la trompa, estas palabras:

IN OMNEM TERRAM EXIVIT CAESARIS FAMA ET FINES
ORBIS TERRAE MANDATIS EIVS OBEDIVNT

*Por toda la tierra se extiende la fama del César, y son
obedecidos sus mandamientos hasta el cabo del mundo.*

Estaba la plaza y el patio de palacio tan lleno de gente, que
con dificultad se podía romper ni pasar a ninguna parte; y
aunque era ya de noche cuando el Príncipe se apeó en el
patio de palacio, la luz de las hachas era tanta, que hacía
parecer ser casi tan claro como al medio día. Fué recibido
allí de las Serenísimas Reinas de Francia y de Hungría

sus tías, con gran amor y común gozo de su venida, las cuales, después de le haber recibido, se fueron juntas con el Príncipe al Emperador, que estaba en su imperial aposento. El recibimiento entre ellos fué cual se debía a un tan alto y esclarecido padre de un tan preciado y obediente hijo. Aquella noche se hicieron generalmente por toda la villa muchas hogueras y diversos fuegos con artificio. La casa pública de la villa de alto a bajo parecía que se ardía toda con la multitud de fuegos, hachas y luminarias que en ella había. Era cosa de ver la grande alegría y regocijo que había por las plaças y calles, y la competencia y porfía que los vecinos tenían sobre cuál haría mejor invención de fiesta y demostración de placer. En la plaça, delante de palacio, había una hoguera muy grande hecha en forma de pirámide muy alta, que el fuego della duró casi toda la noche, echando siempre infinitos cohetes. El día siguiente, los Burgomaestres, Oidores, Consejeros, Receptores, Pensionarios y otros Oficiales del general Consejo de la villa fueron a palacio, y con grande acatamiento presentaron al Príncipe en nombre della una rica copa con sobrecopa de plata dorada de mucho valor. Tenía labradas de dentro y de fuera con singular y delicado artificio hermosas historias y figuras con un letrero latino, que adornaba mucho el vaso, y decía:

IMP. C. CONSTANTINVS PROSTRATO AD PONTEM MILVIVM TYRANNO MAXENCIO POST GRAVEM. CCC. FERE ANNORVM PERSECVTIONEM IN LIBERTATEM ASSE-
RVIT

El Emperador César Constantino, habiendo muerto al tirano Majencio cabe la puente Milvio, puso en libertad a la afligida Iglesia de Cristo, después de aquella grave persecución casi de trescientos años.

Hizo el primer Pensionario una breve oración al Príncipe, que recibiese aquel don, que le presentaba en nombre de la villa, y mirase la voluntad y gran deseo que tenían de

servirle como humildes súbditos y leales vasallos que eran suyos, y el Príncipe gratamente aceptó el servicio y la voluntad con que lo hacían, y conforme a esto les fué respondido en su lengua por el Obispo de Arras, de lo cual muy contentos y alegres y con gran satisfacción de haber visto la benignidad y benevolencia del Príncipe, se tornaron y dieron la respuesta a los Señores del general Consejo de la villa.

JUSTA DE LA PLAÇA

El mismo día por la mañana, que fué a dos de Abril, pusieron en las puertas de palacio dos carteles, uno en lengua española y otro en francesa, que entrambos contenían lo que sigue: Cuatro gentileshombres de nombre y armas manternán una justa con tarjeta barreada contra todos los que vernan, desde la una, después de medio día hasta el sol puesto en la plaça mayor delante la casa de la villa de Bruselas, el domingo siguiente ocho días después de la entrada del Serenísimos Príncipe de España, por servicio de las damas, y serán obligados a tocar las tres plumas, que tres damas traerán: y los que no quisieran tocar todas las tres, bastará tocar una, haciendo escribir y registrar el nombre de los caballeros que habrán tocado. El que entrare más galán y más en orden gane un crancellín de treientos escudos abajo. El que corriere mejor lança en las tres carreras habrá un diamante de mil escudos abajo. Por la lança de las damas un rubí de quinientos escudos abajo. El que ganare la fola habrá una medalla de cuatrocientos escudos abajo. El que diere encuentro feo, no puede ganar precio. Serán dados los precios por las damas. Y que los mantenedores proveerán de lanças iguales y que no se pueda correr con otras. Y en caso que Fortuna les quite, que no puedan más correr, pondrán en su lugar aquellos que les parecerá que podrán cumplir las tres carreras, remitien-

do lo demás a la discreción de los Jueces, que serán el Duque de Alba, don Francisco de Aeste, hermano del Duque de Ferrara, y Renaldo, Señor de Brecederode. Y aunque las justas, conforme al cartel, se habían de hacer el domingo siguiente, pareció por ser aquel tiempo santo de la Cuaresma, que era bien alargarlás para después de la Pascua de Resurrección al domingo de Quasimodo, que fué a cinco de Mayo: y para aquel día los Burgomaestres, Oidores y Consejeros de la villa pusieron en orden la plaça donde había de ser la justa y la casa de la villa, de donde el Emperador, Reinas y damas la habían de ver. Es la plaça grande y espaciosa y casi cuadrada. Cercáronla de una valla grande y fuerte. Tenía levantados unos padrones a la antigua, distantes entre sí por espacio de deciséis pies. Había en cada uno de los lados de la plaça diez y nueve padrones, y en los cabos della siete a la antigua. Cada lado del cuadro de la plaça tenía una puerta, que se respondían y miraban enfrente unas de otras y todas cuatro de igual hechura y medida. Tenía cada una de ancho catorce pies, y sobre los architrabes dellas había tres pequeños pedestales, el de medio más grueso y alto que los otros, en el cual estaba una águila imperial de relieve con un escudo con las armas imperiales. Los dos pedestales de las esquinas tenían banderas de oro y azul con las armas de Brabante y de la villa de Bruselas; y entre los padrones, sobre el architrabe, estaban dos leones dorados de relieve levantados y puestas las manos cada uno sobre un escudo con las armas de Bruselas. Los padrones de la valla, que eran cincuenta y dos, tenían encima de los capiteles por la parte de fuera por remate y labor unos grandes vasos antiguos como copas de plata, con cuatro asas doradas, y por dentro unos orbes redondos en forma llana dorados, orlados de oro con unos pequeños Serafines en campo azul, que tenían en sus bocas anillos dorados, de los cuales colgaba un fresco festón de verduras con diversas frutas entreteljidas, y así

había otros entre padrón y padrón de que pendían de un cordón, que pasaba por los anillos que los Serafines tenían en sus bocas. Estaban abajo hincados en el suelo muchos y diversos árboles con verdes ramas, con los cuales y con los festones que pendían estaba la valla muy alegre y fresca. Junto a la fuente que hay en la plaza, al un lado de la valla estaba hecho un tablado de muy buena arquitectura para los Jueces, muy bien entapiçado por de dentro y pintado por de fuera. Tenía en lo alto de la delantera, sobre un pilar dorado, la imagen de San Miguel, Patrón y Abogado de Bruselas, y debajo dos escudos, el uno con las armas del Emperador, y el otro con las del Príncipe, cercadas de festones y guirnaldas, de ramos verdes y flores. Estaban debajo por el freso puestas muchas cabeças de leones doradas y de relieve, y de una parte las armas de la Reina de Francia, y de la otra las de la Reina de Hungría, y más abajo otros dos escudos con las armas de Brabante y Bruselas. El antepecho era labrado de hermosas pinturas de oro y azul. Estaban en él cuatro escudos con las armas de los cuatro Mantenedores, que eran el Conde de Mansfelt, el Conde de Horne, el Conde de Aremberghe y el Señor de Hubermont. Estaba la cornija cercada de ocho figuras de relieve que cada una tenía dos pies y medio de alto. Las cuatro que había al lado derecho de San Miguel eran de Felipe Rey de España y de la Reina María de Hungría y del Emperador Maximiliano y del Duque Carlos de Borgoña. Los del otro lado eran las del Emperador Carlos Quinto Máximo y de la Emperatriz Doña Isabel y de la Infanta Doña Beatriz de Portugal, Duquesa de Saboya su hermana y de Madama María Duquesa de Borgoña, primera mujer del Emperador Maximiliano. Delante la casa que llaman del Cuerno estaba levantada sobre cuatro pilares de jaspe contrahecho, una cuadra a la antigua pintada de blanco y negro. Tenía encima tres estandartes con ricas insignias y armas. El de medio tenía una águila negra con corona imperial en campo de

oro. Tenía delante de su pecho un escudo con las armas reales de España, cuarteadas con las de Austria y de Borgoña y de Flandes. Tenía el estandarte de la mano derecha las armas de Brabante, y el otro las de Bruselas. Hacíase debajo de la cuadra un portal casi como arco triunfal en cuadra, donde los Mantenedores se recogían. Estaba enfrente de la puerta la tela, que llegaba hasta el otro cabo. Están al un lado de la plaza las casas públicas de la villa, que son de las más suntuosas y de grande edificio que hay en todos aquellos Estados. Tienen cuatro torres a los cantones a maravilla hermosas y de delicada labor, y en medio, encima de la puerta principal della, una altísima torre de piedra labrada, en forma de pirámide, la cual sale algo más afuera que toda la otra delantera con toda proporción; hasta la mitad es cuadrada, y de allí hasta la cumbre redonda, labrada con gran delicadeza con muchos follajes y molduras. Está cercada de cuatro torrecillas levantadas sobre las cuatro esquinas de la cuadra y labradas en forma de cimborios. Es toda desde arriba hasta el pie de la torre, que es la puerta de la casa, llena de ventanas grandes y pequeñas. Vase angostando poco a poco con maravillosa proporción hasta la cumbre del cimborio, que viene a hacer una punta, sobre la cual está puesta la imagen de San Miguel, el cual tiene debajo sus pies al dragón. Es todo de bronce muy grande armado con la espada desnuda en la mano levantada, el cual, moviéndose a todas partes con los vientos, señala el viento que corre: y parece que está por guarda de la villa, de la cual es Patrón y abogado. Hay en aquella real casa de la una parte y de la otra de la torre, que está justamente en medio de la delantera, que noventa pasos en largo tiene, unos miradores de galerías de piedra labrada con sus asientos a manera de teatro, en que puede caber mucha gente, las cuales tenían un sobrecielo hecho, por causa del Sol, de paño amarillo, colorado y blanco con franjas verdes, y los antepechos cubiertos de paño colora-

do. Los asientos de entrambas galerías subían hasta las ventanas como gradas a manera de teatro. La del lado derecho estaba repartida en dos partes, la una para las damas y señoras de la corte, y la otra para las señoras y damas de Bruselas. La del otro lado se había dividido en tres partes, la una para los Embajadores de los Reyes y Príncipes, Señorías y ciudades, la otra para los señores y caballeros de la corte, y la postrera para los Burgomaestres, Oidores, Consejeros, Receptores, Pensionarios y gentileshombres de la villa. Las cuatro ventanas de la torre de San Miguel, que caen en el medio de la delantera de la casa sobre la puerta principal, que es al pie de la misma torre, es antiguo lugar y asiento acostumbrado para ver los Príncipes las justas, torneos, juegos y fiestas que se hicieren en la plaza. Estaban adornadas de grandes doseles y almohadas de brocado rico, y de lo mismo estaban cubiertas las columnas colaterales de las ventanas y toda la cámara donde estaban. Era el suelo desta cámara cubierto de ricas alhombros de Turquía. Enfrente de la casa, en la plaza, estaba una fuente cubierta de piedra bien labrada, la cual estaba muy enramada; y en el andén alto della estuvieron cinco menestres altos vestidos de raso blanco y amarillo guarnecido de raso colorado con sombreros de lo mismo y plumas blancas y amarillas. Estaba toda la plaza en torno detrás de la valla, cercada de muchos tablados y algunos y casi todos ricamente aderezados. Era muy de ver la sala grande de la casa, donde había de ser el banquete y cena, que la villa había de servir, después de la justa, al Emperador, y a las Reinas y Príncipe, y a la Infanta Cristina Duquesa de Lorena, hija del Rey Cristierno de Dinamarca y de la Reina doña Isabel su mujer, y a las damas, y a los Grandes, Señores y Caballeros. Estaba entapiçada la sala de una riquísima tapicería, que contenía la historia del patriarca Abraham. Había en ella puesta una mesa sobre un estrado alto de tres gradas, cercado de verjas en torno y todo el suelo dél cu-

bierto de paño colorado. Había un dosel de brocado rico guarnecido de terciopelo carmesí bordado con muchas figuras y flores y otras muchas delicadas labores, y en el sobrecielo dél una águila de oro con corona imperial sobre las dos cabeças, la cual en su pecho tenía las armas reales del Emperador. Las otras mesas que había por aquella gran sala puestas a la larga estaban llenas de diversas flores, y por las espaldas de los asientos muchos y muy frescos ramos arrimados a la tapicería, y lo alto, que no alcançaba la tapicería, por ser la sala tan grande, estaba entoldado y cubierto de paño colorado, del cual pendían muchos escudos con las armas del Emperador, y del Príncipe y de las Reinas de Francia y Hungría, y colgaban de la techumbre y maderamiento decisiete candeleros con velas grandes de cera blanca. Había en la sala cuatro blandones, que tenía cada uno cuatro hachas, sin otros muchos candeleros de plata puestos por las mesas, y al otro testero de la sala, enfrente de la mesa imperial, había una galería bien hecha cubierta toda ella de fino paño colorado, para que desde allí las Señoras y damas de la villa pudiesen ver a su placer aquella imperial cena y serao de las Reinas y sus damas. Las otras cámaras grandes, y la que dicen de las pinturas, de las cuales en el libro tercero diremos, estaban muy bien entapiçadas y puestas mesas a la larga para las Señoras y damas de la villa. Estaba aquella casa tan ricamente adreçada con tan gran delicadeza y pulicía, y tan hermosa de ver por la mucha frescura de las verduras, rosas y flores, de que estaba toda adornada, y de las claras fuentes, que en diversas partes della tiene, que entrando en ella se recibía muy grande alegría y recreación en el ánimo. Venido ya el domingo señalado de Quasimodo, a las siete horas de la mañana entraron en la plaça dos gentileshombres a caballo con sendos estandartes en cuja de las colores de los Mantenedores. Iban acompañados de los Reyes de armas con cotas y insignias reales y doce trompetas tocando de-

lante dellos, vestidos de la librea de los Mantenedores, los cuales dieron vuelta por la plaça con gran cerimonia. Los Reyes de armas pusieron a los dos cabos de la tela enarbolados los estandartes. Después de haberse celebrado el divino oficio así en la imperial capilla como en las iglesias y monesterios de Bruselas, y habiendo comido el Emperador y las Reinas y Duquesa de Lorena, salieron temprano y vinieron a la casa de la villa: y puesto el Emperador y Reinas y Duquesa de Lorena en su real asiento y ventanas, las damas y caballeros se fueron a las galerías y se pusieron en los asientos, que para cada uno estaban señalados, y los Jueces se subieron en su tablado, y ya la gente, que era tanta que no cabía en los tablados, ni en las ventanas, ni tejados ni menos tras la valla, estaba toda puesta en sus ventanas y miradores. El día hacía muy claro y muy al propósito para tan real fiesta y muy acomodado para ver y considerar lo que en aquella plaça había, en especial ver las Señoras y damas de la corte, y de la villa, y otras muchas y principales, que habían venido de las ciudades y villas comarcanas a ver la justa; tanta era la hermosura, gala y riqueza dellas; y estando entretenidos todos en mirar aquellas galerías y ventanas cuán llenas estaban de damas y caballeros, entraron con gran sonido de trompetas por la plaça los cuatro mantenedores, que eran, como dijimos, Pedro Ernest, Conde de Mansfelt; Felipe de Memoransi, Conde de Horne; Juan de Lignes, Conde de Aremberghe; Flores de Memoransi, Señor de Hubermont. Venían con gran pompa gala y triunfo, traían doce trompetas delante con libreas de tela de plata y tela de oro y sombreros de lo mismo con plumas blancas y amarillas; acompañábalos el Duque Adolfo con más de sesenta caballeros vestidos de tela de oro y tela de plata con sombreros de lo mismo y plumas blancas y amarillas con bandas de tafetán blancas y amarillas en muy poderosos caballos con testers y penachos, y muy ricamente adereçados de caparaçones, co-

lleras y petrales de tela de plata y de oro, de la manera que los caballeros venían. Traían gran número de lacayos y armeros con cueras de tela de plata, y calças y jubones y gorras de terciopelo amarillo con plumas blancas y amarillas. Venían los Mantenedores armados de muy lucidas armas con sayetes de tela de oro escamados a manera de veneras hechas de terciopelo incarnado pequeñas, y muy ricos penachos blancos y amarillos. Traía tras sí cada uno cuatro pajes vestidos de la misma librea sobre muy hermosos y guarnecidos caballos. Y habiendo hecho su entrada, dando vuelta por la tela y haciendo el debido acatamiento al Emperador y Reinas y a la Duquesa y damas, fueron con la misma pompa y triunfo que habían entrado a se presentar a los jueces, que, como arriba dije, eran el Duque de Alba, don Francisco de Aeste y Renaldo Señor de Brederode, y de allí se fueron a poner al un cabo de la tela, donde estaba aquel cuadro triunfal del cual arriba hicimos mención. Luego que se hubieron puesto en su lugar, entraron en la plaça los primeros de todos los aventureros, Carlos de Brimeu, Conde de Meghen; Pedro de Vauldrey, Barón de Corlaou; Tomás Perrenoto, Imberto de Peleux, Jerónimo Perrenoto, Francisco de Lambert, muy bien armados, vestidos sobre las armas de terciopelo pardo con letras M de oro bordadas con caparaçones de lo mismo y penachos conformes a la color, y de la misma librea los caballeros que eran padrinos, y los armeros, trompetas y lacayos; y hecha la entrada, dando vuelta por la tela con la acostumbrada cerimonia, y tocadas las plumas, se presentaron a los jueces, declarando sus nombres, y cada uno por sí, en la orden que habían entrado, corrieron sus lanças con los Mantenedores; y el primero que salió a la justa fué el Conde de Meghen, y habiendo acabado de correr sus lanças con el Mantenedor, salieron los otros por su orden y lo hicieron todos muy bien. No habían aún acabado de correr sus lanças estos caballeros, cuando entró un correo con

un postillón o guía delante, tocando su corneta, con una maleta a las ancas del caballo en que venía, negro y máscara de negro, y vestido de terciopelo y sombrero y plumas todo negro. Venía el correo detrás dél muy bien armado, también con máscara de negro y vestido todo de terciopelo negro él y los adereços del caballo: y desta manera, corriendo como por la posta y tocando el postillón la corneta dió vuelta a la plaça y por la tela, y habiéndose presentado a los jueces, supieron ser don Hernando de Lanoy, y con la furia que entró en la plaça, salió della, habiendo corrido sus lanças. Entró luego Andrés de Sucre, bien armado y con adereços de brocado ricos sobre un poderoso caballo con caparazón, collera y petral de lo mismo. Traía sus padrinos y trompetas vestidos de la misma librea. En tanto que él corrió sus lanças, entraron Juan Marqués de Bergues, Felipe de Lalaing, Conde de Hoochstraten; Jacobo de Herbaix, Baldovino de Blois, todos de terciopelo azul bordado de oro y plata relevado. Venía en su acompañamiento el Marqués Alberto de Brandemburg. Traía sayo de brocado y muy grande y rica cadena de oro, en un poderoso caballo frisón guarnecido de lo mismo. Iban con él cuatro pajes de la misma librea con cadenas de oro echadas del hombro por debajo del brazo y gorras de terciopelo azul con plumas blancas, azules y amarillas en muy buenos caballos con las mismas guarniciones. Iban vestidos los padrinos de terciopelo azul bordado de oro y plata, y de la misma manera eran las cueras y calças de los lacayos, con gorras de terciopelo azul y plumas blancas, azules y amarillas con sus trompetas delante, vestidos de la misma librea: hecha su entrada en el campo y acatamiento al Emperador y Reinas y presentados a los jueces, corrieron todos muy bien sus lanças. En este medio entraron Maximiliano de Melun, Señor de Chaumont; Jorge de Beaufort, Jacobo de Claron y Carlos de Berniemicourt. Traían doce padrinos con casacas de terciopelo azul con mangas largas de raso azul bordadas con

frangas de oro y plata, y de la misma manera los lacayos y trompetas. Venían ellos y sus caballos con adereços de tela de oro azul y blanca. Antes que éstos acabasen de correr, entró Maximiliano de Shenck, Señor de Tawtemburg, muy galán, con sus padrinos y lacayos y trompetas vestidos de tela de oro, y habiendo éstos corrido entró Andrés de Buisantón, de tela de oro morada, con sus padrinos, lacayos y trompetas. Después del cual entraron muy galanes y lucidos de armas y ricos vestidos don Claudio de Quiñones, Conde de Luna; Ruy Gómez de Silva, don Alonso de Aguilár con sus trompetas delante vestidos de su librea. Traían los padrinos sayos de terciopelo negro con bandas de tafetán pardo y amarillo, y los lacayos cueras de terciopelo pardo y calças y gorras de terciopelo amarillo con plumas pardas y amarillas. Llevaban sobre las armas sayetes de terciopelo pardo y amarillo bordado de listas de oro y pardo y penachos de las mismas colores en muy hermosos caballos españoles con adereços de lo mismo. Entraron con gran pompa estando ellos justando, en cuadrilla, don Luis Çapata, don García de Ayala, don Bernardino de Granada, don Bernardino de Mendoça, don Juan de Acuña, don Luis Méndez de Haro, don Cristóbal Fenollet, don Felipe de Cervellón, Gaspar de Robles, todos de terciopelo negro y raso blanco, y de lo mismo los adereços de los caballos con penachos de las mismas colores con trompetas delante y lacayos de su librea. Traían los padrinos sayos de terciopelo negro y calças y jubones de raso blanco con unas caperuças grandes a la antigua, y bandas de tafetán negro y blanco. En tanto que estos caballeros corrían, entraron don Luis de Requeséns, Comendador mayor de Castilla; don Hernando de la Cerda, don Alonso Pimentel y don Luis de Beaumont, vestidos sobre las armas de terciopelo naranjado, blanco y negro, con penachos de las mismas colores, en muy buenos caballos guarnecidos y adereçados de lo mismo, con seis trompetas delante, y doce caballeros padrinos y muchos

lacayos y armeros todos de las mismas colores. Corrieron muy bien sus lanças con los Mantenedores, los cuales mantuvieron todo el día valerosísimamente. Y luego fué la entrada de don Felipe, Príncipe de España, y con su Alteza don Manuel Filiberto, Príncipe de Piamonte, Amoral, Príncipe de Gaure y Conde de Egmont, y don Juan Manrique de Lara, Mayordomo del Emperador, muy galanes, con gran triunfo y majestad. Traían delante de sí doce trompetas con casacas y caperuças grandes de terciopelo morado carmesí. Eran los padrinos don Luis Enríquez, Almirante de Castilla; don Gonçalo Hernández de Córdoba, Duque de Sesa; Juan de Henin, Señor de Bossu, Caballerizo mayor del Emperador; don Antonio de Toledo, Caballerizo mayor del Príncipe; don Antonio de Rojas, don Juan de Benavides, Filiberto de la Bauvie, Barón de Montfalconet, Mayordomo del Emperador, y el Conde de Fossas, y otros muchos Señores principales y caballeros con sayos de terciopelo morado carmesí, de tela de oro con unos capelletes altos a la albanesa, de terciopelo morado carmesí, con muchas franjas de oro, plumas moradas y amarillas con bandas de tafetán morado y amarillo. Los lacayos traían cueras y calças y gorras con plumas de lo mismo. Traían el Príncipe y los otros caballeros sobre las armas sayos de terciopelo morado carmesí, todos bordados con follajes de tela de oro, y torçales y franjas de oro, sembrados unos florones grandes, relevados, alcachofados con unas bellotas hechas de oro como puntas de diamantes, y de lo mismo los caballos muy galanes y ricamente adereçados con muy hermosos penachos morados y amarillos. Hicieron la entrada con mucha majestad, y fué muy mirada por ir tan ricos y galanes, y con tan buena orden y concierto de caballería. Y habiendo dado vuelta por la plaça y la tela, haciendo acatamiento al Emperador y a las Reinas, se presentaron a los Jueces: y el primero que se puso a la tela fué el Príncipe de España, y salióle al encuentro el Conde

de Mansfelt, con el cual el Príncipe rompió muy bien sus lanças, especial la de las damas, que fué cosa admirable el terrible encuentro que dió, sin quedar de la lança cosa que no volase en el aire en pedaços, y luego justaron el Príncipe de Piamonte, y el Conde Egmont, y don Juan Manrique maravillosamente. En esto entró don Gaspar de Quiñones, vestido de raso carmesí sobre las armas, en un poderoso caballo adereçado de lo mismo y con penachos colorados. Traía sus trompetas y lacayos y padrinos de la misma librea, y habiendo acabado de correr sus lanças, los menestriales, que estaban sobre el andén alto de la fuente, començaron la música, entretanto que todos los caballeros que habían justado se partieron en dos partes, y tocando arma con gran priesa los trompetas, cesando la música, començaron con gran ímpetu y presteza los caballeros a justar a la fola y a encontrarse con tanta furia, que era cosa de maravilla ver las muchas lanças que rompían y los grandes encuentros que se daban, porque desde la una y media después de mediodía, que començó la justa, hasta las siete de la tarde, nunca dejaron de correr y encontrarse así en la justa como en la fola, hasta que los trompetas tocaron de todas partes a se recoger, y luego los Mantenedores y aventureros salieron de la plaça con aquel triunfo y pompa que habían entrado, y habiéndose desarmado volvieron a la casa de la villa ricamente vestidos. Siendo ya hora de cenar, el Emperador, las Reinas y el Príncipe y Duquesa de Lorena se retiraron de las ventanas y se entraron a la sala, donde cenaron juntos todos cinco en la mesa imperial, que estaba en el estrado, y las damas, Señores y Caballeros cenaron en las mesas de la sala y cámaras. Fué servida la mesa imperial con gran estado y majestad, con gran diversidad y abundancia de manjares y preciosísimos vinos, con suavísima música de diversos instrumentos y cantores. Sirviéronse también las otras mesas altísimamente con gran orden, silencio y concierto de los que las servían, y estando ya casi al fin de la

cena llegó a la puerta de la casa un caballero andante y aventurero, vestido todo de verde, y sus armas rotas y desgarnecidas, en un caballo muy fatigado y maltratado, del cual en llegando se apeó, y subió a la real sala y hincándose de rodillas delante del Emperador, con rostro triste y dolorido le dió una carta, y habiendo el Emperador entendido por ella la causa de su venida y lo que la carta contenía, el caballero andante suplicó a su majestad que le diese licencia para que pudiese fijar en la puerta de su imperial palacio un cartel, que consigo traía. El Emperador se la dió con toda benignidad y le respondió que él iría en persona, Dios queriendo, a la villa de Bins con las Reinas y Príncipe y su corte a ver aquellas extrañas cosas que en la carta se decían de la dificultosa aventura que allí había, y con esto el caballero andante, muy consolado y contento de la benignidad del Emperador, se fué y puso el cartel a la puerta de palacio, del cual y de la carta que al Emperador presentó diremos en su lugar y tiempo. Muy maravillado quedó el Príncipe y todos aquellos Señores y Caballeros de lo que el andante Caballero había dicho, y muy deseosos de hallarse ya en Bins por probarse en aquella extraña aventura que había contado. Todos los instrumentos començaron a tañer con gran concierto y suavidad, y luego los jueces declararon allí los precios: y las tres damas que habían tenido las tres plumas los dieron a los Caballeros que por sus hechos y valor los habían merecido. Dieron al Príncipe de España un rico rubí por la lança de las damas, y al Príncipe de Piemonte, porque entró más galán y más en orden con su cuadrilla, un rico crancelín de oro; al Conde Egmont una medalla por la fola, y a Francisco de Lambert un diamante por haber corrido mejor las tres lanças. Después desto sirvieron una real colación de todo género de frutas, confituras y conservas hechas de muchas y muy diversas suertes y maneras con malvasías y excelentísimos vinos. Acabada la colación y servido las fuentes, con diversas aguas olorosas,

començaron a tañer los instrumentos. Dançóse primero una dança grande a la redonda. Acabada aquélla, que fué muy regocijada, dançaron el Príncipe y Caballeros con las damas muchas y diversas maneras de danças, y estando dançando, entraron tres o cuatro bandas de máscaras muy galanes, unos como turcos con ropas de tela de plata, otros como albaneses con ropas largas y capelletes altos de raso blanco. Tras éstos vinieron cuatro máscaras como senadores venecianos con ropas largas de brocado con las mangas largas y angostas hasta el suelo con unas caperuças pequeñas de tela de oro, con los cuales fué mayor el entretenimiento de la fiesta y danças. Eran ya más de las diez horas de la noche, que la torre de San Miguel, que es en la casa de la villa, como dijimos, y toda la plaça y rua hasta palacio estaban tan llenas de diversos fuegos y luminarias, que con la gran luz dellas parecía como de día con tan gran regocijo de la gente común, que no cesaban de tirar muchos cohetes en las plaças y bailar por las calles con gran alegría hasta que el Emperador y Reinas, y el Príncipe y la Duquesa de Lorena y damas salieron de la casa de la villa donde habían cenado acompañados de aquellos Príncipes y Señores y Caballeros. Así fueron a palacio, siendo ya casi la media noche cuando se hubieron apeado muy contentos de la fiesta y banquete que la villa les hiciera. En este tiempo vino Adolfo de Schowenborg, Arçobispo de Colonia, Príncipe Elector del Sacro Imperio, a visitar al Príncipe, del cual fué recibido y tratado con aquella voluntad y benevolencia cual la cualidad de su persona y estado merecía.

JUSTA EN EL PARCO

Dende a pocos días se hicieron algunas justas en el parco de palacio, entre las cuales, una por haber sido muy buena invención y mantenida, es digna que se haga men-

ción della. Fueron los Mantenedores don Alonso Pimentel y don Gaspar de Quiñones; pusieron un aparador de ricas piezas de plata y joyas de oro de diversos precios y valor, para que cada uno de los caballeros aventureros que quisiese justar señalase la pieza o joya que quería correr y pusiese en dinero el valor della en mano de los jueces, y que pudiese el aventurero salir a justar cuantas veces quisiese. Domingo, que fueron trece de Mayo, después de comer salieron los Mantenedores al parco de palacio, donde estaba la tela, muy bien armados y galanes con sayos sobre las armas de terciopelo naranjado, blanco y negro, cuarteado y de muy hermosa labor, y de lo mismo los adereços de los caballos, con penachos naranjados, blancos y negros. Traían delante de sí seis trompetas de la misma librea, y cada uno dos padrinos con sayos de terciopelo negro y calças y jubones blancos, y bandas naranjadas y plumas de las mismas colores. Los aventureros, que fueron muchos, entraron de diversas libreas, y algunos ganaron precios y los más dellos perdieron, porque los Mantenedores se defendieron bien, y enviaron muchos presentes a las damas de lo que ganaron. Salió el Príncipe a justar y con él cinco caballeros, que fueron el Príncipe de Piamonte, el Conde de Egmont, el Conde de Meghen, don Antonio de Toledo y Ruy Gómez de Silva. Entraron muy galanes y lucidos con sayos de tela de plata guarnecidos con festones de raso y terciopelo blanco acuchillado, y de lo mismo los adereços de los caballos con penachos blancos. Llevaban los padrinos calças y jubones de terciopelo y raso blanco, casacas y sombreros de tela de plata con plumas blancas. Era padrino del Príncipe don Antonio de Rojas, Sumilier de corps. Traían los trompetas y lacayos de terciopelo blanco. Corrió el Príncipe con don Gaspar de Quiñones tan valerosamente, rompiendo todas sus lanças, que ganó el precio, el cual envió luego a una dama. Perdió don Gaspar los precios con Andrés de Sucre y con Gaspar de Robles. A todos los otros caballeros

que con él justaron ganó. Corrió con don Pedro Sarmiento dos precios; el primero ganó don Gaspar, y el otro don Pedro. Corrió don Gaspar nueve lanças con don Hernando de Lanoy, y por haberlas rompido todas, los dieron por buenos, sin que ninguno llevase precio. Sirvió don Gaspar a su dama con un rico precio, y a otras damas envió algunas joyas. Justaron con don Alonso muchos caballeros, y fueron muchos más los que perdieron precios que los que ganaron. Corrió el Conde de Mansfelt con don Alonso Pimentel, y le ganó el precio. También don Rodrigo de Bacán y Jacobo de Herbaix ganaron precios. Todos los otros caballeros que justaron con don Alonso los perdieron. El Conde de Aremberghe corrió con don Alonso cinco lanças, y habiéndolas rompido entrambos igualmente, mandaron los jueces que corriesen otra, y antes que se llegasen a encontrar cayó el caballo del Conde y por esto los dieron por buenos. Envió don Alonso a su dama un rico precio, y a otras damas sirvió con otras algunas joyas. Dieron los jueces el precio de mejor justador a don Hernando de Lanoy, con que se acabó la justa y fiesta de aquel día.

PROCESIÓN

El domingo después de la Ascensión, que fué a dos de Junio, vinieron el Emperador y el Príncipe y las Reinas con sus damas a la casa de la villa por la mañana a ver una solenísima procesión que se hace cada año por la villa, donde tienen por antigua costumbre que si su Príncipe la va a ver, le dan una real comida, y así la dieron al Emperador, Reinas y Príncipe, los cuales comieron juntos, y a las Damas y Señores y Caballeros de por sí en otras mesas. Hácese aquella procesión cada año en memoria de una devotísima y antiquísima imagen, que tienen de Nuestra Señora en un templo muy sumptuoso, que llaman del Sablon.

Estaba aquella bendita imagen en Anvers en una iglesia, y de ser tan antigua estaba ya muy gastada con el tiempo, por lo cual era tenida de todos en poca veneración, sino de una mujer vieja muy devota de Nuestra Señora, que cada día la visitaba y encendía una candela, y fué tanta su devoción, que porque la tuviesen en la veneración que convenía, la llevó a un pintor para que la renovase y le diese algún lustre. El pintor, viendo que la imagen estaba tan carcomida y gastada, no curaba ni hacía caso della. La devota vieja congojábase de que no se la quisiese pintar y adereçar, y estando una noche en su cama aparecióle Nuestra Señora, y en revelación le mandó que fuese a visitar a su imagen, y luego por la mañana fué la devota vieja a hacer lo que le fué revelado y mandado, y hallóla maravillosamente pintada de mano de los ángeles con gran espanto del pintor, a quien la mostró; y continuando la vieja la gran devoción que tenía a Nuestra Señora en alumbrar su imagen, en la iglesia donde la había tornado a poner, se le apareció otra vez, mandándole que tomase aquella su imagen y la sacase de Anvers, y la llevase a Bruselas, donde le era muy acepto que estuviese. Y no cumpliendo la mujer vieja lo que le era mandado y revelado, aparecióle tercera vez Nuestra Señora reprehendiéndola porque no había hecho y cumplido su mandado, y la devota vieja, en siendo de día, entró en la iglesia y tomó con mucha veneración la imagen y fué huyendo con ella a una barca, que tenía aparejada en el río Escalde, que pasa junto a la muralla de Anvers, siguiéndola el cura de la iglesia para se la quitar; mas guiándola Nuestra Señora, aportó con su barca por el río Escalde hasta el río Zeina, y por él en Bruselas, sin que nadie se lo pudiese estorbar. Sabido por el Duque de Brabante la salió a recibir muy devotamente con gran procesión, y pusiéronla en una capilla, que luego le hicieron, la cual agora es un sumptuoso templo, adonde ha hecho y hace muchos milagros, cuya historia desto está

escrita y pintada en la capilla principal de la iglesia, y asimismo se muestra la historia dello en una rica y antigua tapicería, con versos, que la declaran. Volviendo, pues, a nuestro propósito, la procesión, que hacía la villa aquel día, comencó a salir a las ocho horas de la mañana, desde la iglesia de Nuestra Señora del Sablon con gran orden y concierto de clerecía y pueblo: y estando el Emperador, Reinas y Príncipe a las ventanas de la casa de la villa, y las damas en las galerías della, començaron a pasar delante por la plaça en orden de tres en tres casi docientos hombres armados de coseletes y picas muy bien adereçados de azul y blanco y colorado con su bandera y pífaros y atambores de las mismas colores. Venían en la avanguardia muchos alabarderos, y otros con espadas de dos manos. Luego pasó otra bandera de arcabuceros vestidos todos de blanco, y tras ellos venía una compañía de archeros con sus arcos y flechas, vestidos de blanco, negro y colorado. Luego seguía otra bandera de ballesteros vestidos de blanco y colorado, y tras ellos otra bandera de ballesteros armados de coseletes, vestidos todos de verde. Después començaron a pasar en muy buenos caballos y bien adereçados por su orden y concierto muchos mancebos con sceptros en las manos y coronas ducales en las cabeças, vestidos de seda de diversas colores, los cuales representaban a todos los Duques que ha habido de Brabante, desde el primero hasta el Emperador Carlos Quinto Máximo. Traía cada uno delante de sí un estandarte acompañado de tres o cuatro hombres de armas, y detrás de sí otros tantos pajes todos a caballo y de la misma librea de que el Duque iba vestido. Pasaron luego los oficios mecánicos, que son cincuenta y dos, cada uno con las insignias del oficio pendientes de dos astas muy largas, hechas como hachas, que traían delante puestas sobre ellos la imagen del Santo a quien cada oficio y cofradía tiene por Patrón della. Luego començaron a venir carros triunfales, en los

cuales se representaban todas las fiestas principales de Nuestro Señor Jesu Cristo, y de la bienaventurada Virgen su Madre, y muchos juegos y invenciones de diversas maneras. En la primera invención y juego pasó la figura de un diablo en forma de toro bravo, echando cohetes de fuego por los cuernos, entre los cuales iba sentado otro diablo. Guiábalo un moço en forma de lobo, caballero en un cuartago. Seguía allí junto el Arcángel San Miguel, armado de lucidas armas, con su espada desenvainada en la mano derecha, y la balança y peso en la izquierda. Luego pasó una música de extraña manera y invención. Venía un moço en figura de oso asentado sobre un carro tañendo unos órganos, en que estaban metidos por de dentro en lugar de las flautas gatos vivos, y por buena orden y artificio sacaban todos las colas altas afuera de tal suerte, que tocando el oso el órgano tiraba de las colas a los gatos en debida proporción y medida, a unos mucho y a otros poco, y a otros medianamente a su compás, y sintiéndose los gatos tirar por las colas, aullaban cada uno conforme como se dolía, y hacían con sus aullidos altos y bajos una música bien entonada, que era cosa nueva y mucho de ver. Vino luego una graciosa dança de monos, osos, lobos, ciervos y otros animales salvajes dançando delante y detrás de una gran jaula, que en un carro tiraba un cuartago. Venían en la jaula un mono y una mona tañendo una gaita, a cuyo son aquellos moços convertidos en diversos animales bailaban, representando la fábula de aquella gran encantadora Circe, hija del Sol y de Persa, hija del Océano, que convirtió a los compañeros de Ulises y a otros muchos en diversas especies de animales. Colgaban de la jaula muchas picaças y zorras. Seguíanlos un gigante y gigantea de espantosas y grandes estaturas dançando al son de una gaita, que uno iba tañendo delante, y una ama, que criaba y traía en sus braços un niño feroz en gesto y grandeza. Pasó luego un caballo muy grande con alas, que parecía

aquel tan celebrado Pegaso, que a Belorofonte llevó por el aire, cuando mató en Lycia al espantoso monstruo Chimera. Venían a caballo encima dél cuatro niños armados de lucidas armas. Traían todos gorras de grana en las cabeças con plumas blancas y espadas desnudas en sus manos, los cuales, blandiendo las espadas, hacían cierta manera de son cantando una canción en su lengua flamenca. Venía luego un camello, el cual traía encima un artificio hecho de bastones como ramos de árbol, que salían de un tronco, y al cabo de cada uno dellos estaba hecho un asiento, donde iba puesto un niño muy pequeño, y desta manera iban en el árbol once niños en sus asientos, todos desnudos, muy sosegados y severos en sus rostros, que era maravilla de ver aquello en tan poca edad, que no pasaba ninguno dellos de cuatro años. Representaban el árbol del linaje y Reyes de donde la sagrada Virgen Nuestra Señora decendía. Luego, tras el camello iba un grifo muy grande y terrible. Venían encima dél ocho niños muy pequeños, y tras ellos pasaron otros muchos niños: unos, desnudos como indios, sobre grandes camellos y caballos; otros, bien adereçados, vestidos de blanco, con alas y estolas de colores, como ángeles. Seguía tras éstos una espantosa sierpe echando llamas de fuego y cohetes por la boca a todas partes. Después que pasaron todos estos juegos y invenciones apacibles, començaron a pasar los carros triunfales con representaciones muy adornados, que parecían muy bien por los misterios que representaban con muy buena música de instrumentos, cantores y hermosos personajes vivos. En el primero había una cuadra hecha de cuatro columnas dóricas, que sostenían un chapitel hecho como corona, sobre la cual estaba un ángel vestido de blanco, y en la cuadra y sobre las columnas había otros niños como ángeles, que cantaban con muy suaves voces. Estaba en la misma cuadra una niña vestida de blanco muy hermosa, que representaba la Concepción y Nacimiento de Nuestra Señora y su niñez. Luego

pasó otro carro con un árbol, que por todas partes sacaba del tronco ramos, como el del camello que arriba dijimos, con sus asientos a los cabos, unos altos y otros bajos. En cada uno dellos estaba un niño pequeño y hermoso, y en la cumbre del árbol una linda niña vestida de blanco con un niño muy pequeño en sus brazos, que representaba a Nuestra Señora y a su hijo Jesús, y los otros niños representaban a los hijos de las Marías, sus primos. Tras éste vino otro carro, donde se representaba la Presentación de Nuestra Señora en el templo. Era una niña hermosa vestida de blanco. Luego pasó otro carro con el misterio de la Salutación. Era el Arcángel San Gabriel un niño blanco y rubio vestido de blanco, y Nuestra Señora una hermosísima doncella vestida de tafetán blanco. Estaba de rodillas con un libro en las manos, que era cosa de maravilla de ver la modestia y honestidad de su rostro. Seguía tras esto otro carro con el nacimiento del Niño Jesús, que era muy de ver cuán callado estaba puesto sobre un poco de heno en un pesebre y Nuestra Señora delante dél de rodillas, a la cual representaba una hermosa doncella. Estaba allí el Santo viejo Joseph, y junto al niño los animales como que le calentaban con su huelgo. Venía tras éste otro carro, en que iban unos pastores y unos niños en forma de ángeles, todos vestidos de blanco, que cantaban *Gloria in excelsis Deo*. Iban alrededor del carro otros once niños como ángeles a caballo en unos cuartagos, regocijando el Santísimo Nacimiento. Estaba la Virgen con su Hijo como parida en la cama, la cual era una muy hermosa doncella, y junto a ella el Santo Joseph entendiendo en su oficio de carpintería. Parábase algunas veces con gran alegría, como espantado de oír las divinas voces de los ángeles y pastores que iban cantando. Luego venía otro carro, con el misterio de la Circuncisión. Seguía otro con el misterio y adoración de los tres Reyes Magos guiados por la estrella, los cuales ofrecían sus dones de encienso, mirra y oro, y era mucho de

ver la hermosura y modestia de la Virgen con el Niño, que en sus brazos tenía, cuando los Reyes le adoraban, que en todos aquellos actos fueron las niñas que representaron a Nuestra Señora de singular gracia, modestia y hermosura. Pasaron luego tres carros: en el uno se representaba la fiesta de la Purificación; en el otro, la Santa Resurrección de Jesu Christo y la Aparición que hizo a Nuestra Señora y a las tres Marías. El tercero contenía la gloriosa Ascensión de Jesu Christo en presencia de Nuestra Señora y de los Apóstoles. Luego pasó un carro grande con los doce Apóstoles, y en medio dellos una muy hermosa doncella, que representaba a la Virgen. Estaban todos de rodillas, como que recibían el Espíritu Santo, que en forma de paloma descendía sobre ellos. El último carro representaba la Asunción de Nuestra Señora. Era una hermosísima doncella vestida de raso blanco cercada de muchos ángeles, que cantando suavísimamente la subían en alto. Seguían tras este carro los de la villa, Burgueses y mercaderes y Doctores, y luego los Burgomaestres, oidores, consejeros, receptores, pensionarios, y los otros oficiales del general Consejo de la villa: y tras ellos seguían las órdenes con las cruces con falones delante, Dominicos, Franciscos y Carmelitas; y luego la clerecía de las parrochias también con sus cruces revestidos de muy ricas capas de brocado de seda, y traían una arca de plata con el cuerpo de Santa Gudula. Venían tras la clerecía muchos abades revestidos de pontifical con sus báculos y mitras, y postreros de todos el cura del Sablon con diácono y subdiácono, con la imagen de Nuestra Señora. Ya era más de mediodía, cuando la procesión acabó de pasar delante de la casa de la villa, y volvió al Sablon, donde había salido. El Emperador y Reinas y el Príncipe se entraron a comer. Fueron servidos altísimamente y con real cerimonia y majestad de mucha abundancia y diversidad de delicados manjares, y también las otras mesas de las damas, y de los Grandes, Señores y Caballeros se sir-

vieron con gran orden y concierto. Desde a una buena pieza después de haber comido, se representó delante de la casa de la villa, en un tablado hecho como coliseo, una comedia graciosa y pía en lengua flamenca, según lo tienen de costumbre de la representar cada año, el día que se hace la procesión. Acabada la comedia, el Emperador, Reinas y Príncipe se volvieron a palacio. Ya en este tiempo trataba el Emperador con los Estados de Flandes, que recibiesen y jurasen por su Príncipe y Señor a don Felipe Príncipe de España su hijo, para después de sus días, en que pasaron muchas pláticas, no pudiéndose conformar los Estados.

LA ESPADA Y BONETE QUE EL PAPA PAULO TERCIO ENVIÓ A SU ALTEZA

Estando las cosas en el estado que habemos dicho, llegó de Roma Julio Ursino, caballero romano enviado por el Papa Paulo III al Príncipe, con una rica espada y un bonete, que había bendecido la noche de Navidad, y traía un breve apostólico dirigido a don Pedro, Obispo de Fano, su Nuncio, para que él lo diese a su Alteza con pontifical cerimonia, de la cual Julio Ursino traía orden del Papa en escrito de cómo se había de hacer la cerimonia de presentar la espada y bonete, de la cual, por ser muy prolija, se tomó por resolución que fuese desta manera. El domingo, que fué segundo día del mes de Junio, el Príncipe envió dos caballeros de su casa a Julio Ursino, y vino acompañado dellos a palacio con la espada en la mano levantada y el bonete encima della, y en llegando a palacio salió el Príncipe acompañado de todos los Señores y Caballeros y fué a misa a la iglesia mayor, llevando Julio Ursino la espada y bonete tras su real persona. Llegados a la iglesia, el Príncipe se entró en sus cortinas y oratorio, y Julio Ursino puso la espada y bonete sobre el altar mayor, y luego la ca-

pilla del Príncipe comenzó a oficiar la misa, la cual celebró el Obispo de Fano de pontifical. Acabada la misa, el Obispo de Fano se asentó en medio, las espaldas al altar, vuelto el rostro al Príncipe, y luego Julio Ursino presentó el breve apostólico que traía al Príncipe, y su Alteza lo dió a Gonçalo Pérez, su secretario, para que lo presentase al Obispo de Fano, el cual, teniéndolo en sus manos, lo abrió y volvió a dar a Gonçalo Pérez, para que lo leyese en alta voz, como lo hizo; lo que contenía era: Que el Papa Paulo III enviaba con Julio Ursino al Príncipe aquella espada y bonete que había bendecido la noche del Nacimiento de Jesu Christo en señal de amor y como al Príncipe más escogido que había entre los cristianos, para que con ella acrecentase la Fe Católica y fuese defensor de la Santa Sede Apostólica, en virtud del cual daba comisión al Obispo de Fano, su Nuncio, para que de su parte se la ciñiese y pusiese el bonete encima de la cabeça. Era escrito el breve a veinte y seis de Abril del año de mil y quinientos y cuarenta y nueve. Acabado de leer el breve, el Príncipe se allegó al Obispo y estando en pie, sobre una rica alhombra, el Obispo de Fano dijo lo que se sigue:

SOLENT ROMANI PONTIFICES IN PRAECLARA NATALIS
DOMINI CELEBRITATE, CHRISTIANISSIMO CLARISSIMO-
-QUE ALICUI PRINCIPI ORNATUM ENSEM DARE AUT
DESTINARE. QUAE RES PROPECTO NON CARET MYSTE-
RIO. UNIGENITUS NAMQUE DEI FILIUS, UT HUMANAM
NATURAM RECONCILIARET AUCTORI, EAM ASSUMERE
DIGNATUS EST. UT INVENTOR MORTIS DIABOLUS, PER
IPSAM, QUA VICERAT, VINCERETUR. QUAE QUIDEM
VICTORIA PER ENSEM CONGRUE DESIGNATUR. FUE-
RUNT INSUPER INFIDELES ARRIANI, QUI NON VERI-
TI SUNT DEI FILIUM PURAM CREATURAM AFFIRMA-
RE. CUM TAMEM HODIERNI EVANGELII SCRIPTURA
TESTETUR DEUM OMNIA FECISSE PER VERBUM. LAR-

GITUR IGITUR PRAEDICTO DIE MAXIMUS PONTIFEX
ENSEM, DEI INFINITAM POTENTIAM SIGNANTEM IN
CHRISTO DEO VERO, PATRIQUE AEQUALI, ET VERO
HOMINI RESIDENTEM: PER QUEM FACTA SUNT OMNIA,
IUXTA DAVIDICUM ILLUD TUI SUNT COELI, ET TUA
EST TERRA, ORBEM TERRAE, ET PLENITUDINEM EIUS
TU FUNDASTI, AQUILONEM ET MARE TU CREAMI.
SEDES DENIQUE DEI, APOSTOLICA VIDELICET SEDES,
A CHRISTO SUUM SUMPSIT STABILIMENTUM, EXTITI-
-QUE PRAEPARATA DEI IUSTO IUDICIO, PRAEMIO AT-
-QUE IUSTITIA: QUIBUS SALVATOR NOSTER VERUS
IESUS, DEUS ET HOMO PROFLIGAVIT SEDIS IPSIUS
ADVERSARIOS, HAERETICOS VIDELICET, ET TYRA-
NOS, IUXTA ID QUOQUE PROPHETICUM. IUSTITIA ET
IUDICIUM PRAEPARATIO SEDIS TUAE. FIGURAT DE-
NIQUE PONTIFICALIS HIC GLADIUS POTESTATEM
SUMMAM TEMPORALEM A CHRISTO PONTIFICI EIUS
IN TERRIS VICARIO COLLATAM, IUXTA ILLUD. DATA
EST MIHI OMNIS POTESTAS IN COELO ET IN TERRA
ET ALIBI: DOMINABITUR A MARI USQUE AD MARE,
ET A FLUMINE USQUE AD TERMINOS ORBIS TERRARUM.
QUAM ET DECLARAT CAPPAM ILLAM SERICAM, QUAM
PONTIFICES GESTARE SOLENT IN NOCTE NATIVI-
TATIS DOMINI. VOLENS ERGO SANTISSIMUS D. N.
DOMINUS PAULUS DIVINA PROVIDENTIA PAPA TER-
TIUS, UT AEQUUM EST, APPROBATAS SANCTORUM
PATRUM CONSUETUDINES OBSERVARE, STATUIT TE
PRINCIPEM CATHOLICUM, SANCTAEQUE SEDIS A DEO
UTRUMQUE GLADIUM HABENTIS FILIUM DEVOTISSI-
MUM HOC SUO PRAECLARO MUNERE INSIGNIRE,
NECNON ET HOC PILEO IN SIGNUM MUNIMINIS, ET SANC-
TAE ROMANAE ECCLESIAE PROTEGERE. FIRMETUR
IGITUR MANUS TUA CONTRA HOSTES SANTAE SEDIS,
AC CHRISTI NOMINIS: ET EXALTETUR DEXTERA TUA,

EOS, VELUTI IPSIUS ASSIDUUS, INTREPIDUSQUE
PROPUGNATOR, DELENDO: ET ARMETUR CAPUT
TUUM SPIRITUS SANCTI PER COLUMBAM FIGURATI
PROTECTIONE ADVERSUS EOS, IN QUOS DEI IUSTI-
TIA ATQUE IUDICIUM PRO ROMANA SANCTA ECCLESIA,
ET APOSTOLICA SEDE PRAEPARATUR. QUOD TIBI
PRAESTARE DIGNETUR IDEM DEI FILIUS, QUI CUM
PATRE ET SPIRITU SANCTO VIVIT, ET REGNAT DEUS
PER INFINITA SAECULA SAECULORUM. AMEN

Que quiere decir:

Suelen los Romanos Pontífices, en la esclarecida fiesta del Nacimiento de Nuestro Señor, dar o enviar una hermosa espada a alguno de los cristianísimos y ilustrísimos Príncipes, lo cual no carece de gran misterio, porque el Unigénito Hijo de Dios tuvo por bien de tomar nuestra naturaleza humana para reconciliarla a su Autor, porque el diablo, inventor de la muerte, fuese vencido por la misma, con que él había vencido, la cual victoria se significa bien por la espada. Allende desto, los infieles arrianos no tuvieron vergüenza de afirmar que el hijo de Dios era pura criatura, como en contrario desto testifique la escritura del Evangelio de hoy, Dios haber hecho por el Verbo todas las cosas. Por esta causa, en este día, el Summo Pontífice da la espada, que significa la infinita potencia de Dios, que está en Cristo Dios verdadero y igual al Padre y verdadero hombre, por el cual todas las cosas son hechas según lo que dice David. Tuyos son los cielos y tuya es la tierra, tú fundaste la redondez de la tierra y el cumplimiento della y tú criaste el viento Aquilón y la mar. La silla, pues, de Dios, que es la Sede Apostólica, tomó sin duda su fundamento y firmeza de Cristo, y estuvo ordenada por el justo juicio, premio y justicia

de Dios, con las cuales Nuestro Salvador Jesu Christo, verdadero Dios y hombre, desbarató los enemigos de la misma Sede. Es a saber los herejes y tiranos, según lo que dice el Profeta. La Justicia y el juicio es el aparejo de tu Silla. Significa esta pontifical espada la soberana potestad temporal dada por Cristo al Papa su Vicario en la tierra, según aquello que dice. Dado me es el poderío en el cielo y en la tierra. Y en otro lugar dice: Señoreará desde la mar hasta la mar, y desde los límites de la mar hasta los fines de la redondez de las tierras: lo cual también declara aquella pontifical capa de seda que suelen traer los Pontífices la noche del Nacimiento del Señor. Queriendo, pues, nuestro Santísimo Padre Paulo III, por la Divina Providencia Sumo Pontífice, guardar, como es justo, las costumbres aprobadas de los Santos Padres sus predecesores, envía a vuestra Alteza, como a tan católico Príncipe y hijo devotísimo de la Santa Sede Apostólica, esta espada y bonete en señal de guarnición y defensa contra los enemigos de la Fe y de la Santa Iglesia Romana. Sea, pues, firme vuestra mano derecha para defenderla de los enemigos del nombre de Cristo, y sea ensalzada quitando de la tierra los errores, como continuo y valeroso defensor della, y sea armada vuestra cabeza con la defensión del Espíritu Santo, figurado por la paloma, contra aquellos que está aparejada la Justicia y juicio de Dios por la Iglesia Santa de Roma. Lo cual tenga por bien de os otorgar el mismo Hijo de Dios, que vive y reina Dios con el Padre y Espíritu Santo por infinitos siglos de los siglos. Amén.

Después que el Obispo hubo acabado de oír esta oración, el Príncipe se hincó de rodillas sobre una rica almohada, y el Obispo le ciñó la espada, y le puso el bonete en la ca-

beça, y el Príncipe dió la espada y bonete a don Antonio de Toledo, su Caballerizo mayor, y se levantó en pie, y acabada la bendición salió de la iglesia y se volvió a palacio, llevando don Antonio de Toledo detrás del Príncipe la espada y bonete, como lo había traído Julio Ursino, al cual el Príncipe hizo larguísima merced. Ya en este tiempo se había partido para España el Conde de Luna, a causa que murió la Condesa su mujer, y don Luis de Requeséns, Comendador mayor de Castilla, porque era fallecida doña Estefanía de Requeséns, su madre, la cual, consumida de aquella continua tristeza y dolor tan grande que recibió de la muerte de don Juan de Çúñiga, Comendador mayor de Castilla, su marido, vivió tan poco, que con razón la podemos llamar en nuestros tiempos, así en el amor conyugal, como en las otras esclarecidas virtudes que tuvo, otra Alcestis, o Evadne, o aquella Porcia Romana mujer de Marco Bruto. Después destes Caballeros se partió el Duque de Sesa por la posta a Italia a visitar su Estado en el Reino de Nápoles. Casi en fin de Junio partió el Almirante de Castilla, y muchos caballeros con él para España, y en aquella sazón se supo la resolución de lo que el Emperador trataba con los Estados de Flandes, los cuales todos en conformidad respondieron que siempre que fuese servido jurarían por su Señor y Príncipe futuro a Don Felipe, Príncipe de España, su hijo. Con la cual nueva, todos los Señores y Caballeros se pusieron en orden, y se adereçaron ricamente para acompañar al Emperador y a las Reinas y Príncipe por todas las ciudades, villas y lugares de los Estados de Flandes, en las cuales habían de recibir y jurar al Príncipe por su Señor y Príncipe, y legítimo sucesor del Emperador Carlos Quinto Máximo, su padre.

LIBRO TERCERO

DEL VIAJE DEL MUY ALTO Y PODEROSO
PRÍNCIPE Y SEÑOR NUESTRO DON FELIPE,
PRÍNCIPE DE LAS ESPAÑAS, COM-
PUESTO POR JUAN CRISTÓBAL CALVETE
DE ESTRELLA

GALLIA BÉLGICA

DESPUÉS de haberse conformado todos los Estados en querer y recibir y jurar por su Señor y Príncipe, y legítimo sucesor del Emperador Carlos Quinto Máximo su padre a don Felipe Príncipe de las Españas, fué acordado, que primeramente fuése a la villa de Lovaina, que es cabeça del Ducado de Brabante, provincia de la Gallia Bélgica, de la cual por ser agora algún tanto diferentes en los lugares, gentes y costumbres, de lo que fué la Gallia Bélgica antigua, no será fuera de propósito decir algo, pues habemos de caminar por ella. Eran antiguamente los límites desta provincia el Rin, el mar Océano, los ríos Seyne y Marne, los cuales en latín son Sequana y Matrona, cuyas riberas contenían potentísimos pueblos, villas y castillos de gente muy belicosa, fiera y tan enemiga de toda delicadeza, pulcra y vida regalada, que pocas veces contrataban con ellos ningunos mercaderes, ni menos les comunicaban, ni traían aquellas cosas que eran para efeminar y enflaquecer

los ánimos de los hombres, ni ellos las admitían; y eran allende desto tan supersticiosos, crueles y feroces, que creían ser aceptísima cosa a los dioses sacrificarles hombres. Començaron a perder aquella ferocidad y mudarse del todo en las costumbres con la contratación que tuvieron con los romanos, començándoles a ocupar las tierras los germanos o alemanes, llamando de su nombre toda aquella tierra Germania Inferior, que es Alemania la Baja, la cual es ribera del Rin desde el Océano hasta el río Mosela, y todo lo que es desde el río Mosela en adelante llamaron Germania Superior, que es Alemania la Alta, y del río Escalde al río Seyne Gallia, Bélgica. No contentos algunos desto, dividieron la Gallia Bélgica en Bélgica primera, de la cual era la cabeça Trebers, y en Bélgica segunda, en la cual tenía el Principado la ciudad de Rems. Entrambas son pobladas de muchas ciudades, villas, castillos, lugares, de mucha grandeza y hermosura, y de tan delicado trato y conversación, que es maravilla ver cuán mudados son agora en nuestros tiempos, de lo que los belgas antiguos solían ser en todo género de trato y costumbres, tanto que agora son muy alabados en toda pulicia de repúblicas y costumbres, en leyes, letras y buenos trajes y atavíos. Son humanos y conversables, devotos, católicos y religiosos, y dados al culto divino y de la santa madre Iglesia, como se muestra bien en su devota frecuentación en las iglesias, en especial en los días de fiestas y en los ricos ornamentos de sus templos. Son muy continuos a los sermones y oficios divinos, obedientísimos a sus Príncipes, inclinados a adquirir y a acrecentar las haciendas con industria y honestos trabajos. Vienen a su trato y comunicación de muchas diversas partes y provincias grandes mercaderes, como generalmente lo son ellos, y tratan muchas y grandes mercaderías. El mantenimiento de la gente común della, allende de otras cosas, es pan de centeno o trigo, o mezclado, y manteca y queso, y beben leche, cerveza y medón, como

adelante diremos. En aquella provincia Bélgica, que es constituida entre los tres ríos que hemos dicho y el mar Océano, hay cuatro ciudades metropolitanas, que son Trebers, Colonia, Maguncia y Rems, con todos sus sufragáneos y provincias, y muchas ciudades, que en parte obedecen al Rey de Francia, y la mayor parte al Emperador Carlos Quinto Máximo; así por ser del Imperio y algunas dellas libres, como por ser de su patrimonio, como son los Ducados de Lotaringia, Brabante, Lemburg, Lutzelburg, Gueldres, y los Condados de Flandes, Henao, Hartoes, Namur, Holanda, Zelanda, y parte de Phrisia; y otros Estados de Príncipes así espirituales como temporales, como son los Estados de los tres Electores eclesiásticos del Sacro Imperio, y de sus sufragáneos, y de los Condes Palatinos, y del Duque de Lorena, y del Duque de Barri, y de los Duques de Julies y Cleves, y de muchos otros Señores, Marqueses, Condes y Barones, y la muy celebrada Selva de Dardeña. Los Perlados de las tres Metropolitanas son los tres Electores eclesiásticos del Sacro Imperio, Arçobispos de Colonia, Maguncia y Trebers. Allí son casi todos los que llaman doce Pares de Francia, de los cuales es el uno el Arçobispo de Rems. Finalmente, allí es coronado, ungido y consagrado el Emperador y el Rey de Francia. El Emperador en Aix, que es Aquisgrán, y el Rey de Francia en Rems.

BRABANTE

En la provincia Bélgica segunda, que es Alemania la baja, está Brabante. Tiene al Oriente el río Mosa, aunque en alguna parte pasa dél y llega no muy lejos del Rin, y al Occidente el río Escalde y Henao. Al Septentrión tiene el mismo Mosa y a Holanda, y a la parte de Mediodía

tiene parte a Henao y al Obispado de Lieja y parte al Condado de Namur. Dicen que se llama la provincia Brabante de Salvio Brabon, que por su alta proeza y esfuerzo fué hecho Señor de toda la tierra por Julio César, la cual es desde el río Mosa y mar de Noruega hasta la ribera del río Escalde y Condado de Henao. Otros dicen ser el nombre más antiguo, y que se dijo Brabant casi Brebant de aquel Príncipe Breno destruidor de Roma. Otros piensan que el nombre de Brabante fué tomado de cierta villa llamada Brabant, la cual agora es destruída y puesta en olvido, y esto no es de maravillar, porque algunas provincias de las comarcas tienen su nombre de algunas villas, como Geldres de Gelre, Julies de Juliacum. Conteníase el Ducado de Brabante debajo del Reino de Francia, y allí tenían su principal patrimonio así los que pasaron en la Gallia Bélgica y Céltica con el Rey Clodion Capilato, hijo de Faramundo, primer Rey de los franceses, como los que después vinieron, que llamaron merovindos, siendo echados aquéllos, con Meroveo, tercer Rey de Francia, hijo del Rey Clodion. También tuvieron allí su patrimonio los carolingos, de los cuales descendieron los pipinos, carlomannos, y el Emperador Carlo Magno, y Ludovico Pío, y Lotario su hijo. El cual no se contentando con lo que el Emperador Ludovico Pío su padre le había dejado, movió guerra a Ludovico y a Carlos, que después fué llamado Calvo, sus hermanos, y habiendo pasado entre ellos aquella batalla, que fué una de las grandes que había habido en el mundo, y donde pereció casi toda la nobleza de Francia, cabe el lugar Fontoniaco, que es en tierra de la ciudad de Altisiodoro, que es Aujerre en Borgoña a la ribera del río Jona, y otra después de aquélla, en las cuales Lotario fué vencido de sus hermanos, concertóse la paz y quedó Lotario no sólo con la Italia y otras provincias que antes tenía, más aun con aquella parte de la Gallia, que de su nombre se llamó Lotaringia, y después el reino de Lotario,

y de antes Austrasia, que contenía a Alsacia, Lotaringia, Brabante y Hollanda y otras provincias. Algunos dicen que tomó aquella provincia el nombre del Rey Lotario después que el Emperador Lotario su padre se la hubo dado. En alemán se llama Lotreich y en francés Lotregne, y quitadas algunas letras Loraine. Extendíase Lotaringia entre los ríos Rin y Mosa desde las Fuentes, hasta donde el Mosa entra en el Rin, y aun como algunos dicen hasta el río Escalde, de manera que contenía a Lorena, Brabante y otras provincias y la ciudad de Lieja, y muchas villas y lugares del Obispado de Lieja. Después de acabada la sucesión del Emperador Carlo Magno en el reino de Francia por la tiranía de Hugón Capeto, que venía del linaje de los nordmandos, los cuales ocuparon gran parte de Gallia Céltica y Bélgica marítima, hubo muchas guerras entre los Emperadores y Reyes de Francia sobre el Ducado de Lotaringia, pretendiendo cada uno tener derecho a aquel Estado. Del cual se apoderó el Emperador Othón, primero deste nombre, después que hubo vencido en batalla a Enrico su hermano, que contra él había rebelado juntamente con Eberardo, hermano del Emperador Conrado Primero y con Gisleberto, Duque de Lotaringia, que estaba casado con Gerberga, hermana del Emperador Othón. En la cual batalla, Eberardo fué muerto, y Gisleberto se ahogó en el Rin. Muerto Gisleberto, el Emperador Othón Primero casó a su hermana la Duquesa Gerberga con Ludovico Cuarto Transmarino, Rey de Francia, y cesó la guerra que tenían sobre Lotaringia. La cual el Emperador dió al Conde Othón y después a Conrado, Duque de Suevia, casándole con Luitgarda, su única hija, de la cual y del Ducado, Conrado gozó poco. Sucedióle Brunon, Arçobispo de Colonia, con título de Archiduque, hermano del Emperador Othón Primero. El cual tuvo y gobernó aquel Estado con gran sosiego y prudencia y se hubo valerosamente contra el Conde Raginerio y otros,

que tenían la parte del Rey de Francia y pretendían haberle para sí por ser parientes del Duque Gisleberto. Después el Emperador Othón Segundo lo dió a Carlos con título de Duque, que era hermano de Lotario, Rey de Francia, habiendo pasado primero entre el Emperador y Rey sobre el mismo Estado muy cruda guerra. Entonces aquella provincia de Lotaringia, que se igualaba con un gran reino, fué repartida y dividida en muchos Estados, que después se hicieron, como fueron Brabante, Geldres, Cleves, Julies y Lorena la Superior: y no pequeña parte cupo a las iglesias catedrales de Colonia y Lieja; y de Nivelá, Lovaina, Bruselas y Anvers se hizo el Marquesado, que llamamos del Sacro Imperio. El Duque Carlos, siendo muerto Lotario y Ludovico su hijo, Reyes de Francia, sin heredero, vino a tomar la posesión del reino como legítimo sucesor, que era; mas fué la fortuna contraria, porque después de diversos trances y escaramuças que pasaron entre él y Hugón Capeto, hijo de Hugón, Conde de París, y de Avida, hermana del Emperador Othón Primero, fué preso por la traición de Ascelino, Obispo de Lans, en una villa en la cual se había recogido de la batalla que hubiera con Hugón Capeto cabe la ciudad de Lans, que es Laudunum en latín. De allí fué enviado a Orliens, donde acabó la vida en prisión; y poco después dél falleció Othón su hijo, que había quedado en Lotaringia, y así se acabó la sucesión del Emperador Carlos Magno en el reino de Francia, el cual fué ocupado por Hugón Capeto con tanta felicidad y buena fortuna, que hasta el día de hoy en Francia reinan los que descenden dél. Siendo muertos el Duque Carlos y Othón su hijo, el Emperador Enrico Segundo dió aquel Estado de Lotaringia a Gotofredo, hijo de Gotofredo, Conde de Arduenna, y lo tuvieron los de aquella casa de Arduenna, hasta que Gotofredo de Bullón, hijo de Eustathio, Conde de Boloña Bélgica, sucedió en él como heredero de su tío el Duque Gotofredo, llamado el Giboso,

hijo de Gothelón, Duque de Lotaringia. Y aunque los Emperadores quitaron aquel Estado por algún tiempo a los herederos y descendientes del Duque Carlos, que eran los Condes o Duques de Lovaina, porque venían de hijas, y lo dieron a otros, finalmente el Emperador Enrico Quinto lo restituyó a Gotofredo llamado Barbato, Duque de Lovaina, quitándolo a Enrico Duque de Lemburg, que lo tenía por donación del Emperador Enrico Quarto: y quedó por mucho tiempo en los sucesores del Duque Gotofredo Barbato. El cual cobró por fuerza de armas de los Condes de Arduenna lo que le tenían ocupado de Brabante, y cumplió valerosamente lo que había prometido a Enrico Tercio, Conde de Lovaina, su padre, que no se cortarían la barba hasta que cobrase a Lotaringia y Brabante, que de derecho le pertenecían por venir de la alta sangre del Duque Carlos de Lotaringia, por lo cual él fué llamado Barbato o de la Barba. Poco después dél fué aquel Estado dividido en dos Ducados y apartada Brabante de Lotaringia, y quedó el nombre de Lotaringia casi en olvido. De los cuales el uno tiene el Emperador Carlos Quinto Máximo, de que se llama Duque de Lotreich a causa de Brabante y Lemburg. El otro, que llaman la Lorena Superior o alta, tienen en nuestro tiempo los que descienden de Federico Conde de Vademont, el cual sucedió en el Ducado siendo casado con Yolanda, hija de Renato, Duque de Lorena, que se llamaba Rey de Sicilia. Y así claramente parece que el Emperador Carlos Quinto Máximo, como Duque de Brabante y Lemburg, justamente se llama y debe llamar Duque de Lorena la Baja, como legítimo descendiente del Duque Carlos de Lotaringia, único heredero y sucesor del Emperador Carlos Magno. De manera que la provincia o Ducado de Brabante ha sido siempre parte señalada y muy principal del Reino de Lotario o Ducado de Lotaringia, y que el nombre y provincia de Brabante, siendo tan antigua y de tanta nobleza y libertad, ha estado mucho tiem-

po comprendida debajo del nombre y reino de Austrasia y Ducado de Lotaringia, hasta el Duque Enrico Tercio, que fué el primero que con el título de Duque de Lotaringia ayuntó el de Brabante y dejó el de Lovaina, llamándose Duque de Brabante y Lotaringia, en el año de mil y doscientos y cuarenta y siete, por donde algunos piensan que el nombre de Brabante no ha sido tan antiguo, antes puesto por diferencia de los de Lorena, que se escriben Duques de Lotaringia, como los de Brabante. Y aunque nunca faltaron guerras y discordias entre aquellos dos Estados, al cabo fueron apaciguadas por ciertos casamientos que se hicieron, y vino a suceder en el Ducado de Brabante Felipe el Bueno, Duque de Borgoña, padre del Duque Carlos de Borgoña, el cual fué Señor de todas estas provincias y Estados, que entonces se juntaron en uno: Borgoña, Lotaringia, Brabante, Lemburg, Lutzelburg, Flandes, Henao, Artoes, Namur, Holanda, Zelanda, Phrisia o Frisa, y la villa de Bethuna, que había muchos años que estaba enajenada. Este Príncipe fué el que instituyó la orden de caballería del Toisón el día que celebró en Brujas sus reales bodas con la Infanta Doña Isabel de Portugal, y dió el orden a ciertos caballeros, los más esforçados de su corte. Celebró la fiesta del Toisón, teniendo capítulo dos veces en el monesterio de San Bertín, en la villa de Santhomer, la una en el año de mil y cuatrocientos y cuarenta, y la otra en el año de mil y cuatrocientos y sesenta y uno. De la cual orden agora es Grafier y secretario Nicolás Nicolay Grudio, Receptor general de los servicios de Brabante, varón de eminentes letras y poeta elegantísimo. Es Brabante provincia de ricos y potentísimos lugares poblada, fértil y abundante de pan, carnes, caça y otros bastimentos. Cógese en ella algún vino, pero de poca fuerça. Las principales villas que hay en ella, son Lovaina, Bruselas, Anvers y Bolduch que hacen los cuatro braços que hay en el Ducado de Brabante, de los cua-

les y de Brabante diremos más largamente en el libro cuarto desta historia. En Lovaina juran primeramente al que ha de ser Duque de Brabante; está lejos de Bruselas cuatro leguas. Era cosa de gran recreación y contentamiento de ver aquel camino por todas partes tan lleno de panes y otras diversas labranças, y los campos tan cubiertos de la gente de corte, que seguían al Príncipe, que partió de Bruselas a cuatro de Julio del año de mil y quinientos y cuarenta y nueve, acompañado de muchos Príncipes, Duques, Marqueses, Condes, Barones y con otra gran multitud de caballeros de todos aquellos Estados, españoles, italianos y de otras naciones muy galanes y ricamente aderezados. El aparato que en Lovaina para recibirle había, era muy grande y suntuoso, y la voluntad con que le esperaban era tanta, que se les hacía largo el día con el deseo que de ver a su Príncipe tenían. No con menor deseo partieron el siguiente día el Emperador y la Reina María de Hungría con sus damas y Corte muy alegres por ver la cerimonia y juramento que al Príncipe en Lovaina se haría.

LOVAINA

Ya eran las cinco de la tarde, cuando el Príncipe llegó a vista de Lovaina. Esperaba en el campo para le recibir muy lucida infantería de coseletes y arcabuceros y archeros, vestidos de colorado, blanco y amarillo. Salieron también de la villa en procesión a recibirle las órdenes de los Mendicantes con sus cruces. Seguíanlos la clerecía de todas las parrochias, y luego el capítulo de los canónigos de San Pedro con el Preboste, todos con riquísimas capas de brocado y seda. Seguían luego los abades por su orden con sus religiosos: el primero el Abad de Santa Gertrude, de

la orden de San Agustín; el Abad de Ulierbeke, de la orden de San Benito; el Abad de San Bernardo, de la misma orden; el Abad de San Miguel de Anvers, el Abad de Parca, el Abad de Tongherlo; el Abad de Everboden, de la orden de los Premostratenses, todos ricamente revestidos con sus mitras y báculos. Seguía luego tras ellos la Universidad de Lovaina por muy buena orden y concierto. Venían delante los bachilleres y licenciados en todas las facultades, luego el decano y maestros en las artes liberales, los doctores de medicina, los doctores de leyes, los doctores de cánones, los maestros en santa teología, todos con insignias y borlas de sus facultades; y detrás de todos ellos el rector de la Universidad con mucha autoridad. Traía una beca de grana, y delante de sí diez bedeles con sus maças de plata doradas. Salieron luego tras ellos en muy buenos caballos muy bien adereçados muchos gentileshombres de Lovaina con sayos de terciopelo negro y sombreros con plumas blancas. Seguía Francisco de Mol, Mayer o Gobernador de Lovaina, y a la postre el Senado y el Cónsul Juan Wandersimpel, acompañado de muchos caballeros. Estaba un altar puesto a la puerta del monesterio Banck muy adornado con su frontal de brocado, y encima un muy fresco y verde romero con las hojas doradas, y una cruz delante antiquísima de plata, que ha hecho muchos milagros. Aquel monesterio de monjas fué edificado por Enrico Tercio, que fué el primero que dejando el título de Lovaina se llamó Duque de Brabante, como está dicho. Llegando, pues, al monesterio el Príncipe, se apeó para adorar la cruz, y el Preboste le hizo una breve habla, a la cual le fué respondido en su lengua en nombre del Príncipe por el Obispo de Arras. Habiendo entendido el Príncipe la preminencia y costumbre antigua que allí hay de dar al Preboste el caballo en que entran los Príncipes a ser jurados por el Estado, por le hacer más merced, le mandó dar una copa de oro muy rica. Lue-

go la Abadesa del monesterio, según la costumbre que tienen, se hincó de rodillas, pidiéndole la mano; lo mismo hizo el Gobernador y el Cónsul y Senado, y acabada aquella cerimonia, el Preboste tomó la cruz en sus manos y dióla a adorar al Príncipe, y luego el Gobernador le entregó la vara de la Justicia, la cual acostumbran de traer muy larga y llena de ñudos como espiñas, naturalmente hecha de árboles espinos, que allí hay muy grandes, y el Príncipe se la volvió a dar de su mano. El cónsul que llaman Burgomaestre y los Senadores y Consejeros, que llaman Raden, le entregaron luego con mucho acatamiento las llaves de la villa, las cuales volvió a dar luego el Príncipe y subió en un caballo ricamente guarnecido para entrar en la villa. Iban muy delante todos los que della habían salido, por la misma orden con que salieron, salvo el Gobernador, que iba delante de los Reyes de armas. Manifestaban los trompetas, que iban los primeros de todos, con alto sonido la triunfal entrada vestidos de sus insignias reales. Seguían luego los gentileshombres y caballeros de su casa y corte, y en medio de la guarda española y alemana iban, por muy buena orden, muchos Señores y Caballeros ricamente adereçados. Luego dos maces con maças reales de plata doradas como sceptros. Tras ellos dos Reyes de armas vestidos de cotas reales. Iba delante del Príncipe don Antonio de Toledo, su caballero mayor, en cuerpo sobre un poderoso caballo; llevaba en la mano un rico y resplandeciente estoque desenvainado. Entró el Príncipe con mucha majestad vestido de un sayo de terciopelo leonado, bordado de torçales de oro y franjas sobre fajas de raso leonado con flores de plata y oro; iba a su mano derecha don Manuel Filiberto de Saboya, Príncipe de Piamonte, y a la siniestra el Duque Adolfo de Holsthein, hermano del Rey de Dinamarca, y luego seguía el Guión, tras del cual iban el Duque de Alba y el Obispo de Arras, y tras ellos la guarda de caba-

llo con sayos de terciopelo negro sobre las armas y sus lanças en las manos. Entrando por la puerta que dicen de Bruselas, estaban dos órdenes de gente hasta palacio. Los primeros que había eran algunos clérigos con sobrepellices y frailes y algunas beatas y religiosas, que todos salieron con sus cruces en procesión, con sus hachas de cera hechas sobre palos altos redondos, encendidas, lo cual tienen por muy principal costumbre en Brabante y Flandes y todos aquellos Estados recibir a sus Príncipes, aunque sea a medio día, con gran multitud de hachas encendidas, como está dicho. Estaban las calles tan llenas de gente, las ventanas tan pobladas de damas tan hermosas, que era cosa de ver. Llegando a la plaza de Groufstrate, delante del monesterio de monjas de la Anunciación, el cual fundó la Marquesa mujer de Guillermo de Croy, Marqués de Arscot, había allí un espectáculo en una cuadra muy bien entapiçada, y abriendo unas cortinas de tafetán verde, con que se cerraban, al un cabo de la cuadra se veía representar de personas vivas el Rey Príamo de Troya con corona y vestiduras reales, acompañado de la Reina Hécuba su mujer y hijos y de muchos caballeros vestidos de colores. Los cuales todos así en este espectáculo como en todos los otros, que eran representados los autos de personas vivas, era maravillosa cosa ver en abriendo las cortinas, con cuánta majestad, postura y arte estaban hechos personajes, representando tan al propio la historia que allí se hacía que sólo de ver la postura de cada persona se podía fácilmente entender quién era cada uno y lo que representaba, así en el gesto y semblante como en la postura del cuerpo y de las manos, piernas y pies, quedando como en paños pintados, sin mover los ojos, ni pestañas, ni hacer cosa fuera de lo que representaba, así hombres como mujeres, que quien quisiera ver un tapiz de figuras vivas, podiera verlo en aquellos espectáculos. Era la historia, que el Rey Príamo entre todos sus hijos a solo

Héctor daba el Imperio Troyano, y encomendaba la defen-
sión y amparo de la República, lo cual se mostraba por los
versos que en latín en el cuadro había:

PRAEFICIT ILIACAE PRIAMVS PATER HECTORA PVPI,
NE DANAVM FLAMMIS DIRVTA TROIA CADAT.
AVSTRIACI SOBOLES CAROLI GENEROSA PHILIPPVS,
MVNIA QVI SVMMO PRINCIPE DIGNA GERIT

En francés dice lo mismo:

AINSI QUE PAR PRIAM A HECTOR FUT DONNÉE
LA CHARGE DE GARDER TROYE ET LES GRECZ DE-
[FENDRE,
NOSTRE NATUREL PRINCE EST VENU CESTE ANNÉE,
POUR SUR NOUS DE SON PERE SEMBLABLE CHARGE
[PENDRE

Y en flamenco otro tanto:

PRIAMVS GHEEST HECTOR SIJNEN SONE DEN LAST
OM TE BESCHERMEN DAT TROYAENSCH E LANT.
SGHELIJES WERT CONINCK PHILIPS, ONS EDEL PRINCE
[VAST,
VAN ONS EN KEYSER SIJNEN VADER HIER GHEPLANT,
EN WERT BLIJDELIJCK ONTFAEN IN ELCKEN CANT

Que todo quiere decir:

*Así como el Rey Príamo hizo Príncipe y Capitán a
Héctor del Imperio Troyano, así el Emperador nos
ha dado por Príncipe y Señor nuestro, al Ilustrísimo
Don Felipe, y como tal será con gran alegría recibido.*

En el otro cabo de la cuadro parecía Héctor armado
de resplandecientes armas que peleaba con muchos Prín-
cipes griegos y los persiguía y vencía y tomaba sus armas
y banderas, lo cual daban a entender los versos latinos
que en el cuadro solo había:

FVDIT VI ARGIVAS ACIES PRIAMEIA PROLES,
SOSPITE QVO STABANT INTEGRÁ REGNA PHRYGVM.
SIC VIRTUTE PATREM REFERENS ET IMAGINE PRINCEPS
HESPERIAE HOSTILEIS COMPRIMET ARTE VIROS

Así como Héctor, hijo de Príamo, desbarató los escuadrones de los griegos, y estando él salvo lo estaban los reinos de los troyanos, así el Príncipe de España, que representa a su padre en la virtud y semejanza, refrenará con valor y prudencia a sus enemigos.

Por las esquinas de las cornijas de la cuadra estaban puestos muchos escudos con las armas imperiales y reales, y de Brabante y Lovaina, y así lo estaban en todos los otros espectáculos. Más adelante, en la plaza que se dice Biestana, cerca del espital de San Lorenço, había otro espectáculo con muchos hombres armados puestos en orden en dos batallas de griegos y troyanos. Entre los cuales Héctor se señalaba contra Ayace Thelamonio y Idomeneo, y Diomedes, y otros Príncipes griegos, y matando a Patroclo conseguía la victoria dellos, lo cual significaban los metros que al un cabo del cuadro había en flamenco:

HECTOR AYACEM ENDE DIE GRIECKEN SCOFFIERT,
ENDE TROYAENSCHÉ VOLCK BESCHERMT MET VRO-
[MER DAET.

WIJ HOPEN DAT ONS EDEL PRINCE WEL GHEMANIERT,
ONS BESCHERMEN SAL VOER ONS VIJANDEN QUÆT:
GODE BETROUWENDE EN SIJNEN WIJSEN RAET

Lo mismo decía en francés:

HECTOR VAINQUIST AIAX PAR SA VICTOIRE,
ET TANT DE GRECZ QUE C'EST UNE MEREUILLE:
NOUS ESPERONS AUSSI EN DIEU LA GLOIRE,
QUE NOSTRE PRINCE EN SON SAGE CONSEIL
NOUS GUARDERA DE CIL QUI NOUS TRAUAILLE

Que quiere decir:

Héctor venció a Ayace, y ha victoria de los griegos defendiendo su tierra de Troya con maravilla. Así esperamos en Dios que nuestro Príncipe con su sabio consejo nos librárá del trabajo y fatiga, que nos dan los malos y envidiosos.

En la misma plaça había otro espectáculo, pasada la primera puente que hay sobre un pequeño río o arroyo que llaman Vourkan; allí se representaba el combate de Tyro, ciudad de Fenicia, a la cual tenía cercada el Rey Alejandro Magno con ejército poderoso, y cómo enviaba su mandado al gran Pontífice de Jerusalem, que le enviase gente y bastimentos, y le pagase el tributo que a Darío Rey de Persia solía dar. Esta historia se partía por unos metros flamencos en cuatro escenas o actos:

DOEN ALEXANDER DIE STADT VAN TYRUS BELACH,
SCHREEF HIJ OM HULPE EN VICTALIE MEDE,
OOCK DATMEN HEM SENDEN SOU DAT DARIUS PLACH
T'ONTFAEN, IAERLIJES VAN IERUSALEM DIE STEDE,
WILDEM SIJ BLIJUEN IN GHEMEYNEM VREDE

Teniendo Alejandro cercada la ciudad de Tyro escribió a los de Jerusalem que le enviasen gente y bastimentos, y el tributo que en cada año solían pagar al Rey Darío, si querían que los dejase estar en paz.

En la otra parte de la cuadra estaba Alejandro Magno acompañado de los Príncipes y Capitanes de su ejército, leyendo la respuesta que de Jerusalem había venido, en que la ciudad le negaba todo lo que por su parte se le pedía. Enojado desto Alejandro, yendo encendido de muy grande ira, determinó de destruir a Jerusalem: y en verso flamenco se declaraba:

ALS DIE BODE ALEXANDRO TIJ DINGHE BRACHT,
DAT HIJ NIET EN HADDE VERCREGHEN WT MINNEN,

MAER DAT SIJN BEDE WAS VAN DEN IODEN VERACHT.
DOEN WERT ALEXANDER SEET TORNICH VAN SINNEN,
EN WILDE IERUSALEM MET CRACHTGHEWINNEN
*Después que el correo contó a Alejandro que la ciudad
no había querido hacer su mandado, y que sus ruegos
habían sido menospreciados, encendido de ira, deter-
minó tomar por fuerza a Jerusalem.*

Luego más adelante de la cuadro estaba la historia de cómo iba Alejandro a destruir a Jerusalem, y encontrándose con el sacerdote, aplacando su ira y braveza, le recibió con gran acatamiento y reverencia: y lo que los metros decían, en flamenco, era:

ALEXANDER QUAM IERUSALEM BEDERUEN,
DIES D'OPPERSTE PRIESTER IN SIJN BISSCHOPS
[CLEEREN,
GHINCK HEM TE GHEMOETE OM PAYS TE VERWERUEN.
ALEXANDER SIENDE DEN BISSCHOP DES HEEREN,
SCHEREET VAN DEN PEERDE OM GODS DIENAER TE
[EEREN
*Viniendo Alejandro a destruir a Jerusalem, salió al
encuentro el gran Sacerdote en hábito de Pontífice
a pedirle paz; viendo Alejandro al Pontífice, apeóse
del caballo, honrando al ministro de Dios.*

Al otro cabo de la cuadro estaba un arca y una pequeña ciudad y templo, que representaba el de Salomón y la ciudad santa de Jerusalem, donde Alejandro, vestido de una ropa real roçagante, de brocado, de rodillas, con humildad quemaba el sacrificio con muchos sahumeros en honra del Dios de los dioses, como los versos lo cantaban:

ALEXANDER QUAM METTEN BISSCHOP DER IODEN
TE IERUSALEM, INDEN TEMPEL SCHOONE,
DOENDE SACRIFICIE DEN GODE DER GODEN,

MET BRANTOFFER, SOOMEN DOEN WAS GHEWOONE,
EN HIJ AENBADT DEN HEERE VAN SHEMELS THROONE

Vino Alejandro con el Pontífice de los Judíos a Jerusalem, y en aquel excelentísimo templo ofreció sacrificio al Dios de los dioses con holocausto, según la costumbre antigua, y adoró al Príncipe del estrellado trono.

Pendía del architrabe un cuadro cercado de un fresco y verde festón, con estos versos latinos:

MAGNVS ALEXANDER SOLYMORVM IRASCITVR VRBI,
FOEDERA QVOD RENVAT, MOX FERA BELLA MOVENS.
AST VBI PONTIFICEM IVDAEVM VIDIT, ADORAT,
NESCIVS HOSTILEIS FVNDERE VT ANTE MINAS.
DEINDE VRBEM INGRESSVS CVPIT AEDEM VISERE

[SACRAM,

ILLIVS IMPERIO VICTIMA MVLTA CADIT.

TANTA ERAT IN REGE HOC PIETAS, CLEMENTIA TANTA,
QVAS TV VIRTVTES MAGNE PHILIPPE COLE.

ARDVA SI PLACEAT VIRTVS, SI PRINCIPE DIGNA,
HAS DECET IN PRIMIS PRINCIPI INESSE VIRO.

Alejandro Magno concibió grande ira y enojo contra la ciudad de Jerusalem, y se movió a le hacer la guerra, porque no quería obedecer sus mandamientos; pero luego que vió al Pontífice de los Judíos, no sólo se aplacó, mas aun con grande acatamiento le reverenció, y entrando en la ciudad fué luego a ver el Sagrado Templo, donde hizo muchos sacrificios; tanta era la reverencia y acatamiento de aquel Rey y tan grande su clemencia. Estas virtudes amad, pues, oh gran Príncipe Don Felipe, porque si la virtud digna de tal Príncipe es agradable, conviene que tenga estas virtudes el Príncipe que quisiere ser amado y estimado.

Llegando a la plaza de la piedra, enfrente del espital mayor de la villa, estaba un espectáculo en una hermosa cuadra. Al cabo de ella estaba el Rey Saul armado con mucha gente del pueblo de Israel con gran temor, que todos tenían del espantoso gigante Golias, el cual continuamente los injuriaba y llamaba a batalla, y no habiendo alguno que dellos osase salir al gigante, parecía el hermoso moço David delante del Rey ofreciéndose salir a la batalla, y despojándose de las armas del Rey, que le habían armado, pareciéndole que eran de gran peso y embaraço, salió animosamente a la batalla con sus armas pastoriles con grande admiración y espanto de todos. Había unos metros en flamenco en lo alto, que decían.

GOLIAS HOOMOEDICH DIE HEM SEER STOUT GHELIET,
EYSCHENDE VAN DIISRAELSCHE DEN CAMPIOEN.
MAER DAUID DIE BRACHT HEM IN SDOOTS VERDRIET,
EN TOOCH HEM VRIJ AEN MET MOEDE SEER COEN.
MAER SAULS WAPENEN WOU HII EERST VAN HEM DOEN

Que quiere decir:

El soberbio y vanaglorioso Golias, llamando a batalla a los israelitas que saliesen a combatir con él, puso en riesgo su cabeça: porque David animosamente le salió al encuentro, habiendo primero dejado las armas de Saul.

En medio de la cuadra estaba de la una parte el moço David con su çurrón y honda y piedra escogidas; a la otra el gigante Golias, de grandísimo cuerpo, de espantosa vista y armado de pies a cabeça, con una terrible y monstruosa lança en las manos: los versos en flamenco eran los siguientes:

DAVID EEN IONCK KNECHTKEN SEER TEER VAN
[LEDEN,
STELLENDEN SIIN BETROUWEN OP GOD VAN ISRAEL,

HEEFT GOLIAM SEER VOERSICHTICH BESTREDEN.
MET SIJNEN SLINGER BRACHT HIJ HEM INT GHE-

[QUEL.

DIE INDEN HEERE BETROUR, DIE DOET SEER WEL

El moço David, de tiernos miembros, confiado en el Dios de Israel, combatió con Golias con gran prudencia, y con su honda le dió la muerte. Por lo cual hace muy bien cualquiera que en Dios confía.

Al otro cabo de la cuadra parecían muchas y muy hermosas doncellas ricamente vestidas y adornadas cantando y tañendo con diversos instrumentos de música, que con gran gozo salían de Jerusalem a recibir a David, como lo daban a entender los versos que allí había :

DAVID CREECH VOERSPOET TEGHEN GOLIAM STRANCK,
EN HEEFT SIJN HOOST AFGHESNEDEN,

DIES HIJ NA IERUSALEM NAM DEN GANCK,

DAER HEM DIE VROUKENS VAN DIUERSCHE STEDEN,
ONTFANGHEN HEBBEN MET GROOTER VROLIJCHEDEN.

Todo le sucedió a David prósperamente contra Golias; cortóle la cabeça, y con ella fué a Jerusalem, adonde con gran regocijo fué recibido de las mujeres que de diversas ciudades allí había.

En la misma plaça, cerca de la puente que llaman de la piedra, había un espectáculo en una cuadra bien entapizada, y al un cabo della estaba el tirano Gorgias (y así lo parecía él en el hábito y gesto), acompañado de gente de armas, al cual dos mancebos con señales mostraban el campo de los Hebreos, que al otro cabo desarmados estaban: había versos en flamenco, que decían :

HIER WORT GORGAS GHELEYT MET SIJN HEYR-

[CRACHT,

VAN TWEE KINDEREN COMMENDE WTEN CASTEEL

OM IUDAS MACHABEUS TE NEMEN SIJN MACTH.
MAER GOD DEN HEERE HEEFT HEM BIJGHESTAEN

[GHEHEEL,

OM DAT SIJ DEN WILLE DES HEEREN HEBBEN

[VOLBRACHT

Fué el tirano Gorgias guiado de dos mancebos que habían venido del campo de los hebreos, pensando prender a Judas Macabeo con los de su ejército: mas el Señor Dios ayudó en todas maneras a los macabeos, porque eran guardadores de su divina voluntad.

Al otro cabo estaba la batalla entre Gorgias y los macabeos y cómo huía el tirano Gorgias armado con todos los suyos, a los cuales vencían los desarmados hebreos. Eran los metros desto los siguientes:

IUDAS MACHABEUS HEEFT SIJN VIANDEN WEDERS-

[TAEN,

DOER BETROUWEN VAN GOD INT GHEMEYN.

GORGIAS MOET VLIEN WILT HIJ DIE DOOT ONTGAEN,

OF SIJ HADDEN AL GHEBLEUEN GROOT EN CLEYN.

NOCHTANS EN HADDEN SIJ GHEEN WAPEN AEN-

[GHEDAEN

OM HEN VAN DIE VIANDEN TE WEEREN CERTEYN

Resistieron los macabeos a sus enemigos, confiando en

Dios, sin armarse para se defender, y Gorgias fué

forçado a buscar la salud con huir, que de otra suerte

él y todos los suyos perecieran.

A la entrada de la plaza, delante de la imagen de San Pedro, que llaman el antiguo, había un espectáculo: y al un cabo de la cuadra dél estaban muchos sacerdotes con almáticas vestidas, y insignias judaicas, que llevaban sobre sus hombros el Arca. Segúalos Josué armado con todo su ejército con trompetas y menestres, lo cual declaraban estos versos flamencos:

HIER LEYDT IOSUE DIE KINDEREN VAN ISRAEL,
DOER DIE IORDANE MET GODS WERCKEN,
MET TROMPETTEN ENDE BLAZOENEN SNEL,
VOLGHENDE NAER DIE PRIESTERS METTER ERCKEN
*Aquí Josué, con la ayuda divina, lleva de la otra
parte del Jordán los hijos de Israel, siguiendo con trom-
petas y añafiles a los sacerdotes con el Arca.*

En el otro cabo de la cuadra estaba puesta la ciudad de Hiericó, y la cerca della muy labrada y pintada de diversas colores; andaban cercándola los sacerdotes con el mismo hábito, llevando el Arca, siguiéndolos Josué, y todo su ejército armado de resplandecientes armas, lo cual los metros flamencos decían:

IOSUE COMPT VOER DIE STADT VAN HIERICO BLOOT,
METTER ARCKEN SES DAGHEN RONTOM ONGHE-
[QUELT,
MET TROMPETTEN, BLAZOENEN, MET GHECRIJSCH
[GROOT
IS SIJ DEN SEUENSTEN DOER GODS GRACIE GHEUULT
*Llegó Josué a la ciudad de Hiericó en seis días
juntamente con el Arca, y al seteno día, con gran
sonido de trompetas y añafiles, queriéndolo así Dios,
cayéronse todas las cercas de la ciudad.*

Llegando al templo de San Pedro apeóse el Príncipe, y entró en la iglesia, y dió gracias a Dios nuestro Señor en la capilla que allí hay de Nuestra Señora, muy devota y celebrada por los muchos milagros que ha hecho y hace. Estuvieron a esto en presencia de su Alteza el Preboste y Deán y Burgomaestre de la villa. Entretanto que el Príncipe hacía oración, se entretenían fuera de la iglesia toda la gente en ver la grandeza de un espantoso gigante y giganta, y en la ferocidad con que andaban en la plaza con hachas encendidas en las manos sobre dos poderosísimos y disformes caba-

llos. Acabada la oración, salió el Príncipe de la iglesia, y subiendo en su caballo prosiguieron adelante, y llegando a la plaza del Preboste, que es entre la Escuela de Leyes y Teología, que llaman Phalas, había un espectáculo en una cuadra, en que estaba mucha gente de armas con banderas y insignias romanas. Representábase de una parte la batalla entre César y Pompeyo, y cómo volvió las espaldas Pompeyo con los suyos; lo cual los versos que en flamenco allí había decían:

GHELIJCK IULIUS CESAR MET MOEDE CRACHTICH,
POMPEYUM VERIAECHDE TOT IN EGYPTEN LANT,
SOO SAL PHILIPPUS ONS PRINCE MACHTICH
SIJN VIANDEN VERIAGHEN IN MENIGHEN CANT
Así como Julio César con gran furia hizo huir a Pompeyo hasta el fin de Egipto, así Don Felipe hará huir por diversas partes a sus enemigos.

A la otra parte de la cuadra estaba el Senado Romano vestido de ropas roçagantes de terciopelo y damasco, los cuales recibían al vencedor Julio César con gran pompa y majestad, y le ofrecían una corona de oro, saludándole por Emperador de los Romanos. Los metros en flamenco eran los que se siguen:

GHELIJCK ALS IULIUS CESAR WAS ONTFANGHEN
BINNEN ROOME EN DAER D'EERSTE KEYSER GHES-
[TELT:
SOO IS DAT WIJ BORGHERS NU HEBBEN VERLANGHEN
NAER ONSEN PRINCE PHILIPPUS MET HERTEN MELT
Así como Roma recibió a César y hizo su Emperador, así con alegres coraçones deseamos recibir a nuestro Príncipe Don Felipe en su venida.

Llámase Julio César en estos metros Emperador, aunque no fué sino Dictador; creo, por haber ocupado la Monarquía, y después dél la tuvo Octaviano Augusto: y así

los otros que les sucedieron se llamaron Emperadores, y de César se dijeron Césares, como de Augusto, que fué el primer Emperador, se llaman Augustos. Desde el principio de aquella plaça, que dicen del Prebost, hasta palacio, estaban por iguales espacios hincados de una parte y otra unos varaes con hachas encendidas encima y cerrados los espacios por el alto, del un varal al otro, con paños colorados, blancos y amarillos, y colgados dellos por muy buen orden muchos escudos con las armas del Emperador y de las Reinas y Príncipe, y entre los escudos puestos unos metros en flamenco impresos, que contenían la alegría y congratulación de los Retores flamencos por la venida de tan alto Príncipe. Los metros eran éstos:

WILLECOM EDEL PRINCE SPAENGIEN GHEBORN,
TERLIEFDEN VAN CARLUS V WEN VADER VERHEUEN,
KEYSERLICHE MAIESTEYNT INT LANT VERCOREN,
DIE EERE EN EEDT HOUDT SOO HIJ HEEFT GHES-
[WOREN
TKERSTEN GHELOOFTE BESCHERMEN DATS SIJN LE-
[UEN.

GOD WIL PHILIPPUS IN SULCKEN VOEGHE SPAREN
DAR HIJT DLANT IN PAYS HOUDE, EN WIL BEWAREN
Bien séáis bien venido, Illustrísimo Príncipe de España, principalmente por causa del Emperador invictísimo vuestro padre, el cual, guardando lo que juró, tiene por oficio de defender la República Cristiana. Guárdeos Dios, Don Felipe, porque tengáis y conservéis en paz estos Señoríos.

Aquellos Retores son una profesión de hombres en los Estados de Brabante y Flandes, que tienen por oficio hacer comedias y farsas, y representarlas en su lengua flamenca, y tienen su confradía y insignias de armas, como los otros oficios, y son muy estimados generalmente en todas las ciudades, villas y lugares principales de aquellos estados, los

cuales tienen muchos más privilegios y libertades que ninguna de las otras confradías. Tiénenlos entre los otros oficios de la República por de muy honesto oficio de policía, y así se ejercitan muchos en ello, y regocijan al pueblo con las farsas y comedias que componen y representan en los tiempos de fiestas y días solenes, y recibimientos de Príncipes. Hacen otras comedias llenas de doctrina y devoción, las cuales representan en la cuaresma, en que reprehenden los vicios y alaban las virtudes; finalmente ponen delante de los ojos la vida humana, como lo hicieron los atenienses y romanos en sus comedias griegas y latinas. En la misma plaça, al cabo de las Phalas había un espectáculo en una cuadro; a la una parte della había un fiero gigante, que combatía con el Rey Artus de Inglaterra, armado de resplandecientes armas, el cual con su preciada espada daba al gigante cruel muerte: y en unos versos en lengua flamenca decía:

GHELIJCK CONINCK ARTUS DEN RUESE DOER SCHIMP
[VERSLOECH

SIJNEN BAERT EYSCHENDE ALS EENEN TYRANT
SOO HEEFT ONS KEYSERS MAIESTEYT GHENOECH
SIJN VIANDEN GHESTRAFT DATS WEL BEKANT

*Así como el Rey Artus injuriado dió la muerte al
soberbio gigante que le había pedido la barba, así nues-
tro Emperador, como es claro, ha sojuzgado a sus ene-
migos.*

A la otra parte de la cuadro estaba el Rey Artus sentado a la mesa redonda y una hermosa doncella, que representaba la Reina Ginebra su mujer, entrambos vestidos de brocado con coronas reales en las cabeças. Servíanlos cuatro Reyes quitadas las coronas de sus cabeças, las cuales tenían cuatro pajes delante de la mesa: los metros desto decían:

GHELIJCK CONINCK ARTUS INSIJNEN TIJDE
DIE TAFEL RONDE VERHIEF SEER PLAYSANT,

SOO EXALTEERT ONS KEYSER MET HERTEN BLIJDE
TGULDEN TOYSOEN IN ALLE SIJN LANT

Así como el Rey Artus celebró en su tiempo la orden de la mesa, que se llamaba Redonda, así nuestro César, con grandes triunfos, celebra por todos sus Señorios la orden del Toisón de Oro.

Llegando cerca del colegio de los Teólogos, en la misma plaza parecía, en la cuadra del espectáculo que allí había, el Emperador Carlo Magno con muchos caballeros armados con la imagen de Santiago y águilas imperiales en sus banderas, haciendo batalla con los moros de España, los cuales traían al Sol y la Luna por insignias. Los versos desto eran:

CAROLUS MAGNUS WAS IN SIJNEN TIJDEN
EEN BESCHERMER DER HEYLIGHER KERCKEN,
SOO SAL PHILIPPUS ONS OOCK BEURIJDEN
MET SIJNEN VADER ALLEN PERCKEN

Así como Carlo Magno en su tiempo era Defensor de la Santa Iglesia, así el Príncipe Don Felipe juntamente con su padre nos defenderá por todas partes.

Pendían de un cuadro cercado de frescas verduras a este propósito unos versos latinos:

ROMANVS CAESAR CAROLUS COGNOMINE MAGNVS,
DEFENDIT SVMMA RELIGIONE SACRA,
TALIS ADEST NOBIS CAROLVS CVM REGE PHILIPPO,
HIS DVCIBVS FLORENT CVNCTA DICATA DEO

Carlo Magno, Emperador de los Romanos, movido de gran celo y cristiandad, defendió las cosas de la religión. Tales son el Emperador don Carlos y el Príncipe don Felipe, con cuyo amparo y favor florecerá la Iglesia y todas las cosas dedicadas al culto divino.

El último espectáculo era en la misma plaza a la vuelta

de la calle para palacio: representábase en él, por Gotofredo de Bullón y muchos Príncipes armados que le seguían, la conquista y victoria que hubo contra los infieles cuando se tomó la santa ciudad de Jerusalem. Era mucho de ver entre ellos un monstruoso enano con dos corcovas, las piernas tuertas, el gesto disforme y espantoso, peor que el que cuentan de Tersites o de Isopo. Estaba armado con unas armas y alabarda dignas de tan monstruosa persona. Decían los versos latinos que estaban en la una parte de la cuadra:

VT PRIMVM SOLYMOS INGRESSVM LAVDIBVS ORNANT
GOTEFREDVM PROCERES, AVREA SCEPTRA FERVNT:
SIC NOBIS STVDIO FVERIT DECORARE TRIVMPHIS
MAGNIS ADVENTVM MAGNE PHILIPPE TVVM

Así como los Príncipes del ejército hacen gran honra y alaban a Gotofredo, que entró el primero en Jerusalem, y le ofrecen sceptros de oro, así será nuestro ejercicio, oh gran Príncipe Don Felipe, celebrar vuestra venida con grandes triunfos, lo mejor que podemos y sabemos.

Los versos que estaban a la otra parte decían:

INCLYTA BVLLONIS GOTOFREDI GLORIA CREVIT,
ARMIS DVM SÖLYME SACRA RECEPTA FVIT.
BVLLONEM CAROLVS GESTIS ILLVSTTRIBVS ANTEIT,
NEC MINOR EST VIRTVS MAGNE PHILIPPE TVA

Creció la esclarecida gloria de Gotofredo de Bullón, cuando la sagrada Jerusalem fué cobrada por él por fuerza de armas; cuánto más crecerá la del Emperador Carlos, que sobrepuja a Bullón en illustres hazañas, y no menor es el valor del gran Príncipe Don Felipe su hijo.

Cobraron los cristianos la santa ciudad de Jerusalén a cuatro de Julio año de mil y noventa y nueve. El primero, que por su gran esfuerço subió en la muralla, fué Gotofredo

de Bullón, Duque de Lotaringia, el cual fué de tanta modestia y religión, que habiéndole escogido los Príncipes de aquella santa expedición por el Rey de Jerusalén, dijo que no tomaría corona de oro en aquella ciudad en que Nuestro Señor la había traído de espinas. Llegando, pues, el Príncipe a apearse en las casas del Marqués Guillermo de Croy, cerca del Colegio Pontificio, era increíble cosa el alegría que por toda Lovaina había, y en todas las plaças y calles estaban muchos palos altos hincados con faroles de fuego encima, y toneles de pez ardiendo, que hacían grandes lumbres, de los cuales estaban muchos puestos por toda la delantera de las casas públicas de la villa, que son en la plaça della, desde lo alto a lo bajo dellas, que parecía que todas se ardían y mucho más con una grande hoguera, que había en medio de la plaça fabricada de leña, altísima en forma de pirámide. Hacían todos generalmente fuegos por las calles en competencia y porfía de quién los haría mejores, por ganar los precios que de carneros y vino eran prometidos por el Senado a quien mejores y de más invención los hiciese. Era cosa maravillosa de ver la punta del chapitel de la altísima torre de San Miguel, cercada de muchas hachas encendidas en diversas formas puestas, las cuales se podían ver de otros lugares lejos muchas millas, dándoles señales de la pública alegría. El siguiente día, que fué viernes a cinco de Julio, salió el Príncipe a misa a San Pedro, que es la iglesia mayor, con real pompa y majestad. Fué recibido a la puerta de la iglesia, del Preboste, Deán y Canónigos, con gran sonido de trompetas y música de menestres. El templo es de excelente y magnífico edificio; fué fundado y dotado de muchas rentas por el Conde Lamberto de Lovaina, quemóse todo por una desdicha de un fuego, que se prendió el año de mil y cuatrocientos y cincuenta y ocho; después fué reedificado muy mejor y más suntuoso que antes era. La misa fué oficiada con suavísima música, celebrada de pontifical por el Abad

de Parca. Acabado el divino oficio salió el Príncipe de la iglesia, acompañado de todos aquellos Príncipes, Duques, Marqueses, Señores y Caballeros, que en su servicio habían venido, hasta el teatro que estaba hecho para jurarle delante las casas de la villa enfrente la puerta de la iglesia, de grande arquitectura, aunque el edificio era de madera pintada de negro, y toda la cuadra hasta la mesa y asientos era cubierta de paños negros, y por defuera de negro y azul. Las columnas dél eran extrañas a manera de gigantes, de las caras y cabeça de las cuales se hacían los capiteles, y por las basas de las columnas servían los pies dellos. La cuadra del teatro era cuadrada, y donde podía caber mucha gente; estaba puesto arrimado a la pared sobre los paños negros un rico dosel de brocado con una real silla. El cielo del teatro era de frescas yerbas y verdes ramos, con mucha arte entretejidos, de suerte que parecía una fresquísima red; pendían de los fiudos dellas mançanas de oro, pepinos y otras frutas diversas. En lo alto tenía forma de chapitel de iglesia, y en la cumbre dél parecía una águila imperial extendidas las alas, y debajo della las armas imperiales y reales, y de la una parte y la otra tenía dos bravos leones de oro, como que sostenían y defendían las armas. Eran todos los escudos con las armas de España, de Austria, de Brabante y de Flandes. Aguardaban al Príncipe en el teatro el Doctor Ingleberto vanden Dale, Chanciller de Brabante, el Gobernador y el Senado y Burgomaestre, y los otros Magistrados de Lovaina y de algunas villas y lugares del Estado. Luego que hubo subido el Príncipe, llegó la magnánima Reina de Hungría, que venía al punto de su palacio, y habiéndose entrambos recibido con la debida cortesía, començó el Chanciller de Brabante con gran acatamiento a leer en público lo que había el Príncipe de jurar al Ducado de Brabante juntamente con el Ducado de Lemburg, y Estados de Valckenburg y Dalen, y otros Señoríos anejos al Ducado de Brabante y otros, puestos entre el

Rin y Mosa a la parte oriental del río Mosa. El juramento fué recibido sobre los Santos Evangelios, que estaban encima de una almohada de brocado; y fué la suma dello en sustancia: Que defendería y gobernaría justamente a Brabante, y el Chanciller y los Magistrados juraron fidelidad, y que le serían fieles, y vuelto el Chanciller a la multitud del pueblo, que no cabía en la plaça, preguntándoles si tenían por rato y firme lo hecho y dicho y jurado por él y por los Magistrados, alçando todos sus manos derechas (que así lo tienen por costumbre cuando juran al Príncipe), dijeron a voces que sí. Acabado el solene y real auto, començaron los trompetas y menestriles su música, y un Rey de armas a derramar y echar del teatro abajo gran cantidad de monedas de oro y plata al pueblo, y el otro, que llaman Heraldo, que estaba en la plaça, derramaba las mismas monedas desde su caballo. Habiendo la Reina dado el parabién al Príncipe, de haberse començado a jurar en aquellos Estados, y pedídole la mano el Chanciller y Magistrados, volvió a palacio acompañado de todos ellos, adonde le fué presentada en nombre de la villa una riquísima copa con su sobrecopa de plata dorada, maravillosamente labrada, y muy contentos de la real condición y benevolencia que de su Alteza conocieron, se fueron todos a comer a sus casas, habiendo primero el Príncipe armado caballeros a dos gentileshombres de Lovaina. A la tarde, poco antes de la noche, entró el Emperador. Fuese a apeaar al Colegio Pontificio, casa que antes había sido del Papa Adriano Sexto, su maestro de letras, y después la hizo colegio de teólogos, y la dotó de rentas perpetuas para los alimentos dellos, cerca del cual está el colegio Standonico, llamado así del nombre de su fundador Juan Standonico de Malinas, hombre en su tiempo tenido por docto y pío, que no sólo dejó fundado aquel colegio, mas aún otros en París, en Valencianas y en Malinas. Hay en Lovaina el colegio de los Teólogos y el Trilingüe, y otros muchos sin éstos,

en los cuales y en las escuelas se leen y ejercitan las lenguas latina, griega, hebrea, artes liberales, filosofía, medicina, leyes, cánones, teología. Hay profesores en todas las facultades, entre los cuales es uno de los más celebrados Rovardo de Enchusia, deán y chanciller de aquella Universidad, profundísimo teólogo, y Pedro Curcio, teólogo; Gabriel, jurisconsulto; Gemma Frisio, singular médico y matemático; Pedro Nanio, profesor de las letras griegas y latinas, y otros. Por toda la villa se habla mucho latín, aun en las casas de los oficiales, de manera que ellos y algunas mujeres lo entienden. Fué fundador de aquella Universidad y escuelas el Duque Juan, que sucedió a Antonio, Duque de Brabante, su padre. Fuéle concedido privilegio por el Papa Martino Quinto. Començóse a leer la víspera de la Natividad de Nuestra Señora, el año de mil y cuatrocientos y veinte y seis. Dicen que el Duque fundó aquellas escuelas, y las dotó de rentas perpetuas a ruego de los principales de Lovaina, porque no se despoblase del todo la villa, como lo estaba de las continuas guerras, discordias civiles y disensiones que entre ellos había. Lo cual parece bien, porque lo más della es despoblada, de manera que dentro de la cerca della hay viñas y campos, donde se coge pan y vino, y arboledas y prados, como se puede ver cerca del sitio, y a la parte del castillo antiguo, que ellos llaman de César, porque dicen que lo edificó Julio César, o que fué lugar y asiento del campo y ejército de César, lo cual todo contiene dentro de su circuito y cerca, que es maravilla grande. Entra dentro della el río Dilia, o como otros dicen Thilia, del pago o aldea de Thile, donde nace. Son los de Lovaina los levacos belgas, y el nombre Loeven casi lo muestra, aunque puede ser que se llama así porque dicen que donde está el castillo de César hubo un templo dedicado al dios Marte, donde él era honrado y alabado, que en su lengua llaman Loven, y que de Loven, que quiere decir alabar, que es más propio nombre, se llamó la villa Loeven, que es Lovaina. Algunos dicen

que los grudios son los de Lovaina, lo que no parece ser así, sino los levacos, y los grudios los pueblos que están al entorno della. Fué la casa de los Condes o Duques de Lovaina antiquísima y generosísima: descende della el Emperador Carlo Magno, hijo de Pipino, Rey de Francia. Creció el regocijo y fiesta de los fuegos a la noche con la venida del Emperador, y lo mismo fué el siguiente día. Y el lunes, que fué a ocho de Julio, volvió el Príncipe a Bruselas con su corte.

BRUSELAS

Bruselas tiene el segundo lugar después de Lovaina en el Ducado de Brabante: en ella está la Chancillería y Consejeros de Justicia, el Presidente y Oidores de la Cámara del Ducado de Brabante. Reside en ella lo más del tiempo la corte. La villa es grande y muy populosa y rica. Hácese en ella mucha y muy buena tapicería. Es abundantísima y bastecida de todo género de mantenimientos. Entra por medio della el río, que ellos llaman Zeina, por el cual vienen barcas y navíos pequeños cargados, de muchas partes. Tiene dos cercas, la primera con un foso por la mayor parte lleno de agua a la redonda, que la hace por aquella parte, fuerte. Hay dentro hasta la otra cerca muchos prados y arboledas y huertas, que hacen el lugar fresco y de muy gentil y apacible vista. Las casas son muy buenas y de grande edificio; hay muy pocas que no tengan jardines. La segunda cerca tiene casi toda la villa antigua, y por ella se vee que es agora mucho mayor, y que se ha acrecentado de población más de lo que en otro tiempo era. Están sobre la cerca vieja algunas casas principales, que contienen en sí las torres, que hay por ella muchas y muy hermosas, y entre ellas es Palacio. El cual es muy real y antiguo aposento de aque-

llos Príncipes Pipinos tan nombrados, y que mayores cumplimientos tiene de cuantas casas hay de Príncipes. Tiene delante una plaça cercada de unos padrones de piedra labrada, como ya en el segundo libro dijimos, y al un lado la iglesia colegial de Cobergas. Está en la capilla mayor della un sepulcro de mármol negro y la estatua de encima de blanco, en el cual está sepultado el Infante Francisco, hijo del Emperador Maximiliano, que murió casi de edad de cuatro meses, como por este epitafio, que tiene, se puede ver:

FRANCISCO DIVI MAXIMILIANI IMP. CAES. SEMP. AVG.
FILIO, PHILIPPI HISPAN. REGIS CATHOLICI, ILLVTRISS.
Q. D. MARGARITAE FRATRI GERMANO, QVI NATVS AN.
M. CCCC. LXXXI. CVM VIXISSET CIRCITER MENSES QVA-
TVOR, CONCESSIT FATIS

Que quiere decir:

Francisco, hijo del Emperador Maximiliano César Augusto, y hermano del católico Felipe Rey de España, y de la Ilustrísima Madama Margarita, el cual, habiendo nacido en el año de mil y cuatrocientos y ochenta y uno, falleció, habiendo vivido casi cuatro meses.

Están allí sobre los padrones de la valla de la plaça dos estatuas de bronce de los primeros Duques de Brabante: y al otro lado enfrente otras dos también de bronce doradas, la una del Rey Felipe de España, y otra del Emperador Carlos Quinto Maximo su hijo. Dentro del palacio hay un espacioso patio, y en lo alto de la escalera principal, que está enfrente de la puerta de la casa hay un arco triunfal de piedra, y en la cumbre dél está la estatua del Emperador de mármol, armado y asentado con gran majestad sobre una gran águila con la espada desnuda en la mano derecha levantada, puesto el pie encima de un pequeño cuadro con letras, que dicen: PLVS VLTRA. Y en la siniestra tiene el

imperial sceptro, y al un lado el escudo imperial con las armas reales, al otro un pequeño Hércules, que sostiene encima de sus hombros una bola o mundo con una cruz dorada, y en el cuadro de la basa, que tiene el águila y estatua, de grandes y hermosas letras dice:

CAROLVS QVINTVS IMPERATOR ROMANVS

Carlos Quinto, Emperador Romano.

A la mano derecha, encima del capitel de la coluna, está la estatua de Hércules con una de sus colunas más alta que la misma estatua, y debajo del capitel: PLVS ULTRA. Y en la siniestra otra estatua de Hércules, que tiene abrazado al gigante Anteo, hijo de la Diosa Tierra, levantado del suelo y apretado con sus fuertes brazos de tal suerte y tan al natural, que parece que le sale el ánima en la lucha que con él hubo, alçándole los pies de tierra, porque no recibiese las fuerças que tocando en ella recibía. Tenía debajo del capitel escrito: VICTORIA. Es tan cumplida de aposentos esta real casa, que dentro della se aposentó el Emperador, el Príncipe y las Reinas con sus damas con todos los oficios que para el servicio son necesarios. Hay una capilla, de tan maravilloso edificio y arquitectura, y tan grande y hermosa, que parece un muy principal templo, y junto a la capilla cae una sala de extremada grandeza y altura, en la cual se suelen hacer los saraos y fiestas reales. Tiene cuatro grandes chimineas. Cae el principal cuarto de palacio sobre la cerca vieja de la villa con muchas y grandes ventanas adornadas de vidrieras, de las cuales se veé todo el Parco y una gran plaça, que hay antes del parco, cercada, donde hay siempre puesta tela para justar. Está al un cabo della un jardín cercado, que se dice la Folia, en la cual hay hechas de los mismos árboles con gran ingenio y arte tantas y tan extrañas obras y lindezas, que es cosa increíble la frescura della con tantas puertas, calles, entradas y salidas, salas, cenaderos y retretes, que es otro

labirinto de Creta, con muchos estanques, pozos y fuentes. Hay también en aquel jardín una tela secreta, donde se ensaya para las justas el Príncipe, retirado con principales caballeros, y donde se hacen particulares fiestas a las damas. Al otro cabo de la plaza hay un grande y profundo estanque, en que se crían cisnes, y al un lado dél hay otro jardín con un fresco cenadero, que cae sobre el estanque. Al otro lado de la plaza, enfrente del cuarto de palacio, hay una viña cercada puesta en una ladera, que hace muy fresca y apacible la vista de las ventanas de palacio. Todo lo demás, desde la Folia, viña y estanque hasta casi a la cerca primera, es un grande y llano bosque muy fresco de muchos robles y hayas, y otros árboles altísimos, todo hecho un parco cercado, en el cual hay muchos gamos, venados, liebres y conejos, que de palacio se veén andar paciendo. Hay en Bruselas excelentes iglesias, la principal de todas el templo de Santa Gudula, que primero fué de San Miguel Arcángel, es colegial y de maravilloso y grandísimo edificio, fundado y dotado por el Conde Lamberto, que con Gerardo, Obispo de Tornay, pasó del templo de San Gangerio al de San Miguel el cuerpo de Santa Gudula, y lo reedificó y dedicó a Santa Gudula. Fué Santa Gudula de la casa y línea de los Condes de Lovaina, hija legítima de los gloriosos y Santos Príncipes, el conde Witgardo o Vigerio, y de la Condesa Amelberga su mujer, que fué de la alta sangre y linaje del Emperador Carlo Magno, en el cual ha habido gran número de Príncipes Santos y Santas, del cual por legítima sucesión descendió Santa Gudula. Súbese por unas gradas altas a las puertas principales de la iglesia, que son dos y muy grandes enfrente de la capilla y altar mayor con otras dos colaterales, sobre que están fundadas dos grandes y muy altas torres; y encima de las dos puertas de medio de la frente de la iglesia, en lo alto, entre las dos torres, un muy buen reloj, que muestra las horas en un círculo dorado tan grande, que de lo más lejos de la villa se puede ver el número de las horas que muestra.

Dentro de la iglesia hay una capilla de singular edificio, adornada de muy hermosas y grandes vidrieras, las cuales mandaron hacer el Emperador Carlos Quinto Máximo, y las Reinas de Francia y de Hungría, sus hermanas, y el Príncipe de España, su hijo. Tiene cada una de las vidrieras figuras de Reyes, Reinas, y con la del Príncipe la de la Princesa Doña María de Portugal, todas ellas retratadas al natural, y letreros que declaran a quién representan, y el año y mes que se puso la vidriera, y en lo alto, sobre las figuras reales, están pintadas otras que demuestran la historia del milagro de las hostias consagradas. Hay entre aquellas vidrieras una con las figuras del Rey Don Juan y de la Reina Doña Catalina de Portugal. Está aquella real capilla al un cabo de la iglesia, enfrente del un lado de la capilla mayor, en la cual tienen, con gran veneración, en una custodia de oro tres hostias consagradas del milagro del Santísimo Sacramento en la Eucaristía. Y fué, que un judío rico, llamado Jonathas, compró del cura de la iglesia de Santa Catalina, que se llamaba Juan Van, la custodia con el Santísimo Sacramento por sesenta escudos, la cual tenía muchas hostias consagradas, y llevóla consigo, el cual, por justo juicio de Dios, fué muerto en un huerto suyo de sus enemigos, y la mujer del judío tomó la custodia con el Sacramento y vino de una aldea que llaman Ainghien, adonde residía con Jonathas, su marido, para Bruselas donde tenía un hijo llamado Abraham, y un día de Viernes Santo sacaron las hostias de la custodia y enviaron dellas a las otras sinagogas de los judíos, y los malvados, así como las sacaban de la custodia les daban con un puñal de puñaladas, y por permisión divina salía sangre de las hostias. Espantados los judíos del milagro y pertinaces en su maldad, dieron veinte escudos a la mujer, para que las llevase de allí a Colonia, la cual, como vió el milagro, se volvió cristiana y le pusieron nombre Catalina, y queriendo llevar las sagradas hostias aparecióle el Ángel a la noche y mandóle que

no lo hiciese, sino que confesase su pecado y las diese al cura de la iglesia, lo cual hizo, y dió la custodia con las sagradas hostias al maestro Pedro, cura de Santa Gudula, y al maestro Juan Voluve, cura de San Nicolás, y siendo sabida la cosa con solene pompa y procesión, hallándose presentes a ella Wenceslao, Duque de Brabante, y la Duquesa Juana, su mujer, llevaron la custodia al templo de Santa Gudula, y haciendo diligente información del caso, fueron presos Abraham y los otros judíos y quemados junto a la iglesia de Santa Catalina. Está junto a la capilla una pintura con su letra debajo, que declara la historia, y enfrente della estos versos con letras de oro:

QVISQVIS ADES, SVMMI TANGIT QVEM CVRA TONANTIS,
DVM PROPERAS COEPTVM SISTE VIATOR ITER.
HAEC TIBI VIVA CARO, AETERNI SAPIENTIA PATRIS
CHRISTVS ADEST VIVVS PANIS, ET VNA SALVS.
INVIDA IVDAEVM, QVAM DVM LANIARE LABORAT
IMPIETAS, MERITIS IGNIBVS ECCE RVIT.

QVARE AGE, DIVINOS HVIC FVNDE VIATOR HONORES,
FVNDE DEO DIGNAS SVPLICE MENTE PRECES

Cualquiera que aquí llegares, a quien mueve el cuidado de la reverencia y culto divino, cuando pasares caminando apriesa, detente en el camino. Aquí está la viva carne, Sabiduría del Eterno Padre, Cristo, vivo Pan y una Salud; la cual, queriendo despedaçar los envidiosos y crueles judíos, caen, como veés, en fuegos merecidos: por lo cual, tú, caminante, haz aquí el debido acatamiento, y con el ánimo humilde y inclinado oración digna de ser oída.

Eran ya las seis de la tarde, cuando el Príncipe llegó junto a Bruselas, acompañado de todos los Señores, Caballeros y gentileshombres que habían ido con él a Lovaina. Allí fué recibido con procesión de las órdenes de los Mendicantes y del Deán y Chanciller de la orden del Toisón de Oro,

canónigos y clerecía de Bruselas, los más dellos revestidos con capas de brocado y seda, con las cruces de cada iglesia y parrochia. Estaban allí los Burgomaestres, Oidores, Consejeros, Receptores, Pensionarios y los otros oficiales del general Consejo de la villa, los cuales le recibieron con gran acatamiento y alegría, y habiéndose apeado y adorado la cruz de mano del Deán, y hechas ciertas cerimonias en un altar que allí antes de llegar a la villa tenían hecho, volvió a subir en su caballo, y entró en Bruselas con la orden y pompa que en Lovaina había entrado. Estaban por las calles en muy buena orden a las dos partes, los de Bruselas con hachas encendidas en las manos, desde la puerta de Lovaina hasta la plaça mayor. Llegando el Príncipe allí, se apeó y subió a los miradores, que estaban muy bien adereçados de tapicería y paños colorados, acompañado de todos los Grandes, Señores y Caballeros, y del Obispo de Arras, y de los Magistrados de la villa; y habiendo en la plaça gran multitud de gente y pueblo, fué jurado con gran alegría de todos con aquella solenidad y cerimonia que se había hecho en Lovaina. Acabado el juramento, el Príncipe se recreó y entretuvo un poco por la casa en ver las claras fuentes que hay en lo alto y bajo della, las cuales son doce, y de la mejor agua de toda la villa, y en ver una maravillosa pintura que está en la sala del Consejo, que por ser digna de memoria me pareció sacarla y ponerla en este libro, para ejemplo de los que tienen cargo y administración de justicia. Está puesta la pintura al un lado de la sala, enfrente donde los Burgomaestres, Oidores y Consejeros se asientan a tratar de justicia y de negocios de la República, y está repartida en cuatro tablas grandes, que toman todo aquel lado de la sala. En la primera tabla está pintado el Emperador Trajano armado sobre un caballo, que caminando con su ejército que delante dél iba a la guerra, le detenía en la calle de Roma una mujer viuda; y está de la otra parte pintado cómo cortan la cabeça a un soldado, así cómo

se estaba armado: la historia della está escrita de letras de oro al pie de la tabla en el largo de la moldura, como se sigue:

QUODAM TEMPORE DUM TRAIANUS ROMANUS IMPERATOR RITU PAGANUS SED ALIAS IUSTITIAE CULTOR PRAECIPUUS AD BELLUM CUM MAGNO EXERCITU FESTINANS EQUUM ASCENDISSET, QUAEDAM VIDUA PEDE IPSIUS APPREHENSO ILLUM FLEBILITER INTERPELLAVIT, VT EAM DE QUODAM, QUI INNOCENTEM EIUS FILIUM OCCIDERAT, VINDICARE DIGNARETUR. CUI IMPERATOR MANSUETO VULTU RESPONDENS, AIT. REVERSUS DE BELLO SATISFACIAM TIBI. QUID, INQUIT ILLA, SI NON REDIERIS? CUI TRAIANUS, FACIET TUNC ILLE, QUI POST ME REGNATURUS EST. AT ILLA, QUID HOC TIBI PRODERIT, TU MIHI IUSTITIAE DEBITOR ES, NEC TE LIBERABIT IUSTITIA ALIENA, FAC TU PRO TE, QUOD TIBI PROSIT, MELIUS ENIM EST TIBI, VT TU IUSTITIAE MERCEDEM ACCIPIAS, QUAM ILLAM TRANSMITTAS AD ALTERUM. HIS ITAQUE TANTUS ET TOTIUS ORBIS MONARCHA PIETATE COMMOTUS, MOX AB EQUO DESCENDENS EXERCITUM DETINUIT, DONEC CAUSA DEBITE, AC PLENITER EXAMINATA CONDIGNA SATISFACTIONE ESSET VIDUAM CONSOLATUS. QUO FACTO TRAIANUS IN BELLUM PROFICISTUR, ET POST INGENTEM VICTORIAE GLORIAM A PERSIDE REDIENS PROFLUXU VENTRIS EXTINGTUS EST, CUIUS OSSA ROMAM DELATA IN FORO SUO SUB COLUMNA CENTUM QUADRAGINTA PEDUM IN VRNA AUREA MAGNIFICO CULTU SEPULTA LEGUNTUR

Que quiere decir:

Como Trajano, Emperador de los romanos, siendo gentil, pero muy principal honrador de la justicia, subiese en su caballo, partiendo apriesa con gran